

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

IV  
NARRATIVA

**CPEP**  
COMISIÓN PERMANENTE  
DE EFEMÉRIDES PATRIAS  
2009

# OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH

Edición dirigida por  
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

## COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN  
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER  
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2009

Edición al cuidado de  
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final  
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias  
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión  
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-04-3 (T. IV)  
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

## CONTENIDO

### La realidad estética en Juan Bosch: Historia, vivencias, poesía y ficción

*Bruno Rosario Candelier* ..... VII

#### EL ORO Y LA PAZ

I.....	3
II .....	15
III .....	27
IV .....	35
V .....	47
VI.....	57
VII.....	69
VIII .....	79
IX .....	91
X .....	103
XI .....	109
XII .....	119
XIII .....	129
XIV .....	139
XV .....	149
XVI .....	159
XVII .....	169
XVIII .....	177
XIX .....	189

XX .....	195
XXI .....	203

INDIOS, APUNTES HISTÓRICOS Y LEYENDAS

Advertencia .....	209
Los aborígenes .....	211
Colofón .....	241

TRES LEYENDAS

La Ciguapa .....	245
Atariba .....	253
El destino de la tierra .....	261
Diccionario de palabras indígenas usadas en este libro .....	269

POESÍAS

Corazón .....	273
Delirio .....	275
El libro del destino .....	276
Yo quiero una novia .....	277
Óyeme, poeta .....	278
¡Trae recuerdos! .....	279
Sueño de artista .....	280
En mi tumba .....	281
A veces estoy triste .....	283
¡Corazón! .....	284
Músicas .....	286
Anhelos .....	287
Romance del combate de los montones .....	288
Romance de Perico Lazala .....	292
Monólogo absurdo .....	294
Romance del general Nazarito .....	296
Romance del muerto bellaco .....	298
Romance de Vicentico de Luna .....	301

De las distintas soledades .....	303
Monólogos absurdos .....	305
Romance del retorno triste .....	307
Romancico a Gilda .....	309
Oyendo a Eusebia Cosme .....	311
Nuestro miedo .....	313
Palabras en torno al amor .....	314
La espera .....	316

APÉNDICE

SARGENTO PRIMERO

(Fragmento de novela) .....	319
-----------------------------	-----

BOLÍVAR, DE TRUJILLO A CARACAS

(Fragmento de episodio radial) .....	329
--------------------------------------	-----

## LA REALIDAD ESTÉTICA EN JUAN BOSCH: HISTORIA, VIVENCIAS, POESÍA Y FICCIÓN

Bruno ROSARIO CANDELIER

El presente volumen de las *Obras completas* de Juan Bosch comprende una colección de textos sobre tres importantes facetas creadoras del eminente escritor dominicano: la producción de su primera etapa literaria, de inspiración poética; la narración sobre los aborígenes de nuestra isla, en la que combina ensayo y ficción; y su segunda novela, inspirada en el tema de la selva.

Cuentista, poeta, novelista, historiador, ensayista, orador, dirigente político y exponente de la cultura y las letras hispanoamericanas, Juan Bosch es la figura más importante de las letras dominicanas y uno de los cuentistas más eminentes de la lengua española.

Juan Bosch (1909-2001) nació en la ciudad de La Vega, enclavada en el fértil valle del Cibao, región norcentral de la República Dominicana. Vivió los primeros años de su vida en el campo, en Río Verde y El Pino, parajes de la provincia de La Vega, donde recibió las primeras letras y el influjo del impacto telúrico, social y cultural.

En los primeros años de la década del '30, para entonces radicado en Santo Domingo, Bosch había conformado, con el uruguayo Horacio Quiroga y el salvadoreño Salvador Salazar Arrué (Salarrué), la tríada más representativa del Criollismo hispanoamericano; hacia mediados de esa misma década ya

configuraba, con el guatemalteco Miguel Ángel Asturias y el venezolano Arturo Uslar Pietri, las bases creativas de una narrativa precursora del Realismo mágico; y en la década del '40 encabezaba, con el peruano José María Arguedas y el cubano Alejo Carpentier, la planilla más relevante del Socio-realismo en Hispanoamérica.

Consagrado al cultivo literario y al ejercicio de la política, Juan Bosch publicó medio centenar de obras de ficción y ensayo. Ocupó la Presidencia de la República Dominicana, siguiendo los pasos de la tradición latinoamericana que ha llevado a grandes escritores al ruedo de la política, como lo hicieron sus predecesores Domingo Faustino Sarmiento en Argentina, José Martí en Cuba y Rómulo Gallegos en Venezuela, entre otros.

A través de su obra literaria, Bosch jugó un rol destacado en el proceso de formación de la conciencia social, cultural y política del pueblo dominicano. Fue en su país la figura más señera de la generación literaria de 1930, a la que orientó con su inclinación socio-realista. Con su primer libro de cuentos, *Camino real* (1933), inicia no solamente su propia producción literaria sino la aplicación de los principios estéticos socio-realistas, caracterizados por la creación de una actitud ante la historia y la sociedad, consistente en usar la literatura como medio de expresión de la problemática social.

Con su sensibilidad estética, Bosch apuntaló el Criollismo, subrayando el tono local, el habla popular y el tema de la tierra en cuentos como "La mujer" y "El algarrobo". En varios de sus cuentos aplicó los principios del Realismo mágico, anticipándose al movimiento que les daría lustre a las letras hispanoamericanas, como lo hizo en "El difunto estaba vivo" y "Dos pesos de agua". Mediante su compenetración con la situación de explotación y miseria que sufrían los sectores humildes de la población, forjó un sentimiento de identificación

generador de una conciencia social, por lo cual su obra literaria ayudó a conformar el Socio-realismo, como se evidencia en “Los amos” y “Luis Pie”, textos que ilustran ejemplarmente la dimensión estética y social de su obra narrativa.

La materia de sus cuentos, relatos, novelas y poemas refleja la naturaleza de sus vivencias en las comunidades cibaenas donde asimiló la cultura viva del pueblo, la idiosincrasia y la mentalidad del hombre dominicano. La sociedad que Bosch conoció en su infancia estaba involucrada en las luchas caudillistas con sus guerras montoneras y desórdenes armados, causantes no sólo de la miseria material, los conflictos sociales y la pérdida de bienes y personas, sino que mantenían a la nación dominicana en constante zozobra e inestabilidad política, al tiempo que alimentaban el atraso, la miseria y la ignorancia.

Juan Bosch dio un edificante testimonio de la plasmación de los valores que conforman la dimensión de lo nacional dominicano y latinoamericano. Para testimoniar la realidad social y cultural, tomó conciencia del rol de la escritura y se preparó en ese oficio intelectual, leyendo a los autores establecidos de las letras españolas y universales, observando la realidad en sus diversas manifestaciones. Creó, además, su propia teoría del cuento, que presentó en la Universidad Central de Venezuela, en 1958, que publicó con el título *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*<sup>1</sup>.

Lo que sienten los sectores humildes de su pueblo, los valores que animan el comportamiento de sus conciudadanos, el lenguaje que da cuenta de la idiosincrasia cultural, potencian el trasfondo de su creación literaria, al tiempo que constituyen la sustancia material y formal de cuentos, poemas, relatos,

<sup>1</sup> BOSCH, Juan, *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1985, 41p.



novelas y ensayos de este formidable escritor de nuestro tiempo cuya obra literaria le ha hecho merecedor de la categoría de clásico contemporáneo de las letras latinoamericanas.<sup>2</sup>

### *1 El encanto poético de una lírica amartelada*

Para ponderar la obra literaria de Juan Bosch es importante apreciar una faceta clave de su creatividad, como es la orientación estética y social de su escritura.

Durante la primera etapa de su formación intelectual, Bosch participó en las peñas literarias de la capital dominicana y se vinculó con poetas y escritores importantes de Santo Domingo. Formó parte del grupo de “La Cueva”, que funcionaba en la residencia del poeta Enrique Henríquez, padre del también poeta Rafael Américo Henríquez. En ese grupo de escritores, en el que figuraban junto a Juan Bosch y Rafael Américo Henríquez los poetas Franklin Mieses Burgos, Héctor Incháustegui Cabral, Manuel del Cabral, Octavio Guzmán Carretero entre otros, se estimuló el cultivo del romance y la orientación literaria socio-realista, dirigida a explorar las raíces de la historia y la cultura dominicanas, razón por la cual Bosch comenzó a valorar el mundo de los aborígenes. Ese influjo explica en nuestro narrador el cultivo del romance y el cultivo de la narrativa inspirada en los indios, como veremos en este estudio.

Para acercarnos a la creación poética de Juan Bosch, vamos a enfocar tres aspectos de la personalidad del eminente escritor dominicano. Con ese fin, vamos a apreciar su sensibilidad estética, su concepción cosmovisionaria y su apelación intelectual.

<sup>2</sup> Cfr. ROSARIO CANDELIER, Bruno, “En torno a los cuentos de Juan Bosch”, en *Coloquio Literario*, Santo Domingo, Ediciones Banreservas, 2005, pp.190-192.

Comencemos por la apelación de la conciencia, que como expresión de la dimensión interior de un escritor, da cuenta de las motivaciones intelectuales, morales, estéticas y espirituales que animan su visión y su creación. Los seres humanos actuamos estimulados por apelaciones que constituyen una fuerza motora que sentimos interiormente a modo de llamada y que de alguna manera nos convoca para la realización de alguna actividad o empresa. En efecto, sentimos la vocación que traemos a la vida mediante un llamado, secreto y entrañable, que nos inclina hacia la elección de una carrera, oficio o tendencia determinada. En Juan Bosch hay varias manifestaciones que perfilan la apelación profunda con que se expresa su vocación literaria.

En efecto, Bosch dio señales de que experimentaba una simpatía por la tierra, por la historia de nuestro pueblo, por la realidad social de los humildes y de ahí se explica ese vínculo suyo con nuestro pasado histórico, con nuestra cultura y con las necesidades y anhelos de la comunidad.

Esa disposición del escritor dominicano se manifiesta en tres vertientes: El aliento telúrico mediante el cual asumió el impacto de la tierra, el valor de su gente, el sentido del pasado; el aliento estético mediante el cual comprobó la gestación del sentimiento hacia la belleza y la ponderación de la Naturaleza; y la vocación social a través de la cual cristalizó una singular afinidad con las circunstancias y problemas de los sectores populares.

Juan Bosch era un hombre altamente sensible, con una sensibilidad abierta, caudalosa y empática mediante la cual podía concitar un sentimiento de coparticipación con objetos, cosas y personas, que se manifiesta en una compenetración intelectual, afectiva, imaginativa y espiritual con lo viviente.

Desde el punto de vista de la sensibilidad, Juan Bosch participaba de lo que Garcilaso de la Vega llamaba “el

dolorido sentir”, es decir, experimentaba una capacidad de sintonía con lo peculiar de lo existente. Esa condición del escritor da cuenta también de su afinidad con la dimensión cósmica del Universo. El sentido cósmico era un factor importante en su obra literaria, que potenciaba su apelación, su sensibilidad y su misma creatividad. En diferentes pasajes de su obra se revela esa disposición de su interioridad y su conciencia.

La capacidad humana que da cuenta de la actitud emocional de identificación empática del sujeto creador con la realidad y la manera de expresarla, concita la atracción por la belleza y el encanto por la Naturaleza, actitud que da lugar al sentimiento estético y el sentimiento cósmico, presentes en el escritor dominicano.

La obra literaria de Juan Bosch revela un aliento estético muy poderoso mediante el cual canaliza su amor a la belleza, su capacidad de sintonía con las manifestaciones sensibles del mundo natural y su capacidad expresiva y simbólica para connotar valores y actitudes. Esa dimensión de la sensibilidad es la faceta más importante al evaluar a un artista y creador. A través de la sensibilidad establecemos un punto de contacto con el Universo, desarrollamos nuestro poder de creación y testimoniamos nuestra propia percepción del Mundo.

En Juan Bosch la sensibilidad tiene estas manifestaciones:

1. Sensibilidad abierta y caudalosa, que da cuenta de la capacidad de sintonía y valoración de lo viviente, lo que explica la participación del sujeto en el objeto, como lo revelan los niños, los primitivos y los místicos.

2. Empatía universal y ternura cósmica en cuya virtud se produce un sentimiento de comprensión de lo viviente.

3. Vocación de apertura empática en cuya virtud se gesta un sentimiento de compenetración telúrica, social y cultural

que da cuenta del amor a la tierra y la valoración de la realidad humana y la exaltación de los valores que fundan los cimientos de la sociedad; del sentimiento patriótico que explica la defensa de lo nacional; del sentimiento de reconocimiento de la condición humana con una cordial actitud de identificación sensorial, afectiva, imaginativa y espiritual hacia la realidad natural, social y cultural; del sentimiento de coparticipación cósmica expresada en un abrazo de armonía y valoración de lo viviente.

4. Una disposición de comprensión y de identificación con la realidad natural y la realidad humana, que se refleja en la producción literaria en virtud del talante expresivo, que es esa manera de sentir y entender las cosas, por lo cual nuestro autor puso su inteligencia y su sensibilidad al servicio del desarrollo espiritual y moral de nuestro pueblo.

Como poeta, Bosch asume hechos de nuestra historia y vivencias entrañables que recrea como sustancia para su poe-  
tizar. En sus versos plasma la expresión de la belleza, la canalización del sentimiento que le inspiran circunstancias y personas y la intención que procura encaminar en sus versos y estrofas.

La descripción, emotiva y poética, cobra fuerza en la obra de Juan Bosch por la forma como asume la realidad. Se trata de la asunción de lo real con una compenetración cordial con lo viviente. Ese es un talento que suelen poseer los grandes creadores a través del cual perciben y testimonian la dimensión interna y metafísica de lo real cuando experimentan esa sintonía de identificación con la cosa en virtud del talento intuitivo y del vínculo con el Universo.

Podemos sintetizar los rasgos de la creación literaria de Bosch en los siguientes atributos:

1. Expresión de la belleza sensorial con un sentimiento de dulzura y piedad reflejada en versos ardientes y amorosos.

2. Canalización de los valores estéticos y espirituales como manifestación de la dimensión lírica y metafísica a través de la cual enfatiza el sentimiento de belleza y ternura.

3. Manifestación de afinidad cósmica como consecuencia de su sensibilidad empática con las creaturas de la Creación.

4. Formalización de una creación poética mediante un lenguaje transparente, simple y comunicativo con imágenes de la Naturaleza.

5. Asunción de formas expresivas de antiguo linaje expresivo, como los romances, modalidad creativa de la poesía española tradicional.

Llama la atención el hecho de que Juan Bosch cultivara con singular fervor la vertiente poética del romance, tan del gusto de la lírica tradicional hispánica. Los romances constituyen, en la historia de las letras hispánicas, una forma narrativa de la creación poética que dio lustre a la tradición poética en nuestra lengua.

Con la palabra *romance* se alude, además de la existencia de las lenguas neolatinas, a un tipo de estrofa, usado en la baja Edad Media en la península ibérica, formado generalmente por versos octosílabos con rima asonante. Cuando la estrofa tiene siete sílabas se llama *endecha*, con seis sílabas se denomina *romancillo* y con once sílabas recibe el nombre de *romance heroico*. Bosch cultivó, durante la etapa de su creatividad poética, el romancillo, el romance y el romance heroico.

En “Delirio”, romance heroico construido al modo bergantín de la “Canción del Pirata”, de José de Espronceda, elabora versos con aliento romántico, guerrero y entusiasta retomando el ímpetu bravío, altivo y juvenil, mediante el cual aflora la actitud bizarra con la disposición anímica y elocuente para la acción resuelta y tenaz, según revelara este joven escritor en la emergente ciudad de La Vega de los años ‘20 del siglo XX, cuando publica versos con el pseudónimo

de Rigoberto de Fresni<sup>3</sup>: “Yo quiero ser entre los hombres,  
hombre./ Yo quiero ser entre los bravos, bravo./ Quiero llegar  
adonde Dios se esconde,/ Y al mismo Dios arrebatarle el rayo./  
Que sea mi voz el eco de los truenos,/ Y mis brazos enormes  
macetones,/ Y mis ojos dos llamas del infierno,/ Y mis manos  
dos garras de leones./ Que se posen los buitres en mis brazos/  
Lo mismo que en Los Andes y Roqueños,/ Y la tierra, aterra-  
da de mi Paso/ Tiemble asustada cual cobarde perro” (p.275;  
las citas sin referencias corresponden a la presente edición).

Con aliento musical, atinado ritmo y tono emotivo, la per-  
sona lírica exalta la vocación guerrera en “Romance del com-  
bate de los Montones”, logrando una hermosa creación poéti-  
ca, como se aprecia en estos versos encendidos de la pasión  
guerrera: “Nació Demetrio Rodríguez/ en la Línea noroestana./  
Tenía su padre oro/ para enjorarle la infancia;/ oro tenía para  
hacerle/ señor de arrogante casa;/ con oro quiso pesarle/ si  
cruzaba la mar ancha./ Demetrio desdeñó el oro/ por su tierra  
noroestana./ La parda noche refresca/ la inmensa Línea que-  
mada./ Demetrio se alzó en la Línea/ y sembró el suelo de  
hazañas./ Lo dicen en las cocinas/ las viejas de voz gastada;/ lo  
están diciendo los hombres,/ los niños y las muchachas./ Ha-  
cia los lados del Este/ la revolución se marcha” (p.288).

El cultivo del romance, tan arraigado en el gusto hispánico,  
fue una vertiente predilecta de la creación poética que los  
integrantes de la tertulia de “La Cueva”, entre los que figura-  
ba de manera militante Juan Bosch durante el primer lustro  
de los años ‘30 del siglo xx, valoraban. Esa expresiva modali-  
dad de creación poética impulsaba, en aquel Santo Domingo

<sup>3</sup> Los poemas signados con el pseudónimo de Rigoberto de Fresni fueron escri-  
tos en La Vega, desde 1926 en adelante. Cuando Bosch se traslada a Santo  
Domingo siguió cultivando poemas, algunos de los cuales fueron publicados  
en *Baboruco, semanario ilustrado*, Santo Domingo, en 1935.

vacilante entre el tradicional rictus aldeano y el moderno reclamo de las ciencias y las letras, la visión idealista de una sociedad, que una composición como “Romance del muerto bellaco” registra y recrea la mentalidad tradicional y mágica de un pueblo cuya huella el poeta floretea y revive con respetuoso decoro: “El capitán Mino Tapia/ con su Colt de cinco balas/ iba jinete en caballo/ de buen nervio y finas patas;/ en el paso del Río Verde/ la bestia paró su marcha:/ en el paso del Río Verde/ salen muertos y fantasmas./ Un pedacito de luna/ sobre el agua se arrugaba./ Encima estaba la Ceiba/ de ancho tronco y recias ramas./ Resoplando y temblorosa/ paró la bestia su marcha./ Mino Tapia haló el revólver,/ pero el Colt no disparaba./ ¡Hombre, mujer o muchacho,/ si es difunto, que me salga!/ Con la voz del capitán/ la luna tembló asustada./ Del otro lado del río/ se quebró una carcajada./ Los caminos del Liceo/ bajo la noche se agachan./ Suenan por ellos los cascos/ de una bestia desbocada:/ se le encaramó el difunto/ sobre las redondas ancas” (pp.298-299).

En sus romances, Bosch revela el influjo de la inveterada literatura hispánica, que Federico García Lorca remozara en sus “Canciones y romances” y que el escritor dominicano acopia y adapta a la mentalidad criolla, en un tema afín a la épica del romance, reverdecido con prosopopeyas y metáforas relucientes y sonoras, como florece, rediviva y elocuente, en “Romance de Vicentino de Luna” bajo la magia verbal del ilustre vegano: “A las tierras del Cotuí/ llegó Vicente de Luna:/ trueña la revolución/ por lomas y por llanuras./ Los cascos de cien caballos/ El amanecer trituran;/ Con las carabinas juegan/ Niños de carnes oscuras./ A las tierras del Cotuí/ llegó Vicente de Luna:/ la pobre tierra trigueña/ revienta en míseras tumbas./ Rueda la revolución./ Rueda de la loma al Yuna./ Tentico de Luna tiene/ risa de huesa madura;/ toda la cara quemada/ los negros ojos le alumbran./ Al padre lo fusilaron/ en noche

de amarga angustia:/ sobre su niñez cavaron/ la crueldad de aquella tumba./ Tentico le puso cruz/ bajo un retazo de luna” (pp.301-302).

Expresivo y cautivante es el “Romancico a Gilda”, al que le sigue casi una leyenda, no por el típico modo del decir añoso y rústico anidado en el obsoleto *diban*, sino por la ocu- rrente protesta de uno de los contertulios de “La Cueva”, que hizo que Bosch cambiara la palabra *patio* de la composición original (“por verla se asomaron los patios a la ventana”) por *jardín* (“por verla se asomaron jardines a la ventana”), sugi- riendo que el segundo vocablo tenía una connotación estética más apropiada al poema, al tiempo que evitaba, según el ra- zonamiento del oponente, la asociación de desperdicios y ra- tas malolientes, implicada en el primer término, que era el vocablo preferido por el autor, texto con el cual logró una de las creaciones líricas más hermosas de la poesía dominicana en virtud del sentimiento de admiración y ternura potenciado por la belleza sensorial que inspiró la agraciada Gilda Cruza- do una memorable tarde en la capital dominicana cuando su figura sorprendió la lira emotiva del aún joven poeta. La ad- miración inicial del poema revela la entonación jubilosa y enfática de un corazón enamorado, conforme la pauta expre- siva de la lírica popular española, que estos amartelados ver- sos rezuman: “¡Ay amor! Que pasó Gilda/ por la calle despo- blada,/ y por verla se asomaron/ jardines a las ventanas./ Que pasó Gilda, ceñida/ por la brisa enamorada./ Diban flotando sus ojos/ como luz de madrugada;/ diba regando su risa./ (Toda la calle blanqueaba)./ Le volaban las dos manos/ como dos gráciles alas./ ¡Ay amor! Que pasó Gilda/ por la calle despo- blada...” (pp.309-310).

Bosch escribió también poemas en prosa, como “Nuestro miedo”, “Oyendo a Eusebia Cosme” y “Las distintas soledades”, en los cuales se aprecia la dimensión lírica de una



amartelada visión poética romántica, modernista y clásica. En esa producción lírica de Juan Bosch la prosa poética da cuenta de su sensibilidad espiritual y estética. En un pasaje de “Las distintas soledades”, impregnado de intuición poética, Bosch contrasta el campo y la ciudad. En su devaneo reflexivo alude a la vida interior, indispensable para aprovechar la soledad, la estancia en el campo, las cuitas personales y el caudal de vivencias entrañables que el contacto con lo viviente puro nutre y sugiere bajo el susurro de las cosas corrientes y el conjuro de los efluvios trascendentes, que nuestro narrador y poeta experimentó en su interior profundo. Así lo revela el siguiente pasaje: “Pero he aquí que dices: voy al campo. Has de saber primero, que el hombre nació entre casas, teme al campo porque no tiene multitud interior; no la tiene él y no puede sentirla si no viene de afuera, entre gritos y bocinazos. La noche en el campo impresiona. Es que la vida rueda allí y sientes a Dios a tu espalda en la rama que el viento mece; frente a ti, en una sabana espléndida y confiada; a tu lado, en el monte sombrío y rústico; a tu vera, en el río infantil y contento; a tus pies, en la grama tímida que se dobla bajo tu peso; sobre ti, en el brote brillante de menuditas estrellas. En el campo alienta y vibra la vida oculta, la vida que va, viene, se aleja, se acerca y se mueve siempre, siempre... allí tu pensamiento debe ser limpio, porque aquella multitud varía e incansable, te espía, te oye, te siente, te sigue” (p.304).

En “Palabras en torno al amor”, el escritor vegano enseña que el amor es la energía espiritual que libera ya que es la expresión invariable de Dios y añade que “solo en el regazo de Dios se alimentará la vida de eternidad”. Entonces pasa a valorar el alcance trascendente del corazón enamorado, que es la forma sutil de un vínculo con la Energía Espiritual del Cosmos: “Tú, yo y todos cumplimos y cumpliremos un destino eterno. Moriremos y tornaremos a ser como si no hubiéramos

nacido; y cegados por el amor, podemos librar el gran trance sin padecer el dolor de morir, porque entonces habremos entrado en una transformación gloriosa, en la que nuestra vida empezará a desintegrarse de la tierra integrándose gradualmente en la luz. ¡En la luz, amiga mía, que es verbo de amor, es decir, de vida inacabable!” (pp.314-315).

En su desarrollo posterior como literato, Juan Bosch discontinuó el cultivo del poema, concitado tal vez por la honda apelación de la realidad social cuya plasmación literaria encaminó hacia el cauce de la narrativa para dar aliento y vigor, como efectivamente diera, a su fecunda sensibilidad social y estética.

## *2 Evocación idílica y utópica de indios y ciguapas*

El tema del indio acaparó la atención de Juan Bosch en la primera etapa de su carrera literaria. El estudio de nuestros aborígenes se empalma al conocimiento de la historia de nuestro país por cuanto el pasado precolombino y lo que aconteció a la llegada de los españoles a esta isla, denominada con el nombre aborigen de Bohío, creó un vínculo humano, social y cultural con efectos en la lengua, la historia y las letras. Numerosos elementos de raigambre aborigen han calado en la cultura dominicana, conforme testimonian las numerosas creaciones de nuestros poetas, narradores y ensayistas, así como el conjunto de vocablos del español dominicano que han sido admitidos en el Diccionario de la Real Academia Española.

No es por azar, sino por una clara visión de su alcance, que muchos literatos y estudiosos, entre los cuales se halla Juan Bosch, han acudido al mundo de nuestros aborígenes con una intención política y literaria, en razón de que la cultura aborigen deviene una forma de llegar al pueblo, precisamente porque los indígenas constituyeron la comunidad de los pueblos conquistados por los europeos.

Efectivamente, para el año de 1492, cuando se inicia el Descubrimiento de América, nuestro país “estaba habitado por ciguayos y taínos y posiblemente había en él algún enclave caribe”, dice Juan Bosch al hablar de las sociedades indígenas<sup>4</sup>. Pues bien, esas sociedades indígenas poseían una singular cultura y con ella unas manifestaciones estéticas y espirituales. Aunque naturalmente su cultura era diferente de la europeo-occidental, aún extinguida la raza aborígen, como aconteciera en esta isla del Caribe, ha merecido la consideración de muchos estudiosos y cultores del arte y las letras. Los Cronistas de Indias son los primeros en hablarnos de los indios. El mismo Colón describe a los indios, habla de sus facciones y de su inteligencia y expresa su asombro “por las descripciones que podían dar de su mundo circundante.”<sup>5</sup>

En cuanto a su carácter, se ha señalado su hidalguía (recuérdese la época en que se escribía y los valores medievales predominantes) y su emotividad. Los sucesos notables del diario acontecer y de su historia eran cantados en areítos, los cantos que registraban las vivencias indígenas, según relatan los cronistas. Hay referencias a los bailes y los cantos de los indios, actividades que concitaban su vocación artística.

En *Indios: Apuntes históricos y leyendas* (1935), Juan Bosch enfoca, tras haber estudiado el mundo de los aborígenes, la trayectoria de los primeros pobladores de esta isla antillana y da cuenta, conforme su visión del Mundo y de la Historia, de

<sup>4</sup> BOSCH, Juan, *Composición social dominicana*, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora! 1970, p.10.

<sup>5</sup> ROTH, Hy Ling, “Los aborígenes de la Española”, en *Eme-Eme*, No. 12, Vol. II, Santiago, Ed. UCMM, mayo-junio, 1974, p.7. Los cronistas atestiguan que con orgullo los aborígenes se referían a sí mismos como taínos. Pedro Mártir de Anglería relata: “. . .les salió un hombre de arrugada frente y altiva mirada, acompañado de otros cientos, los cuales gritaban que eran taínos, o sea, nobles, no caníbales” (*Décadas del Nuevo Mundo, Década Primera*, Lib. II, cap. 5, Buenos Aires, 1944, p.23).

cómo vivían nuestros primitivos habitantes, relatando sus costumbres y creencias, sus mitos y leyendas, su creatividad y pasatiempo, su actividad laboral y productiva. Respecto a su creación artística, los indios tocaban, bailaban y amenizaban sus fiestas con canciones, con las cuales ejecutaban pasos sensuales y divertidos. La más importante expresión artística de los indios, el areíto, era “el signo más avanzado del pueblo que habitaba la isla.”<sup>6</sup> Componían composiciones y cantares, entre otras expresiones de plegaria, jolgorio y lamentos, mediante baladas de amor y canciones de guerra, acompañadas de tonadas apropiadas, que transmitían oralmente, de generación en generación, a través de los areítos, que contenían sus canciones y poemas. Explica Juan José Arrom que en sus versos aparecían imágenes visuales y luminosas, a propósito del texto de Anglería, en el que los indios saludaban a la criatura de algún cacique con frases como éstas: “Salve oh lámpara brillante”, “más brillante que el oro”, “rey resplandeciente como el latón.”<sup>7</sup>

Bosch creía en el influjo emocional de la supervivencia del pasado en el presente, concepto que formaba parte de su

<sup>6</sup> MARRERO ARISTY, Ramón, *La República Dominicana*, Vol. I, Ciudad Trujillo, Editora El Caribe, 1957, p.16. Para Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, durante las exequias de los caciques, los indios y jefes vecinos venían a ofrecer homenajes al muerto y componían oraciones fúnebres que describían sus obras y méritos (*Historia General y Natural de las Indias*, Lib. XVII, Cap. II, Madrid, 1851, p.301).

<sup>7</sup> En el estudio de Juan José ARROM (“Aportaciones lingüísticas al conocimiento de la cosmovisión taína”, en *Eme-Eme*, N° 8, Santiago, Ed. UCMM, sept.-oct., 1973, pp.3-15), se vislumbran, como él mismo señala, algunos de los procesos mentales de los aborígenes antillanos a través de las palabras que nos han dejado (como *cacique*, *huracán*, *conuco*, *yagua*, *macuto*, *canoa*, *caribe*, *tabaco*, etc.), y se puede concluir, con Arrom, que el análisis de las estructuras significativas de dichos términos sirve de vía de acceso al mundo interior de los taínos. Justamente, el arawaco fue el idioma que mayor contingente de palabras aportó a las lenguas europeas, especialmente al español, como lo refiere Pedro HENRÍQUEZ UREÑA (*Historia de la Cultura en la América Hispánica*, 5ª. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1961, p.11).

cosmovisión, que es la manera de entender el Mundo. En el poeta y narrador dominicano, la cosmovisión se manifiesta en la valoración del dato criollo, el lenguaje y el hombre. Se trata de la búsqueda de la identidad nacional en función del origen y el destino de un pueblo.

El pasado indígena, que alentó la curiosidad histórica de Juan Bosch, fue para nuestro narrador una singular motivación, como lo demuestra este interesante texto que despliega, en la descripción del paisaje y el retrato de sus habitantes, las raíces y el comportamiento de un pueblo, como el aborigen taíno, texto narrativo que nos permite apreciar las manifestaciones antropológicas de sus creencias, virtudes y costumbres, dimensión intelectual y emocional que ayuda a comprender el sentido de la literatura inspirada en la tradición indígena, que como se sabe, se nutrió de las adversidades que experimentaron los pueblos aborígenes. El indígena ha sido visto con simpatía humana, con un sentido de exaltación patriótica por poetas y escritores, como efectivamente aconteció en Juan Bosch.<sup>8</sup>

La tendencia literaria inspirada en la vida y las calamidades de los indígenas, tuvo originalmente una motivación política y una inspiración patriótica y alcanza su más alta expresión creadora hacia los finales del siglo XIX en nuestro país y “llega hasta nuestros días a veces con rasgos y ecos dispersos, incorporados a la tradición nacional...”

El indio, en efecto, fue un símbolo de patriotismo y de libertad. No sólo para los políticos sino también para los

<sup>8</sup> Sirvieron de estímulo para realizar la crítica histórica y denunciar errores y crueldades de la conquista, como apunta Max HENRÍQUEZ UREÑA (*Panorama histórico de la literatura dominicana*, Tomo II, 2da. ed., Santo Domingo, Librería Dominicana, 1966, p.277). Y ello desde *La Araucana* de Alonso de Ercilla, el antecedente clásico de la literatura indianista que floreció en América durante el siglo XIX.

literatos. Javier Ángulo Guridi, el primero entre los escritores dominicanos en cultivar una literatura inspirada en el indio, sintió desde muy joven la motivación indigenista y la hizo realidad artística en sus poemas “Maguana” y “La cuita”, que aparecen en sus *Ensayos poéticos* (1843). Publicó también *La ciguapa* (1875), narración inspirada en esta leyenda popular sobre esta fabulosa criatura de la mitología criolla.

En su obra *Indios: Apuntes históricos y leyendas*, Juan Bosch da a conocer las características físicas, sociales y culturales de nuestros aborígenes para que podamos apreciar mejor la naturaleza de su comportamiento y la dimensión de su talento. De hecho la valía de las obras inspiradas en temas y motivos indígenas, como la novela de Manuel de Jesús Galván, *Enriquillo*, *Fantasías indígenas* de José Joaquín Pérez o la narración histórica del propio Bosch, da continuidad a una tradición proveniente del Movimiento Romántico. La obra poética de José Joaquín Pérez, *Fantasías indígenas* (1877), constituye una sentida evocación de la raza aborígen de la isla Española. En ella el autor reconstruye imaginariamente los areítos y las teogonías indígenas; narra sus proezas con dramática ternura, como en “El voto de Anacaona” y exalta la vida de este primitivo pueblo antillano. La novela de Galván ahonda en la motivación social y política de una acción, como el levantamiento del cacique Enriquillo, que da cuenta de la acción heroica de una raza sometida al yugo del conquistador. Ese mismo sentimiento inspiró la gestación de algunos poemas, como “Anacaona” de Salomé Ureña y “Mairení” de Gastón F. Deligne o las novelas de tema indigenista más cercanas a nosotros, que son *Toeya* de Virginia de Peña de Bordas y *El fuerte de la Navidad* de Eduardo Álvarez. La obra de Juan Bosch es también una evocación de nostalgia y valoración del indio con el aliento emocional de identificación y exaltación de la raza indígena. En *Indios*,

Bosch narra también la leyenda “La Ciguapa”, como veremos más adelante.

Ahora bien, ¿cuál fue la real motivación de las obras inscritas dentro de esta literatura inspirada en el mundo de los aborígenes, en autores que exploraron el pasado indígena, su cultura y su organización social para evocar de manera tan entrañable sus manifestaciones destacables? Aquellos antiguos pobladores de Bohío, con una mediana contextura física, de piel canela y larga cabellera, de amable gesto y trato afable, con actitudes dóciles y serviciales, apacibles y generosas, tenían una peculiaridad antropológica y cultural que se manifestaba en costumbres, tradiciones y creencias. Una de sus máspreciadas manifestaciones creativas fue el arte del areíto, verdadera expresión estética de su literatura oral. Mitos, creencias y hazañas eran narrados oralmente mediante los areítos; en ocasiones especiales se cantaban en bailes, siendo esa expresión estética la forma más cabal de su creatividad, pues expresaban “un sentimiento de identidad y un sentido de participación en una tradición común”, según la interpretación de Frank Moya Pons.<sup>9</sup>

Ese sentimiento indígena, narrado por Bosch en *Indios*, tuvo una motivación política. Max Henríquez Ureña, en *Panorama*

<sup>9</sup> MOYA PONS, Frank, *Historia colonial de Santo Domingo*, Santiago, R. D. UCMM, 1974, p.33. Esos cantares rústicos y primitivos, los definió Fernández de Oviedo como “memorial que de gente en gente queda”, es decir, la memoria viva de sus antepasados y el testimonio virgen de sus vivencias compartidas por un pueblo que desconocía la división de clases y la propiedad privada. Colón, en su Carta a Luís de Santángel, el 22 de marzo de 1543, había escrito: “...ni he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas”; o como dice J. J. Arrom, tenían “un sistema estructurado para vivir en orden y paz” (*op. cit.*, p.9). Pero aquel orden social fue alterado con la implantación de un régimen que terminó aniquilando a aquella raza indígena, pues no pudo soportar el sistema occidental impuesto por gentes ambiciosas de oro y de mando. Se entabló así una lucha entre españoles e indios, siendo la sublevación de Enriquillo una muestra eminente de aquellas desavenencias.

*histórico de la literatura dominicana*, escribió: “Durante el Siglo XIX, la literatura indigenista de la América española se inspiró principalmente en las desventuras de los aborígenes del Nuevo Mundo al enfrentarse a los conquistadores europeos; respondía al estado de espíritu de las antiguas colonias españolas cuando se declararon independientes. No bastaba combatir a España con las armas en la mano; había que dar también la batalla en el campo de la crítica histórica y denunciar los errores y crueldades de la conquista. Así, el indígena, víctima del choque de las dos razas en el proceso de la colonización, fue visto no sólo con profunda simpatía humana, sino también con exaltación patriótica por los poetas y escritores de la América española.”<sup>10</sup>

<sup>10</sup> HENRÍQUEZ UREÑA, Max, *Panorama histórico de la literatura dominicana*, op. cit., p.277. El indigenismo literario, que impulsó entre nosotros la estética romántica, caló en Javier Ángulo Guridi con fuerza y creatividad. Enaltecido en nuestro país por el francés Alfonso de Lamartine con su novela *Cristóbal Colón*, en la que exalta la proeza del cacique Caonabo contra los invasores españoles, el Movimiento Romántico en su vertiente indigenista tuvo en el autor de *Iguaniona* un temprano cultor de los ideales que motorizaron los temas y motivos de la raza aborigen como una vía para sustentar el ideario nacionalista e impulsar la tradición de las letras nativas. No es de extrañar, en efecto, que la producción de tema indigenista haya surgido a partir de la Anexión a España en nuestro país, es decir, en la época en que se verificaba nuevamente la dominación extranjera sobre nuestro territorio. Fruto de la guerra patriótica contra España, a sólo una década de la Restauración, publica Javier Ángulo Guridi *La Ciguapa* (1875) que plasma la tradición de los indígenas antillanos en torno a la fabulosa invención de ese ser mitológico; fruto de la guerra patriótica de 1965, a cien años de *La Ciguapa* de Guridi resurge el tema mitológico de la Ciguapa en “La muerte de la Ciguapa” (1973) de Cayo Claudio Espinal; “Indias, Vien-Vienes y Ciguapas”, de Manuel Mora Serrano (*Eme-Eme Estudios Dominicanos*, N° 19, UCMM, julio-agosto, 1975). “Ciguapa poesía”, de Orlando Morel (1977), muestra la inquietud en el dominio de la poesía como búsqueda de las entrañas de lo dominicano. En el decenio de los '80 del siglo XX el tema indígena cobró un nuevo impulso con la publicación de tres textos narrativos galardonados con el Premio Siboney de Literatura: *Goeíza* (1980), de Manuel Mora Serrano; *Ciclos de nuestro origen* (1982), de Claudio Soriano; *El reino de Mandinga* (1987), de Ricardo Rivera Aybar. Además, reediciones de las principales obras escritas por nuestros primeros cronistas (Cristóbal Colón, Gonzalo Fernández de



Con una prosa limpia y sugerente, Juan Bosch describe la arisca actitud del conquistador: “Atardecido ya, cuando desde los cielos van cayendo tintas lilas sobre el mar, el soldado de la conquista adivina una mancha azul oscura recostada en el poniente. Sobre la cofa hay marineros que hacen atalaya. En el Castillo de proa alguien grita:

‘—¡La Española!

‘La mano recia se engarfia con epilepsia de la jarcia. En el crepúsculo tropical habrá menos tintes rojos que en las pupilas del soldado. La brisa fresca pliega, temblando, el velamen.

‘En la noche le es imposible dormir. Una fiebre desconocida le muerde el pecho y las manos. Amanecido es, como todos, el primero en querer entrar al bote. El sol de un nuevo día le encuentra ya pisando con insolencia de dueño la tierra americana” (p.212).

Describe el narrador a los primeros habitantes de la isla, los lucayos, ciguayos y taínos, sugiriendo sus orígenes: “¿Taínos? ¿Caribes? ¿Ciguayos?... No sabemos. La isla era tierra de paso, leve calor para la planta fugitiva. En América del Norte adentro se han encontrado poblados con los nombres de Yuna y Cotuí, correspondientes al léxico nuestro; luego, es innegable que estas Antillas eran puente entre el Norte y el Sur. Resultaba arriesgado y difícil emprender largos viajes por agua y las islas estaban cercanas; de ahí que ésta fuera un mosaico de pueblos, porque cada fila pasajera fue dejando aquí, rezagados.

‘Probablemente los ciguayos tomaron posesión de la isla antes que otra raza. Indios semisalvajes, de frente tumbada y fiero carácter, toscos y sanguinarios al principio, habitaron en

Oviedo, el padre Bartolomé de Las Casas), con los auspicios de la Fundación Corripio cuya Biblioteca de Clásicos Dominicanos ha dado nuevos bríos al estudio de nuestras antiguas crónicas. *Cfr.* ROSARIO CANDELIER, Bruno, *El sentido de la cultura*, Santo Domingo, Ediciones Ferilibro, 1998, pp.252-258.

cuevas y buscaron la cordillera septentrional. Debieron ser cortos en número, que de otra manera hubieran opuesto resistencia a los taínos, venidos del Continente en son de pacíficos conquistadores. Los primeros fueron siempre guerreros y ariscos; usaban macana y flecha y no toleraban intromisiones. Los últimos eran labradores por excelencia, gallardos, bellos, tranquilos. Se acomodaron a la bendición del clima y empezaron a suavizar algunas de las duras costumbres que trajeron del Sur” (pp.213-214).

Al hablar de la piedra, el narrador intuye el eco de la memoria cósmica inserta en esa materia endurecida, que no deja indiferente a narradores y poetas: “En el claro silencio de las piedras, silencio cargado de palabras que el hombre no está aún apto para oír, va enredándose la historia y grabándose, unas veces con indolencia, otras veces con amor” (p.215).

En su evocación histórica, alude a la bella Anacaona y su capacidad política en medio de su pueblo: “Menester es, sin embargo, reconocer que había entre los nuestros espíritus continentales, como Anacaona, la gentil y bella esposa de Caonabó, que no supo asombrarse con los extranjeros conquistadores, sino que conservó y usó con ellos las mismas frescas y llanas atenciones que la distinguieron siempre. Pero su amplitud no llegó hasta hacer de la isla un solo reino, gobernable por un solo cacique y denominada por un solo nombre” (p.217).

Alude igualmente a la organización social y laboral que los indios se habían dado a sí mismos en esta isla tropical: “No tenemos noticia de que existiera en la organización social de nuestros antepasados la propiedad particular, pero sí parece que cada uno cultivaba un pequeño conuco o *cunucú*, para llenar sus necesidades. Sus cultivos eran escasos, mas bastaban al indio: yuca, de la que hacían el pan llamado age y el

casabe o casabi, quemando la raíz guayada en burenes, tal como se hace hoy; maíz, que ellos llamaban *maisí*; tabaco, aunque Oviedo asegura que no era éste el nombre de la hoja aromática, sino que denominaban así a los tubos con los cuales absorbían por la nariz su polvo quemado; algodón, que les servía para hamacas y para el minúsculo vestido que usaban las mujeres casadas. Estos productos, una vez usados los necesarios y entregada al cemí de su devoción la parte que le correspondía, pertenecían a la comunidad y la población precedía a transportarlos en canastos hasta las costas, donde eran canjeados por peces” (p.218-219).

Tras señalar la abundancia de árboles frutales y plantas medicinales, como suele darse en un ambiente tropical como el de esta isla caribeña, exalta la bondad de la tierra, la belleza del paisaje y la mansedumbre de sus habitantes: “¿Cómo no había de ser paradisíaca la vida de sus habitantes? Ellos, además, armonizaban con la gracia de la tierra: no tenían egoísmo y lo alejaron del corazón hasta no conocerse en su lengua las palabras tuyo y mío; nunca oído español oyó groserías contra mujer; mansos más que la mansedumbre misma: Las Casas asegura haber visto sólo una riña, y en ella los dos indios no se pegaban con las manos, sino con los hombros. Hasta dónde llegaba su dulzura, nos lo dicen sus insultos: “*buticaco*” significa ojos claros, “*xeyticaco*”, ojos negros y “*mabite*” desdentado. Y estos insultos, aun en su simpleza, eran dichos nada más que en casos de injuria mayúscula” (p.220).

El Gran Jefe indio era percibido, admirado y amado como el padre de todos y, como narra el autor de *Indios*, reverenciaban y acataban la autoridad de los caciques: “La población respetaba y quería entrañablemente a su cacique. Durante la prisión de Guarionex en la Concepción de La Vega Real, más de cinco mil indios se presentaron a don Bartolomé

pidiéndole, con lágrimas en los ojos, la libertad de su padre, que como tal consideraban a su jefe.

‘El cacique no procedía, como parece a primera vista, con absoluta libertad, sino que estaba constantemente rodeado de viejos consejeros, entre los que desempeñaban principalísimo papel los sacerdotes y brujos, bouhítios, llamados butios por algunos historiadores’ (p.222).

Señala también nuestro autor la faceta religiosa de los pueblos aborígenes y sus devotas canciones, índice de las creencias de los naturales de la isla en la Fuerza Superior de lo viviente: “Toda la historia religiosa del aborígen era depositada en la memoria de cada generación, por la vía de sus principales y la recitaban o cantaban en las grandes fiestas al son del mayohavanu, instrumento parecido a una calabaza con el cuello largo, de tan potente voz que se oía a más de una legua.

‘Sus otras creencias, así como sus ritos y la fe que en sus ídolos ponían, son ya cosas que tienen categoría de letra hispana, porque fueron sabidas, observadas y escritas por los conquistadores’ (p.231).

Tenían los indios sus peculiares rituales con los cuales expresaban su fe y, mediante el uso de sustancia narcótica, provocaban éxtasis místicos, conforme plantea y comenta nuestro autor: “El indio se encaminaba al poblado, buscaba al bouhiti, y lo llevaba al tronco. El hechicero procedía a hacerle la *coboba*. Consistía ésta en quemar polvos y aspirarlos por la nariz, en cañutos. No sabemos qué clase de planta serviría para tal ceremonia, porque la que ellos usaban embriagaba hasta hacer entrar en éxtasis al brujo. Su nombre se corresponde con la caoba, pero ignoramos que esta rica planta tenga, ni en sus hojas, ni en sus simientes, ni en sus fibras, poderes de droga. Pudiera ser el tabaco, porque, como ya dijimos, Oviedo asegura que así llamaban a los cañutos por los cuales aspiraban el polvo quemado y es posible que la denominación

haya pasado del instrumento a las hojas; pero no creemos que el tabaco embriague a tal extremo” (p.232).

Los pueblos aborígenes creían en las fuerzas ciegas de la Naturaleza y atribuían a poderes sobrenaturales el gobierno de fenómenos y elementos, como infiere Bosch, según relata en el siguiente pasaje: “Se contaban por miles los cemíes adorados en la isla. Los que no tenían casa y heredad eran puestos sobre las tumbas de los padres, hermanos y abuelos de sus fieles. Unos gobernaban los vientos, otros las lluvias, otros el crecimiento de las plantas. Ellos concedían todos los bienes, así como los hijos y la dicha” (p.233).

La leyenda de que, en noches de luna llena, una hermosa india emerge del fondo de los ríos a peinar sus cabellos con peine de oro, aún subsiste en el imaginario del campesino dominicano que heredaron del pasado indígena esa cautivante invención fantástica: “Todavía hoy, al través de un tamiz de cinco siglos, este cemí cuadrúpedo gobierna hilos de leyendas ingenuas en nuestros campesinos. Se ha transformado ya, pero reposa en los hondos remansos de los ríos; y en noches de luna el sencillo hombre de tierra adentro jura que un indio o una india, alisa sus cabellos con peine de oro. Es peligroso acercarse a los ríos, porque si bien la aparición se pierde en el agua, como lo hizo en la aborígen imaginación el cemí Opiyelguorivan, podría muy bien enojarse y desatar sobre la cabeza vagabunda del intruso incontados males. Hay también otra desfiguración de la leyenda y es ésta: a la vera de cada río poco conocido, porque viene de tupido monte o porque corre tan embarrancado que apenas se le puede reconocer, hay una cueva con un santo indio. Yo estuve largos días recorriendo en las cercanías de mi pueblo un río llamado Seco, de minúscula corriente, llevado por la esperanza de que un puntito luminoso de verdad alentara en las palabras de un viejo y honorable patriarca del campo:

‘—La cueva es pequeña, pero hacia adentro se ensancha. Ahí hay un santo con cuatro patas que sale todas las noches a bañarse en el río’ (pp.234-235).

La ciguapa, como criatura de la imaginación insular, ha gozado de la atención de nuestros narradores y poetas<sup>11</sup>, entre los cuales también está Juan Bosch. Hallamos, en efecto, en sus apuntes históricos y leyendas sobre los indios la alusión a ciguapas y goéizas. La primera noticia de las creencias de nuestros aborígenes aparece en la *Relación acerca de las antigüedades de los indios* del cronista de Indias fray Ramón Pané. Juan Bosch retoma y comenta el tema de la goéiza, así como el de la ciguapa y explica el significado que ambos vocablos tenían para nuestro pueblo aborígen.

La simpatía que inspiró el indio se fundaba en una identificación emocional con los sufrimientos y adversidades de los habitantes oriundos de la isla de Bohío, actitud que asumieron los nacionalistas, pues como dijera Max Henríquez Ureña, “el indio siguió viviendo para la poesía como un símbolo del patriotismo y del amor a la tierra y a la libertad.”<sup>12</sup>

Fue Javier Angulo Guridi, como ya dijimos conforme la crónica de nuestros historiadores, el primer dominicano que encontró en el recuerdo de los indios de la isla Española

<sup>11</sup> Se conocen *La ciguapa*, de Javier Angulo Guridi, 1875; *La ciguapa: leyenda indígena*, de Ricardo Sánchez Lustrino, 1912; “La ciguapa”, de Juan Bosch, publicada en *Indios*, 1935; la relación de la ciguapa en *Guazábara*, de Alfredo Fernández Simó, de 1958; *La muerte de la ciguapa*, de Cayo Claudio Espinal, 1972; *Ciguapapoesía*, poema de Orlando Morel, 1977; “La ardiente pasión de la ciguapa”, inserta en *Goéiza*, de Manuel Mora Serrano, 1980; “El misterio de la Ciguapa”, en *Los Carpinteros*, de Joaquín Balaguer, 1984; y “La creación de la ciguapa”, en el *Reino de Mandinga*, de Ricardo Rivera Aybar, 1987. También varios narradores posteriores, entre ellos Marcio Veloz Maggiolo, Oscar Holguín-Veras, Aída Bonnelly, Brunilda Contreras, Leibi Ng y Lucía Amelia Cabral, han escrito cuentos inspirados en esa criatura de la mitología insular dominicana.

<sup>12</sup> HENRÍQUEZ UREÑA, Max, *Panorama histórico...*, op. cit., p.279.

motivos de inspiración literaria, como se evidencia en sus poemas “Maguana” y “La cuita”, de 1840 y 1842, respectivamente, cuya producción poética de tema indígena llevó a decir al eminente ensayista Max Henríquez Ureña que la influencia de Ángulo Guridi “fue decisiva para dar impulso a la literatura indigenista en Santo Domingo.”<sup>13</sup> Ese impulso se aprecia en *La Ciguapa*, que publicara en Santo Domingo en 1876 y que constituye el primer relato sobre este fabuloso personaje de la imaginación insular. Ángulo Guridi recogió para la narrativa dominicana la tradición local que atribuye a un origen indígena la leyenda de una mujer salvaje, que cubre su sexo con su larga cabellera, tiene los pies volteados hacia atrás y se expresa con un lenguaje inarticulado en jupidos incitados por la necesidad de protección y querencia.

Tiene Javier Angulo Guridi el mérito de iniciar en las letras nacionales el tema indígena que, como se sabe, se inspira en la vida, las desventuras y el trágico destino de los primitivos habitantes de esta isla caribeña. “La ciguapa”, el primer relato inspirado en un tema vinculado al Indigenismo en Santo Domingo, apuntala el engendro de la imaginación insular con la gracia folklórica que nuestro narrador insufló a esa hermosa criatura legendaria.

Según la fantasía tradicional, la ciguapa sabe cautivar con sus encantos a los hombres cuando desea atraerlos para mitigar sus ardores sexuales. Su extraña anatomía, con los talones hacia delante y los dedos de los pies hacia atrás, posee rasgos que inspiran su frágil condición. Este original engendro criollo ha dado aliento al cultivo de la narrativa, como se aprecia en esta obra de Juan Bosch, que tiene el propósito de rescatar las tradiciones nacionales. El mismo Bosch, como han dicho otros escritores, afirma que la ciguapa es una invención original de la imaginación dominicana.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p.280.

Con hermosa prosa descriptiva, Bosch narra lo que atiza la imaginación al conjuro de las leyendas aborígenes. Nuestro escritor da cuenta del ambiente natural, el cultivo de la tierra y las costumbres aborígenes mediante la caracterización física y psicológica de esta peculiar invención.

La leyenda de la ciguapa, que aún sobrevive en nuestros campos, es quizás la más hermosa invención que nutre las creencias de nuestros aborígenes y que ha dado lugar a fascinantes relatos de nuestros narradores y poetas como el mismo Bosch evidencia en este hermoso texto de creatividad y ensueño: “La ciguapa es una diminuta mujer india, cuyos negros cabellos la visten. Tiene los pies al revés y sólo camina de noche. Mucha gente asegura haberla visto, mas siempre es difícil cogerla, porque para conseguir tal cosa es menester perseguirla con un perro negro cinqueño. Abre en las altas horas de la noche las mal cerradas puertas de las cocinas campesinas, con el fin de comer carne cruda. Ningún campesino es capaz de dejar parte del animal sacrificado en el patio o en cocina de floja aldaba” (p.237).

Luego el elocuente narrador pasa a describir el personaje que alienta la existencia de esta fabulosa criatura de la imaginación insular: “Esta de la ciguapa es, sin duda alguna, una indígena leyenda que nos ha llegado por boca de las generaciones. Indio es el color de ella, negro el cabello; habita en los bosques, como las opias y muchos cemís, sólo de noche sale, igual que en la abuela religión las almas de los muertos; indígena es su meloso nombre, *ciguapa*; y sólo la dulce lengua aborigen podía sacar a flor de labios tan bella leyenda” (p.237).

Describe Bosch el canto de los indios y ciguapas, que los aborígenes llamaban areíto, para alegrar sus noches y sus días en la rutina ordinaria o en la celebración festiva: “Con una voz fina y alegre, tan alegre como el trino del yaubabayael, cantaba sus areítos Anaó, la taína de Jaguá.



“En tierras de Maguá —decía su canto— vive la ciguapa bella y olorosa, la ciguapa de cabellos negros y brillantes, la ciguapa que camina de noche y tiene los pies al revés”.

“De noche sale —seguía el areíto—. De noche, cuando los cocuyos iluminan el bosque. Es bajita y se cubre con sus cabellos. Vive en los árboles, en el jobo, en el guanábano bienoliente”.

‘La voz fina y alegre de Anaó se oía todo el día. Cantaba si buscaba digo, si guayaba la yuca para hacer el casabí, si buscaba cipey para alisar el piso del bohío. Siempre cantaba la taína Anaó’ (p.247).

La ciguapa concitaba curiosidad y miedo y era deseada con ardores de luna llena. El narrador narra la ensoñación que la ciguapa inspiraba: “Yocarí Bagua Maocoroti, el bueno y el grande rey de los dioses, dará en premio una tierra nueva e inmensa al que le dé hijos de una ciguapa’.

‘Guasiba, hombre ya, oía y callaba. Se veía camino de Maguá; soñaba de noche con la ciguapa. Ninguna mujer parecía bella a los ojos de Guasiba.

‘Por aquellos días, cuando Nonun lloraba sobre la tierra, noche a noche, con lágrimas que traspasaban el bosque y se posaban en la hoja seca, se iba a conversar con las cibas menudas de la playa o con la raíz más crecida del mamey. Tanto anduvo solo, tanto pensó, que pareció cambiado. Muchos amaneceres le encontró Guey, la bien cortada cara entre las manos, los codos en las rodillas, la mirada sobre las aguas fugitivas de Jaiguá.

‘Un día los pies de Guasiba empezaron a pisar otro polvo: hacia acá vino, hacia nuestra hermosa Maguá’ (p.248).

Con fértil imaginación y palabra fácil, el narrador logra una visión poética, idílica y utópica sobre la mítica figura de la ciguapa: “Los ojos negros de la ciguapa más bella y más arisca de Maguá vieron, la segunda noche, la sombra del indio. Ella sabía tras qué andaba el macorix.

‘Estuvo largo y largo rato contemplándole. Después bajó del amacey, cariñosa y distinta. Al inclinarse sobre el cuerpo del enfermo muy gigantesco cocuyo le iluminó el negro cabello. Apenas se alzó un punto de brillo en los ojos de Gausiba.

‘La ciguapa arisca estaba tierna y admiraba la barbilla atrevida y los músculos duros, más duros que el capax del macorix. Pero de los labios encendidos de Guasiba sólo una palabra salía: Anaó” (p.250).

El narrador despliega, en su visión tierna y ardiente, un rasgo sobresaliente de nuestros aborígenes cuando la vida se vivía en armonía entrañable con el Universo: “Macorix Guasiba: la tierra negra y voraz, la tierra húmeda y alta de Guaiguí se ha estado comiendo tu cuerpo recio, tus ojos tristes y bravos a la vez. Quizá Anaó tu madre te espere todavía en su bohío.

‘Yo digo tu historia en el batey, cuando Nonun alumbra.

‘Bello y silencioso, el amor te dio vida y muerte. Aún así como estoy, cansado y viejo, siento alegría y orgullo si te recuerdo. (Estaba muy joven cuando atravesaste mi tierra, casi tan joven como tú). Pero guardo en la memoria tu cuerpo musculoso, tu paso elástico y tu pelo negro.

‘En el país de Soraya está Coaybay; descansa en él.

‘Aquí, donde moramos los hombres, tienes un canto eterno: el del río Guaiguí, que murmura tu nombre” (p.251).

Desfilan en estas leyendas vinculadas a nuestros aborígenes la descripción del entorno ambiental, mediante hermosas imágenes junto la manera de ser de los primitivos habitantes de esta agraciada isla del Caribe: “El hijo del viejo Guaoniba es alto, duro y está quemado por demasiados días de vida. Sus ojos brillantes acechan la mirada del padre, que tiene la vista sucia y los párpados cargados de diminutas arrugas.

‘Afuera está Nonun volando. Cruza el turey regando sobre la tierra su vieja luz. El hijo del anciano Guaoniba sale

un momento a la puerta para ver en el redondo fuego la cara de la india Atariba.

‘Sobre las altas jabillas bailan las estrellas. Bailan también las hojas de los árboles.

‘Guaoniba empieza lentamente a vaciar en los oídos de su hijo la añeja leyenda” (p.253).

Aquí aparece la presencia del chamán, que entre los aborígenes de la Española llamaban bouhitios, que oraba, orientaba y curaba a los enfermos y, en su condición de mediador entre los dioses y los humanos, establecía un vínculo con las deidades del más allá: “Niguayona fue, con el tiempo, joven bien puesto, recio y dulce como siempre lo fue un indio. Los bouhitios hablaron con los dioses y éstos auguraron luz y gloria para Niguayona, en cuyas manos había de caer, algún día, el gobierno de las tierras de sus mayores y el cuidado por la dicha de los suyos. Pero lo que vas a oír sucedió cuando todavía Niguayona era pequeño y no tenía fuerzas para manejar la coa y la macana.

‘La niña Atariba, cuyos cabellos negros y largos brillaban siempre como si el fuego los besara continuamente; la niña Atariba, que tenía la mirada honda como los charcos de los ríos; la niña Atariba, que ahogaba las palabras entre dientes blancos y labios rosados, estaba enfermita desde días olvidados. Vinieron los bouhitios y nada pudieron sobre su quebranto; hablaron los dioses y ningún remedio señalaron; hizo el cacique la cohoba y se negaron los cemís a curarla” (p.255).

Como todos los pueblos de la tierra, los ancestrales habitantes de esta isla tenían sus creencias en las fuerzas superiores y el Dios mayor, al que llamaban Yocarí Bagua Maorocoti, era la última instancia de sus peticiones y esperanzas: “Niguayona anduvo todo el día y a la caída de la noche durmió sobre hojas secas. Nadie le hubiera visto,

porque las hojas tenían el color de su piel. A la vuelta de Guey anudó su caminata con la anterior; y así estuvo hasta la caída de la tarde. Tenía hambre y sentía las piernas como cibas. La segunda noche durmió en el tronco de una baitoa. Antes suplicó:

‘—Yocarí Bagua Maacoroti, Supremo Rey de los Dioses, haz que encuentre caimoní pronto, antes de que muera Atariba.

‘Despertó cuando el día azuleaba, débil y con los ojos llenos de fuego. Anduvo, anduvo. A media mañana encontró un árbol de annonas.

‘—¡Oh! —dijo—. He aquí una annona.

‘Era verdaderamente raro, ya que sólo una había y ya que no eran aquellos los días en que la fruta asciende desde el corazón del árbol hasta las puntas de los cogollos. Era grande, amarilla como la caona y parecía madura.

‘—La tumbaré —pensó Niguayona— y si no encuentro caimoní la llevaré a Atariba, que tal vez con ella cure” (p.256).

Hermosa es la narración que alude a la creación de la mujer cuya presencia da vida y encanto a los hombres y, al mismo tiempo, belleza y animación al ambiente: “—Esta noche, cuando en el corazón del bosque se haya dormido la oscuridad, tendréis mujeres —dijo el ídolo.

‘Y a esa hora tomé dos estrellas del turey, racimos de caimoníes, parte de la misma noche y cipey de las barrancas. Cuando padre despertó sorprendió al cemí formando la primera mujer. Con las estrellas le hizo los ojos, con caimoníes la boca, con la noche los cabellos, con cipey la carne.

‘Tres días estuvo la mujer al sol, al agua y al rocío, bajo la inocencia del cielo. Al tercero habló así el cemí:

‘—Antes de marcharme quiero dejarte mi sabiduría, mi poder a uno de tus compañeros, al otro mi mansedumbre. De ti surgirán todos los bouhitios, del otro los caciques, del otro

las familias. Una sola mujer habrá ahora; pero con los años serán infinitas y poblarán de belleza la tierra.

‘Y dicho eso, el cemí abrió un hoyo en el vientre de la nueva compañera y al entrar en ella la animó con su vida’ (p.265).

En cada uno de los momentos y escenas que describe la diestra palabra del escritor dominicano aflora el vínculo entrañable con la Naturaleza, centro y animación de la vida de los primitivos pobladores de Bohío: “—La tierra que acogió a mi padre y dio la carne de mi madre no puede ser indiferente a la suerte de su raza. Pido a ella que se beba la sangre que derrame la flor de la guanábana, pero que la devuelva hacia los cielos agria y emborrache por infinitos viajes de sol a los hombres que la pueblen. Que nunca más, nunca más retorne a Maguá, ni a Higüey, ni a Jaraguá, ni a Marién, ni a parte alguna esta dulce paz que hay ahora en todos los ojos, en todas las sonrisas. Que no retorne ni para la raza que venga, ni para otra, ni para nadie. Que nunca más retorne, nunca más, nunca más... .

‘Y al incorporarse el anciano Maniobainoa, cuyas últimas palabras han buscado refugio en el bosque, arde como llama su terrible mirada y su sombra alta, que se va desvaneciendo poco a poco, parece llegar hasta el turey y arropar a la luna y a las estrellas asustadas.

‘Los hombres que le oían, temblorosos, no ven a Maniobainoa, sino a una gruesa nube negra que derrama terror sobre los bosques y el batey’ (p.267).

Esas expresiones dulces y candorosas, bucólicas e idílicas, afloran en esta singular narración de Juan Bosch, que tiene la virtud de integrar, en su escritura misma, los rasgos de la ficción novelística con los datos de la relación histórica y en tal virtud supo impregnar, al verismo de los hechos del pasado, una hermosa y cautivante fabulación.

### 3 *Del paisaje exterior al interior del hombre*

En su polifacética carrera literaria, Juan Bosch realizó diversas y variopintas tareas de redacción y escritura, hecho que no resulta sorprendente en atención a la fecunda trayectoria de un escritor que cultivó todos los géneros literarios y publicó más de cincuenta obras de ficción y ensayo, como lo han registrado varios estudiosos de su obra literaria.<sup>14</sup>

Uno de esos textos tiene el título de “Sargento Primero”. Como en *La Mañosa* o en “La mujer”, en esta narración aparecen trazos descriptivos que aluden al sol, los arbustos espinosos, el camino solitario... Los personajes experimentan la desesperación que quema dentro, la soledad brumosa. El narrador está atento al dato sensorial del ambiente tropical: “El sol se desbocaba sobre la tierra haciendo hervir hasta las piedras” (p.319). Es su manera de subrayar la humanización de la naturaleza mediante sugerente prosopopeya. Llama la atención el procedimiento descriptivo boschiano de atrapar no la cosa en sí, sino el efecto visual que los objetos generan en la percepción del observador: “Cuando se acercaba al cuartel vio entrar al muchacho que traía las cantinas, tres, porque los tres soldados restantes estaban en servicios. Siempre pensando tonterías, se sentó a la mesa frente al raso Tapia y empezó a comer. No se daba cuenta de lo que engullía. Estaba terminando cuando sintió pisadas; volvió el rostro, se incorporó y se fue a la puerta.

‘—Ya viene el raso Mata, se dijo simplemente.

‘Tornó a la mesa. Las pisadas del animal se oían mejor, se sentían más cerca. A poco una sombra llenó el cuadro de sol

<sup>14</sup> Cfr. PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, “Estudio, cronología, notas y variantes”, en BOSCH, Juan, *La Mañosa*, Santo Domingo, Industrias Banilejas, 2004, pp.47-58 y ROSARIO CANDELIER, Bruno, *La narrativa de Juan Bosch*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1989, pp.13-26.

que entraba por la puerta y el raso Mata se dejó caer con un bulto en la mano” (p.323).

Es importante destacar el efecto por la causa, manera predilecta y sugerente del diestro narrador: “A poco una sombra llenó el cuadro de sol que entraba por la puerta y el raso Mata se dejó caer con un bulto en la mano” (*ibid.*).

Para el narrador que ha recibido el influjo del Criollismo es muy importante la relación Hombre-Naturaleza, lo que explica el interés en ambientar el relato y resaltar lo que rodea a la acción misma en su entorno circundante: “Un silencio crudo aplastaba toda la tierra a su alrededor. Por la ventana veía trozos de cielo, paridos de nubes que volaban; en un camastro dormitaba el raso Mata. El sargento le miró: ‘Este animal me ha metido en tamaño lío’ —pensó. Pero ya no podía lamentarse; o se arreglaba aquello o no se arreglaba” (p.324).

Como en “Los amos” o en “El algarrobo”, cuentos en los que Bosch da notaciones magistrales al captar y expresar la belleza del paisaje, en este relato titulado “Sargento Primero”<sup>15</sup>, que es anterior a los citados cuentos, el narrador alude al contraste de la luz y la sombra, donde el sol es un agente dinámico, persuasivo e imponente: “Todavía estaba el oficio pendiente de la firma. Se puso en pie. A la luz estaba sucediendo una sombra clara y bondadosa. El sol debía estar hundiéndose entre los escasos árboles que coronaban la loma distante” (p.325).

Mientras atiende al paisaje, que le deslumbra, el narrador pone también su atención en el hombre, que le preocupa. Bosch sabía combinar hombre y paisaje, naturaleza y vida, historia y pasión con una cordial simpatía por lo que sucede en la vida. Este pasaje revela detalles de su personaje como un retrato de entero cuerpo: “En los primeros días hubo de resistir como un

<sup>15</sup> Fragmento de novela publicado en *Recta*, No. 2, San Pedro de Macorís, abril de 1936, pp.VIII-IX; y No. 3, mayo de 1936, pp.VI-VII.

mulo para no abandonar el rifle y huir; le hacían marchar horas tras horas, entre el polvo, bajo el sol, siempre tieso, siempre atento. Debía vivir pendiente de su limpieza, de los reglamentos, de las órdenes. Después hubo de hacer de centinela, arriba las estrellas despiertas y abajo despierto él, al hombro la carabina y paseándose de un sitio al otro, fino el oído, limpios los ojos. Pero se acostumbró, se hizo a la disciplina” (*ibid.*).

Al tiempo que fija su mirada en el paisaje circundante, sabe el narrador auscultar el interior de sus criaturas que, como narrador omnisciente, despliega pensamientos, sentimientos y voliciones a la luz de la anécdota corriente o al conjuro de la acción traviesa: “Caminando en la tremenda soledad de la loma, empezó a sentir miedo; una rama caída, una piedra rodada, el rumor lejano de un río despeñado: todo le hacía buscar refugio entre los árboles, cargado de miedo. Al cuarto día no podía con sus nervios y se hizo acompañar de un pedáneo. Al anochecer supieron dónde se escondía el criminal y decidieron asaltarle” (p.326).

La narración versa en torno a dos personajes, el raso Tapia y el Sargento Peña. El narrador sabe combinar la irritación del sargento con la calentura del ambiente: “El sargento empezó a dar grandes pasos de un lado a otro; se asomaba a la ventana, se sujetaba la frente. El sol se desbocaba sobre la tierra haciendo hervir hasta las piedras” (p.319).

Téngase presente que para la fecha en que Bosch escribe este relato (1936), el país está sometido a la dictadura de Trujillo (1930-1961) y la ficción fue para nuestro narrador un cauce adecuado para canalizar las inquietudes que bullían en la mente del autor que, sin duda, no comulgaba con la naturaleza despótica del régimen imperante. El siguiente pasaje, lo que dice el sargento, es un eco de lo que padece y experimenta en su fuero interno el autor de este fragmento de



novela: “El sargento señalaba con el dedo; el raso miraba en la dirección indicada. Sí, allí se encontraba aquel telegrama endemoniado.

—Bueno... Pero nada gano con hablarle a usted de estas cosas. Usted es un hombre porque tiene ojos, dos piernas y habla; usted no se puede imaginar cuánto sufre el individuo que tiene que abdicar de sus ideas... Además, aquí no se puede tener ideas...

‘Cruzó las manos sobre el vientre y empezó a tamborilear en la mesa. Efectivamente, el raso no le entendía. Decían de allá que había que evitar el robo a través de la frontera y él encontraba lo más lógico que se impusiera la ley, a tiros o como quiera. Al raso Tapia no le quitaba el sueño un negro muerto’ (p.320).

Más adelante el narrador profundiza en la manera de pensar del protagonista de su relato. El sargento pensaba en su niñez, en las enseñanzas del abuelo, en los libros que había leído. La moral de una inveterada y coherente visión del Mundo y de la vida chocaba con el comportamiento que su cargo le exigía. En la milicia no hay lugar para consideraciones morales o deliberaciones personales. Las órdenes se cumplen y no se cuestionan la pertinencia o la utilidad de tal o cual medida y acción. El actante del relato, a pesar de la rudeza del militar o de la circunstancia en que debe actuar, deja escapar escrúpulos y conceptos que provenían del fundamento moral de una disciplina que ninguna autoridad puede minar o subvertir. Por eso, en un pasaje de reflexión meditativa, leemos: “A media tarde y tras haberlo meditado bastante, empezó a escribir. ‘Los heridos escaparon antes de que hubiéramos podido apresarlos...’. Pero el sargento Iván Peña tenía todavía hondos rezumos de la educación que le impuso el abuelo: no podía mentir; no lograba apagar el fuego interno que le escocía cuando mentía. Se levantó, anduvo en círculos, siempre

rodeando la mesa; al fin rompió en menudos pedazos el oficio y comenzó de nuevo” (pp.323-324).

Cómo pesa la lección moral y el ejemplo edificante. Bosch dio testimonio, en su vida y en su obra, de una rectitud y una dignidad inspiradas en los valores morales y espirituales que constituyen el fundamento ético de una sociedad organizada y establecida. En tanto escritor que concebía la literatura como una creación nutrida en criterios estéticos y valores éticos, Bosch aprovecha la narración de historias y leyendas para canalizar la enseñanza que la doctrina literaria cifraba en la frase *fabula docet*, ‘la ficción enseña’, una manera sutil de transmitir un mensaje alentador y edificante. El siguiente ejemplo ilustra cabalmente esa propuesta señalada: “Pensó en sí mismo; se veía en su casa, oyendo las historias y los consejos del abuelo. En veces, cuando atardecía y el sargento Peña se echaba a vagar por entre recuerdos, le asaltaba una tristeza que le hacía subir lágrimas desde el fondo del pecho. ¡Ah! ¡Qué buena vida la que tendría allá, arreando a tal hora las vacas que pacían en amplios potreros, jinete en el rucio del viejo! En la noche le cantarían a su prima Herminia, o quizá tendría las manos de ella entre las suyas, o quizá, quizá...” (p.325).

En esta narración, Bosch combina, como hemos observado, la realidad temática que nutre la ficción, la realidad natural que ambienta el relato con las actitudes y los valores que el narrador quiere enfatizar desde la realidad de una disciplina bajo la apariencia de verdad indiscutible.

El segundo texto importante que incluimos en este volumen de las *Obras completas* de Juan Bosch es “Bolívar, de Trujillo a Caracas”, fragmento de un episodio radial de los que el escritor dominicano componía y presentaba en la CMQ de La Habana, en los años ‘40 durante su exilio en Cuba.

Cada uno de esos episodios se presenta dramatizado por locutores especializados en el arte de la locución y, desde luego,

concebido y redactado en todos sus detalles miméticos, sonoros y expresivos, tomando en cuenta el medio radial de su presentación.

La producción narrativa, a modo de guión radial, presenta los datos de la imaginaria escena, la participación del narrador, las voces actuantes y las indicaciones pertinentes al objetivo del decurso de acciones y palabras.

Redactado a la usanza tradicional y conforme a la forma expresiva del español de España, que para la época del episodio narrado era el usual entre la clase culta en América, el libreto no deja nada al azar, sabiendo que no está dirigido a lectores sino a oyentes: “VOCES. Carreras alejándose. Pasos de hombres.

*‘Suben escaleras calzados con botas pesadas.*

‘MONTEVERDE: Menos mal... Creí que no llegaba a tiempo... ¿Estará esperándonos don Juan Manuel?

‘VOZ: Está, señor.

‘MONTEVERDE: Avísele que lo aguardo en mi escritorio.

‘VOZ: inmediatamente, señor... Pero antes debería Su Excelencia despojarse de esa ropa mojada... Puede haceros daño...

‘MONTEVERDE: El daño lo hace otra cosa... La ropa mojada no es ninguna novedad para un marino, aunque esté en tierra... Vaya usted a avisar a don Juan Manuel...

‘VOZ: Allá arriba lo veo, en el rellano. Se advierte que le ha estado esperando...

‘MONTEVERDE: Pues tiene usted razón... (*Alto*) ¡Don Juan Manuel!

‘JUAN MANUEL: (*de lejos, alto*): Don Francisco me había avisado que esperaba a Su Señoría hoy en La Guaira, y por eso no me he movido de aquí” (p.330).

Por los datos toponímicos (La Guaira, Mérida) sabemos que la historia se ubica en Venezuela, y por las alusiones

sociales (nobles, señoría) inferimos la ubicación histórica (siglo XIX) en la América de las luchas independentistas.

La obra narra la expedición que Bolívar realizara en la segunda década del siglo XIX, desde Cartagena de Indias en Colombia hasta Mérida en Venezuela, en ruta hacia Caracas, pasando por Trujillo, pueblos en los cuales el Libertador de América irrumpía triunfante en su guerra de liberación.

Bosch retoma el tema de los enfrentamientos armados entre los soldados realistas y las fuerzas revolucionarias que tuvieron lugar en la América hispana durante el siglo XIX.

El principio de la libertad subyace en la motivación guerrera de los pueblos sometidos a dominio, según la concepción boschista, principio que alienta la sustancia narrativa de esta creación radial del escritor dominicano. Esa motivación enciende el sentimiento patriótico que despertó el ideal liberador en las naciones americanas bajo la visión independentista de Bolívar, cuyo pensamiento condensa Bosch en el siguiente parlamento: “El mundo reconocerá nuestro derecho a ser libres sólo cuando se acostumbre a saber que tenemos poder indiscutible para aniquilar a nuestros enemigos. (*Da pasos. Se detiene*) La guerra es terrible, y lo único que puede acortarla es el miedo del enemigo a ser destruido... Los propios españoles lo consideran así... ¿No tengo ahí, entre mis papeles, la orden general del jefe español Antonio de Tiscar, fechado hace sólo un mes y doce días, en que manda que todo patriota que caiga en manos realistas sea pasado por las armas?... ¿Por qué razón puede tener potestad sobre la vida de un patriota un simple teniente-gobernador, un segundón de Monteverde; y quién dio autoridad a España para quitar vida y bienes en América si no fue la conquista hecha por la fuerza?” (p.335).

El autor de este texto, imbuido del espíritu americanista, prevalido del sentimiento de identificación con las causas de compasión y justicia, armado de los principios de autonomía

y solidaridad, penetra en la razón profunda de una lucha que abrasó a todo un Continente, como se infiere del siguiente pasado escrito con ardor patriótico: “OFICIAL: (*Leyendo*): Tocado de vuestros infortunios, no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hacían experimentar los bárbaros que os han aniquilado con la rapiña y os han destruido con la muerte, que han violado los derechos sagrados de las gentes; que han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes; y en fin han cometido todos los crímenes, reduciendo la República de Venezuela a la más espantos desolación” (p.337).

El narrador enfatiza el criterio de que la guerra de independencia no era contra los españoles como tales, sino contra los españoles que combatían contra los criollos. Mientras se dan detalles de las refriegas y luchas entre los dos bandos rivales, en el curso de las peripecias se puede apreciar, desde una y otra perspectiva, la autoridad que infundía el General Bolívar y la justa causa de su rebelión. Su triunfo cierra el relato con el siguiente parlamento: “BOLÍVAR: (*Bajo, emocionado*): He llegado... hemos llegado, por fin, a la ciudad santa de la libertad americana... Hace un año abandoné estos lugares amados como un fugitivo, y ahora retorno como libertador... (*Subiendo la voz poco a poco*) ¡Caracas, patria de mis mayores, tierra que me dio la vida...! Por ti conservaré para siempre este glorioso título con que me saludan tus hijos... Libertador o muerto...

‘VOCES: ¡Vivan los libertadores de la patria! ¡Viva Simón Bolívar!’ (p.345).

#### 4 *La dimensión ética y simbólica de El oro y la paz*

“A mí Bolivia me impresionó mucho; me impresionó la condición humana del indio de Los Andes, que es un ser extraordinario, así como su soledad, su vida de miseria y, sin embargo, cómo enfrentaba esa vida con dignidad, con señorío. Lo que quise expresar en “El indio Manuel Sicuri” era la dignidad

del indio andino, del indio de Los Andes, ese indio que habla el aimará y el quechua, frente a un problema que le representó la vida, un problema provocado por su soledad y por el hecho de que un cholo, es decir, un medio indio del Perú, tuvo que huir hacia Bolivia. Después, escribí la novela *El oro y la paz...* Yo estuve 24 años en el exilio y *El oro y la paz* vino a publicarse aquí en la República Dominicana<sup>16</sup>. De manera que desde allá por el año 1954, estuve 6 meses en Bolivia, hasta que volví al país, pasaron unos 13 años o algo así; y en esos 13 años yo no tenía contacto con la realidad dominicana, a pesar de que ya había escrito, me parece que desde el exilio, en el 1958, cuentos dominicanos como “La Nochebuena de Encarnación Mendoza”, por ejemplo. Yo había salido de aquí a fines de 1937, en los últimos días de ese año, de manera que hasta el 1954, cuando llegué a Bolivia, yo tenía 17 años fuera del país y en 17 años el país había cambiado. Yo no podía inventar una novela dominicana; un cuento sí, porque los cuentos son una concreción, algo que se presenta y se produce casi instantáneamente. En un cuento no hay que pintar una sociedad moviéndose, actores que va yendo y viviendo, transformando el ambiente o el ambiente transformándolos a ellos. Yo creo que la novela sí. Por esa razón no fue una novela dominicana lo que escribí, porque la novela dominicana la había escrito en *La Mañosa*.<sup>17</sup>

Ese testimonio de Juan Bosch forma parte de una entrevista en la que el escritor dominicano hace referencia a su estancia en Bolivia, donde se desarrolla la historia que narra en *El oro y la paz*.

<sup>16</sup> BOSCH, Juan, *El oro y la paz, novela*, Santo Domingo, Edición Especial 74.75, 1975, 248p. (Colección Especial; 5).

<sup>17</sup> ROSARIO CANDELIER, Bruno, “Entrevista a Juan Bosch”, en *Coloquio Literario*, Santo Domingo, Publicación del Banco de Reservas, 2000, pp.341-342.

El siguiente pasaje condensa el sentido de esta novela inspirada en la vida en la selva: “—En la selva suceden cosas muy curiosas, amigo —dijo Forbes mirándole con seriedad—. Tal como ha dicho el capitán Ramírez, si Yasic y Barranco se pierden volverán al punto de partida. Pero no creo que se pierdan. Barranco conoce la selva.

‘—Y si no se pierden y salen al Brasil o a Iquitos, serán ricos. Con tanto oro podrán vivir en paz...

‘Alexander Forbes se quedó mirando a Céspedes como si le hubiera oído una blasfemia.

‘—¿Paz ha dicho usted? No, amigo, con tanto oro no podrá haber paz entre Barranco y Yasic. Donde hay oro no hay paz.

‘El capitán Ramírez tomó su vaso y bebió un sorbo.

‘—Así es, mister Forbes. Donde hay tanto oro no puede haber paz” (p.138).

El diálogo transcrito de *El oro y la paz* es suficientemente revelador para ilustrar, de un modo elocuente, el carácter y el propósito de esta novela. Y es precisamente en atención a ese objetivo que me propongo en este estudio desentrañar el contenido de esta segunda novela de Juan Bosch.

Para adentrarnos en el sentido de la novela, es importante enfocar el aspecto vinculado al ámbito conceptual de las creencias, concepciones y valores que encierra la cosmovisión del escritor dominicano. Esa dimensión de la conciencia, que comprende la visión del Mundo, se manifiesta en la concepción de Bosch sobre la obra literaria como una creación signada por valores estéticos y atributos morales. Esa convicción explica el predominio socio-realista de su narrativa.

Igualmente ese fundamento conceptual entraña la ponderación de la solidaridad en tanto actitud de comprensión y de identificación con las necesidades de los hombres. Y la asunción del pensamiento con una orientación que permita superar los patrones de la ignorancia y el atraso, expresados en

sentimientos de miedo, superstición, prejuicio, derrota y pesimismo. De igual modo, una valoración de la realidad humana mediante la cual se despierta una sintonía con sus manifestaciones específicas, lo que llevó a Bosch a estudiar y conocer la mentalidad de los pueblos y desarrollar una compenetración con la realidad mental de los sectores populares. Esos aspectos tienen cabal manifestación en la narrativa de Juan Bosch, que cultivó con ejemplar maestría.

Cuando Bosch presentó *El oro y la paz*, mostró cómo hizo la novela, es decir, trazó una explicación desde la perspectiva del propio creador —concepción y elaboración de los temas y argumentos, plan narrativo, organización del material, etc. Por supuesto, la presentación de una obra puede hacerse desde el punto de vista del creador —aspecto de mayor interés para quienes escriben novelas— y desde el punto de vista del lector. Este último aspecto da cuenta de la finalidad última de la creación literaria, la comunicación, meta y destino que toda obra artística aspira cumplimentar, lo que le da sentido y trascendencia a una obra literaria.

Partiendo, por cuestión metodológica, del primer plano de la obra de ficción, es decir, del estadio primario de más fácil captación, que es el estrato básico de lo narrado, nos encontramos con el nivel de la pura historia, cifrada en hechos, peripecias y anécdotas que vertebran el esqueleto de la narración. En este primer plano observamos en *El oro y la paz* una triple referencia. En primer lugar, la búsqueda del oro, tema y motivo de la obra, plasmados a su vez en una triple vertiente: la búsqueda “natural” del oro; la búsqueda “ansiosa” del apetecido metal; y por otra parte, el “sueño” del oro. En segundo lugar, las historias narradas en torno a esa búsqueda. Y en tercer lugar, la descripción ambiental entrelazada con la situación de los hombres y mujeres que intervienen en la historia de esta narración.



El segundo plano o grado intermedio, que es el estrato clave del sentido de la obra, corresponde al trasfondo socio-cultural en el que se describe el problema central, es decir, el drama que engendra la búsqueda del oro. En este segundo plano podemos constatar una triple referencia. En primer lugar, la ambición del oro, personificada en Pedro Yasic. Esta primera referencia comporta a su vez una triple vertiente: de un lado, las implicaciones de la búsqueda del oro; de otro lado, la tormenta interior, como secuela de esas implicaciones; y, como contraposición, la añoranza de un pasado mejor. En segundo lugar, se presenta en este segundo plano la antítesis del oro, que es la paz, personalizada en Alexander Forbes, a cuyo través se expresa el núcleo significativo que proclama el mensaje de la obra. Y en tercer lugar, la manifestación de diversas actitudes contrapuestas, consecuencia inevitable de las ciegas apetencias por el codiciado metal.

El tercer plano, que encierra el estrato más profundo de la obra, es el nivel de la simbolización en el que aparecen los valores relevantes. Vemos también en este tercer estadio una triple referencia: la figuración simbólica del oro, la dimensión simbólica de la paz y la odisea de Pedro Yasic con las diversas relaciones implicadas.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> El esquema de *El oro y la paz* presenta esta relación: I) Primer plano: el estrato primario o estadio básico. 1) El nivel de las historias (hechos, peripecias, anécdotas). A) Con una triple referencia: a) La búsqueda del oro: i) La búsqueda "natural" del oro; ii) La búsqueda "ansiosa" del oro; iii) El "sueño" del oro ("alucinación" del oro). b) Las "historias" narradas en torno a esa búsqueda. c) La descripción de la selva. II) Segundo plano: estrato intermedio; estadio clave del sentido. 2) El nivel del trasfondo socio-cultural: descripción del problema central de la novela (el drama de la búsqueda del oro). B) Con una triple referencia: a) La ambición del oro: caracterización de Pedro Yasic. i) Las implicaciones de la búsqueda del oro; ii) La "tormenta interior", como secuela de esas implicaciones; iii) Como contraposición, añoranza de un pasado mejor. b) La antítesis del oro: la paz. Con un doble enfoque: i) Caracterización de Alexander Forbes; ii) Proclamación del mensaje. c) Actitudes contrapuestas, como efectos consecuentes. III) Tercer plano: el estrato más profundo, el

Los tres planos, con sus vertientes y aspectos, están imbricados coherentemente, razón por la cual el tratamiento formal sigue la tónica del propósito de la obra: mostrar, de un modo sencillo y sin retórica, el sentido de la vida, representado en la doble referencia al oro y la paz. Veamos separadamente los planos y los aspectos concatenados.

En efecto, la novela *El oro y la paz* describe las peripecias de unos hombres que andan en busca del oro en la selva amazónica de Bolivia, escenario en el que se desarrollan unos hechos que sirven de soporte al aspecto argumental de la obra: el conflicto que se desprende de esa búsqueda en relación con la postura de unos hombres ante el oro mismo, es decir, el conjunto de actitudes y efectos consecuentes, con una cierta disposición emocional frente al orondo metal. Correlativamente, la temática de *El oro y la paz*, es decir, la idea central que el narrador pretende plasmar en esta novela está ligada a esa búsqueda del oro —con sus pasiones, aventuras y tensiones—, que el narrador contrapone a la paz —con su bonanza, gratificación y felicidad— para sugerir el sentido de la meta humana y al mismo tiempo cuestionar la inoperancia y la pertinencia de una y otra búsqueda a la luz de los efectos que ambas búsquedas conllevan. Para alcanzar ese objetivo dentro de las posibilidades narrativas, el autor recurre oportunamente a la descripción ambiental, la caracterización de los personajes, el diálogo ilustrativo y las pertinentes escenificaciones en un tono que en todo momento es afín al espíritu de la narración.

El entramado narrativo de *El oro y la paz* gira siempre en torno a la búsqueda del oro. Se trata de una búsqueda que responde a una apetencia secular por lo que real y figurativamente significa el oro. Y esa apetencia se manifiesta en la

estadio de lo figurativo. 3) El nivel de la simbolización con sus valores relevantes: C) Con una triple referencia: a) La figuración simbólica del oro; b) El simbolismo de la paz; c) Las relaciones implicadas de la odisea de Pedro Yasic.

novela en las modalidades con que normalmente se suele materializar: de un modo natural, de un modo ambicioso y de un modo alucinatorio. Denomino a la primera modalidad búsqueda “natural” del oro, representada en esta novela por Salvatore Barranco y José Valenzuela, que indudablemente querían oro “[...] para dejar atrás la selva, para vivir en una ciudad donde hubiera gente como él, hombres con quienes hablar de negocios, de política, periódicos que leer, automóviles para moverse, y no balsas, no más balsas, nunca más balsas” (pp.79-80).

Es decir, Salvatore Barranco deseaba oro sin apetencias ilícitas, con naturalidad explicable. Su postura es el reflejo de una “búsqueda natural” del oro en procura de un aliciente que le permita variar el *modus vivendi*, ya que vivía “a disgusto en la selva” (p.130), de tal suerte que para Salvatore Barranco el oro representa “un porvenir tranquilo” (p.87). Idéntica actitud se aprecia en José Valenzuela, que no deseaba oro abundante, sino lo necesario, “algo con qué llegar a Chile y poner un negocito allá y organizar su vida en la patria para que Sara tuviera un ambiente adecuado...” (p.170), según refiere la novela.

Distinta es la búsqueda del oro en Pedro Yasic —protagonista del relato— que desde La Paz fue a Tipuani a sacar oro, pero en actitud ambiciosa y desmedida, consciente de que realizaba una “aventura peligrosa” (p.37), interesado solamente por el oro, aunque se viera en el peligro de arriesgar la vida, ya que sólo pensaba en oro “para él, para él solo, para él nada más” (p.165). Esta segunda vertiente de la búsqueda del oro responde a la segunda modalidad mencionada, es decir, a una búsqueda “ansiosa”, que se traduce en una “sed” incontrolable por el oro. Cuando esta “ansiosa búsqueda” del oro no es satisfecha, suele degenerar en la tercera modalidad que he llamado el “sueño” del oro y que, a los buscadores de oro

como Pedro Yasic, les genera un estado alucinante. En efecto, Pedro Yasic se imaginaba rico y en ese estado delirante se potenciaban su egoísmo y su violencia, tal como se puede apreciar en varios pasajes de esta obra: “Eso que él veía no era oro ni nada parecido. De súbito le volvió aquel calor interior que parecía obedecer a sus órdenes, un calor que le venía de las entrañas y lo hacía colérico” (p.24).

Estas vertientes de la “vocación aurípeta” se tejen en hechos que plasman el nudo argumental: Yasic, buscando desesperadamente el oro, lo halla para su mal. Junto al argumento central ocurren diversas historias conflictivas —como la tragedia de Magdalena y Angustias, como la desesperación de Salvatore Barranco, como el destino dramático de los hermanos Petit— que coexisten como núcleos narrativos interdependientes.

Y en contraposición a esa desesperada y heroica búsqueda del oro, aparece Alexander Forbes, personaje que cobra dimensión actancial relevante en *El oro y la paz*. Forbes había ido a la selva “por una razón sentimental” (p.39): “Vine a la selva en busca de mi hijo” (p.40), decía. Alexander Forbes no encontró a su hijo, pero halló “la paz, la belleza, el afecto de todos” (p.137) y se quedó en la selva y en “la voz de la selva, tan múltiple, tan llena de matices, susurrante, expresiva, rica” (p.137), se encontró a sí mismo, desarrolló su potencialidad creadora y allí se sentía “en medio de la vida, porque la selva está llena de una vida intensa” (p.44) y “a la vez plácida” (p.45). En medio de aquella placidez, logró “especies nuevas” (p.44), con los materiales naturales de la misma selva, esfuerzo científico que hacía con sentido artístico: “Aquí, buscando a mi hijo, yo hallé la paz y me dedico a crear belleza” (*ibid.*).

Efectivamente, se dedicaba a crear belleza, elaborando nuevas floraciones (“orquídea de color oro con puntas blancas” [*ibid.*]), sintiéndose en “perpetua compañía, la renovada y

siempre presente compañía de todas las criaturas selváticas” (p.45), en aquel mundo vegetal y selvático de “pájaros multicolores” (p.178), que le permita comprender “el valor del tiempo” (p.46) y el don mágico y eterno de la vida. La eclosión salvaje era para el viejo botánico “la plenitud de la naturaleza mostrándose en su asombrosa actividad creadora” (p.45), que él quería parodiar y superar, “pues él, hombre de ciencia, enamorado de su profesión, sabía ver ese lento moverse de la vida en las formas vegetales y lo apreciaba y disfrutaba como un regalo de los dioses...” (*ibid.*).

Está ahí reflejada la percepción de la selva como fuente generadora de vida, como cantera inagotable de energía cósmica. Aparece también la visión de la selva como guardiana de los tesoros naturales, como refugio y amparo de la desesperación existencial o como meta y destino de realización personal. Desde luego, la selva es, ante todo, el escenario natural, con fundamento real primero y relevancia simbólica después, de la búsqueda del oro y el trasfondo ambiental que enmarca las veredas conflictivas de *El oro y la paz*.

La selva es el paisaje vegetal, el ambiente de la jungla, que comprende y anima el terrible drama desencadenado por la ambición del oro. Porque la selva encubre, como velo misterioso, el metal dorado y la selva ofrece también una analogía, extraña y arcana, con el personaje que se confunde con los aspectos más siniestros del terror selvático: Pedro Yasic, un tipo intrigado, cauteloso, astuto, agitado, temerario, calculador, egoísta, despiadado, ambicioso, sinuoso y corrupto. El narrador lo describe como un hombre de “mirada dura” (p.25). Sara Valenzuela ve en él unos “ojos extraños” (p.71), y Angustias percibía en él una “voz sorda, que parecía un vaho de fiera” (p.127). Su agitación anímica le impedía exhalar de la selva aquella “paz tan absoluta” (p.23). Y esta frase que pronuncia en trance agónico es bastante

ilustrativa: “Si me muero, que no caiga mi oro en manos de nadie, de nadie” (p.184), enfatizaba.

Si así pensaba Yasic en trance de muerte, ¿qué se podía esperar de él en completa plenitud vital? ¿Qué harían su ambición y su delirio? ¿Qué puede engendrar la ambición del oro? La respuesta la da Alexander Forbes cuando se pronuncia: “Es una aventura que corrompe el alma. El que busca oro quiere encontrarlo inmediatamente; no se resigna a hacerse rico como resultado de una vida de trabajo o gracias a un gran esfuerzo científico o artístico” (p.65). De ahí la actitud de constante acecho de Pedro Yasic, que proyecta el narrador a través de monólogos ocasionales: “Cuando se trata de oro hay muchos enemigos. Si saben que llevas oro te matarán para quitártelo” (p.106), comentaba.

Consecuentemente, Pedro Yasic “no podía dormir” (p.124) y era tan desconfiado que “preparaba él mismo su comida” (p.141). Tras una larga historia de dramas y aventuras, el narrador nos presenta a un Yasic derrotado, aniquilado por el hambre y la enfermedad, sin fuerzas para resistir, exhausto, “hecho estragos” (p.183), con un aspecto de “máscara maligna” (p.165).

Ahora bien, las implicaciones de la búsqueda del oro no fueron sólo físicas: Pedro Yasic sufrió una “tormenta interior” a causa del afán del oro. La tormenta que se había destado en su alma se traducían en convulsiones hasta el punto de que sus “manos le ardían y el corazón parecía querer salirse del pecho”, por lo que se convertía en un calor interior que le venía de las entrañas y lo hacía colérico. La ambiciosa búsqueda del oro despertaba en Yasic un “viejo miedo al fracaso” (p.24), un miedo de “tentar al destino”, un miedo de “no hallar allí oro” (p.25), como apunta el narrador.

Pero no sólo Yasic vivía inquieto, ansioso, agitado por el oro: toda la gente de Tipuani estaba “enloquecida por ese maldito metal” (p.64). Hasta el sargento Juan Arze quería

oro, un tipo como él, sombrío, colérico, turbulento, siniestro, agresivo, en cuyos ojos “fulguraba el odio” (p.69): quería hacer “justicia” (que para él significaba “quedarse con el oro” [p.154]), porque el oro no podía ser para Yasic ni para nadie más sino para él.

De ahí que, como contrapartida saludable, en un momento del novelar se recuerde, a modo de contraste con las apetencias insaciables y ambiciosas del oro y como añoranza de otros tiempos, las nostalgias de una vida, de un pasado, de una “[...] organización social establecida sobre la justicia y la bondad; un imperio enorme en que no había un ladrón ni hombre vicioso, ni holgazán, ni mujer adúltera ni mala, ni se permitía entre ellos, ni gente mala vivía en lo moral, y... los hombres tenían ocupaciones honestas y provechosas” (p.136).

Justamente, los reflejos de las estructuras socio-culturales vigentes asoman reiteradamente en el cuadro socioeconómico que contrapuntea el relato. Por ejemplo, mientras los indios aparecen usando sandalias y pantalones cortos durante su tarea, “entre los yerbajos y las piedras sin protección, porque en la zona abundaban las culebras venenosas. Pedro llevaba botas de los indios, cuero hasta media pierna” (p.16), o mientras estaban “llenos de tierra, sudorosos, esparciendo su agrio olor, los indios se movían preparando fuego para hacer comida” (p.18), y cuando están en la pista del secreto del oro, después de mucho hollar, Pedro Yasic los despide, para él usufructuar solo el hallazgo del oro. Y cuando estaba en plena selva, en el clímax de la aventura, Angustias, llevada por un trágico destino a acompañar a Yasic, recibía de este una gran desconsideración, aun cuando reflejaba en sus ojos “el miedo de un perro que ha sido apaleado sin piedad” (p.165). Es la culminación del “individualismo antisocial de los privilegiados” (p.133), como señala el narrador en un pasaje de honda reflexión social. “Igual que los conquistadores [...] esos hombres se llevaron el

oro y los indios que trabajaron se quedaron con hambre” (p.136), leemos en una escena que parece repetir el pasado colonial. Muchos hubieran querido imitarlos porque fueron “centenares de fracasados, hombres que habían llegado llenos de ilusiones y se habían quedado para siempre allí debatiéndose entre la miseria y los vicios” (p.65), como la historia del viejo Pedro Ibáñez, tío de Pedro Yasic, que “había vivido allí, había luchado a muerte buscando oro y cuando lo halló no le dijo a nadie una palabra” (p.103). Es decir, aquí no contaba el sacrificio de los indios, ni su “candor natural” (p.111), ni su nobleza espontánea, ni sus achaques o desnutrición, ni mucho menos su disponibilidad. Todas estas implicaciones sociales y culturales se resumen en una frase de tremenda connotación, que pone el narrador en boca del señor Céspedes: “A pesar de sus enormes proporciones, la selva es muy pequeña para el hombre blanco” (p.138).

Distinto era el discurrir de Alexander Forbes, “un viejo alegre y bueno” (p.7), sin complicaciones, afable y respetuoso, con una gracia natural, capaz de sintonizar los ecos naturales de la selva, con aquella “alegría de niño” (p.45), y finura espiritual que le hacía agradecer la vida y poner “cara sonriente al infortunio” (p.43), y llevar una existencia serena y apacible. Forbes había hallado la paz en medio de la vida selvática —“una vida intensa y a la vez plácida” (p.45)—, cuyas leyes naturales supo percibir y asimilar “según su propio ritmo” (p.44), porque ciertamente —como glosa el narrador: según su propio ritmo “[...] que son víctimas habituales adquieren desde pequeños la noción de que deben huir del jaguar y del puma. En cambio, no es ley que el hombre mate para despojar a otros hombres o cause sufrimientos, y mata y hace sufrir” (pp.44-45).

Y todo ese ocurre por la ambición del oro, por esa sorda “lucha por la riqueza” (p.39). Porque “el deseo de hallar oro



acaba corrompiendo y ésa es la razón de que la historia esté envuelta en crímenes” (p.65), porque “el deseo del oro vuelve al hombre malo; ahuyenta la paz de su alma y lo que el hombre debe buscar es la paz, no el oro” (*ibid.*). Por eso Alexander Forbes enseñó a su hijo “a buscar lo bueno, lo bello, no el oro. El oro mancha el corazón de la gente; la belleza lo hermosea [...]” (p.41), reitera el narrador.

Llegamos aquí al núcleo significativo de la obra, justamente proclamado por boca de Alexander Forbes: “[...] belleza y paz, las dos cosas que el hombre debe buscar en este mundo” (p.44), exclama Forbes en un rapto de entusiasmo. Y añade: “Todo eso del oro y del poder son complicaciones que nos hemos creado. No necesitamos ni oro ni poder; nos basta con la belleza y la paz del alma” (*ibid.*). Y esta idea la reitera por doquier: “El oro es un mal consejero [...] Yo les digo a todos: ‘Busquen la paz del alma, y no el oro, busquen la belleza y no el poder’ ” (p.131), mensaje que se reitera enfáticamente en esta novela.

Para Alexander Forbes, “la sociedad debe despojar al ser humano de la ambición del poder y del oro, pero debe hacerlo mediante la educación” (p.132). Insiste en que hay que educar al hombre “para que su conducta sea buena” (*ibid.*), para que “respete las leyes” (p.135), para que se realice mediante “el trabajo, el estudio, el arte” (p.64), porque de otra forma la gente se queda “con miseria y sin oro” (*ibid.*), como el extraño destino de Pedro Yasic.

Ahí está patéticamente reflejada la encrucijada dramática de *El oro y la paz*, con su trasfondo significativo, con sus pasiones obsesivas, con su destino inexorable. Es la vieja herencia de unos conquistadores que nos inyectaron la ambición del oro y es la historia que se repite, con nuevas modalidades y en situaciones nuevas. “No entiendo ese afán de oro que tiene todo el mundo aquí” (p.131), exclama Forbes, frase que

parece pronunciada en un aquí y un ahora constatables. Porque tal parece que la búsqueda del oro es el ideal de la vida entre nosotros. Y el trabajo serio y la investigación científica y el cultivo del arte parece que se consideran, según la estimación de Yasic, como “una idiotez”. Porque lo que cuenta es el oro. La “dorada” arrogancia de los potentados y el “plutense” reto de los poderosos se aplaude con elevada complacencia. Y los actuales yasicianos, los modernos buscadores de oro ya no temen ni siquiera los peligrosos riesgos de la selva, porque la “selva” de la ley los ampara. El mismo oro les proporciona el antiofídico necesario para la inmunización permanente. Tamaña ironía del destino, pues ya no valen las proclamas contra el “oro corruptor”.

De ahí que *El oro y la paz* comporte una triple figuración simbólica. En primer lugar, el oro, símbolo de la riqueza, del poder, de la indolencia y también representación alegórica de la ambición y el fracaso. Efectivamente, para Pedro Yasic el oro representaba “la riqueza y el poder” (p.25), pero era también una “trampa” temible. De hecho, al entrar Pedro Yasic en conocimiento y posesión del oro, adviene la desgracia: “Yo salgo de aquí; yo salgo de esta selva” (p.181), repetía inútilmente y en tardío lamento exclamaba: “Si estuviera en casa [...] me sentiría bien, no estaría débil” (p.185). Sólo atinaba en esconder el oro, pero tenía que retener “el único oro” que le quedaba, hasta que presiente que el oro era la causa de su mal, cuando ya no había remedio: “Tiró las bolsas lo más lejos que pudo [...] Volvió la mirada y las vio allí, tan cerca, que sintió miedo; miedo como si las bolsas hubieran sido una culebra que iba a saltar sobre él. Entonces corrió agitando el fusil y dando gritos; corrió hacia el río como si hubiera resuelto lanzarse en él.

‘El esfuerzo consumó sus últimas energías. Cayó de bruces y ya no supo más de sí’ (p.187).

Y la paz no era sólo un valor real, sino una transposición relevante de la felicidad, el equilibrio, el ideal de vida, de la pauta modélica de la persona de Alexander Forbes. Era la antítesis de Yasic, señalando otro rumbo y otra meta.

Vemos, pues, dos actitudes divergentes asumidas en la agitada vida de Pedro Yasic y en la plácida existencia de Alexander Forbes. Actitudes que terminan en dos destinos opuestos. Yasic, en posesión del oro, termina en fracaso; Forbes, en disfrute de la paz, emerge triunfante.

La historia de Yasic es símbolo del destino fatal de la búsqueda del oro; la historia de Forbes es símbolo del destino dichoso de quien busca la paz. El usurpador del oro retorna, sin oro y sin paz, según se enfatiza en el siguiente pasaje reforzado con una reflexión metanarrativa: “Extraño destino, mister Forbes, que Pedro Yasic, el hombre que huyó con el oro, haya venido a dar sin oro a la casa del hombre que halló la paz... El oro y la paz... Parece una novela, mister Forbes” (p.200).

Es una doble historia con sorprendente analogía actual, tal como expresara su autor al presentar el libro, pues estamos en un tiempo en el que “tanta gente busca el oro... y en el que tan poca gente consigue la paz”. *El oro y la paz*, título simbólico y elocuente, traslación significativa de una historia real con un trasfondo figurativo y alegórico.

Esas mismas relaciones implicadas surgen de la selva, allá, donde Pedro Yasic y Alexander Forbes habían confluido con fines diferentes, “en medio del mundo vegetal [...] rumoroso y oscuro, con raíces pero sin cielo” (p.177), un mundo de violencia junglaresca, de trampas imprevistas, un mundo que es al mismo tiempo escenario de una aventura dramática y espejo de un paralelismo asombroso y sorprendente. No es extraño que allí tuviera lugar la odisea de Pedro Yasic por los aspectos coincidentes entre ambos. Por un lado, la presencia

de la selva, con su escenario enmarañado, espeluznante. Por otro lado, la presencia de Yasic con su conducta enigmática, tortuosa, salvaje. Es decir, el parangón entre ambos “personajes” se revela en un parecido que adquiere dimensiones reales y simbólicas, porque tanto Yasic como la selva, ofrecen sus peligros constantes, sus escondrijos extraños, sus recovecos secretos y sus vericuetos ocultos y temibles. La selva no “era un amasijo cerrado de árboles y lianas” (p.159), sino una vibración personificada: proyectaba su naturaleza peculiar.

En atención al propósito apuntado en la intención del autor, el contenido significativo de *El oro y la paz* predomina en esta novela: el aspecto conceptual predomina sobre el formal. Es decir, al narrador le interesa más la historia que la formalización que la traduce o prefiere destacar más los hechos que su verbalización.

De ahí al predominio de una técnica lineal y directa y de unos recursos estilísticos simples y claros. Las palabras elegidas, las expresiones empleadas, las figuras literarias, los diálogos interpuestos y la forma caracterizante aparecen en *El oro y la paz* como resultado de un propósito definido en el narrador: lograr la transmisión de una intención que llegue a un nivel de aprehensión de amplia audiencia y comunicación.

La historia de *El oro y la paz* responde a una existencia real y a una experiencia vivida por el autor, según manifestara públicamente. No es una “historia inventada”, sino el relato de una vida, en consonancia con la concepción de la novela que tiene Juan Bosch. En *El oro y la paz* el elemento humano, el elemento histórico-narrativo y el elemento natural son reales. Y con esos datos, ubicados en una región determinada, se plantea un argumento que sirve para anunciar un mensaje que trasciende el marco geográfico de las modalidades lingüísticas adoptadas y supera, con mucho, los módulos expresivos que le sirven de pretexto.

La contradicción entre el que busca el oro y el que busca la paz viene contrapuesta en correspondientes caracterizaciones que en su momento son índice de metas y destinos diferentes. Y cada caracterización va asociada con oportunos toques descriptivos a detalles y aspectos del entorno selvático. Es así como se percibe una cierta identificación entre la vitalidad productiva de la selva y la potencialidad creadora de Alexander Forbes o entre la taimada actuación de Pedro Yasic y la enredada presencia de la jungla. Parecida contraposición se observa, con diferentes detalles y matices, pero con subrayada pertinencia persuasiva, entre Salvatore Barranco, decepcionado y triste pero esperanzado y decidido, frente a su mujer Angustias, frustrada y enloquecida; entre el sargento Juan Arze, despótico y brutal, y el capitán Ramírez, inteligente y cortés; o entre María Hinojosa, carcomida por la envidia, y Sara Valenzuela, serena y amorosa.

Ahora bien, la forma directa como a ratos el narrador nos pinta a los personajes podría generar actitudes divergentes en virtud de determinados postulados estéticos o más exactamente, en virtud de la concepción de la literatura. Es decir, si se enfoca la caracterización que aparece en *El oro y la paz* desde una perspectiva crítica flaubertiana encontraríamos detalles negativos y reiterativos, porque en esta novela el autor tiende a configurar su visión del personaje, a enjuiciarlo, a dictar opiniones sobre su comportamiento y modo de ser. Desde esta concepción de la novela, incumbe al narrador mostrar a los personajes en hechos y actuaciones que reflejen, *per se*, su estatura moral, su bondad o malicia, sus modales humanos o inhumanos y, desde luego, mantenerse como narrador impersonal, distante de la actitud enjuiciadora y valorativa. En cambio, si miramos *El oro y la paz* desde una perspectiva crítica brechtiana, justificaríamos dicho procedimiento por cuanto se sitúa en el polo opuesto de la neutralidad del narrador,

desde el momento en que se inscribe en la corriente didáctica según la cual arte y verdad son inseparables. Desde esta posición corresponde a la literatura la misión de “educar a los hombres ideológicamente”, presentando sus problemas, orientando, concienciando, interpretando los hechos conforme al propósito intencional. Y esta última actitud se ve muy clara en *El oro y la paz*, sobre todo si se compara con otra producción narrativa del mismo autor, como *La Mañosa*, que la informa otro propósito narrativo.

El tratamiento formal de *El oro y la paz*, que unifica la técnica del cuento a la del novelar, permite dar cabida a lo intenso y lo extenso, según la definición adoptada por el autor para distinguir el cuento de la novela. Es decir, la extensidad formal se alía a la intensidad argumental, combinándose al mismo tiempo la expresión directa, el discurso indirecto y el diálogo caracterizador. Aun cuando determinados hechos o personajes habrían permitido al narrador otro enfoque narrativo —porque la misma conducta de esos hechos y personajes sugería otro rumbo— el autor permanece fiel a su plan creador y descarta todo aquello que podría alterar el contenido significativo. Inclusive deja en un plano meramente sugerente pasajes y escenas de contenido erótico, porque al narrador le interesa acentuar, de acuerdo con la idea de la literatura que se plasma en esta novela, no la condición lúdica de la narración, sino su sentido didáctico, conforme la expresión clásica signada en la frase *dulce et utile* de Horacio, conformando unas vivencias genuinas, una visión de la conducta, una apariencia auténtica de vida.

El problema que todo crítico tiene que dilucidar, cuando se enfrenta a una obra literaria determinada, es desde qué perspectiva crítica piensa juzgarla, sobre todo, cuando a estas alturas con muchas las vertientes axiológicas y muchas las posiciones teóricas que hay que manejar. Consciente o

inconscientemente, tendemos a valorar una obra de acuerdo a la postura teórico-crítica que más nos convence y a veces olvidamos que la praxis artística a menudo desborda el marco teórico, precisamente porque a menudo cuenta más la intencionalidad comunicativa que determinadas configuraciones estéticas. Una cosa en la que creemos con firmeza es la concepción de que cada obra debe valorarse atendiendo, en primer lugar, a la significación intrínseca que la anima. Y en esta novela pesa más la significación que la expresión.

*El oro y la paz* es una novela con una dimensión filosófica porque, entre otros aspectos:

1°. Representa una galería de los diferentes tipos humanos a cuyo través se manifiestan diversas actitudes, creencias y comportamientos frente al problema y el sentido de la existencia.

2°. Profundiza el sentido de la vida y el Mundo mediante la contraposición de valores, objetivos e ideales encarnados en los personajes principales.

3°. Plantea una cosmovisión mediante una narración fundada en principios éticos y estéticos, creativos y altruistas, que ilustra a través de la contraposición de un comportamiento alienado que contrasta con la autenticidad y que canaliza en las actitudes y las conductas de Pedro Yasic y Alexander Forbes.

De ahí la moderación en la habitual estilística boschiana. La economía expresiva de *El oro y la paz* da la tónica de una medida estética proporcionada al postulado artístico de la literatura de esta línea. Cumplidas muestras de ese tratamiento medido las vemos al describir la luna creciente (“una estrecha tajada de luz” [p.103]), el anochecer selvático (“La noche desciende de prisa en la selva” [p.66]), el mundo animal (“veía grupos enteros de árboles en cuyas ramas pendían los perezosos como frutos lanudos” [p.178]) o el atardecer en la jungla: “[...] las sombras iban igualando todas las cosas del mundo, disolviendo todos los perfiles, soldando en un solo bloque

negro al ave que dormía en una rama, a la culebra que reptaba en busca de un roedor y al gusano que tomaba calor entre las hojas que fermentaban el suelo... (p.201).

En el aspecto lingüístico llama la atención, desde el punto de vista de la norma y en el plano del metalenguaje, la participación coloquial de los indios: “—¿Saben lo que es una pala para sacar la tierra?

‘—Sí patrón, pala de sacar tierra.

‘—¿Saben lo que es un cuchillo, lo que es un machete?

‘—Sí patrón, cuchillo, machete.

{...}

‘—Cuando comprenden todo se van a hacer su comida y a dormir. Ustedes siguen durmiendo en la casa del indio amigo de ustedes, ¿no?

‘—En la casa del amigo, patrón.

‘—¿Y no le han dicho nada a él? ¿Él no les ha preguntado por qué están aquí?

‘—En lengua de indios no se hacen preguntas, patrón.

‘—[...]No tomen cachaza hoy, ni una gota de cachaza. [...]

‘—No cachaza, patrón” (pp.9-10).

El sabor natural de esta relación coloquial nos remonta a la selva, donde el autor vivió la historia que remueve tantos aspectos interesantes de la conducta humana.

Juan Bosch supo recrear, con el aroma silvestre que conserva su esencia primigenia, un mensaje de perenne aplicación, tanto por la sustancia significativa que transmite en hechos y anécdotas, cuanto por la proclamación de los valores que trascienden.





# EL ORO Y LA PAZ



## I

Al quinto día de su llegada a Tipuani, precisamente en el momento en que se preocupaba con la presencia de sus indios —que vagaban de un sitio a otro llamando la atención de la gente—, Pedro Yasic oyó los motores de un avión. Preguntó, intrigado, y supo que se trataba de un viejo Junker bimotor que llegaba todos los jueves para transportar el oro del Banco Minero a La Paz; además, llevaba correspondencia, medicinas, cierto tipo de carga valiosa, funcionarios del Gobierno y del Banco. Mirando en todas direcciones, Yasic vio el terreno ondulante, desigual, los pedregales que se extendían aquí y allá, a ambos lados del río, la tierra convertida, gracias a la codicia de los lavadores de oro, en grandes hoyos semejantes a cráteres sin profundidad. No podía explicarse dónde aterrizaba el Junker.

—¿Pero dónde está la pista? —preguntó.

Valenzuela le explicó que estaba en la orilla del río, junto al cerro, y que había sido hecha acarreando tierra con cestos y apisonándola con troncos gruesos de madera.

El avión hacía círculos, situándose para aterrizar. Yasic y Valenzuela se encaminaron a la pista. Cuando llegaron, la nave entraba a tomar tierra. Pedro Yasic se quedó asombrado.

—¡Pero si necesita una inclinación de catorce grados, por lo menos! —dijo en alta voz, impresionado por la hazaña que era ese aterrizaje en una pista que no sobrepasaba los trescientos metros.

José Valenzuela se volvió a su amigo para mirarle. Yasic se sintió molesto. Él, tan cuidadoso, había perdido su guardia. Estaba seguro de que Valenzuela iba a preguntarle: “¿Usted es aviador?”; y entonces él tendría que responderle: “Bueno, aprendí a volar en Chile.” Pero no podría explicarle por qué causa aprendió, porque si le decía: “Para ir a pelear en Yugoslavia, en los días de la guerra”, podría suceder que Valenzuela le dijera: “Aquí vivió un paisano de Puerto Montt que se llama Pedro Ibáñez y según nos contó tenía allá un sobrino hijo de un yugoeslavo que se llamaba Pedro como él.”

La primera pregunta no se produjo, sin embargo, y por tanto no hubo la segunda. Cuando el tío le agarraba la mano, ya para morir, catorce o quince días antes. (No, once hoy; hace hoy once días justos que murió el tío y todavía no le he dado la noticia a mamá), repetía con angustia: “Que no lo sepan, Pedro; que nadie sepa en Tipuani que eres sobrino mío... Que no lo sepan, Pedro.” Y con sus dedos débiles de moribundo le tocaba y le tocaba la palma de la mano, como si quisiera decirle con el tacto lo mismo que le decía con palabras.

El avión tomaba pista y bajaba los alerones. Cuando el piloto abrió la puerta y se tiró a tierra, llevando en una mano un paquete que debía ser de papeles, Valenzuela se dirigió a Yasic.

—Es España. Otras veces viene Bill —dijo.

Yasic pensó que España debía ser boliviano, a pesar de su tipo rubio, y Bill inglés o norteamericano, a juzgar por el nombre. La diferencia de nacionalidad no tenía importancia; lo que podía tenerla, y grande, era saber si en los viajes de vuelta a La Paz iba un piloto solo o si llevaba copiloto, si al llevarse el oro viajaba en el avión alguna escolta policial. A Yasic le hubiera gustado saber cuánto ganaba cada piloto.

Pues muy bien podía suceder que España o Bill o el demonio, si le tocaba al demonio volar ese viejo Junker, recibiera por vuelo menos de lo que Yasic pudiera ofrecerle. Ahí podía estar la solución.

—Volvamos al cerro —dijo.

Una bandada de chiquillos, seguida de algunos perros, se encaminaba hacia la pista. El sol era fuerte.

“El avión es la solución. Si lo dejan solo, sin guardias, puedo robármelo. El tal España bajó solo. No venía nadie con él.”

—Oiga, Valenzuela —dijo de pronto—, ese piloto es muy bueno. Debido a las aproximaciones, esta pista me parece la peor del mundo y creo que debe ser más difícil despegar que aterrizar.

Para Valenzuela ese lenguaje era incomprendible, de manera que no dio ninguna respuesta. Pero quería ser complaciente con su amigo.

—Dicen que Bill es mejor. Yo conozco a España. Si quiere se lo presento. Va de aquí al Banco, como hace siempre y después a la cantina.

“Si voy contigo a la cantina te emborracharás y te pondrás a decir que yo soy aviador”, pensó Yasic. Caminaba con la cabeza baja, como si estuviera abstraído. “Pero de todas maneras vas a decirlo aunque yo no esté.”

—El sol está fuerte, Valenzuela. Yo no resisto. Usted sí, porque es del norte, pero nosotros, los del sur, no estamos acostumbrados a este sol.

—Figúrese, Sara nació en pleno mes de enero, y yo creo que ése fue el año más caluroso en Antofagasta.

—Ah, ¿es de Antofagasta?

—Sí. La mamá era de Valparaíso y se murió al dar a luz. Sara es huérfana de madre desde que nació. La crié yo.

Era un tema que le agradaba a José Valenzuela. Le gustaba decir, cuando venía al caso, que él había criado a su hija. No

decía, sin embargo, que había tenido abuela y dos tías que no conocieron a la niña porque la abuela —la madre de Valenzuela— se había quedado en Valparaíso amancebada con otro hombre cuando Valenzuela el viejo —el padre de José— fue dado por desaparecido después de haber hecho un viaje a Punta Arenas del que jamás volvió.

—La crié yo, y cuando vinimos aquí me acompañó a los caños para vender telas y collares y baratijas a los indios de la selva. Conoce la vida, no crea, y es muy buena hija.

Yasic seguía caminando con la cabeza baja y oía a Valenzuela como se oye el runrún de un insecto que da vueltas alrededor de uno. “¿Estará haciéndole propaganda a la hija?”. Valenzuela proseguía:

—Si alguna vez volvemos a Chile será para vivir en el norte, porque ni Sara ni yo estamos acostumbrados al frío. Usted sí, porque es de Puerto Montt.

—Sí, yo sí —dijo Yasic con el tono de quien desea que la conversación termine cuanto antes.

Pero Valenzuela no estaba dispuesto a dejarla languidecer. No era precisamente hablador, sino que a veces necesitaba desahogarse.

—Yo digo así, “si alguna vez volvemos”. Es hablar por hablar, porque yo sé que nunca voy a volver. Tal vez a Sara no le haga tanta falta, pero yo soy más chileno que la estrella de la bandera y me duele pensar que voy a morirme sin ver otra vez mi patria.

Pedro Yasic, que no había levantado la cabeza, pensó: “Ya saltó el patriotismo.”

—¿A usted no le hace falta Chile? —preguntó Valenzuela.

—A mí no. Considere que salí hace muy poco.

—¿Ah sí? Pues yo creía que tenía algún tiempo en Bolivia.

—No, muy poco; unos días nada más.

—Bueno, todavía no le ha llegado el tiempo de la nostalgia.

—Ni me va a llegar —respondió Yasic con doble intención.

—Claro, porque usted pensará estar poco aquí. Pero yo tengo fuera de Chile muchos años.

Yasic comenzaba a sentirse molesto. Le molestaban el sol, la voz de Valenzuela, las confidencias. Quería ir a la cantina para conocer al piloto España; tenía que ver a los indios antes de medio día.

—Voy a la cantina —dijo de pronto.

—Sí, allá vamos —explicó Valenzuela.

Frente al mostrador estaba el piloto hablando con un hombre de años, gordezuelo, alegre, de ojillos claros vivaces. Por el acento, dedujo que era Alexander Forbes. No podía ser otro. “Es un viejo alegre y bueno”, le había dicho el Cónsul de Chile en La Paz. El idiota del Cónsul, ¡qué bien lo había engañado con la historia de la propiedad! Le había hablado del viejo Forbes al salir del cementerio de La Paz. La Paz se veía en todas direcciones, llenando un gigantesco hoyo de tierras pardas. Luego, en las calles, Yasic vio millares de indias ataviadas con trajes de colores intensos y tocadas con pequeños sombreros de fieltro negro tipo Derby; había también muchos indios con sus ropas regionales y vestidos de negro a la europea, aunque descalzos: y todos, mujeres y hombres, vendían algo que exponían en las aceras: carnes secas, granos, frutas. En las faldas de los cerros, hacia el Altiplano, se veían manchas de eucaliptos de copas negruzcas y troncos claros. Era en pleno junio, pero había sol, y al entrar en ciertas calles se veía la mole nevada del Illimani como desbordándose sobre la ciudad. El invierno era duro, a juzgar por el frío de medio día. “El pobre tío debe estar helado en ese nicho. Tengo que escribirle a mamá diciéndole que su hermano murió. ¿A quién



me dirijo primero ahora; al piloto o al viejo? Mejor al piloto. El viejo debe haber conocido al tío.”

Yasic inició la aproximación al piloto en la forma más natural.

—Usted es el aviador que llegó hoy, ¿no? Quiero felicitarle por su aterrizaje. Fue perfecto.

—Gracias. Mi nombre es España, Jorge España.

—El mío es Pedro Yasic.

—El mío, Alexander Forbes, del Mariapo, amigo —terció alegremente el viejo.

Cuando se alejó de la cantina, media hora después, Pedro Yasic se sentía tranquilo. No se había hablado de nada que pudiera despertar la menor sospecha. El viejo Forbes le había mirado intensamente y luego había dicho: “Caramba, me recuerda a alguien”; lo cual hizo temer a Yasic. Pero si Forbes había conocido al tío, no lo relacionó con él. Por último, Yasic se iba sabiendo todo lo que podía interesarle sobre el avión y los pilotos, y además mister Forbes le había invitado a visitarle en su casa del Mariapo tres días después, es decir, el domingo. Abandonó, pues, la cantina con tranquilidad y dejó allí a Valenzuela, a quien dos lavadores de oro habían invitado a beber. Una hora después, estaba hablando con los indios.

Eran tres indios llevados del Altiplano, que desfiguraban el español al hablarlo, sonreían sin motivo aparente y simulaban comprender sólo una parte de lo que se les decía. Sus ropas de clima frío les hacían sudar en el calor de la zona selvática, y el sudor despedía un olor agrio. Oían atentamente, respondían a todo que sí y no comprendían por qué su patrón les daba comida y no los hacía trabajar. Eso era completamente novedoso en sus vidas.

Pedro Yasic les entregó chalonga —carnero deshidratado en las nieves—, maíz y papas que ellos recibieron con demostraciones de alegría, y les preguntó con quién habían hablado; si le habían dicho a alguien quién era su patrón, si sabían

por qué él los había llevado a Tipuani. Era el método que había adoptado desde el primer momento: repetirles hasta el cansancio que no debían charlar sobre él, que nadie debía saber por qué estaban ahí.

—No patrón —decía el más viejo.

—No patrón —repetían a coro los otros dos.

—Pues bien, ahora fíjense en lo que voy a decirles. Voy a darles dinero para que compren herramientas. Vamos a comenzar a trabajar pronto y hay que comprar las herramientas. ¿Saben lo que es una piocha, un hierro para hacer hoyo?

—Sí patrón, para hacer hoyos.

—¿Saben lo que es una pala para sacar la tierra?

—Si patrón, pala de sacar la tierra.

—¿Saben lo que es un cuchillo, lo que es un machete?

—Sí patrón, cuchillo, machete.

Iba a preguntarles si sabían lo que era una batea de lavar oro y un cedazo, pero se contuvo. No convenía que los vieran comprando esos artefactos. En la casa de Valenzuela había batea y cedazo. De alguna manera se las arreglaría él para usarlos sin despertar las sospechas de Valenzuela o de su hija.

—Bien, pues ahora mismo se van a comprar dos piochas, tú una y tú otra. No vayan juntos. Primero vas tú, después tú.

—Sí patrón, él primero, yo después. Éste no va.

—Sí, éste va, pero comprará una pala, un machete y un cuchillo.

El de más edad habló con el tercero en su lengua. Yasic no entendía esa lengua, pero comprendió que el indio le repetía al otro el encargo: una pala, un machete y un cuchillo. Tal vez, además, le estaba diciendo que por fin ya podían estar tranquilos, pues iban a trabajar.

—Cuando compren todo se van a hacer su comida y a dormir. Ustedes siguen durmiendo en la casa del indio amigo de ustedes, ¿no?

—En la casa del amigo, patrón.

—¿Y no le han dicho nada a él? ¿Él no les ha preguntado por qué están aquí?

—En lengua de indios no se hacen preguntas, patrón.

—Bien. Pues se van a dormir allá. No tomen cachaza hoy, ni una gota de cachaza. Si toman cachaza no tendrán trabajo conmigo y se quedarán aquí en Tipuani sin un peso para volver a La Paz.

—No cachaza, patrón.

—Mañana tendrán cachaza. Yo mismo les llevaré una botella mañana.

—Mañana cachaza, patrón.

—Ahora compren las herramientas y se van a comer y a dormir. Pero mañana se levantan antes de que salga el sol, ¿entienden? Y se van derecho por esta orilla del río —y Yasic señalaba hacia la ribera derecha— hasta una piedra grande, más grande que yo, que está a dos horas de aquí. Es una piedra grande a dos horas de camino, ¿han oído?

—Oído patrón. Una piedra grande allá —y el indio señaló hacia la dirección que Pedro habla marcado con su mano.

—Sí, allá. Me esperan ahí, al lado de la piedra, con las piochas, la pala, el machete, el cuchillo.

—Esperamos allá, patrón.

—Bueno, adiós.

Se fueron, y Pedro se dirigió a comprar algo más de chalona, de maíz y de papas, una botella de cachaza y una olla de barro, por si era necesario quedarse todo el día en la orilla del río y comer allí.

Se acercaba la hora de actuar. Le esperaba un trabajo tenaz y cuidadoso. “El menor error, y me lleva el demonio. Si voy dejando las cosas para mañana se me acaba el dinero. ¿Cómo haré para aprender a usar la batea sin que Valenzuela se dé cuenta?”. Iba a paso lento hacia la casucha, sin que él

mismo supiera cómo daba con el camino entre los callejones del cerro.

Sara estaba adentro y cantaba. Pedro no quiso interrumpirla. A él no le interesaba la música en forma especial, y mucho menos el canto, pero Sara tenía una voz aguda y tierna, y además, cantaba una vieja cueca chilena que Pedro había oído en sus años juveniles. Como la sombra de un pájaro sobre las aguas de un río que se mueve sin cesar a la luz de la mañana, la cueca fue haciendo brotar en su imaginación el recuerdo de Puerto Montt, los botes de pescadores que retornaban al amanecer, el gigantesco mar verdegrís, una niebla ligera, los días de lluvia vistos desde los muelles, la época en que se escapó para irse a Yugoslavia sin darles a los padres la menor idea de lo que iba a hacer. “Tengo que escribirle a mamá diciéndole que su hermano murió.” Entró. Al oír pasos, Sara dejó de cantar.

Preguntó:

—¿Eres tú, papá?

—No, soy yo, Pedro —explicó él.

Ella apareció entonces en la puerta de su habitación —que compartía con el padre—; estaba limpiamente vestida y sonreía.

—¿Dónde dejó a papá?

—En la cantina, con unos amigos.

—Habrás comido algo allá, porque es tarde. ¿Comió usted?

—Sí, —mintió Yasic.

Sara volvió a entrar. Sin duda él había llegado cuando ella estaba arreglando algo en su cuartucho, y de seguro iba a terminar su quehacer; pero Yasic no quería perder tiempo.

—Miré, Sara, tengo un capricho —dijo—. Quisiera aprender a usar la batea.

Desde la otra habitación, Sara comentó:

—Pero no me diga que va a dedicarse a lavar oro.

—¿Quién, yo? No me haga reír. Ése es un negocio malo y yo no hago negocios malos. Pero imagínese la sorpresa de mis

amigos de Santiago cuando yo les explique cómo se lava oro en batea.

Ella volvió a asomarse. Le miraba con seriedad.

—¿Piensa volver pronto a Chile?

—Claro. Tal vez el mes que viene.

Sara bajó la cabeza y tornó a desaparecer en su habitación. Tardó rato en hablar, y al hacerlo su voz tenía otro tono.

—¿Cuándo quiere aprender?

—Hoy mismo, si usted me enseña.

—Bueno, espere que termine lo que estoy haciendo.

La lección fue en la propia habitación que ocupaba Pedro, un cuartucho minúsculo, el único que tenía puerta a la calle. Sara cogió tierra de la calleja, la echó en la batea y luego vació en ella un jarro de agua, de manera que la batea quedó a medio llenar; después comenzó a moverla en semicírculos y al mismo tiempo de adelante hacia atrás.

—¿Ve? Se hace así. Ahora coja usted la batea y haga igual.

En cuclillas, Pedro trató de hacer lo mismo que la muchacha. Pero a los cinco minutos Sara tuvo que cogerle las muñecas para enseñarlo a dominar los movimientos, a mantener el ritmo y la serenidad en el eje horizontal del movimiento. Al sentirse cerca del hombre, a Sara comenzó a hacérsele la respiración fatigosa y sonora. Pedro se dio cuenta de lo que sucedía y trató de no mirar a la joven. Sabía lo que Sara estaba sintiendo, sabía también todo lo que podía pasar si él se daba por enterado, y no quería complicaciones en su vida.

También Sara se sentía embarazada y molesta. Soltó las manos del hombre y exclamó:

—Mire que usted es torpe. Le he dicho que así...

Estaba roja, con los ojos brillantes. Se había agachado para ayudar a Pedro y los nacimientos de los senos le desbordaban del vestido.

En eso se oyeron pasos que se acercaban, luego una mano que golpeaba en la casucha, a pesar de que la puerta estaba abierta, y una voz que decía:

—¡Sara, Valenzuela está llorando!

Sara se incorporó de un salto. Su rostro cambió tanto que parecía el de otra mujer. Rápidamente, con visible ansiedad, salió a la puerta.

—¡Ay, mi pobre papá está llorando! ¿Dónde está?

—Frente a la casa de don Gregorio.

Y sin tomar en cuenta ni a Pedro Yasic ni al que le daba la noticia, la muchacha salió corriendo, loca de amor filial y de sufrimiento, y mientras corría la brisa le batía la falda.



## II

La primera señal apareció —tal como había dicho el moribundo— a tres horas de marcha después de pasar la gran piedra gris. Era una colina cortada por el río, desde cuyas orillas podía verse un lado amarillento, y estaba a mil quinientos metros de Tipuani. La vegetación entre ella y el río era escasa; el suelo, a trechos cenagoso y a trechos pedregoso.

Aunque la descripción había sido tan ajustada que no podía haber error, al ver la colina Pedro Yasic se sintió tan nervioso como si no creyera en lo que estaba viendo. Hasta ese momento había vivido, desde que enterró al tío en La Paz, en un permanente vaivén de sentimientos: unas veces se decía que en la hora de su muerte el viejo pudo haber soñado todo lo que habló; otras veces recordaba la extrema minuciosidad con que daba los detalles de su secreto y pensaba que ninguno de esos detalles podía ser inventado. Ahora la situación era distinta. Ahora estaba ahí, en el terreno, dispuesto a comprobar todo lo que había oído; y la primera comprobación indicaba que el muerto no había inventado.

Pero Yasic se puso a estudiar el lugar. Sin duda que la extensión baja que se veía a lado y lado del río fue en otra época cauce del Tipuani. Podían verse, aquí y allá, las piedras que formaron el lecho quién sabe cuantos miles de años antes; esas piedras sobresalían ahora algunas pulgadas de la tierra, mostrando sus lomos grises entre la yerba rasante. Lo que le



resultaba extraño a Yasic era que antes que su tío nadie hubiera notado la relación entre ellas y el Tipuani. Por entre la respiración fatigosa y sonora del moribundo, el tío lo había dicho varias veces —todo lo que dijo fue así, repetido sin cesar—: “Está tan a la vista, Pedro, que nadie lo había visto”. Y el tío parecía haber tenido razón.

Yasic ordenó a los indios caminar hacia el río. Era peligroso andar por entre los yerbajos y las piedras sin protección, porque en la zona abundaban las culebras venenosas. Pedro llevaba botas de cuero hasta media pierna, como las de paracaidistas, pero los indios sólo usaban sandalias y los pantalones les llegaban nada más hasta las rodillas, de manera que tenían las piernas desnudas. Sin embargo nada ocurrió.

A quinientos metros del río Yasic ordenó parar. Allí había un claro de arena y pedruscos que a ojos de buen cubero tendrían unos cinco mil metros cuadrados. Exactamente ahí debía hacer la primera prueba, según las instrucciones del difunto.

En ese momento veía con toda nitidez la cara del tío en aquella penumbra de su habitación en La Paz, la cabeza sin fuerzas caída sobre la almohada, el poco pelo blanco, los ojos entrecerrados; y aquella voz casi de otro mundo repitiendo: “En ese claro debes hollar; ahí, no en otro sitio. ¿Me oyes? En ese claro. Si te equivocas, lo perdemos todo, Pedro; lo perdemos todo”. “Lo perdemos todo”, como si a él fuera a tocarle algo.

Los tres indios podían estar mirándole, observándole, estudiándole; pero jamás sospecharían la tormenta que había en su alma. Ahí estaba él, en apariencia más tranquilo que nunca, de pie bajo el sol, mirando indistintamente hacia la colina, hacia el río o hacia la Cordillera, cuyas moles nevadas se adivinaban hacia el oeste, perdidas entre nubes. “Bueno, hay que empezar”, pensó.

—¡Aquí! —ordenó de pronto, con voz dura.

Los indios corrieron a su lado.

—Hagan un hoyo aquí, grande, que quepan dos hombres.

Los indios se pusieron a trabajar con seriedad, pero sin prisa. Al principio las piedras estorbaban y debían sacarlas a mano, una a una. La tierra era gris, debido a la mezcla de arena, pero no tardó en aparecer tierra más negra con menos piedras y casi ninguna arena; y al fin, en el espesor de un pie, tierra sin arena y con algunas piedras pequeñas. En toda la profundidad calaba el agua, de manera que la tierra era pegajosa. Pedro Yasic vigilaba el trabajo, unas veces de pie y otras en cuclillas; cogía tierra y piedras y las estudiaba. A simple vista se veía que las piedras pequeñas habían sido pulidas por un largo rodamiento o por alguna corriente de agua, y eran más lisas cuanto más hondo estaban y más pequeñas se hacían.

El trabajo no era fácil, dado el diámetro del hoyo, razón por la cual marchaba con lentitud. Serían las once cuando comenzó a aparecer una arenisca muy ligera y luego rastros de barro amarillento. Yasic comenzó a preocuparse. Si aparecía una capa de arcilla, había perdido su tiempo y debía comenzar una nueva prueba en otro sitio o volver a estudiar el hoyo con cuidado porque tal vez hubiera pasado sin darse cuenta de la capa que guardaba el metal.

Fue necesario darle más diámetro al hoyo para palear con cierta libertad. Los indios trabajaban con regularidad, sin detenerse y sin apresurarse. Cada quince o veinte minutos, Yasic los hacía alternarse: el que estaba arriba con la pala esperando que el del pico hollara, bajaba a palear mientras el del hoyo subía y entregaba la piocha al que estaba libre.

Inesperadamente, a poco de pasado medio día, desaparecieron los rastros de arcilla y por entre la arena, más gruesa cada vez, se veían piedras de mayor tamaño que las últimas.

Pedro Yasic había estado esperando precisamente eso, y sin embargo se asustó.

—¡Paren! —gritó.

Los tres indios le miraron con asombro. En ese momento había dos arriba y uno en el hoyo, y sin duda ellos también esperaban algo puesto que miraban a Yasic en forma extraña.

—Hagan comida —dijo Pedro con voz natural.

Los indios cambiaron miradas misteriosas, casi sonrientes. Pedro los observaba. Le parecía rara la conducta de esos indios. No había en ellos nada definido, pero él notaba que algo los unía contra él, algo sutil e indescriptible. Ellos seguían sonriendo, y —cosa extraña— no mostraban los dientes y ni siquiera movían los labios; tal vez sonreían con los ojos, con el alma, como si se burlaran o como si tuvieran un plan que ni aun con palabras podía explicarse.

Llenos de tierra, sudorosos, esparciendo su agrio olor, los indios se movían preparando fuego para hacer comida. Pedro los oía hablar en su lengua y adivinaba que se referían a él. ¿Estaban haciendo comentarios serios o jocosos? ¿Estaban haciendo chistes a costa suya o de alguno de los amigos que habían dejado en La Paz o en sus aldeas de origen? ¿Qué ocurría? ¿Y si estaban tramando algo, una agresión?

Yasic se hallaba confundido. Él conocía a los hombres; les veía el alma de un golpe y casi desde que comenzaba a tratar a uno de ellos sabía cuál era su punto débil y cuál su punto fuerte, sabía quién era bueno y quién era malo, quién de fiar y quién no. Esos indios habían tenido desde que los conoció caras nobles: miraban de frente, hablaban con naturalidad, no se mostraban serviles. ¿Qué les sucedía, pues?

De súbito, tomó una resolución.

—Cuando terminen de comer se van, ¿entienden?

—Sí patrón, ellos entienden —dijo el mayor.

—¿Y tú, no entiendes tú?

—Sí patrón, yo entiendo.

Entonces el que hablaba se volvió a sus compañeros y les dijo algo en quechua. Los otros oyeron con gravedad y después hablaron sin atropellarse. Volvió a hablar el mayor y volvieron los compañeros a responderle. Al fin el primero se dirigió a Yasic.

—Patrón, no se vaya. Mucho oro aquí.

Pedro se asustó. ¿Qué había pasado? ¿Había uno de esos indios visto alguna pepita, algún rastro de oro en el hoyo? De ser así, ¿quién podía evitar que esa misma tarde, de vuelta al cerro, se embriagara y contaran al amigo en cuya choza vivían que su patrón, él, Pedro Yasic, estaba en Tipuani buscando oro y que había hallado un lugar rico en el metal? Y si sucedía así, ¿quién se quedaría sin saber la noticia en pocas horas?

El momento era duro para Yasic. Pero como los tenores de amplio registro que dominan su voz en todas las circunstancias, Yasic dominaba sus emociones como un maestro. Mirando al indio con piedad, le sonrió en forma benevolente.

—No —dijo en voz natural, más bien baja—. Están equivocados. No hay oro aquí. Yo sé mucho de oro. Si hubiese oro ¿creen que dejaría el hoyo sin terminar?

—No patrón —admitió el indio.

—No quiero que sigamos cavando porque perdemos tiempo.

—Sí patrón, perdemos tiempo.

—Tengo que estudiar mejor este sitio para que otra vez no nos equivoquemos y vayamos al seguro, ¿entienden?

—Sí patrón, ellos entienden, yo entiendo.

Yasic decidió que era mejor no seguir por ese camino. Los dos indios que habían permanecido callados mientras el mayor hablaba, doblaban la cabeza a cada frase, en señal de que aceptaban lo que decía Pedro. Pero él sabía que si lo aceptaban,

no lo creían. No estaba convenciendoles ni los convencería jamás. Ellos decían que sí, pero le miraban con ojos burlones. Pedro Yasic se sentía incómodo. “Tengo que variar de táctica”, se dijo. Miraba de frente a los indios y estudiaba una salida airosa. Había que hacer una concesión, la menor posible, si quería que le fueran leales; pues si ellos se iban de ahí con la idea de que él pretendía engañarlos, se sentirían en libertad para ser ellos quienes engañaran primero.

—Lo que les pasa a ustedes es que han visto aquí señales de que hay oro —dijo.

—Sí patrón, señales.

Volvieron los indios a mirarse entre sí, pero sonriendo, distinto. Se les veía aliviados de algún peso.

—Así es —afirmó Yasic—. Hay señales. Creo que estamos cerca del oro. Cuando volvamos picaremos más hacia allá —y señaló el oeste.

—Hay oro allá patrón —dijo el indio más viejo.

Sus rostros habían vuelto a ser claros y francos. Sonreían y cambiaban frases en su lengua. Sin duda estaban diciéndose unos a otros que Pedro Yasic era hombre sabio y serio, que no pensaba engañarlos haciéndoles trabajar como si en vez de personas conscientes fueran bestias que no sabían lo que hacían. Yasic no entendía las palabras, pero se daba cuenta de lo que hablaban. Lo adivinaba. Insistió:

—Iremos allá, pero no hoy. Si vamos hoy se hace tarde.

—Sí patrón, tarde.

—Vámonos, entonces. Dejen las herramientas en el hoyo. Uno de ustedes que vaya a cortar ramas para tapar el hoyo.

La comida estaba lista ya. Se trataba de maíz, papas y chalona hervidos, y nada más. Dos indios se dedicaron a comer mientras el tercero cortaba ramas. Media hora más tarde estaban listos para irse.

—Ahora —dijo Yasic— se van ustedes adelante y no hablen con nadie; no le digan a nadie lo que hemos hecho. Yo me voy después.

—Sí patrón, nosotros primeros, el patrón después.

—Y me esperan mañana para darles comida y cachaza.

—El patrón dijo que traía cachaza.

—Hoy no puede ser. Si toman cachaza hoy, van a hablar y a contar lo que hemos hecho.

—No patrón, nosotros no decir nada, patrón.

Yasic tenía allí la botella de cachaza; la había llevado con él, pero quería que los indios se la pidieran hasta que pareciera que él la entregaba bajo presión. Había resuelto discutirles la botella para que al fin ellos creyeran que él les hacía una concesión de gran valor, y de esa manera no se irían pensando que él les daba la cachaza a cambio de que no hablaran.

Se fueron al fin los indios, alegres como niños premiados con un juguete de alto precio, y Pedro Yasic buscó una sombra protectora que lo guareciera del sol. Allí estuvo esperando hasta que pasó media hora, pasaron cuarenta minutos, pasó todo el tiempo que consideró necesario para estar seguro de que los indios no le verían.

La hora decisiva había llegado; había llegado el momento de comprobar sin testigos si el viejo tío había dicho o no la verdad. Su rostro se endureció, su mirada se tornó aguda y penetrante, las manos le ardían y el corazón parecía querer salirse del pecho. Sabía que si se tocaba la cara la sentiría caliente como si hubiera tenido fiebre. Al fin, se puso de pie y avanzó hacia el hoyo.

Metido en él, ayudándose con la pala, esforzándose en no dejar que la ansiedad le estorbara, pero abandonado a la inquietud —puesto que estaba solo y no tenía que disimular—, Pedro Yasic comenzó a remover las piedras del fondo. Eran piedras pequeñas; la mayor no pasaba del tamaño de medio puño.

Se veían húmedas y tenían color gris negro. Iba desprendiéndolas de su lecho y lanzándolas fuera del hoyo. En el vasto silencio que parecía caer como metal sobre toda aquella extensión, las piedras hacían un ruido sordo al caer en la tierra y la arena amontonada en la boca del hoyo, pero alguna rodaba y dejaba tras sí un sonido metálico.

En pocos minutos Yasic descubrió una capa de arenas casi negras rica en piedrecillas del tamaño de un grano de maíz. “Aquí debe ser”, pensó. Entonces cogió la pala y paleó hacia afuera, cuidándose —nunca hubiera podido decir debido a qué— de que la arena mojada quedara bien colocada al borde del hoyo. Cuando dio cuatro paleadas, salió.

Debían ser poco más de las dos de la tarde. Si trabajaba con buen ritmo y con suerte, podía estar en la casa al atardecer y nadie se daría cuenta de la importancia que había tenido su salida. Diría que había estado dando vueltas por los alrededores y que no había sentido hambre.

Cuidadosamente, llenó la batea, volvió a meter las piochas, la pala y el machete en el hoyo, tapó éste con las ramas —cuyas hojas iban mareándose ya—, y se puso de pie para observar las cercanías. Sabía que no había gente por allí, porque la aridez de la zona no la hacía propicia para la siembra de viandas ni para la cría de reses, pero no estaba de más asegurarse. Esperó un rato, cogió la batea y tomó el camino del río. Exactamente frente a él había algunos arbustos que cubrirían su presencia de quien pudiera pasar por la orilla donde se hallaba, y del lado opuesto, unos cuantos árboles frondosos daban sombra al río.

Al llegar al agua, Pedro Yasic buscó unas cuantas piedras en las cuales afirmar los pies; luego se puso en cuclillas y fue metiendo la batea en el río y moviéndola con ritmo acompasado, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, una vez y otra vez, y al mismo tiempo la movía hacia adelante y hacia atrás, tal como le había enseñado Sara Valenzuela la tarde

anterior. Los movimientos eran suaves y sin embargo seguros. El agua iba penetrando en la batea y en cada uno de los vaivenes de adelante hacia atrás se llevaba la tierra que estaba sobre la arena. Más liviana que la arena, la tierra tendía a subir.

Pero también tendían a subir las piedrecillas, lo cual se explica porque aunque tenían más volumen aparente, en realidad pesaban menos que el mismo volumen de arena. Yasic iba tomando con las puntas de los dedos esas piedrecillas y las tiraba al agua.

Pasaron cinco minutos, seis minutos, siete minutos. De manera casi imperceptible, el contenido de la batea iba disminuyendo. El agua penetraba en pequeñas cantidades, golpeando la batea con un ritmo que a Pedro le parecía natural y no obra del movimiento con que él impulsaba el recipiente. De rato en rato, además de ese leve golpear se oía la caída de una pequeña rama seca o el vuelo de aves que pasaban por encima.

El lugar era fresco y exhalaba una paz tan absoluta que todo lo que rodeaba a Yasic parecía hallarse en trance de sueño. Pero él no lo notaba.

Pues Pedro Yasic sólo tenía atención para su trabajo. Puede decirse, sin exagerar, que estaba poniendo en ese trabajo su vida entera, toda la atención, todo el cuidado, toda la vigilancia de que era capaz. No quería hacerse ilusiones y no quería adelantarse a los hechos. Actuaba, pero no soñaba; y actuaba con una intensidad difícil de describir. Con la vista fija en la batea, usaba la imaginación como una balanza para pesar cada pequeña cantidad de tierra que escapaba hacia el río a cada movimiento de la batea. Por momentos era más el agua que entraba y menos la arena que había en el fondo. Dentro de la batea el agua se ponía turbia. Cinco minutos más, y la arena no alcanzaba a llenar un tercio del recipiente.

De golpe, Pedro Yasic creyó ver un resplandor rojizo pegado a la pared interior de la batea. ¿De qué se trataba? ¿Era



ese brillo el del oro pulverizado, de un polvo tan fino que el tacto no podía apreciarlo? Hasta ahí, todo había sido hecho según las instrucciones recibidas, primero las de su tío acerca del lugar, después las de Sara sobre cómo manejar la batea. Pero él nunca había visto lavar oro y no sabía distinguir el polvo de oro de un metal parecido.

Pedro Yasic dudó de nuevo. El viejo miedo al fracaso se adueñó de él en forma absoluta, y sacó la batea del agua. Pero al instante se sintió incómodo y reaccionó ordenándose a sí mismo ignorar ese brillo rojizo. No quería soñar. Se prohibía soñar. Soñar era una debilidad imperdonable. Eso que él veía no era oro ni nada parecido. De súbito le volvió aquel calor interior que parecía obedecer a sus órdenes, un calor que le venía de las entrañas y lo hacía colérico. En un segundo, era el Pedro Yasic duro y resuelto; y siguió su tarea como si se tratara de un trabajo común que no tenía importancia en su vida.

Ya no quedaban en la batea ni piedras pequeñas ni arena gruesa. Ahora, la arena fina y la tierra habían ido a parar al fondo cónico en que terminan las bateas de lavar oro. En ese fondo podía haber dos pulgadas de ambas materias confundidas; y el oro, si lo había, debía hallarse en la parte de abajo, puesto que siendo más pesado que la arena y la tierra, el continuo movimiento y el arrastre del agua lo iban llevando al fondo.

Pero para que el oro se hubiera amontonado en ese fondo era necesario que el manejo de la batea fuera correcto, ¿y lo había sido? ¿Podía Pedro Yasic asegurarlo?

El creía que sí, pero a la vez dudaba del resultado. Si allí no había oro, podía deberse a que no hubiera oro en el lugar o a que él no movió bien la batea. Algún punto de su alma se había negado a obedecer el orden de mantenerse ajeno a su ansiedad, y el resultado podía ser angustiioso. En el momento

final, Yasic no se atrevió a limpiar el fondo de la batea de la arena y la tierra que tenía. Temía que al hacerlo no hubiera nada de oro en el fondo.

Pero tampoco dejó de actuar. Durante un minuto mantuvo la batea ladeada para que saliera la última gota de agua; después la puso en la orilla del río, donde le diera el sol, y por fin se apartó y se quedó vigilándola con una fijeza sobrenatural como si se tratara de un animal peligroso que podía atacarle en forma inesperada.

¿Había o no había oro en ese fondo de la batea? Y de haberlo, ¿era mucho, sería suficiente para satisfacer su ambición y justificar los riesgos que estaba dispuesto a correr? El secreto de su tío, ¿tenía el valor que le había dado el anciano?

Ahí estaban Pedro Yasic y la respuesta que acabaría con sus dudas, uno junto a la otra, a sólo dos metros de distancia. Si en la batea había oro en la cantidad que había creído el tío, el porvenir era suyo; serían suyos la riqueza y el poder. Tendría que jugarse la vida para llevarse el oro. Lo sabía; sabía que se hallaba en una trampa y que tendría que salir de ella o morir. Pero estaba dispuesto a morir luchando.

A dos pasos estaba la batea secándose al sol. Pedro Yasic la miraba; clavaba en ella una mirada dura, la mirada penetrante y ardiente que muy poca gente le había conocido; la mirada verdaderamente suya, en la que no había disimulos. Viendo ese objeto tan cerca, Pedro Yasic sentía que la sangre le bullía. Algo le impedía actuar, algo que estaba dentro de él, no afuera, y eso le enardecía.

Tenía miedo de coger la batea, apartar la arena con tierra y no hallar allí oro.

De pie, los brazos cruzados sobre el pecho, Pedro Yasic pretendía dominarse y se decía a sí mismo: "Debo esperar. No está seca todavía". Sin embargo, nadie le había dicho que ese fondo de arena y tierra tenía que secarse. Él, y sólo él, había

resuelto hacerlo, tal vez sin darse cuenta de que al hacerlo esperaba ganar tiempo para calmar su ansiedad. Pero lo cierto es que no pudo contenerse. Esa ansiedad estalló al fin, arrolló su dominio interior, y Pedro avanzó sobre la batea; la tomó en las manos y comenzó a revolver la arenilla del fondo.

En ese momento, al otro lado del río, frente a él, en los árboles que daban sombra al Tipuani, reventó una algarabía de pájaros.

### III

María Hinojosa había tenido una vida rica en sucesos dramáticos, pero igual que les ocurre a muchas personas, no apreciaba lo que le había sucedido a ella y envidiaba en los demás —sobre todo si eran mujeres— lo que entendía que era una vida interesante. Esto le pasaba, por ejemplo, con Sara Valenzuela.

María Hinojosa había nacido en Cochabamba y se había casado con un joven de Potosí. Tuvo de él dos hijos. El primero acababa de cumplir tres años y el último dos cuando el marido murió a causa de una tifoidea. La muerte ocurrió en Tipuani, adonde la familia había ido a dar cuando el segundo hijo tenía seis meses. Ocho meses después de haber quedado viuda, María suplantaba al muerto con un lavador de oro que había llegado de Rurenabaque. Antes de un año el hombre de Rurenabaque perdió la vida mientras dinamitaba un caño del Tipuani para matar peces. La dinamita que llevaba amarrada a la cintura le estalló y lo reventó en forma tan extraña que no se le apreciaba herida visible alguna; sólo echaba sangre por la nariz, la boca y los oídos. A la muerte de su hombre, María Hinojosa estaba encinta, y cuatro meses después tuvo un par de gemelos.

María podía contar cosas que les habían sucedido a pocas mujeres, pero a ella le parecía que su vida no tenía interés. Para ella, una vida con interés era la de Sara Valenzuela, a

quien los hombres buscaban, halagaban y cortejaban sin que ella les prestara atención.

¿Qué podía tener Sara para ser tan atractiva y tan desdenosa?

Cualquiera podía suponer que el hecho de no tener trabajo seguro ni una entrada normal de dinero debía mantener a María Hinojosa preocupada. Debía alimentar a sus cuatro hijos y de milagro conseguía trabajos ocasionales, como el de lavar y planchar ropa. Sin embargo, su preocupación mayor era meterse en la vida de Sara Valenzuela; conocer esa vida y compartirla; participar en algo de ese interés que ella le atribuía.

Los gemelos andaban ya por los cinco años y el mayor de los cuatro hijos, por los diez. Los cuatro vagaban durante todo el día recorriendo los laberintos del cerro, haciendo un recado aquí y una travesura allá, sin que la madre se ocupara de ellos. Vivían prácticamente desnudos, sucios, y desde lejos, protuberantes bajo el sol, se les podían contar los huesos.

María vivía a cuarenta metros de los Valenzuela, de manera que le fue fácil darse cuenta de que el sargento Juan Arze pasaba por la casa con notable frecuencia y aprovechaba toda oportunidad de dirigirse a Sara, sobre todo cuando la muchacha estaba sola. Sin darse cuenta de cómo ni cuándo comenzó a sentir ese deseo, María empezó a desvivirse por conocer a Arze y hacerse su confidente. Después, cuando notó que Pedro Yasic había ido a vivir a la casa de Sara, se dedicó a idear una lucha de los dos hombres por el amor de la joven, y estaba segura de que esa lucha terminaría en tragedia.

María Hinojosa era flaca hasta vérsese los huesos de los hombros. Tenía pelo negro abundante, y aunque lo llevaba siempre descuidado, impresionaba por su cantidad y por los reflejos azules que producía y quizá también porque cubría una cabeza de rasgos menudos y bien perfilados. Las cejas

macizas, también negras, los ojos grandes y la boca carnosa venían bien con el color oscuro de la piel. Con ese rostro y esa cabellera hubiera sido más llamativa que Sara Valenzuela si hubiera traído al mundo otra alma. Pero el alma de María Hinojosa era inerte.

Sara se dejaba ver cuando iba de compras o cuando cocinaba, frente a la casucha de su padre; el resto del tiempo lo pasaba adentro, remendando alguna camisa de Valenzuela o un vestido suyo, limpiando, barriendo. A veces iba afuera en busca de agua para lavar. Era más joven que María —debía tener de veintidós a veintitrés años—, más baja y algo más gruesa. Tenía la piel blanca, el pelo castaño oscuro que le formaba una carga maciza sobre el cuello, la cara redonda, de líneas suaves, los ojos pardos, grandes y vivaces, la nariz un poco respingada, de punta aguda, y una boca fresca y alegre que parecía a cualquier hora acabada de pintar.

Había algo naturalmente divertido en la expresión constante de Sara, algo que a María Hinojosa le fascinaba. ¿Qué era? ¿Ese permanente asomo de sonrisa, los movimientos rápidos, o el aire de resolución que se desprendía de todos sus gestos?

Precisamente mientras Pedro Yasic volvía de su exploración ya a media tarde, Juan Arze visitaba a Sara Valenzuela. La muchacha estaba frente a la puerta de su casa y el sargento, de pie a su lado, parecía hablarle. La tarde anunciaba lluvia inminente. María observaba a la pareja. Estaba segura de que pronto comenzaría a llover y se preguntaba qué pasaría cuando cayeran las primeras gotas. ¿Entrarían Sara y el sargento en la casa de Valenzuela? Si entraban y la lluvia arreciaba —cosa frecuente en Tipuani—, tendrían que cerrar la puerta, la única puerta de la vivienda; y si la cerraban, ¿qué podía pasar entre un hombre enamorado y una muchacha de tanta vida?

María Hinojosa se sentía en la gloria. Estaba viviendo con toda el alma un episodio lleno de interés. Se hallaba

excitada, con una especie de calor en las sienes. “Ahora va a pasar algo”, se dijo.

Y pasó. Pasó que se inició la lluvia, en forma de chaparrón, y Sara Valenzuela corrió hacia la puerta y comenzó a cerrarla mientras gritaba:

—¡Busque donde pasarla, porque no voy a invitarlo a entrar!

Juan Arze se sintió humillado como si lo hubieran abofeteado y miró en redondo buscando con los ojos la presencia de testigos, pues si alguien había visto la escena y había oído a Sara, la ofensa sería diez veces mayor.

Desde la puerta de su vivienda, simulando no estar al tanto de lo que había pasado, María Hinojosa esperaba el desenlace. Pero ya llovía; llovía por sorpresa, a la manera habitual en las regiones selváticas, en forma violenta. Juan Arze corrió hacia el lugar más cercano donde podía protegerse. Fue así como María Hinojosa halló la manera de entrar en la vida de Sara Valenzuela.

Encerrados en poco más de seis metros cuadrados, gran parte de los cuales estaban ocupados por objetos que en algún tiempo habían sido muebles, Juan Arze y María Hinojosa se vieron en el caso de hablar de algo. Se dijeron sus nombres, el lugar de donde procedían, y como resultara que los dos eran de Cochabamba, pues sucedió que los dos conocían a Fulano y a Zutana, a la señora Tal y al señor Cual. En poco tiempo ya no había qué decirse. Entonces María comenzó su aproximación a Sara.

—Esa muchacha Sara es muy bonita, ¿verdad? —dijo.

El sargento Arze era de los hombres que frente a una mujer disminuyen las cualidades de otra o se niegan a reconocerlas. No era que le interesara María Hinojosa, sino que seguía su propia naturaleza masculina al decir:

—Sí, pero muy orgullosa.

—Yo noto que los hombres la buscan mucho. No pasa día sin que alguno le haga la visita.

Juan Arze quedó un momento desconcertado. Ah, con- que había otros que la visitaban... Preguntó:

—¿Tiene novio? ¿Usted le conoce algún compromiso?

—No, yo no le conozco ni siquiera preferidos.

—Yo creía que ese chileno nuevo que vive en su casa era algo de ella —dijo Arze.

—Ah, es chileno —comentó ella.

El sargento movió la cara para mirar hacia afuera. El agua sucia corría por los desniveles del cerro. Seguía lloviendo. María Hinojosa no tenía la costumbre de analizar a la gente, pero se daba cuenta de que estaba al borde de oír una confesión.

—A usted también le gusta la muchacha, ¿no? ¿Tiene esperanza? —preguntó.

—Sara es muy esquiva —eludió él.

—Siempre hay maneras.

La conversación comenzó a languidecer. Había caído en un pantano, porque el hombre no quería descubrir sus sentimientos debido a que hablaba con otra mujer y estaba en la obligación de no parecer débil, y la mujer no quería dejar el tema estancado, sino que deseaba seguir hablando de Sara y de él. Sara era lo que le interesaba, y nada más.

Pero como la lluvia no paraba, pasaron a asuntos menos atractivos: la lluvia, que pronto iba a declinar, la vida aburrida de Tipuani, sin un cine siquiera adonde ir, el trabajo que hacía el sargento. Cuando la lluvia cesó del todo, Juan Arze se despidió.

La vida de los seres humanos tiene mucho de común con los ríos. Hay arroyos que son afluentes de riachuelos; éstos afluyen a otros ríos mayores. María Hinojosa deseaba ser afluente de Sara Valenzuela, pero el sargento Juan Arze quería que Sara Valenzuela afluyera en su vida.



Desde luego, de esa semejanza que tenían sus vidas con los ríos no se daban cuenta ni Juan Arze ni María Hinojosa, que en los días sucesivos siguieron viéndose y ahondando en el tema de Sara hasta que llegó la hora en que el sargento confesó sin recato alguno su pasión por la hija de José Valenzuela. María se sintió deslumbrada; y como carecía de voluntad para ser ella misma y tenía una incontrolable inclinación a vivir vidas ajenas, al sargento Arze le fue fácil hacerla su confidente y su correo.

Una tarde en que Sara se hallaba sola, sentada a la puerta de su vivienda, María Hinojosa se llenó de valor y fue a verla.

—Buenas tardes —dijo—. Vengo a ver si me presta un poco de sal.

—Con mucho gusto —respondió Sara, al tiempo que entraba en busca de lo pedido.

María no había planeado nada de lo que iba a hacer o a decir, y la verdad es que ella nunca planeaba nada. De manera que cuando Sara retornó con la sal tuvo que buscar un pretexto para no irse inmediatamente, y lo halló en el comentario de que la casita se veía muy limpia.

—Ése es el único lujo que podemos darnos los pobres —explicó Sara.

De tonterías como ésa hablaron unos minutos. Al día siguiente María volvió en la mañana para devolver la sal; en la tarde visitó a Sara otra vez para preguntarle con qué jabón lavaba ella, a los tres días, la charla fue de veinte minutos.

Aun la gente más fiera se acostumbra a la presencia de personas que nunca dicen cosas desagradables, que hablan sobre acontecimientos comunes, como el estado del tiempo, la salud de un familiar, el costo de la vida. Sara iba acostumbrándose a la presencia de María Hinojosa. Pero al cuarto día María dijo:

—Lo más duro del mundo para una mujer es estar sola.

Sara creyó que María hablaba por sí misma, y no respondió nada. La otra, sin embargo, amplió su idea:

—En un lugar como éste una muchacha soltera como tú no tiene manera de escoger marido a gusto y tiene que casarse con el que la enamore.

Sara se sintió intrigada. Tal vez porque había visto al sargento Arze visitando la casa de María, tal vez porque algo en ésta le hacía sospechar que no era una amiga desinteresada, no quiso dejar pasar la oportunidad sin aclarar su posición.

—María, métete en la cabeza esto que voy a decirte: creo que vale más estar sola que mal acompañada... aunque yo no me siento ni sola ni mal acompañada.

La última parte de la frase confundió a María.

—¿De manera que tú y el chileno ... ?

Pero ya Sara se sentía molesta y no la dejó terminar.

—¡Yo y nadie! —cortó—. Todavía no me he enamorado. El día que me enamore no andaré escondiéndolo.

—Pero tú tienes enamorados, Sara. El sargento Arze me ha dicho que está enamorado de ti.

Sara se puso a barrer el polvo de la puerta a la vez que contaba:

—Eso dice él.

—¿Y a ti no te interesa?

—¿No oíste lo que te dije?

—¿Es que no lo hallas simpático?

Sara dejó de barrer y se plantó ante María, mirándola con gravedad.

—¿Pero es que tiene que gustarme para marido un hombre porque sea simpático? Además, no lo es.

Un sentimiento confuso comenzó a producirse en el alma de María Hinojosa. Quizá era alegría, aunque no era eso; quizá era que esperaba algo inesperado, algo que no tenía forma pero que era algo. Tal vez se sentía aliviada, libre de un peso

que ella no sabía identificar. ¿Qué era, por Dios? ¿Qué cambios estaba produciendo en ella el hecho de saber que el sargento Juan Arze no significaba nada en la vida de Sara Valenzuela?

Cuando se halló en su casa María Hinojosa llegó a una conclusión, y para ella era difícil llegar a conclusiones; no le diría al sargento Arze ni una palabra de lo que había hablado con Sara, y mucho menos de lo que Sara había dicho. Hasta ese día le había transmitido con la mayor fidelidad posible todas sus conversaciones con la muchacha, pero ya no lo haría más.

María Hinojosa había ido haciéndose a la presencia de Juan Arze. Al acercarse la hora de la media tarde, ella misma se notaba inquieta. Esperaba algo y no acertaba a precisar qué. Pero poco a poco fue dándose cuenta; y especialmente ese día, después de oír a Sara Valenzuela, supo que se había acostumbrado a la compañía del sargento. Se le habían hecho familiares, primero, y necesarios después, su voz ronca, el olor a tabaco que dejaba en el cuartucho donde se sentaban, su rostro de facciones indígenas, con la nariz arqueada de bases anchas, sus dientes blancos y fuertes.

Un pequeño arroyo que no conocía su destino empezaba a inclinarse ante un riachuelo distinto de aquel en el cual parecía que iba a afluir. Y eso sucedía sin que María Hinojosa fuera capaz de preguntarse por qué hay almas tributarias, que aunque cambien de curso afluirán siempre hacia alguna corriente, y nunca otras afluirán en ellas.

## IV

Era domingo, y hasta en la selva se notaba. Había esa luz y esa paz que sólo se hallaba en los domingos. Navegando por el Mariapo, sobre todo, la paz se respiraba en el aire húmedo, a veces bien oliente, que mecía la enorme masa de árboles; en el vuelo silencioso de los pájaros que pasaban en bandadas o solitarios, y hasta en la lentitud con que iba desenvolviéndose la corriente de agua, en cuya superficie se reflejaba, temblando, el intrincado y verde follaje que cubría las orillas.

La vivienda del viejo Forbes estaba levantada en un ribazo, a poca distancia del río. Había sido construida sobre troncos sin descortezar y la rodeaba un cerco de maderos clavados a postes puntiagudos. El cerco debía cubrir unos cinco mil metros cuadrados. Por la parte de afuera, a todo alrededor de la propiedad, la selva había sido desmontada en un ancho apreciable, de manera que ningún árbol metía sus ramas en el terreno de Alexander Forbes. El trecho desmontado estaba libre hasta de arbustos y Pedro Yasic pensó que el objeto de esa limpieza era aislar la casa de las alimañas de la selva. Más tarde, en medio de la conversación, el viejo Forbes le explicó:

—Oh, no; es necesario limpiarlo siempre porque si usted descuida ese detalle la selva se traga la casa en poco tiempo. Usted no puede imaginarse cómo avanza ella sobre todo

lo que no es natural. En cuanto a los animales, no es posible evitar que arañas, culebras y hasta monos se metan en la casa.

El viejo escocés vivía tal como era. Para él nada debía tener complicaciones y por lo mismo su manera de vivir debía ser sencilla. Aunque había mandado recado a Pedro Yasic para que aprovechara el viaje de su balsa, que había ido a Tipuani en busca de provisiones, no había preparado nada especial para recibirle. Yasic le halló en camisa, de pantuflas, sin afeitarse, esperándole al pie de la escalera que conducía a la vivienda.

La conversación comenzó sin interés particular. Pedro Yasic no quería demostrar que deseaba aproximarse al alma de su nuevo amigo. Esperaba que hablando descubriría sin esfuerzo la intimidad del viejo botánico. Alexander Forbes parecía cándido, y así se lo había recomendado el cónsul chileno en La Paz; por otra parte, Yasic sabía que en el mundo había alguna gente ingenua, pero nadie lo convencería de que ese tipo de personas se encontraba en la selva. A la selva, según su criterio, se iba o huyendo de algo o a buscar riquezas. Por eso, cuando tuvo la primera oportunidad de tratar el tema, dijo como al descuido:

—Parece que muchos extranjeros, sobre todo europeos como usted, han venido a la selva atraídos por leyendas de minas de oro.

Míster Forbes no le concedió importancia a esas palabras. Las contestó con la misma naturalidad con que hubiera respondido a una pregunta sobre el tiempo.

—Algunos sí, y a menudo vienen a molestar con el tema de las minas. Pero también hay otros que llegaron en la época del caucho, que era una especie de oro vegetal, y se han quedado a pesar de que el caucho dejó de tener valor. ¿No ha oído hablar de los hermanos Petit?

—No —respondió Yasic de la manera más honrada, porque en verdad no tenía la menor idea de que hubiera unos hermanos Petit.

—Pues son dos hermanos con una historia muy interesante. Al principio eran tres, y de ellos, los dos mayores eran gemelos. Vinieron aquí siendo jóvenes. Los dos que quedan viven ahora al norte de Rurenabaque, hacia el río Madidi. Su historia es verdaderamente poco común.

Pedro Yasic no sintió marcados deseos de conocer esa historia, pues tratándose de gente de edad y con muchos años en la región, debían contar ya con medios de vida estable y poco interés podían tener en asociarse a él en una aventura peligrosa, por mucho provecho que pudiera sacarse de ella. Sin embargo, como necesitaba conocer a fondo el alma del viejo Forbes —porque tal vez ese viejo escocés podría ser su cómplice—, lo animó a hablar.

—Cuente esa historia, míster Forbes.

Míster Forbes respondió que de todas maneras iba a contarla, puesto que a él le parecía excepcional, y como era del conocimiento de todo el mundo en aquella región, no cometería indiscreción al relatársela a Yasic. Por lo demás, según explicó, él no tenía el menor propósito de penetrar en vidas ajenas ni eso le importaba. El asunto era para él interesante, pero absolutamente impersonal.

—¿Entiende, señor Yasic?

—Sí entiendo, míster Forbes.

Aclarado ese punto, Forbes explicó que los hermanos Petit eran franceses. Primero llegó a la selva uno de los gemelos: a los tres años mandó buscar al gemelo y al hermano menor. Los gemelos eran extraordinariamente parecidos. No había detalle que permitiera identificarlos a primera vista. La madre los conocía, según contaban ellos mismos, pero ni aun la propia madre sabía decir cómo los distinguía. El padre no podía

hacerlo y se equivocaba cinco veces de cada diez. Al hermano menor le sucedía otro tanto.

Los gemelos eran altos, delgados, de frente huesuda y curva, ojos azules y nariz aguileña. Ambos eran fieros, duros y sin escrúpulos. No se sabe a cuántos infelices indios mataron en la selva. El tercero no se les parecía ni en la figura ni en el carácter: era bajo, mantecoso y tranquilo.

El segundo de los gemelos llegó a la selva casado con una austríaca, mujer menuda, rubia, de ojos verdes, dulce y coqueta. Los tres hermanos vivían juntos.

—En una casa como ésta —explicó el viejo Forbes señalando con un movimiento circular de su brazo derecho toda la vivienda—, aunque más grande y menos fuerte.

Un día hubo necesidad de atender dos negocios diferentes en dos puntos distantes. El hermano menor salió a ver una hacienda de reses en la ribera derecha del río Beni y el gemelo casado fue a San Carlos, en dirección oeste. La austríaca no sabía a qué distancia estaba San Carlos, de manera que no le sorprendió la llegada de su marido a media noche. A esa hora su marido estaba a medio camino; todavía necesitaba un día para llegar a San Carlos y dos para volver.

El gemelo mayor, pues, llegó a media noche y se metió en la cama de la mujer sin que ella notara que estaba sustituyendo al marido.

—Y cuando el marido retornó de San Carlos, ¿qué hizo? —preguntó Yasic, intrigado por la situación.

—Llegó de sorpresa, bajo una lluvia, y halló a su hermano metido en la cama con su mujer. Quedó tan anonadado que no pudo decir una palabra; salió de la casa y se pegó un tiro.

—¿Y el menor?

—No se hizo cargo del cambio sino al cabo de algún tiempo, cuando el propio hermano se lo dijo. Ya para entonces la

austríaca sabía la verdad, que fue descubriendo por sí misma porque había detalles íntimos que le llamaron la atención. ¿Pero qué podía hacer ella? Ahí están los tres, viejos y olvidados del mundo.

Pedro Yasic convino en que a veces se producen hechos raros. Lo que no podía explicarse era que se debieran al deseo de conquistar una mujer.

—Admito otras razones; por ejemplo, la lucha por la riqueza. Aquí está usted, viviendo en este lugar apartado. Pues bien, yo no puedo comprender que usted haya venido a la selva por gusto, porque nadie escoge un sitio como éste por puro placer. Me han hablado de algunos que han llegado en busca de oro, y eso sí lo entiendo. ¿Qué le trajo a usted a la selva, míster Forbes?

Nadie hubiera podido notar la intención oculta en la pregunta, y mucho menos Alexander Forbes, pues el viejo Forbes no hallaba intención oculta en lo que dijeran otros hombres debido a que él hablaba siempre sin tapujos.

—No, amigo —dijo—; yo vine a la selva por una razón sentimental.

“Ah, demonios. Estoy perdiendo mi tiempo. Éste vino huyendo de un fracaso de amor. ¡Qué ridículo!”

Yasic pensaba así mientras Forbes se encaminaba hacia una mesa que se hallaba en un rincón de la espaciosa habitación en que se encontraban él y su huésped. Antes de que pasara a contar la historia de los hermanos Petit, Forbes había estado hablando de cierta mezcla de cerveza y pisco que nadie en el mundo —habían sido sus propias, candorosas palabras— hacía como él. Dijo que quería que su visitante probase esa mezcla, y cuando respondió a la última pregunta de Yasic lo hizo ya de pie, mientras se dirigía a la mesa.

La habitación ocupaba todo el lado izquierdo de la casa; allí estaban los contados muebles que el propio dueño había



hecho; en un rincón, un estante con unos cuantos libros; en el centro, una mesa baja con revistas inglesas y norteamericanas, periódicos ingleses, pipas y tabaco en lata; en otro rincón, la mesa donde guardaba los licores y algunos platos, vasos y trastos de comer. A esta última se encaminó, cogió una botella de pisco y entonces recordó que todavía no habían subido la cerveza que había llegado esa mañana de Tipuani. “Estos lecos se olvidan de todo”, pensó.

El viejo Forbes se dirigió al balcón que daba al río —pues la casa tenía otro en la parte de atrás—, y allí gritó:

—¡Chuami, trae cerveza de la balsa!

Mientras el leco subía la cerveza, Alexander Forbes retornó al centro de la habitación, tomó asiento, una pipa, metió la mano en la lata de tabaco y comenzó a llenar la pipa. Aun así, sentado, sus movimientos eran graciosos, como de osezno. Pues eso parecía Forbes, a pesar de su edad: un oso de pocos meses. Esa gracia estaba no sólo en la forma como movía los cortos brazos y las piernas, sino también en el rostro, de corte redondo, y en los ojos de color claro, que tenían una expresión constante de inocente picardía.

Pedro Yasic sabía que el viejo Forbes iba a comenzar su historia.

En ese momento llegó el leco con algunas botellas de cerveza; las puso en la mesa, y míster Forbes siguió con la vista sus movimientos. De manera muy leve, que hubiera sido imperceptible para un observador menos atento que Pedro Yasic, los ojos del viejo Forbes cambiaron de expresión bajo los cristales de los lentes.

—Vine a la selva en busca de mi hijo —oyó decir Yasic.

Era muy difícil que Pedro Yasic se sorprendiera. Lo esperaba todo a un mismo tiempo y en cada momento de su vida; esperaba siempre alguna cosa y su contraria. Pero no esperaba una respuesta así. Se explica, pues, que se sintiera sinceramente

asombrado, y hasta deslumbrado por todas las posibilidades que entrevió. “Ése es el hombre que yo necesito, el hijo de este viejo, que debe ser joven y atrevido”, pensó a toda prisa, mientras preguntaba con ansiedad:

—¿Pero vive aquí su hijo?

—No vive: desgraciadamente no vive aquí ni en ninguna parte —oyó decir.

—¿Murió?

—Desapareció en la selva.

—¡Qué desgracia!

Pero no lo decía por Forbes ni por el hijo, sino por él, que con esa mala noticia perdía un posible cómplice, un hombre joven y conocedor de la selva, seguramente ambicioso, con quien hubiera podido entenderse en quince minutos.

—¿Se perdió en busca de alguna mina? —preguntó.

El viejo Forbes se levantó de nuevo para ir a preparar la mezcla de cerveza y pisco. Algo tenía que hacer para sacudir aquellos recuerdos que le asediaban, aunque sólo fuera moverse por la espaciosa habitación. A medida que iba caminando iba hablando.

—No. Es otra historia, amigo Yasic. Mi hijo no buscaba oro. Yo enseñé a mi hijo a buscar lo bueno, lo bello, no el oro. El oro mancha el corazón de la gente; la belleza lo hermosea, ¿comprende?

Yasic oía, pero no comprendía. ¿Cómo puede adquirirse lo bello si no es con riqueza? ¿Qué cosa bella no tiene un precio en oro?

—Mi mujer —explicó Forbes mientras vaciaba pisco de la botella en una vasija de barro— pensaba como yo e influyó mucho en la educación de Alexander. Oh, era un muchacho inteligente, bondadoso y fuerte. Tenía veintiséis años cuando dejó Inglaterra para venir. Nunca volvió. Su madre murió con el dolor de no verle más.

—Lo siento, míster Forbes. Consuélese pensando que también hubiera podido morir en la guerra.

—Yo estoy consolado. Él murió buscando algo hermoso y útil. Murió por la ciencia. La muerte es inevitable, Yasic. Sólo siento que su madre sufrió mucho.

Durante un momento Pedro Yasic prefirió no hablar y el viejo Forbes calló. Atendía a la mezcla, que estaba haciendo ya. Removió la cerveza y el pisco con una cuchara de madera; después tomó la vasija de barro y la llevó a la pequeña mesa del centro, dejó allí la mezcla y tornó a la mesa grande para coger dos vasos. Cuando estuvo sentado de nuevo, dijo:

—Alexander vino a la selva en busca de una ciudad perdida.

—¿Una ciudad perdida? —preguntó Yasic con curiosidad.

—Sí, una ciudad que está en algún lugar de la selva, nadie sabe dónde. Puede ser una leyenda, pero Machupichu era desconocida hasta hace relativamente pocos años; nadie conocía su existencia y ahí está ahora. Mi hijo hubiera rendido un gran servicio a la ciencia si hubiera descubierto el emplazamiento de esa ciudad, puesto que se supone que corresponde a una etapa intermedia entre la civilización amazónica y la andina. Hay quien crea que la cultura andina llegó desde la selva. Y usted, ¿qué piensa de ello?

Yasic no pensaba nada acerca de civilizaciones. No le interesaba ninguna ciudad perdida, a menos que en ella hubiera oro. Le interesaba su plan, lo que él había ido a hacer a Tipuani, y visto que el hijo de míster Forbes ya no vivía, le daba lo mismo que hubiera muerto buscando la dichosa ciudad o cazando jaguares. Sin embargo, para no despertar sospechas en el viejo Forbes —“ya no voy a sacar nada de él, y es mejor que no sospeche de mí”—, preguntó, refiriéndose al hijo perdido:

—¿Andaba solo?

—No; con él desapareció también otro joven, un alemán amigo suyo, y probablemente todos los indígenas que les acompañaban.

Mientras bebían la mezcla de pisco y cerveza el viejo Forbes contó a Yasic su odisea en la selva tras las huellas del hijo, años después de haberse éste perdido. Había pasado bastante tiempo, porque en el intermedio estalló la guerra, se perdieron los contactos con un hermano del joven alemán, que pensaba viajar con Forbes en busca del hermano, murió la señora de Forbes, en una noche en que Londres estaba siendo bombardeada en forma implacable. Una vez terminada la guerra, el viejo escocés lo vendió todo, abandonó Inglaterra y se internó en la selva. Al cabo de larga búsqueda se quedó en el Mariapo. Llegó a convencerse de que su hijo no aparecería jamás.

Ahora bien, Alexander Forbes no era hombre de mirar hacia atrás. Su temperamento y su educación se habían combinado para producir en él al escocés que sabe poner cara sonriente al infortunio. Él se la puso, y en un minuto, sacudiendo sus recuerdos, volvió a la realidad.

—Quiero enseñarle algo interesante —dijo a Yasic.

Además de la habitación en que se hallaba, especie de salón rústico, la casa tenía tres más: una era el dormitorio del dueño, otra el dormitorio de los huéspedes; en la otra estaba lo que Forbes llamaba “el laboratorio”. En esta última la luz era escasa; sobre las telas metálicas de las ventanas el viejo botánico había colocado telas ligeras de color verde. Ahí, en largos tableros, había numerosas redomas de cristal, cada una con una tarjeta amarrada al cuello, y en las tarjetas, escrito a tinta el nombre de la orquídea cuya semilla se había puesto en la gelatina que había en el fondo de la redoma, y además, un número y una fecha.

—Esa fecha es para saber cuánto tiempo tardará en germinar cada tipo, y tengo algunos muy raros. Hago cruzamientos

con especies nuevas que he conseguido en la selva. He logrado dos tipos nuevos; uno lleva el nombre de mi mujer, otro el de mi hijo. Pero todavía tardarán bastantes años en hacerse populares. ¿Ve esa redoma? Estoy tratando de conseguir ahí una flor única en el mundo, una orquídea de color oro con puntas blancas. Ahora no se ve nada en el fondo de la redoma, pero dentro de siete años será una planta. Trabajo también en conseguir una especie que pueda vivir al aire libre en climas no tropicales. Es muy difícil, pero si lo consigo dejaré mi nombre en la historia.

Pedro Yasic le oía y pensaba: “Siete años. Dentro de siete años será una planta. Eso se llama idiotez.” En alta voz preguntó:

—¿Y qué hace luego con esas flores?

—¿Qué hago? Pues las vendo, se venden muy bien vendidas, amigo Yasic. Las mando a La Paz en avión; de ahí a Londres a Amsterdam. ¿De qué cree que vivo, pues?

“Ah, vive de flores el pobre diablo. He hecho un viaje inútil. Pude haber aprovechado el día en algo mejor.”

—Esto es belleza, amigo —exclamó Forbes en un raptó de entusiasmo—; belleza y paz, las dos cosas que el hombre debe buscar en este mundo. Todo eso del oro y del poder son complicaciones que nos hemos creado. No necesitamos ni oro ni poder; nos basta con la belleza y la paz del alma. Aquí, buscando a mi hijo, yo hallé la paz y me dedico a crear belleza.

Y era cierto que Alexander Forbes había hallado la paz. Pero la paz en medio de la vida, porque la selva está llena de una vida intensa, que va produciéndose según su propio ritmo, en silencio, con violencias que están reguladas por la ley natural y por tanto no sorprenden. La culebra muerde y envenena, y no puede esperarse de ella otra cosa; el jaguar y el puma matan para comer, y todos lo saben, al extremo de que los animales que son sus víctimas habituales adquieren desde

pequeños la noción de que deben huir del jaguar y del puma. Ésa es la ley, que se acata siempre. En cambio no es ley que el hombre mate para despojar a otros hombres o cause sufrimientos, y mata y hace sufrir. En la selva se puede confiar, porque se sabe que el árbol crece, que la piraña devora cuando ve sangre, que la anaconda asfixia al pecarí, y que ni el árbol ni la piraña ni la anaconda actuarán en forma diferente.

Alexander Forbes se había acostumbrado a la selva. Podía distinguir desde su casa cada uno de los ruidos que se producían en la jungla; sabía cuándo la brisa movía las hojas de los árboles y cuándo los castigaba; cuándo se derrumbaba un tronco podrido y a qué distancia; cuándo comenzaban los ríos a crecer y qué cantidad de agua llevaban cuando habían crecido; en qué noches iba a presentarse el surusu, el viento helado del sur que hace gritar de frío a las criaturas del bosque; qué clase de animales huían de una fiera o asustados por el estruendo de un árbol que caía herido por el rayo; distinguía a las aves por el canto o por el golpe de las alas cuando pasaban volando en grupo. La vida rodeaba al viejo Forbes, una vida intensa y a la vez plácida, una vida que él conocía y amaba; una vida al mismo tiempo a media luz y continua, que se mantenía en constante pero callada agitación.

Su paz, pues, no era la de la soledad agobiadora que hubiese vuelto loco a Pedro Yasic. Al contrario, era la perpetua compañía, la renovada y siempre presente compañía de todas las criaturas selváticas. Era la paz sin ser la muerte, la vida sin ser la prisa, la plenitud de la naturaleza mostrándose en su asombrosa actividad creadora, lo cual tenía importancia excepcional para el viejo botánico. Pues él, hombre de ciencia, enamorado de su profesión, sabía ver ese lento moverse de la vida en las formas vegetales, y lo apreciaba y lo disfrutaba como un regalo de los dioses. En su perpetua alegría de niño tenía finura suficiente para sentir gratitud por la fuerza desconocida

que daba la vida. Asomado a las redomas donde germinaban las diminutas semillas de orquídeas, comprendía mejor el valor del tiempo, ese don mágico y eterno que en nueve meses producía un ser humano y necesitaba de largos años para producir una planta de orquídeas.

El viejo Forbes iba a hablar cuando se oyeron voces. Alguien gritaba en un idioma que Pedro Yasic desconocía.

—¡Taliano, taliano! —decía la voz.

—Venga —le pidió Forbes a Yasic—. Eso quiere decir que el amigo Salvatore Barranco está llegando y debemos bajar a recibirle.

## V

Salvatore Barranco se pasaba a veces una semana entera internado en el triángulo que formaban los ríos Mapiri, Madidi, y Beni. Iba allí a cazar nutrias y cocodrilos. Los saurios abundaban en la región. Era frecuente hallarlos amontonados en lugares cenagosos y en ocasiones se juntaban tantos que Barranco navegaba prácticamente sobre lomos de cocodrilos. A menudo tenía que desplazarse alejando las bestias a palos y también a menudo algunas de ellas se rebelaban y lanzaban coletazos y mordiscos a la embarcación. De tarde en tarde se veía flotando en el lodo un cocodrilo de seis metros y abundaban los de cinco y los de cuatro. Los de ese tamaño no tenían interés para el cazador porque su piel no era la mejor para vender; la buena era de los más pequeños, de dos metros abajo.

Salvatore Barranco tenía una expresión fiera, y ello no sólo debido al brillo de los ojos, muy negros y altivos, sino además, a la forma de la boca, de labios finos pero duros. Lo musculoso de su complexión le hacía parecer menos alto de lo que en realidad era. Viéndole se pensaba que debía ser hombre de trato difícil pero en quien podía confiarse.

¿Cómo había llegado él a la selva? Pues haciendo un camino largo y lleno de sucesos extraños.

Barranco no había cumplido todavía los dieciocho años cuando huyó de Italia. Su padre había muerto siendo él niño, y el tío que le crió resultó perseguido por los fascistas. Salvatore,



que en ese momento tenía dieciséis años, fue a vivir con otro tío en una aldea al norte de Palermo, y ese otro tío estaba ligado a una “maffia”. El sobrino estuvo detenido en rehén. Se le quiso mezclar en las actividades del tío; se le quiso hacer declarar sobre cosas de las que no sabía nada, y cuando lo dejaron en libertad huyó a Tánger. Vivió en el África francesa y en la española, hizo toda suerte de trabajos y al cabo pudo montar un pequeño negocio de venta de sedas y plata. Su sueño era reunir dinero suficiente para irse a Estados Unidos, aspiración de todos los sicilianos que salían de su isla.

No se fue, sin embargo, pues a los veintidós años, cuando otros hombres comienzan a vivir, él hipotecó su porvenir casándose con una joven española a quien conoció en Tánger. La mujer se llamaba Angustias.

Exactamente al mes del matrimonio empezó la guerra civil en España y el hogar de Salvatore Barranco comenzó a sufrir las consecuencias. Pues Angustias tenía una hermana casada con un oficial republicano, y lo que pudiera suceder a su hermana en Madrid perturbaba a Angustias en Tánger.

En 1938 el oficial republicano envió su mujer a Tánger para que viviera con Angustias hasta que la guerra terminara. La hermana, llamada Magdalena, se parecía muy poco a Angustias. Angustias era baja, de cutis oscuro, pómulos anchos y ojos negros; Magdalena era alta, de piel muy blanca y ojos azules clarísimos, y esos ojos llamaban la atención porque hacían contraste con un cabello y unas cejas negros como el carbón.

El marido de Magdalena pasó al frente del Ebro, noticia que no llegó a Tánger. Cuando terminó la guerra centenares de miles de republicanos españoles salieron al exilio, y el marido de Magdalena iba entre ellos, cosa que tampoco supieron sus familiares en Tánger. Pero a principios de 1940, cuando ya los ejércitos de Hitler se habían derramado por el este de

Europa, se recibió carta del exiliado: estaba en México y decía que había iniciado las gestiones del caso para que Magdalena fuera a reunirse con él.

Desde la primera carta, que Magdalena leyó en voz alta a su hermana y a Salvatore, comenzó a operarse en éste un fenómeno curioso: un sueño de su infancia empezó a moverse en su alma, a renacer y a cobrar fuerza. En el fondo de ese sueño estaba América, pero no la del Norte, sino la otra, la de las grandes selvas. Él lo había olvidado, y resultaba que aquellas cartas lo resucitaban y recobraba vida con una intensidad cada vez mayor.

Un tío de Salvatore, hermano de su madre, había vivido en el Brasil y retornó a Sicilia cuando el niño tenía muy pocos años, tal vez sólo tres o tres y medio. Lleno de canas y arrugas, el tío era un viejo de mucha simpatía y magnífico contador de historias. Quizá exageraba con el ánimo de asombrar a sus amigos y vecinos y el de distraer al pequeño Salvatore, a quien parecía profesar especial cariño. Describía a menudo la vida de la selva, describía hazañas en que él o alguno de sus amigos había tomado parte; pintaba con palabras precisas el paisaje de los grandes bosques y de los ríos gigantescos. Sobre todo, le encantaba hablar de las mariposas, lo cual fascinaba al niño.

—Son mariposas enormes, bambino, más grandes que mis dos manos juntas. Tienen en las alas todos los colores: el amarillo, el rojo, el negro; y la mayor parte de ellas son de un azul que se parece al del mar. En Río de Janeiro, que es la capital, las compran y hacen con ellas cuadros y bandejas que cubren con cristales. Cortan las alas en pequeños pedazos y luego los van pegando según los colores hasta que forman un paisaje con palmeras y el mar y el sol.

El tío aseguraba que había tantas de esas mariposas en la selva, que dedicándose a cazarlas con redes podía ganarse

mucho dinero. Explicaba que cada vez las pagaban mejor porque de día en día había que penetrar más en la selva para conseguirlas. El niño se deslumbraba y a menudo soñaba en la noche con mariposas que tenían alas enormes y colores brillantes.

Unos días después de haber llegado la segunda carta, Salvatore habló a Angustias.

—Si tu hermana se va a México, iremos con ella. Puedo conseguirme papeles de refugiado español.

Angustias no respondió una palabra. Estaba encinta y no había sucedido importante para ella excepto el nacimiento de ese hijo que tenía en las entrañas. Vivir en Tánger o en México le daba igual.

A medida que pasaban los días la idea de viajar le parecía a Salvatore una salida lógica y necesaria. Las mariposas no tenían nada que ver con ella. La guerra avanzaba por Europa; se veía claro que el próximo teatro de operaciones sería África, y sólo América, pero especialmente la del Sur, aparecía como un refugio seguro. Angustias oía en silencio las opiniones de italianos, españoles y franceses que visitaban a Salvatore y hasta las de algunos árabes, y también ella empezó a pensar que inevitablemente la guerra destruiría a Europa y a África y que su hijo, esa criatura que sentía moverse en su vientre, iba a correr peligro. Así, cuando el niño nació comenzó a preguntar a su hermana, en los momentos más inesperados:

—Magdalena, ¿cuándo nos vamos?

O se dirigía a Salvatore en términos conminatorios, como si de él dependiera el viaje:

—Salvatore, decídetelo pronto.

Se la veía agarrar al hijo con vehemencia, como si lo tomara con todo el cuerpo más que con las manos; lo sujetaba, lo apretaba sobre el pecho, daba la impresión de que quería ocultarlo metiéndoselo de nuevo en el vientre en que se había

formado. Angustias no jugaba con el niño como lo hacían otras madres; no le hacía caricias de esas que van envueltas en sonrisas. Su amor era pasional, sombrío, profundo y como lleno de pavor. A menudo se quedaba mirando al hijo como si éste fuera a morir, y de pronto levantaba los ojos para decir:

—Salvatore, ¿por qué estamos aquí todavía? ¿Por qué no nos vamos inmediatamente?

Al fin llegó la hora de la partida. Se fueron a Casablanca, donde tomarían un barco portugués fletado para llevar a México judíos europeos y españoles republicanos. Los primeros salieron de Portugal y los otros de África del Norte.

El *Quanza* era un barco de seis mil toneladas y puso proa al Atlántico en viaje de Casablanca a Veracruz, con más de ochocientos pasajeros, muchos de ellos mujeres y niños, y veinticuatro toros de lidia. La salida fue a fines de octubre de 1941. Cuando el *Quanza* arribó a Veracruz, después de haber sido detenido en Bermudas, finalizaba el mes de enero del año siguiente y la guerra se había extendido al mundo entero.

La travesía fue una experiencia amarga para todos los pasajeros, y también para la tripulación. En Casablanca hubo que impedir por la fuerza la subida a bordo de cientos de refugiados españoles para los que no había sitio en el barco. Algunos de ellos se lanzaron al mar mientras otros maldecían y las mujeres lloraban. Salvatore pagó una pequeña fortuna a un oficial de a bordo para poder quedarse en el buque. Todo sitio aprovechable del *Quanza* fue usado por gente enloquecida que luchaba como fiera de la selva por espacio donde echarse a dormir.

Durante el viaje se acabó dos veces la comida y varias el agua.

Gracias a los toros, que fueron sacrificados uno a uno, y a la ayuda de naves de guerra inglesas que detenían al *Quanza* para hacer registros en busca de agentes alemanes o italianos, fue posible evitar que centenares de pasajeros murieran de hambre y de sed. Muchos, sin embargo, murieron por falta

de medicinas. Nadie podía bañarse a bordo. Sin afeitarse y sin cambiarse de ropa, hombres y mujeres parecían mendigos y hedían como bestias.

A la arribada a Veracruz, la sanidad y la policía de seguridad ordenaron que el buque se mantuviera afuera mientras se desinfectaba el barco y se hacía un estudio concienzudo de la identidad política de cada pasajero. Esos trabajos durarían algunos días, quizá una semana.

Los muelles se llenaron de refugiados españoles que llegaban a Veracruz desde los más distantes puntos de México para recibir a familiares y antiguos compañeros de armas. La mayoría se inquietó y muchos se indignaron porque no podían ir a bordo. Entre los indignados se encontraba el marido de Magdalena. La amargura de la ausencia, el fracaso de la guerra, la soledad a miles de millas de distancia: todo eso se agolpaba en su corazón ese día.

Angustias se había sentido enferma desde que subió al *Quanza*. El mareo la aniquilaba, y empeoró debido a la congestión de gente, a los malos olores de a bordo, a la falta de baños y medicina. Hubo que enviarla a la enfermería. Su hermana Magdalena se hizo cargo del niño y se dedicó a pasarlo por cubierta la mayor parte del tiempo.

El hijo de Angustias no se parecía a la madre sino a la tía; era, como ésta, de pelo negro y ojos azules; como ella tenía largo el óvalo de la cara y los labios bien dibujados. No es extraño, pues, que entre aquellos centenares de pasajeros y de tripulantes que se amontonaban en el *Quanza*, muchos creyeran que la criatura era de Magdalena. A algunos que se dirigieron a ella elogiando la belleza del chiquillo, Magdalena les explicó que no era su hijo, sino su sobrino; pero a otros no pudo o no quiso aclararles el parentesco. De manera que al llegar a Veracruz abundaba a bordo del buque portugués la gente que tomaba al pequeño por hijo de Magdalena.

El marido de Magdalena quería a su mujer con pasión. Había combatido en Málaga, en Madrid y en el Ebro, y mientras lo hacía podía pasarse sin ella. Pero cuando se vio en el exilio y sintió, más que comprendió, que había perdido el estímulo de la colectividad y que por tanto ya no era un ciudadano sino un hombre solitario entre los hombres, se aferró al recuerdo de Magdalena con desesperación. Con los días la importancia de su mujer crecía para él, porque Magdalena llegó a ser lo único que realmente lo ataba a su pasado, a su tierra, a sus ilusiones de otros días.

Excitado, pues, el excombatiente viajó con días de anticipación desde Cuernavaca, donde vivía, a Veracruz. Eligió cuidadosamente la habitación del hotel donde alojaría a su mujer. Cargado de emociones que formaban un nudo en su alma, se paseaba por los muelles de Veracruz con la vista clavada en el *Quanza*, cuya silueta se veía a dos kilómetros de distancia.

Iban hacia el vapor las lanchas del servicio oficial, atracaban en el costado y los funcionarios subían por las escalas de cuerdas. En los muelles se agitaban los que esperaban, entre los cuales había amigos del marido de Magdalena que lo llamaban a gritos, le hacían preguntas, le decían chistes sin que él les pusiera atención.

Él se movía de un grupo a otro sin cesar. La espera de años había sido fácil comparada con el momento final, pues en ese momento todo lo sufrido antes se agolpaba y se convertía en tortura. En esa hora última, con el barco a la vista, no podía sufrir la ausencia de su mujer a pesar de que la había sobrellevado tan largo tiempo. Para él era imposible esperar los días que debían transcurrir entre la llegada del *Quanza* y el desembarco de Magdalena.

Una lancha se desprendió del *Quanza* y en ella, junto con algunos funcionarios mexicanos, llegaban varios tripulantes del vapor. Eran portugueses, pero al cabo de tres meses de

viaje con centenares de españoles hablaban pasablemente el español. Los primeros que desembarcaron se vieron en un instante rodeados de gente ansiosa que los abrumaba a preguntas. ¿Venía en el *Quanza* Fulano? ¿No conocía a Zutano? ¿Uno con una cicatriz en la frente? ¿Una señora coja, bajita, de alguna edad? ¿Mengano de Tal?

El marido de Magdalena se acercó a preguntar. No hizo sino describir cómo era su mujer y oyó esta contestación:

—Sí, cómo no; la conozco bien. No ha faltado un día en cubierta y siempre lleva al hijito en brazos.

—¿Hijo?

La forma, la voz, el acento con que el marido de Magdalena hizo esa pregunta de una sola palabra eran los de un hombre que tiene por delante sólo un minuto de vida, y lo sabe.

—Sí, hijo —afirmó el marinero.

—¿No será su sobrino? ¿No viene su hermana con ella?

—No, no viene nadie. Siempre está sola.

El marinero se alejó y no tardó en perderse entre la gente que llenaba los muelles. Durante cinco o seis minutos el exiliado no se movió ni pudo hilvanar una idea. El mundo se hundía ante él en forma vertiginosa. Todo se transformaba en imágenes fugaces, que pasaban a gran velocidad. Tal vez se peinó con las manos, tal vez fumó, tal vez sudó. ¿Quién puede saberlo, si él mismo jamás recordaría lo que hizo entonces? Vio que alguien con un rostro conocido se le acercaba y le preguntaba qué le sucedía. De golpe él dio una vuelta y echó a andar en dirección a la ciudad, si bien no sabía adónde iba ni por qué tomaba ese rumbo. De improviso se halló ante un comercio de armas; veía revólveres, pistolas y cargadores expuestos en una vidriera. Entró, mostró sus papeles de identificación, pidió una pistola, pagó. A poco se halló otra vez en el puerto, bajo un sol deslumbrante. Pegado al muelle había un botero de pie en su bote.

—Cincuenta pesos si me llevas al *Quanza* —dijo él.

—¿Cincuenta pesos?

El marinero estaba asombrado, pues cincuenta pesos era el doble de lo que valía el viaje. Pero él conocía su negocio.

—Por menos de sesenta no se puede, patroncito.

—Te doy los sesenta. Vámonos.

Y bien, sucedieron estas dos cosas: que no había vigilancia policial ni sanitaria en la entrada del buque cuando el bote arribó al costado del *Quanza*, y que Magdalena, que estaba nerviosa debido a la espera final, paseaba por cubierta con el niño en brazos, a poca distancia del lugar donde colgaba la escala.

Al ver por sorpresa al marido, Magdalena estuvo a punto de dejar caer el niño para correr hacia el hombre. Lo que sintió fue un acceso de alegría tan intenso que durante unos segundos perdió el dominio de sus sensaciones y en vez de mostrar alegría la ahogaba un llanto contenido. En esa lucha de emociones la dominó el dolor, al grado que soltó un alarido como si la hubieran herido en la entraña. Apretando al niño con un brazo, echó a correr hacia su marido al tiempo que gritaba:

—¡Carlos, Carlos!

No pudo decir más. Porque su marido comenzó a disparar antes de que ella abriera de nuevo la boca. Tres de los tiros dieron en el pecho de Magdalena y dos en la cabeza del niño.

Angustias no sabía decir sino tres palabras, que repetía sin cesar a toda hora:

—¡Mi hijo, Salvatore! ¡Salvatore, mi hijo!

No mencionaba a su hermana muerta y probablemente había olvidado de golpe que tenía una hermana llamada Magdalena. Los ojos se le convirtieron en dos manantiales de llanto.

Angustias abandonaba muy temprano en la mañana la pensión a que la había llevado a vivir Salvatore en Veracruz;



se iba vestida de negro cerrado —velo, traje, medias, zapatos negros— y se dirigía al cementerio, y allí se sentaba en la tumba del niño y lloraba en silencio hora tras hora. A medio-día Salvatore iba a llevarle comida. No podía acompañarla porque debía buscar trabajo. Al anochecer pasaba a recogerla y tenía que desprenderla materialmente de la tumba.

Un mes después de haber llegado a Veracruz, Angustias sólo conocía el camino de su pensión al cementerio. Nunca hablaba con nadie, ni siquiera con la señora de la casa donde vivía. Los encargados del camposanto la llamaban Mater Dolorosa.

El estado de ánimo de Angustias dio que pensar a Salvatore Barranco. Decidió sacarla de Veracruz y más tarde de México. La muerte del hijo operaba en el fondo de su alma y sin él darse cuenta lo llevaba hacia el sueño de su infancia. Así, cuando la guerra terminó, Salvatore y su mujer se fueron al Perú. Del Perú pasaron a Bolivia, y ya en Bolivia, se internaron en la selva.

Un día de tantos, años después, Salvatore Barranco salió temprano de su casa con objeto de visitar a su amigo Alexander Forbes. Y sucedía que ese mismo día, y con igual propósito, Pedro Yasic salía de Tipuani hacia el Mariapo.

## VI

Pedro Yasic observaba que Salvatore Barranco no había probado la bebida preparada por el viejo Forbes. ¿Por qué? ¿No le gustaba o era que no bebía nunca? Para salir de dudas, Pedro le preguntó si le servía un vaso.

—No, gracias. Antes bebía vino en las comidas, pero ahora ni eso. En la selva se pierden las buenas costumbres.

Se expresaba en un español correcto, casi sin acento, pero hablaba con aspereza. Cuando el viejo Forbes quiso saber cómo estaba Angustias, respondió en igual tono:

—Siempre enferma. Usted sabe, se pasa la vida enferma esa pobre mujer mía.

—¿Es italiana también ella? —inquirió Yasic.

—No, española.

—Bueno, para el caso es igual; por lo menos, europea.

—¿Y qué más da que sea europea? Europa es como toda la tierra.

—No tanto —comentó míster Forbes.

—¿Para usted es distinta? —preguntó, desafiante, Barranco—. Para mí no. Yo creo que hay pícaros en todas partes y que en todas partes los pícaros son los que más provecho sacan.

Yasic pensó: “Debe haberlo engañado alguien”. Y preguntó:

—¿Lleva mucho tiempo en la selva?

—¿Tiempo? Es mejor no recordarlo.

Aquí intervino Forbes. Quería explicar por qué su amigo se mostraba tan amargado, sin tener que decirlo directamente.

—El oficio del señor Barranco es duro, amigo Yasic. Matar cocodrilos es fácil, porque no hay peligro en ello; pero hay que internarse en lugares pantanosos, donde abundan los insectos dañinos y la temperatura cambia treinta grados centígrados de medio día a media noche.

Yasic tomaba nota, sin dejar de mirar al italiano: “De manera que la mujer enferma, siempre enferma; en la selva se pierden las buenas costumbres; el mundo está lleno de pícaros; matar cocodrilos es oficio duro. Es el hombre que necesito. ¿Cuándo podré hablar con él sin que Forbes me oiga?”.

Forbes siguió:

—Es un gran cazador este amigo. Desde el río Beni al río Madre de Dios no hay un cazador de cocodrilos como él. Ha bajado con trescientas pieles en una quincena. Además, caza nutrias. ¿Y qué tal van las nutrias, señor Barranco?

—Bien, van bien, míster Forbes. Pero no me importa. Estoy harto de hacer lo mismo todo el año. Estoy harto de ese trabajo.

Y Yasic, sin que nadie se diera cuenta: “Éste es el hombre. No sabe lo que quiere y por eso será capaz de todo por unos kilos de oro. Éste es el hombre...”

—Ahora tengo un encargo de cacatúas. El alemán ese de Asunción, usted sabe, míster Forbes, está pidiéndome pájaros.

El viejo Forbes se entusiasmó con la noticia.

—Oh, eso es bonito; eso es vender belleza. Cacatúas, jilgueros, tucanes, lindos pájaros vivos, no cocodrilos muertos. Eso es mejor, amigo Barranco.

—Da lo mismo, míster Forbes. Todo da igual en la selva. Además, no puede uno vivir sólo de cacatúas y jilgueros.

—No, amigo, no da igual. Por ejemplo, Muller vivía de embarcar serpientes vivas. Era un negocio feo porque las serpientes son desagradables, huelen mal y no tienen gracia.

—¿Muller? —preguntó Yasic, para quien todo hombre blanco que viviera en la selva representaba una posibilidad de asociación—. ¿Quién es y dónde vive?

—No vive ya —explicó Forbes—. Lo mató una pocarraya que lo atacó un día en que iba sin suero antiofídico. Logró llegar a su balsa y ésta navegó corriente abajo durante tres días al cabo de los cuales hallaron a Muller desfigurado por la inflamación y por las manchas del veneno. En un bolsillo tenía una nota diciendo que la pocarraya que lo había picado tenía ocho pies de largo y explicaba que al darse cuenta de que su amo no tenía remedio, el indio leco que le acompañaba había huido llevándose la escopeta. “Búsquenlo y quítensela, y además maten esa culebra maldita”, decía la nota.

—¡Tremendo hombre! —comentó Yasic sinceramente asombrado.

“Un hombre así hubiera sido ideal”, pensó.

—Muller tenía tres hijos —siguió contando Forbes— que persiguieron al indio por toda la selva. Eran hijos de una india. Parece que al fin dieron con él. El fugitivo se defendió con la escopeta de Muller y mató a uno de los muchachos, pero los otros dos acabaron con él, lo colgaron de un árbol y volvieron al Mapiri con las orejas del leco. Además de eso, mataron la pocarraya y también la llevaron muerta a Mapiri.

Yasic se quedó deslumbrado.

—¿Y dónde están esos hijos de Muller? —preguntó con voz fría, casi indiferente, a fin de que sus contertulios no se dieran cuenta de su interés.

—No se sabe. Deben haberse internado hacia el norte, porque el año pasado estaban en Riberalta.

Durante un momento se hizo silencio. El viejo Forbes comenzó a llenar de nuevo su pipa; Yasic paladeó un poco de la bebida; Salvatore Barranco se levantó para acercarse a una ventana desde la cual se veía la verde muralla de la selva. Un indio llamó del patio y míster Forbes se incorporó, pues lo reclamaban para que fuera a ver cómo iba la comida —un ternero que se asaba a la manera rústica de los estancieros de Sur América—. Cuando Forbes bajó, Yasic se acercó al italiano.

—Tenía interés en conocerlo porque en Tipuani oí hablar de usted —lo cual era una mentira— y me interesó esa historia de los cocodrilos.

—¡Por Dios, no mencione más los cocodrilos!

Barranco parecía realmente disgustado.

—No me mencione la selva —insistió—. La selva es una gran mentira. Muchas veces oí decir que aquí podía uno hacerse rico hasta cazando mariposas. Je. ¡Mariposas! Puede que esto sea muy rico, ¿pero quién tiene por delante años y buena suerte para buscar y hallar las riquezas de la selva?

Pedro Yasic temía asustar a Barranco. Lo hallaba muy excitado. Tal vez era siempre así, pero podía suceder que ese día tuviera un grado alto de exaltación por alguna causa que no había revelado. Así, se limitó a decir:

—Para mí la selva es sólo una oportunidad. Aquí se viene, a vivir para siempre, como ha hecho míster Forbes, o se hace dinero de un golpe y se abandonan estos lugares cuanto antes.

—No, el caso de míster Forbes es distinto. Míster Forbes vino siendo ya un buen botánico. Por eso puede vivir en la selva: colecciona flores raras y vende sus semillas en Holanda y en Inglaterra.

¿Pero quién puede hacer dinero aquí? Es un sueño, amigo. Ya no estamos en la época del caucho.

—Hay medios —contestó Yasic con voz baja y pronunciación lenta.

—¿Cuáles? ¿Los sabe y no quiere decirlos?

—Lo sé y se los diré a su tiempo.

El viejo Forbes había cruzado el patio hasta situarse debajo del balcón.

—¡Tienen poco tiempo para charlar! —dijo a gritos—. ¡La comida está lista y dentro de unos minutos la servirán!

Los dos hombres se dirigieron a la escalera que conducía al patio. En el trayecto, Salvatore Barranco, impresionado por la seguridad con que le había hablado Yasic, se detuvo un momento y se dirigió al chileno.

—Usted también sueña, como yo una vez —dijo.

Yasic, seguro de que ya Salvatore estaba en sus redes, respondió con acento indiferente:

—No sueño. He venido a la selva para hacerme rico en un mes, y lo haré.

Comenzaron a descender la escalera. El siciliano no podía dominar su interés y sin duda no comprendía que el plan con que Yasic esperaba hacerse rico en un mes era un secreto importante, pues estaban ya cerca del viejo Forbes —que les esperaba al pie de la escalera— cuando preguntó, sin bajar la voz:

—¿Con qué?

Yasic tuvo apenas tiempo para decirle:

—Se lo diré cuando estemos solos.

Con lo cual convirtió en un suplicio para Salvatore Barranco la comida y la sobremesa, que duraron cerca de dos horas.

Míster Forbes llevó el gasto de la conversación mientras se comía. Hacía comentarios sobre asuntos baladífes, siempre optimista, agudo y candoroso. Pedro Yasic hablaba poco; Salvatore Barranco, casi nada. Barranco se sentía incómodo. Tenía una mezcla de ansiedad y cólera ante ese chileno que hablaba de asuntos sin importancia en vez de explicarle de una vez con qué se haría rico en la selva.

Por eso, en la primera oportunidad en que el viejo Forbes se levantó para ir a la casa a atender a algún detalle, el siciliano se quedó mirando fijamente a Yasic y preguntó:

—¿Con qué va a hacerse rico, amigo?

También Yasic le miró a él, y era la primera vez que lo hacía con su mirada auténtica: intensa, penetrante, como de hipnotizador, salida de más allá de sus ojos.

—Con oro —dijo.

Salvatore Barranco lanzó una carcajada, la más dura y falsa que había oído Pedro Yasic en su vida. Haciendo burla de la seriedad de Yasic, Salvatore simulaba hallarse muy divertido. Pegó la espalda al asiento y se sujetó el vientre con las dos manos. Yasic seguía mirándole fijamente, y Barranco no podía imaginarse siquiera lo que estaba pensando de él ese hombre que le miraba con tanta fijeza. Pensaba: “Sigue riéndote, italiano. Yo sé lo que te pasa. Lo que pasa es que no tienes confianza en ti mismo ni en tu suerte y por eso rechazas lo que más deseas. Lo que más deseas ahora es que sea verdad lo que te he dicho. Estás loco por tener oro para salir de aquí. En la primera oportunidad vas a querer que te lo diga todo.”

Y tenía razón, pues todavía entre carcajadas forzadas, Barranco comenzó a hablar.

—¿Oro ha dicho? ¡Je je! ¿Me contará ahora que ha hallado una de esas minas de que hablan los indios?

—No he hallado una mina —respondió gravemente Yasic, sin abandonar la expresión hipnotizante de sus ojos—. No hace falta. Sé donde hay oro.

Y como dijo eso con acentuación especial, hablando en un tono seguro y bajo, Salvatore Barranco se impresionó, echó el cuerpo hacia adelante, abandonó su máscara de sarcasmo y miró con asombro a su interlocutor. Pero esa actitud duró segundos. Pronto reaccionó.

—¿Oro del Tipuani? —preguntó—. ¿Oro de lavaderos para que lo paguen a sesenta bolivianos?

Yasic comprendió que iba a comenzar una nueva sesión de burlas y esperó confiado. Podía asegurar ya que aunque él mismo no se diera cuenta, Barranco se burlaba de lo que más deseaba para castigarse a sí mismo por la culpa que pudiera tener en sus propios fracasos. De pronto, Barranco preguntó:

—¿Cuánto tiempo tiene usted aquí, señor? Porque me parece que usted está poco enterado de la vida en Tipuani.

—Suponga que tengo unos días nada más. Eso no importa, porque puede ser que yo haya llegado a Tipuani con ciertas bases que usted desconoce. Imagínese por un momento que alguien le haya confiado a usted el secreto del lugar exacto donde hay oro.

Salvatore comentó sarcásticamente:

—Sí, ya sé, los conocidos secretos de los mineros, ¡ja ja!

—Si usted desconfía, abandonamos el tema. Creí que pudiera interesarle participar en un negocio que le permitiría salir de la selva pronto y rico.

Esto lo dijo Yasic volviendo el rostro a otra parte, como si lo que hablaba no tuviera importancia, lo cual —tal como lo había pensado— exasperó a Barranco.

—¿Pero por qué no habla claro? —preguntó éste casi con ira.

—No es el momento —explicó Yasic volviéndose a mirarle.

—¿Por qué no ha de ser el momento? Nadie nos oye.

La situación había cambiado. Con el mismo ardor con que antes dudaba, Salvatore quería ahora conocer en detalle el secreto de Yasic. Y Yasic pensaba: “Estás cogido en el anzuelo, italiano. Ya sé cómo eres. Estás loco por el oro.”

—¿Por qué no lo dice ahora? —insistía Barranco.

Sentía cólera, pero no como antes, por lo que Yasic le había dicho, sino por lo que en ese momento no le decía. Con toda paciencia Yasic empezó a hablar:



—No es el momento. Además, lo que yo hablaría con usted, si llega el caso, es demasiado serio para tratarlo así como así. Usted saldría rico de la selva en pocos días, pero para eso tenemos que ponernos de acuerdo.

Salvatore le oía moviendo la cabeza de arriba abajo, y de pronto comenzó a dudar de nuevo.

—No creo en posibilidad alguna de hacerse rico en la selva a menos que se trate de un milagro, y el tiempo de los milagros pasó hace siglos.

—¿Pero lo desea? ¿Desea salir rico de aquí?

—Claro. ¿Quién no lo desea?

—Entonces, ahora tiene una oportunidad. Yo se la ofrezco.

—¿Pero es cierto eso del oro?

Alexander Forbes apareció en la escalera a tiempo para oír la última palabra, y a poco avanzó con su marcha de oso y sus ojillos chispeantes.

—He oído mencionar oro —dijo—. Es la palabra sagrada en estos lugares. En Tipuani todo el mundo sueña con oro.

—Es claro —explicó Salvatore Barranco—. Toda la gente de Tipuani ha llegado ahí para buscar oro.

—Sí, y ahí se queda con miseria y sin oro. Conozco bien Tipuani y su gente, y toda ella está enloquecida por ese maldito metal.

—Que hace posibles muchos sueños —aclaró el siciliano.

—Hay otras cosas más seguras para hacerlos posibles.

—¿Cuáles?

—El trabajo, el estudio, el arte.

Yasic había entrecerrado de nuevo los ojos y parecía dormir. No quería intervenir en la conversación. Ya sabía lo que diría Forbes. Lo sabía como si antes hubiera discutido largamente el asunto con él; y sabía también lo que diría Salvatore Barranco. Él mismo había lanzado a Barranco hacia

la ilusión del oro fácil y podía apostar a que Barranco defendería ante el escocés el papel benéfico del oro.

No, Yasic no iba a intervenir en la discusión. No quería que Forbes sospechara siquiera sus planes y a la vez quería que Barranco se embriagara en la idea de su próxima riqueza; y a esto último colaboraría mucho el desinterés de Yasic en el tema del oro.

Yasic no se equivocaba. Salvatore respondió a Forbes así:

—Buscar oro, ¿no es un trabajo, míster Forbes?

—No. Es una aventura que corrompe el alma. El que busca oro quiere encontrarlo inmediatamente; no se resigna a hacerse rico como resultado de una vida de trabajo o gracias a un gran esfuerzo científico o artístico. El deseo de hallar oro acaba corrompiendo, y ésa es la razón de que la historia del oro esté envuelta en crímenes.

—La historia tal vez; el oro no.

—Amigo Barranco —dijo Forbes mientras tomaba asiento—, el deseo del oro vuelve al hombre malo; ahuyenta la paz de su alma, y lo que el hombre debe buscar es la paz, no el oro.

El viejo Forbes tenía mucho que decir sobre el oro, porque había conocido en Tipuani a centenares de fracasados, hombres que habían llegado llenos de ilusiones y se habían quedado para siempre allí debatiéndose entre la miseria y los vicios. Pero el asunto le afectaba, le llegaba al alma, y era lo que él decía: no es posible expresarse a gusto en cosas que tocan el sentimiento en una lengua que no es la propia.

Por su parte, Salvatore Barranco se hallaba confundido. No quería creer en nada y a la vez veía a Pedro Yasic silencioso, desinteresado de la conversación, y pensaba que si Yasic no quería hablar era porque estaba seguro de sí. “Sabe que tiene el oro y por eso no se siente inquieto con este tema”, pensaba.

La tarde iba de caída. Verdadera claridad, con ese sol que lo inunda todo, sólo se ve en la selva cuando se navega de día por ríos de cauces que no están cubiertos por la vegetación, cuando se cruzan los bañados, terrenos mojados en que apenas se ve un árbol, o cuando se entra en calveros con aspecto de sabanas pequeñas. La luz de la selva es sombreada, grata a los ojos, llena de tonos verdes, amarillos y castaños.

Esa luz especial se advertía en la casa de Alexander Forbes, y a través de las puertas y las ventanas protegidas por tela metálica se alcanzaban a ver afuera las sombras que iban adueñándose del amasijo de troncos y ramas, hojas y lianas que formaban la selva. Por momentos se acentuaba el fresco que llegaba del lado del río y se oían chillidos, más estridentes si eran de alguna familia de monos que pasaba por los árboles vecinos, más melódicos si procedían de los grupos de aves que volaban en las cercanías camino de sus nidos. Pronto comenzarían a oírse los cantos de los insectos.

Salvatore Barranco discutía con el viejo Forbes, pero a la vez tomaba nota de que la tarde iba a caer y por tanto debía prepararse para la partida. La noche descende de prisa en la selva, y prefería que le sorprendiera navegando hacia su casa. Y el condenado del chileno no hablaba. “¿Por qué este hombre no se levanta y se va a un sitio donde podamos hablar solos?”. Si hubiera podido darse cuenta de su propia mirada, habría visto cómo le relampagueaban los ojos cuando los movía en dirección de Yasic.

Al fin, Barranco se hizo cargo de que Yasic no tenía interés en seguir hablando de su secreto. Se puso de pie y dijo:

—Míster Forbes, podremos continuar esta discusión otro día. Ya se hace tarde y debo irme.

—¿Pero por qué se va tan pronto? ¿Por qué no pasa la noche aquí conmigo y sale mañana? ¿O es que va de caza mañana?

—Vine a saber de usted, míster Forbes, y tengo que irme porque mi mujer sigue enferma.

—Siento que se vaya, amigo, y le agradezco la visita.

El italiano vigilaba a Yasic con miradas furtivas. Pensaba: “Ahora se levantará y dirá que él se va también. Ésta es la oportunidad que estaba esperando; ahora me doy cuenta”. Pero Yasic seguía sentado, muy tranquilo, ajeno, al parecer, a lo que decía y hacía Barranco. Al fin, éste no puedo ocultar su impaciencia.

—¿Va a irse usted también? —preguntó.

Pedro Yasic esperaba la pregunta mirando hacia otro sitio.

—¿Yo? —y simulaba sorpresa—. No. Volveré a Tipuani mañana, si míster Forbes me permite usar su balsa.

—Claro, amigo Yasic. Mi balsa lo trajo y mi balsa lo llevará.

Salvatore Barranco se hallaba decepcionado. Pero en un último esfuerzo casi inconsciente, se dirigió a Yasic.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Cuando usted quiera. Dígame un día para que nos veamos en Tipuani.

Para sí dijo: “Si es muy tarde, perderé tiempo; y que no sea en la cantina. ¿Dónde podría ser?”

—¿El jueves? —preguntó Barranco.

Yasic simuló que pensaba un poco, y luego, como sin interés, aceptó:

—Bueno, si es por la mañana, sí. ¿Y en qué lugar?

—Por la mañana no es posible. Vivo lejos. Digamos, a las dos de la tarde en el mismo río.

—Convenido.

—¿Bajamos a despedir a míster Barranco? —preguntó Forbes.

—Sí, claro —aceptó Yasic.

Mientras descendía la escalera, él el último para evitar preguntas indiscretas del siciliano, pensaba que ya había dado

con el hombre necesario. “Se va lleno de curiosidad; no duermes tranquilo esta noche”. En el momento en que Barranco saltaba a la balsa, se le acercó y le susurró al oído.

—Ni una palabra a nadie, ni aun a su mujer.

Salvatore Barranco movió levemente la cabeza en señal de que aceptaba esa condición, entró en la balsa y ordenó a sus lecos iniciar el viaje de retorno a su casa. Oscurecía de prisa, pero no tanto que no se le viera decir adiós con la mano cuando ya la balsa estaba en medio del río. Poco después, todo era sombras en el Mariapo.

## VII

El día anterior —sábado— había ocurrido un incidente que preocupó a Yasic. Sara estaba barriendo la puerta de la calle y él iba a salir cuando se presentó el sargento Arze y saludó a la muchacha con un:

—¿Qué tal estás, Sarita?

El tratamiento, y el tono un poco burlón con que fue hecho, molestó a la hija de Valenzuela.

—¿Quién le ha dado a usted confianza para que me diga Sarita? —preguntó la joven con altivez.

Juan Arze miró a Pedro, que en ese momento asomaba la cara por la puerta, y Yasic se dio cuenta instantáneamente de que en los ojos del sargento fulguraba el odio. “Ese odio es para mí”, pensó Pedro. “No me perdonará nunca que yo haya oído lo que le dijo Sara”.

Efectivamente, para Juan Arze las palabras de Sara, y su tono hiriente, hubieran tenido poca importancia de haber estado solos ella y él. Pero Pedro Yasic había sido testigo, y esto le daba al incidente un significado especial. El sargento Arze se sentía humillado hasta los huesos; humillado como hombre y como autoridad. Hasta entonces él había visto a Pedro Yasic tres veces: una en la cantina, otra cuando llegó a vivir a la casa de Sara, y otra en ese mal momento. Pero era a partir de esa última ocasión cuando la imagen del chileno iba a tener para él una importancia especial.

Como se sentía humillado, Juan Arze se unió al primer grupo de amigos que encontró esa noche y se emborrachó como una cuba. Al despertar en la mañana del domingo sentía el cuerpo pesado, el ánimo caído y mal gusto en la boca. Notó que era tarde y que se hallaba vestido, y recordó entonces vagamente que algunos de sus amigos le habían acompañado hasta su cuarto y que él se había echado en su camastro mientras ellos seguían bebiendo. Seguramente se había dormido sin quitarse siquiera los zapatos, y los demás se habían ido después, cerrando la puerta tras ellos.

El sargento sudaba y se sentía a punto de reventar por la necesidad de orinar. Pero no tenía ganas de levantarse. Alzó la cabeza y miró hacia el piso con la esperanza de que hubiera allí alguna botella con bebida, y las botellas que vio estaban vacías. Si no tenía ron, fumaría. Pero al meter las manos en los bolsillos advirtió que tampoco tenía cigarrillos.

—Malditos borrachos —dijo a media voz.

El sargento Arze se quedó en el camastro mirando hacia el techo. El calor era sofocante, lo que se explica porque la habitación era pequeña y hecha con calamina; además, la puerta estaba cerrada. Afuera, se oían pasos y voces.

Al fin el sargento se incorporó, se mantuvo largo rato sentado en el borde del camastro; extrajo un peine pequeño de un bolsillo de la camisa y se peinó. Su negro y duro pelo de indio era rebelde al peine y se mantenía erecto por mucho que él tratara de alisarlo, y allí no había agua para mojarlo. Cada día al atardecer él llenaba una vasija con agua para lavarse la cara y mojarse el pelo al despertar, pero la noche anterior uno de sus amigos había volcado la vasija.

—Malditos borrachos —repitió.

En ese momento fue cuando recordó, de súbito, el incidente con Sara, y vio claramente ante sí el rostro de Pedro

Yasic, aquellos ojos extraños, aquella nariz larga. “Chileno desgraciado”, pensó, y la cara se le llenó de calor.

El sargento Arze se levantó y abrió la puerta. Un golpe de aire entró por ella, y junto con el aire la luz del sol. Niños y perros jugaban cerca y en alguna de las chozas vecinas una voz de hombre entonaba un carnavalito.

Deshidratado por la bebentina de la noche, el cuerpo del sargento Arze reclamaba alcohol. No tenía en el bolsillo ni un peso, pero era sargento, de hecho la segunda autoridad del lugar porque el teniente Sarmiento había sido llamado a La Paz tres meses antes y no había retornado, y cuando el capitán Ramírez salía de recorrido por los puestos de la zona, él, Juan Arze, quedaba como primera autoridad. Cuando entraba en la cantina todos los que estaban allí le llamaban a gritos y le invitaban a beber; y él se sentaba con ellos y les aceptaba los brindis porque para eso era sargento y ellos unos desgraciados lavadores de oro que le debían respeto y consideración.

Ese domingo Juan Arze no estaba de servicio, de manera que no creyó necesario pasar por la jefatura de la policía a preguntar si había alguna novedad. Por otra parte, salvo las contadas veces que algún lavador escapaba con oro y había que perseguirle, eran muy raras las ocasiones en que la policía tenía que actuar en Tipuani. Así, pues, cuando se vio al sol y al aire, Juan Arze echó a andar casi mecánicamente en dirección de la cantina.

Allí, en la cantina, entre voces, gritos, chistes que él jamás reía, bebiendo con éste y con aquél y con el de más allá, fueron transcurriendo las horas hasta que pasado el medio día alguien de los que ocupaban la mesa de al lado dijo que su mujer tenía chalonga fresca y que sus amigos quedaban invitados a comer con él en su casa. Inmediatamente hubo gran alboroto entre los bebedores. Uno ofreció llevar cerveza y otro añadió que él llevaría pisco. Hubo acuerdo general en ir a



comer la chalona, y antes de salir tomaron tres veces el último trago. El sargento Arze, sombrío, silencioso, bebía y aceptaba cada brindis. Al fin se fueron.

En el nuevo lugar se comió, se dijeron los mismos chistes que se habían dicho en la cantina, se siguió bebiendo y se siguió gritando. A eso de las cuatro, el sargento Arze se durmió de pechos sobre la mesa; pero el sueño del sargento no hizo suspender las historias comenzadas, dichas a toda voz de un extremo al otro de la mesa, ni se suspendieron los gritos y las risas estentóreas.

Al volver en sí, Juan Arze se halló sumido en una extraña sensación de tristeza y de aislamiento. Sus amigos hacían toda suerte de ruidos, pero él se sentía solo.

Había algunas mujeres trajinando en la habitación; una era mayor y las otras dos eran jóvenes. Usaban vestidos viejos y llevaban los pies calzados con chancletas, sin medias. De las dos jóvenes, una tenía piernas fuertes. Juan Arze vio esas piernas y se quedó contemplándolas, siguiéndolas mientras iban y venían. Súbitamente sintió necesidad de ver a Sara Valenzuela.

—Bueno, me voy —dijo poniéndose de pie.

Dos o tres de los presentes se levantaron y lo rodearon. El dueño de la casa dijo:

—¿Pero cómo va a irse, sargento? Espere un poco, que Justino mandó buscar más cerveza.

—No, no bebo más. Tengo que irme.

Le costó trabajo romper el cerco que le formaron entre todos para no dejarlo llegar a la puerta. Pero él fue inmovible y se alejó de aquel sitio mientras a su espalda volvían a oírse las risas, las voces, las llamadas y las historias picantes.

Directamente, como impulsado por una fuerza ciega, pero a la vez sin saber a las claras debido a qué, Juan Arze se encaminó hacia donde Sara. Se sentía irritado y agresivo. De

manera vaga deseaba hallar a Pedro Yasic en la casa de la muchacha para provocarlo y vengarse por lo que había sucedido la tarde anterior.

Pronto iba a oscurecer y Juan Arze quería llegar a la vivienda de Sara antes de que la claridad del día se fuera del todo. Sara estaba sentada a la puerta, sola; cosía una camisa y sin duda se esforzaba para ver a esa hora, a juzgar por la forma en que acercaba la tela a la cara. Tal vez debido a la escasa luz no vio al sargento sino cuando éste, parado junto a ella, con los brazos cruzados y ensayando una sonrisa que le salía dura, dijo:

—Se le saluda.

—Se le agradece —respondió Sara sin dejar de atender a su trabajo.

Hubo un momento prolongado de silencio. El sargento había perdido de golpe su agresividad. Al hallarse ahí, al lado de Sara, encontraba que no tenía nada que decir y que no había pensado lo que quería expresar. Preguntó por Valenzuela.

—Está afuera; todavía no llega.

—Me alegro —dijo él secamente.

Intrigada por esa declaración tan sin sentido, Sara levantó la cabeza y preguntó:

—¿Que se alegra? ¿Y por qué se alegra de que papá no esté?

—Porque quiero hablar contigo.

—Pero conmigo puede usted hablar cuando quiera, esté o no esté papá.

—Es que quiero pedirte que te cases conmigo.

Otra vez levantó Sara la cabeza.

—¡Que ocurrencia, hablarme de matrimonio!

El sargento Arze estaba ya más dueño de sí, pero de todos modos había hecho la propuesta sin darse cuenta. En ningún momento, cuando se dirigía a ver la muchacha, había pensado decirle eso.

—¿Y por qué ocurrencia? ¿O es que las mujeres no se casan?

—Si le gusta a una el hombre, sí.

—¿Y yo no te gusto?

—Para marido no.

—¿Por qué?

—Porque no me agrada para marido.

—Pero tiene que haber una razón.

—¿Y quiere otra?

A ese tiempo, la confusión de Juan Arze comenzaba a disiparse y rápidamente iba apareciendo dentro de él su personalidad sombría y agresiva.

—Yo soy un hombre como cualquiera —afirmó.

—Pero a mí no me gustan los hombres como los demás, y menos para casarme —dijo Sara.

—Seguramente estás esperando a uno que te ofrezca más que yo.

—No, sargento Arze. Para mí no hay hombre rico ni hombre pobre, ni viejo ni joven ni bonito ni feo. Lo que yo quiero es un hombre que me guste.

—¿Un hombre que te guste para casarte?

—O para no casarme; eso es cuenta mía.

Ahora Juan Arze volvía sobre lo ya dicho. Se sentía ofendido, despreciado.

—¿Y tú piensas que yo valgo menos que otro? —preguntó.

—Pero si ya hemos hablado de eso. Yo no hablo de usted. Usted valdrá mucho, pero no para mí.

El sargento quería insistir, forzar a la muchacha a explicarle por qué no le gustaba él; al mismo tiempo quería cortar con ella y ganársela. Pensaba: “Ésta es de las mujeres que quieren ser conquistadas. Voy a conquistarla para luego despreciarla”.

—Pues mira, Sara, hay mujeres que se sentirían muy honradas si yo les dijera que quiero casarme con ellas —afirmó.

—Pues cácese con una de ellas. ¿Para cuándo lo deja?

—¿Pero tú no te das cuenta, muchacha, que tú no puedes seguir viviendo como vives; que tienes que buscar un hombre que te ofrezca comodidades, que te mantenga como tú mereces?

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo me siento mal con esta vida?

—Eso está a la vista.

—¿A la vista de quién? ¿De usted?

En el “de usted” final, Sara puso un énfasis que tenía a la vez mucho de burlón y de despreciativo, Juan Arze sintió como si le hubieran pegado un latigazo en la cara. Ya era demasiado oscuro, y como la muchacha seguía cosiendo se pegaba la camisa a los ojos, lo cual le pareció al sargento, de pronto, que era un ardid para no mirarlo.

—¿Por qué hablas sin darme la cara? —preguntó en tono que era casi amenazante.

Eso molestó a Sara. En verdad, se hallaba molesta desde el primer momento, aunque hacía bastante tiempo que esperaba la declaración de amor del sargento Arze. Pero en ese instante le molestaba más de lo que había supuesto. Después de la llegada de Pedro Yasic a Tipuani, un hombre como Juan Arze le parecía repulsivo. Además, tenía encima la vaharada del sudor y del alcohol mezclados en un tufo repugnante, como de animal carnívoro, un aliento que salía de todo el cuerpo del sargento y aumentaba cada vez que él abría la boca para hablar.

—Y qué cree? —preguntó indignada—. ¿Que no le doy la cara porque tengo miedo de mirarlo? ¿No se da cuenta de que para mí tiene más importancia remendarle esta camisa a papá que oír lo que usted me dice?

—¿Ah sí? —inquirió Juan Arze, sorprendido de que la muchacha se atreviera a tratarlo en forma tan despectiva—. La camisa de tu papá... Lo que tiene que hacer tu papá es buscar trabajo para comprar camisas nuevas y dejar de andarse emborrachando.

Sara se puso de pie instantáneamente, con una mano recogió la camisa, el hilo, la aguja, y con la otra la silla en que se sentaba.

—Perdone, sargento, pero tengo que hacer —dijo.

Al verla entrar en la casucha, el sargento Arze perdió los estribos. No había querido herir a Sara y sin embargo la había herido. La cólera brotaba en su alma a chorros e inundaba todo su ser. En un segundo pensó, sin pensarlo en verdad, insultar a la muchacha, dispararle con el revólver que llevaba a la cintura, lanzarse sobre ella y golpearla y arrastrarla allí mismo y luego dejarla abandonada en la puerta de la casucha, para que al volver a su vivienda la encontrara ahí, en el suelo, José Valenzuela... No, José Valenzuela no... el otro, el chileno nuevo... “Ah, el chileno, eso es; se entiende con el chileno.” Y al pensar esto volvió en sí, aunque sin que le abandonara la ira.

—Mira, yo sé lo que te pasa —dijo acercándose a la puerta—, pero dile al chileno ese que tenga cuidado conmigo.

Sara no se dio por enterada; sin embargo, la amenaza la afectó. Había entrado en su habitación y estuvo allí un rato, esperando oír los pasos del sargento alejándose.

Y efectivamente, Juan Arze se alejó. Iba con la cabeza ardiendo, cargado de agresividad y a la vez de amargura. El culpable era el chileno que vivía en la casa, no le cabía duda. Había oscurecido de prisa y en muchas de las viviendas comenzaban a hacer luz. Maquinalmente caminó hacia la casa de María Hinojosa, que todavía estaba a oscuras. Se detuvo en el umbral, casi como un autómatas, sin que pudiera decirse a

sí mismo por qué iba a visitarla, y desde adentro llegó la voz de la mujer.

—Buenas noches, Juan —dijo ella.

Él no contestó, pero entró, y sin que se lo hubiera propuesto nunca antes ni deseado siquiera, echó un brazo por la cintura de la mujer. Ella le preguntó, pero sin alarma en la voz.

—¿Y eso?

Juan Arze no explicó nada; no habló. Se limitó a apretarla y a besarla. La mujer hizo algunos movimientos para zafarse, pero eran débiles, amagos más bien. Él la abrazó, por fin, con los dos brazos y ella dejó de gesticular.

—No, no —decía María sin convicción—. Pueden vernos.

—Cierra la puerta —ordenó él.

Sumisamente, ella la cerró.

Unos diez minutos después alguien tocó la puerta, con golpes rápidos y sin fuerza. Se oían voces infantiles del otro lado. María Hinojosa pegó la boca a la oreja de Juan Arze y musitó en secreto:

—Son los muchachos. No hagas ruido.

Afuera dijo una voz:

—Parece que mamá salió. Vamos a seguir jugando.



## VIII

Hasta el río llegaban los rumores del cerro, que se agregaban a los sonidos suaves de la selva y del agua. El Tipuani tenía un murmullo metálico al chocar, haciendo rizos leves, con los maderos de la balsa. Alguna que otra luz perdida se reflejaba en el río, pero la noche era espesa de tan negra. No parecía la noche apropiada para anteceder a un día tan importante en la vida de Salvatore. Bocarriba, los ojos abiertos, la cabeza llena de imágenes sonrientes, Salvatore se agitaba en cambios súbitos, que iban de una alegría amarga de tan profunda a un escepticismo dulce de tan destructor.

Como no había llegado a las dos de la tarde sino a las cuatro, Yasic no estaba esperándole, y como no había tenido la precaución de preguntarle al chileno su dirección ni Yasic había mencionado a nadie que pudiera decirle dónde vivía, Salvatore Barranco había pasado unas horas de verdadera desilusión, hasta que a eso de las seis, cuando retornaba desalentado a la balsa, se encontró con Yasic que volvía hacia el cerro tras buscarle en la orilla del río.

Salvatore no podía dormir. ¿Sería verdad lo que le había dicho Pedro Yasic? ¿Hablaban verdad ese chileno que parecía tan dueño de sí? Y si no era verdad, ¿por qué le decía esas cosas a él, Salvatore Barranco, que tenía tan poco que perder? Si todo era cierto, pronto tendría oro, oro para dejar atrás la selva, para vivir en una ciudad donde hubiera gente como él,



hombres con quienes hablar de negocios, de política, periódicos que leer, automóviles para moverse, y no balsas, no más balsas, nunca más balsas.

Su balsa tenía olor de pieles podridas. Siempre olía a podrido y a cocodrilos. Ya él tenía metido en los huesos ese olor indescriptible de las pieles que empiezan a secarse, mezcla de carne en descomposición, de grasa rancia y de sal, y sobre todo tenía en el alma el olor de los cocodrilos, animales inmundos y feos. “Y bueno”, pensó de pronto, dejando a un lado los saurios muertos, “¿por qué iba a mentirme Pedro Yasic si mañana sabré la verdad?”.

Salvatore Barranco despertó esa noche cuatro veces, agitado por la sensación de que ya amanecía y de que iba a llegar tarde a la cita. Yasic, en cambio, despertó sólo una vez, y fue cuando llegó la hora de levantarse para irse.

El sol del invierno no había salido todavía y de seguro muy poca gente estaba de pie en el cerro. Se oyó el canto lejano de un gallo y a poco el chillido de un papagayo. Un perro ladró cerca. Muy baja, Pedro percibió la voz de Sara que hablaba con el padre.

—Parece que Pedro sale hoy temprano —dijo.

Al bajar del cerro, de pie en el camino, le esperaba Salvatore Barranco, con la barba un tanto crecida y los ojos brillantes. Yasic no se detuvo y cambiaron los buenos días andando.

—¿No hay temor de que encontremos gente por aquí —preguntó Barranco, a quien le bullía ya el miedo de fracasar que se le había contagiado de Pedro Yasic en una sola charla.

—No. Parece que este camino se usó hace algunos años para ir a un campamento de lavadores que fue abandonado hace tiempo.

Al cabo de unos pocos pasos más, volvió a hablar Barranco.

—Usted me dijo que podríamos sacar veinte kilos.

—Y veinticinco también, lavando dos hombres nada más. El problema no está en la cantidad de oro sino en sacarlo sin que nadie se dé cuenta.

—¿Pero usted ha comprobado que hay esa cantidad?

—Confíe en mí, Salvatore. Hay oro, esa cantidad y toda la que se quiera. El problema no está en el oro sino en sacarlo de esta región. Si no podemos salir de la selva no vale la pena comenzar el trabajo.

—Bueno, yo le aseguro que saldremos de la selva.

—Siendo así, lo demás corre de mi cuenta.

—Si hay que hollar, mis lecos pueden hacerlo —apuntó Barranco.

—¿Sus lecos? ¿Cree que voy a confiarme en esos pobres indios que no saben lo que hacen? Para ese trabajo traje tres indios del Altiplano, tres indios serios y acostumbrados a labores rudas.

—¿Pero usted vino de La Paz con la idea de sacar el oro?

—Claro. De otra manera no hubiera venido a Tipuani. Yo sabía dónde estaba el oro.

—Ah, el secreto de que me habló en casa de míster Forbes.

—Sí, el secreto de que usted se rió. Me lo dio mi tío, un hermano de mamá; un tío a quien no veía hacía treinta años, desde que yo tenía seis. Murió en La Paz, hace pocos días.

—Buena herencia. Hay gente afortunada.

Pedro dejó la alusión sin respuesta. Ya iba saliendo el sol.

Al rato, Salvatore, que sentía necesidad de hablar, dijo:

—Desde luego, los indios esos que usted trajo serán los lavadores.

—No; picarán tierra y palearán nada más. Sólo usted y yo lavaremos.

“Demonios”, pensó Barranco, “este hombre lo tiene todo pensado”.

El sol ascendía lentamente sobre sus espaldas y se veían bandadas de pájaros cruzando en todas direcciones. Aunque sólo las pisadas de los dos hombres producían ruidos en aquella soledad, había, sin embargo, una sensación de sonoridad en el aire, algo que llegaba de todo el paisaje a través del oído como un mensaje de movimiento naciente. De pronto Yasic señaló con su brazo izquierdo y dijo:

—Aquella piedra gris es la primera señal. ¿Cree usted que podrá verla desde el río?

Barranco se detuvo y observó.

—Va a ser difícil porque veo una arboleda en la orilla del río. Pero más o menos puedo situar el sitio por la distancia.

—Por la distancia no va ser fácil. Fíjese que nosotros hemos caminado casi en línea recta y el río, en cambio, da varias vueltas antes de llegar frente a la piedra. A partir de este lugar donde estamos el río tiende a ir hacia allá —y Yasic señaló con la mano al este— y nosotros hacia acá —y señaló al sudeste—, y esto es muy importante porque el cerro de que le hablé está quizá a dos kilómetros de la orilla del río.

—Pero si el cerro es el punto de referencia, lo veré desde el río de todas maneras si tiene más de cien metros, como me dijo usted. Aunque no vea la piedra, veré el cerro.

—Sin embargo, es importante tomar la piedra como primer punto. Puede ser que cuando usted llegue esté nublado o lloviendo.

“Este demonio de hombre piensa en todo”.

—Despreocúpese, Yasic. Yo sé ya dónde está la piedra aunque no la vea desde la balsa. Navegando por estos ríos uno se acostumbra a la idea de las distancias.

De pronto Yasic dijo:

—¡Mire el cerro, mírelo allá!

Sí, allá estaba. Era un ribazo, y aunque entre él y el río se veían manchas de árboles, Barranco estaba seguro de que situaría su posición correctamente.

—Desde aquí le vemos el lado que da al este, pero desde el río se ve amarillo rojizo, porque en alguna época el río pasó por allí y lo cortó en dos. Si recuerda bien ese detalle, lo localizará con seguridad.

—Confíe en que lo localizaré, Yasic.

—Tiene que estar seguro de que su balsa llegará frente al cerro. La balsa tiene que estar amarrada a nuestra vista. Si no es así no habrá oro. Yo no voy a correr el riesgo de llevar ese oro al cerro.

—Pero si hay necesidad, puede hacerse. Nadie registra mi balsa. Yo tengo años en esta región y todo el mundo sabe que no negocio con oro.

—A usted lo conocen, pero a mí no.

—Mire, Yasic, yo no estoy muy al tanto en esas cosas, pero tengo entendido que en esta región no registran a nadie. Los registros se hacen en Sorata, en Guanay, en las salidas hacia el Altiplano y hacia la selva.

Pero Yasic no quiso contestarle. A él no le gustaba tentar el destino. El oro del Tipuani tenía un precio —a razón de sesenta bolivianos por dólar— y había que venderlo al Banco Minero; al que le cogían oro encima, se lo quitaban. En La Paz, el dólar se vendía a mil doscientos bolivianos —veinte veces más—, y él sacaría el oro del Tipuani aunque tuviera que arriesgar la vida. Ahora tenía casi en la mano la oportunidad de probarle a su mamá que era él, y no Federico, el hijo que iba a sacarla de Puerto Montt, el que iba a comprarle una casa en el Barrio Alto de Santiago. “No le he escrito a mamá diciéndole que tío murió”, pensó.

—En los años que tengo aquí, nunca me han registrado la balsa.

Pedro oía a Salvatore, pero Salvatore no sabía que él tenía un hermano menor llamado Federico, y que su mamá había querido siempre a Federico más que a él, y no sabía que había un hombre llamado Juan Arze, el sargento Arze, a quien le relampagueaban los ojos cuando lo veía, y que Juan Arze le vigilaba. Su mamá ayudaba a Federico para que éste aprendiera más de prisa; Pedro lo sabía, lo había sabido siempre, y Federico llegó a ser abogado y trabajaba en Santiago. Pero era él, Pedro, no Federico, el que iba a comprarle una casa en el Barrio Alto a su mamá.

—Créame, Yasic, yo no tengo miedo de que me registren.

—Usted no lo tendrá, pero yo sí, Salvatore, y no voy a apartarme de mi plan ni una pulgada. Lo he pensado mucho y vamos a hacerlo como lo he pensado. Usted trae su balsa aquí, lavamos juntos todo el tiempo que haga falta, tomamos la balsa de noche frente al cerro ¿y quién va a figurarse que en esa balsa vamos usted y yo cargados de oro?

—El plan es bueno —admitió Barranco.

—Tiene que traer una piocha y dos palas; no olvide eso. Tiene que traer también una batea. Debe comprar esas herramientas hoy, cuando vuelva al cerro, y debe dejar bien clara la idea de que las quiere para venderlas por allá, por donde usted vive. Nadie deberá pensar ni que son para mí ni que usted va a lavar oro. Si las compro yo van a sospechar de mí.

Eso podía ser verdad o no ser verdad, pero lo que sí era cierto era que ya Pedro Yasic andaba escaso de dinero y no quería gastar en equipo. Lo que le quedaba lo tenía destinado a comprar comida para los indios y para él mismo, y sobre todo a comprar las medicinas sin las cuales no se internaría en la selva; aspirinas, sulfas, penicilina, suero antiofídico, jeringuilla, agujas, alcohol, vendas; y además, fósforos, aceite, sal. Había resuelto que si se le prolongaba la estadía en Tipuani más de un mes, no le adelantaría el otro mes a Valenzuela. “Se

lo pagaré en Chile si nos vemos allá algún día. O quizá en el infierno. No, si hay infierno el pobre Valenzuela no irá a él. Es un santo”.

—Ahora ya no se ve el cerro —dijo Barranco.

—Esos árboles lo tapan —explicó Yasic—, pero cuando lleguemos al pedregal, esas líneas grises que brillan allá, ¿las ve?, entonces no habrá obstáculos porque ahí no hay árboles.

Salvatore se volvió un momento para mirar a Yasic de perfil. Le molestaba que Yasic tuviera los detalles estudiados, que no dejara nada al azar. Él no podría vivir mucho tiempo con un hombre así. Harían juntos el cruce de la selva, porque un negocio es un negocio y se debe ser leal hasta el último momento, pero tan pronto salieran de la selva se separaría de él.

Durante un buen rato caminaron en silencio. El sol era fuerte y reverberaba en las piedras. Cruzaban por un lugar que estaba al nivel del río y se veían aquí y allí pequeños pantanos, manchas de piedras, de arenas, de yerba y de matojos. A la derecha, una cinta de árboles a veces interrumpida marcaba el curso del Tipuani; al fondo, tan lejos que parecía más una ilusión óptica que una realidad, estaba la Cordillera, cuyos blancos picos se perdían en las nubes.

—Ya estamos llegando —dijo Yasic.

Efectivamente, desembocaron de pronto en un claro desde el cual se veía el río a un lado y el cerro al otro.

—Ahí tiene usted el lado pelado del cerro —explicó Yasic.

Salvatore Barranco observó en silencio el lugar; miró hacia el cerro y hacia el río. Ahí estaba la mancha amarilla, casi roja, del lado del ribazo desmontado por las aguas.

—Está bien —dijo—. Amarraré la balsa —y señaló hacia el río.

—Escondida —explicó Yasic—, bien escondida para que no vaya a verla alguno que pase.

—Sí, comprendo.

Barranco seguía mirando circularmente todo lo que le rodeaba. Quería estar bien seguro de no equivocarse, sobre todo porque debía viajar de noche, y de noche se pierden los puntos de referencia.

—Venga —dijo Yasic.

Caminando en dirección al río, seguido a dos pasos por Salvatore, el chileno se dirigió al hoyo que habían hecho sus indios el jueves anterior. Allí estaban las ramas, tal como Yasic las había dejado, y aunque las hojas se habían secado, las ramas disimulaban el agujero. Pedro Yasic se inclinó para levantar las ramas y de pronto Salvatore saltó sobre él, le sujetó un hombro y lo empujó hacia atrás con violencia al tiempo que gritaba:

—¡Cuidado, es una talla!

Yasic alcanzó apenas a ver un cuerpo fino, reptante, de color entre gris y café claro, que ondulaba y se escondía en la maleza vecina.

—¿Qué es? —preguntó sin que se le notara la menor sorpresa.

—Una talla. Es una de las culebras más peligrosas de toda la selva. No sabía que las había aquí, pero en el Beni las hay a millares —explicó Barranco.

Yasic no se impresionó ni con las palabras ni con la expresión de asombro que tenía el italiano. Al fin y al cabo él era de Chile, donde no se conocen las culebras venenosas; y además, Pedro Yasic no temía a nada que pudiera causarle daño físico, ni aun la muerte.

En cambio Salvatore estaba desconcertado. No comprendía la impasibilidad de Yasic, su frialdad ante el peligro que había corrido. Ellos no llevaban suero antiofídico y si la talla hubiera mordido a Yasic no habría habido tiempo de ir a Tipuani y volver con el suero. Justamente cuando

pensaba eso vio a Yasic avanzar de nuevo hacia el hoyo y coger otra rama.

—¡Espere, que el macho puede estar ahí! —gritó abalanzándose sobre Pedro.

Éste se volvió con escalofriante tranquilidad.

¿Y cómo sabe usted que la que salió era la hembra? —preguntó con el acento más natural del mundo.

Salvatore quedó confundido. Su confusión duró tal vez un segundo, pero era profunda. Se sentía a la vez avergonzado de haberse dejado dominar por sus nervios y asombrado por la actitud de Yasic. En un instante pasó de la vergüenza y la confusión a algo que no podía definir, pero que podía ser un principio de admiración hacia Yasic y al mismo tiempo podía ser sensación de seguridad. Pues sin duda el hombre que tenía esa impasibilidad ante el peligro era de fiar cuando hablaba de sacar oro abundante, y el oro representaba para Salvatore Barranco un porvenir tranquilo.

—Yo no sé de culebras —explicó, tal vez con el deseo de que Yasic no se burlara de él en el fondo de su alma— pero los indios dicen que cuando están juntos hembra y macho, la que huye primero es la hembra.

Pedro Yasic no hizo comentario. Quitó las ramas y miró. En el hoyo no había culebra ni hembra ni macho; lo que se veía allí era las dos piochas, la pala, el machete, la batea. Las herramientas tenían encima un moho claro, de color vivo. Yasic se tiró al hoyo, sacó los hierros, después extrajo alguna tierra y dijo:

—Vaya llenando la batea con esta tierra, Salvatore.

Una vez terminado este trabajo los dos se fueron al río. Pedro Yasic iba delante, en dirección al mismo lugar donde había lavado oro el jueves anterior. Al llegar se puso en cuclillas al borde del agua y comenzó a mover la batea. Lo hacía con seguridad, como si hubiera sido un experto. Barranco, mientras tanto, lo observaba de pie a su lado.



En diez minutos no quedaba ni tierra ni piedrecillas ni arena en la batea, y en el centro apareció oro, polvo fino brillante y una pepita poco mayor que un grano de arroz. Yasic cogió esa pepita y se la pasó a Salvatore. Este se la puso en la palma de la mano y la observó cuidadosamente. Se le salían los ojos mirándola. Sin duda eso era oro o se le parecía mucho.

Pero el alma de Salvatore Barranco era pendular; oscilaba siempre de un extremo a otro. Le era imposible dominar la tendencia de ver instantánea y dramáticamente el lado negativo de todas las cosas.

—¿Y cómo cree usted que sacando esta pequeña cantidad en cada lavada vamos a reunir veinticinco kilos en pocos días? —preguntó.

Al hablar, su tendencia hacia lo negativo se hacía más fuerte; parecía empujarla con sus propias palabras, y cuando terminó se sentía ya presa de un escepticismo sombrío. Yasic notó que los ojos le brillaban con un resplandor entre sarcástico y colérico.

—No —le respondió Yasic como sin dar importancia a lo que había oído—. Lavando esta cantidad no sacaremos veinticinco kilos ni en seis meses.

A Salvatore le pareció increíble lo que oía. De manera que el chileno estaba burlándose de él; que todo lo que había dicho hasta ese momento había sido una burla gigantesca. No era posible que él tolerara esa burla tan grosera y tan inmerecida. Pero estaba paralizado por la sorpresa y antes de tomar una determinación, mientras ganaba tiempo, preguntó:

—¿Entonces?

—Esto es sólo una prueba —explicó Yasic mirándole a los ojos—. El oro no está en ese hoyo; el oro está cerca de aquí, pero no en este lugar.

Salvatore Barranco quedó desconcertado.

—Pero usted me había dicho... Creía que era... No sabía...

—Claro que no sabía —le atajó Yasic—. No lo sabe nadie más que yo, ni aun los indios que traje de La Paz. Pero ahora usted sabe más que ellos, puesto que acabo de decirle por lo menos que el oro está en otro lugar. Y no es oro en polvo y pajas, como éste, sino en granos, y de veintidós kilates, para que lo sepa.

A seguidas Pedro metió la batea en el agua, la sacudió, se puso de pie y echó a andar.

—Usted encárguese de comprar hoy mismo las herramientas, como le dije, y al llegar a su casa póngase a coger nutrias inmediatamente, y prepare las pieles para hacer fundas con ellas. Vamos a llevarnos el oro en fundas de nutrias. ¿Qué le parece?

“Piensa en todo este hombre. Lo tiene todo estudiado.”

—¿Cuántas fundas de nutrias cree usted que vamos a necesitar?

—Hágase sesenta, por si acaso.

—¿Sesenta? Eso significa por lo menos sesenta pieles de nutria. Eso vale un capital, Yasic.

Pedro Yasic volvió la cara hacia su compañero y aclaró:

—¿Capital? ¿Se le ocurre comparar su valor con ocho kilos de oro, que es lo menos que le tocará a usted?

—¿Ocho kilos? —preguntó Salvatore casi a gritos.

—Ocho kilos, sí, y diez si sacamos treinta kilos.

—Ocho kilos, diez si sacamos treinta —repitió Salvatore como para sí solo.

Siguieron caminando. Sus pisadas levantaban en las piedrecillas sonidos raspantes, y fuera de esos sonidos sólo se oía el de la brisa en los árboles lejanos. Atrás corría el Tipuani, y a lo lejos, hacia el lado derecho, la gigantesca mole de la Cordillera parecía desvanecerse en el aire.



## IX

En el momento en que Salvatore Barranco se preparaba a salir hacia Tipuani, uno de sus lecos gritó que se acercaba una balsa. En esa balsa llegaba John Caldwell, pero un John Caldwell distinto al que él había visto un año atrás. Esta vez el joven misionero se presentaba con el pelo caído sobre las cejas, los ojos mustios, los labios exangües, de color ceniciento, las orejas blancas y traslúcidas y una palidez amarillenta extendida por el rostro.

A pesar de que había nacido en la ciudad argentina de Córdoba, y de que por esa razón hablaba el español con acento argentino, John Caldwell era un norteamericano de New England. Y no sólo por su contextura —rubio, alto, atlético—, sino sobre todo por su manera de ser. Era ingenuo, creía en los hechos, hablaba poco. Para él, lo que se sentía debía expresarse en actos, no en palabras. A los veintidós años era tan maduro como un hombre de treinticinco, pero también era inocente como un niño de siete.

A los siete años fue enviado a Sharon, en Connecticut, a la casa de sus abuelos paternos, y retornó a Córdoba cuando tenía catorce. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su padre era algo excepcional en la ciudad. Los muchachos argentinos de su edad comenzaron haciéndole preguntas sobre el padre y acabaron burlándose de él.

El pastor Caldwell, con su traje negro y su cuello blanco, era una figura que resaltaba en medio de la muy católica ciudad de Córdoba. En gran número de hogares se le veía como un agente del demonio; numerosos niños recibieron de sus madres órdenes de no jugar ni hablar siquiera con “el hijo del protestante”.

Sin acertar a comprender la razón en que se originaban —pues el matrimonio Caldwell jamás trataba esos problemas en presencia de John—, al pequeño hijo del pastor llegaban ráfagas sueltas, y por lo mismo muy imprecisas y muy desconcertantes, de cierta atmósfera confusa y agobiante que le rodeaba. Poco a poco fue formándose en él la idea de que no sería pastor. Aunque no acertaba a saber debido a qué, no le gustaba para él la profesión de su padre.

John Caldwell estudió normalmente, como la mayoría de los niños. Era un poco reconcentrado, pero no tímido. Tenía amiguitos —un hijo de ingleses y uno de suecos—; pero al crecer los abandonó y mientras estudiaba bachillerato tuvo trato con casi todos sus compañeros y amistad con ninguno. Sus verdaderos amigos fueron William y Elisabeth Caldwell, que disimulaban mucho su amor, pero adoraban a su único hijo.

A los diecinueve años el joven Caldwell se enamoró. Había una sola manera en que él podía enamorarse: era sentirse bien cuando veía a la muchacha, pensar en ella si no estaba a su lado, desear servirla, atenderla, protegerla. A su edad, un joven argentino corriente habría deseado a la muchacha como mujer. John Caldwell no conocía ese tipo de deseo.

Su enamoramiento terminó en fracaso, y no debido a él ni a su elegida, sino debido al medio. Pues viendo que con frecuencia John y su hija hablaban en la puerta de la casa, cuando llegaban de la escuela —eran vecinos; vivían a sólo dos casas de distancia—, la madre preguntó a la joven qué clase de relaciones eran las suyas con el hijo del pastor. La hija

le contestó que hasta ese momento, de pura amistad, pero que ella temía que él estuviera enamorado.

—¿Y tú? ¿Le corresponderías tú en caso de hacerte una proposición de matrimonio? —preguntó la madre.

—Creo que sí, mamá —confesó la hija.

A la tarde siguiente la madre se asomó a la puerta y se dirigió a John para decirle que deseaba hablar con él. John subió los contados escalones que separaban el piso de la acera, siguió a la señora por un corto pasillo y después a un recibidor.

—Deseo saber de usted mismo qué clase de sentimientos le inspira mi hija —dijo la señora con extremada finura.

Con una naturalidad encantadora, él explicó:

—Pienso proponerle matrimonio cuando esté en condiciones de hacerlo.

—Contando con sus padres desde luego.

—Sí señora, contando con mis padres.

La señora se esforzó un poco en hablar con cuidado a fin de no herir a John.

—Usted es un modelo de hijo y lo será sin duda de esposo. Pero hay algo en que tal vez no ha reparado. Mi hija es católica y no se casará sino con un católico. En Córdoba no está bien vista una mujer protestante, si es argentina, se entiende, y por otra parte, dada nuestra religión, un matrimonio que no esté consagrado por nuestra Iglesia es un concubinato.

John pidió una semana para estudiar el problema y dar una respuesta, y al día siguiente, mientras desayunaba con sus padres, les dijo que quería hablar con ellos en la tarde, a la salida de sus clases.

—¿Conmigo solo o con nosotros dos? —preguntó míster Caldwell.

—Con los dos —explicó John.

—Espera entonces un poco; déjame consultar mis notas —dijo el pastor, que anotaba cuidadosamente el uso de su tiempo con anticipación.

La madre sospechó que John quería hablar algo que tenía que ver con su porvenir, si bien no imaginó qué tema iba a tratar, y miró a su hijo con verdadera ternura porque le parecía que acababa de descubrir que su hijo era ya un hombre, no un niño. Pero no hizo la menor pregunta. Cuando míster Caldwell terminó de ver su libreta de notas, dijo:

—A las seis tengo una hora libre. ¿Es bastante?

—Bastante, papá.

—¿Tienes compromiso para esa hora? —preguntó el pastor dirigiéndose a su mujer.

—No —respondió ella.

En la tarde, en la pequeña sala donde se reunía de noche la familia, el pastor y su mujer, ambos dignos, inmóviles pero naturales —si bien la madre se hallaba un poco inquieta—, oyeron con admirable paciencia el relato de la conversación que el hijo había tenido la tarde anterior con la señora a la que él quería hacer su suegra.

Cuando el joven terminó de hablar, padre y madre se miraron como estudiándose mutuamente. Se produjo una pausa cargada de gravedad, durante la cual John Caldwell clavaba los ojos tanto en el padre como en la madre. Al fin el pastor tomó la palabra.

—John, si te haces católico no serás feliz. Has nacido y has sido educado en nuestras creencias, y eso siempre estará en el fondo de tu corazón. Si te sintieras inclinado al catolicismo por ti mismo, no tendría nada que decir, pero la religión es algo mucho más importante de lo que parece a tu edad y no puede uno cambiarla por razones de cierto tipo. Por otra parte, ¿qué fe podrán tener en mis prédicas los que vean que mi propio hijo ha abandonado mi rebaño?

John miró atentamente al padre, con sus ojos nobles y su rostro de niño grande.

—Papá —dijo poniéndose de pie—, no tienes que argumentar más. No había visto ese ángulo del problema. Yo no te pondría en ridículo nunca.

Había enrojecido y el padre creyó que se hallaba avergonzado por no haber estudiado previamente ese aspecto de su situación. No era tan simple, sin embargo, la causa de la reacción, y el mismo joven no podía darse cuenta de que lo que le salía al rostro en oleadas de sangre era el recuerdo de las burlas que había sufrido en su niñez debido a la religión de sus padres. Algo dentro de sí le acusaba de haber querido pasarse al bando de los que hacían aquellas burlas, pero era una situación tan confusa y a la vez tan hiriente que él mismo no llegaba a distinguir por qué se sentía así. Aunque tampoco comprendía la razón del embarazo de su hijo, la madre se conmovió; se levantó, tomó la cabeza de John entre las manos, y como él era más alto tuvo que doblarse para que le alcanzara la boca de su mamá, que le besó en la mejilla con un beso tan tierno que era casi más el de una mujer enamorada que el de una madre.

John salió, dejando solos a los padres. Éstos se miraron entre sí, la mujer con los ojos brillantes de lágrimas que no llegaban a cuajar. Al cabo de un rato ella dijo:

—Dios bendiga a nuestro hijo, William.

—Sí, Betsy, Dios ha de bendecirlo —respondió él en voz baja.

Al día siguiente, a mediodía, John acompañó a su elegida hasta la puerta de su casa y le pidió que transmitiera a su mamá el recado de que él quería hablarle esa tarde. En la tarde, la señora salió a la puerta tan pronto sintió a los jóvenes acercarse.

—Buenas tardes, John. Estoy esperándole —dijo amablemente.



Por segunda y última vez el joven Caldwell volvió a recorrer el corto pasillo y a sentarse en el recibidor. Lo mismo que en la ocasión anterior, él se sentó de espaldas a la puerta y la señora frente a él. Sonreída, ella le invitó diciendo:

—Usted dirá.

—He hablado con mis padres. Quiero mucho a Mercedes, pero no puedo abandonar mi religión.

La señora no respondió inmediatamente. No era ésa la respuesta que ella esperaba. Estaba segura de que John iba a renunciar a su culto por amor a su hija; estaba convencida de que a través de su hija ella iba a hacer una buena obra conduciendo a la Santa Iglesia una oveja descarriada. Además John era un muchacho fino, distinguido, correcto, y su hija hubiera estado protegida siendo su esposa. Le sorprendió desagradablemente la respuesta. Pero no podía dejar ver su disgusto.

—En ese caso —dijo— es mejor que no la vea más. Se lo digo por el bien de usted y de mi hija. Corte usted mismo esas relaciones antes de que los sentimientos de los dos lleguen a hacerse fuertes, porque ni mi marido ni yo consentiremos que Mercedes se case con usted si usted no se hace católico.

John Caldwell no consideró prudente discutir. Sabía que la hija no se opondría a la voluntad de los padres. Saludó con toda corrección y salió. No vio más a Mercedes. Tres meses después recibió una tarjeta de Buenos Aires; era de ella y le enviaba afectuosos saludos.

John estuvo algún tiempo afectado pero sólo sus padres lo advirtieron. Siguió siendo bien educado, medido, parco en hablar; sólo que se aisló más de sus discípulos y hasta de los padres con el pretexto de que tenía que estudiar. Pero es el caso que una semana después de haber recibido la tarjeta de Mercedes tocó a la puerta del despacho de su padre y le dijo que quería hablar con él. Mister Caldwell puso a un lado su

biblia, que leía minuciosamente todas las mañanas para preparar las prédicas de la noche, y ordenó a su hijo que hablara.

—He resuelto irme a la selva a cristianizar indios y a curarlos de sus enfermedades —dijo el joven.

El pastor no se sorprendió o no dejó ver que se había sorprendido. Respondió en la forma más natural:

—Bien; si lo has decidido tendrás mi bendición. Sólo quiero pedirte una cosa.

—Dila.

—Espera seis meses, hasta que tengas veintiún años. Durante ese tiempo estudia todo lo relativo al territorio adonde quieres ir, sus pobladores, sus creencias, su grado de civilización, sus necesidades y sus enfermedades. Si al cabo de esos seis meses sigues pensando igual que hoy, yo te ayudaré a irte.

John asintió. Era hijo único y adoraba a sus padres, pero sabía que debía hacerse su vida aunque le causara dolor. Un día, mientras leía acerca de enfermedades tropicales, oyó que el padre le decía a la madre:

—No estará solo, Betsy; Dios estará con él.

“Dios estará conmigo”, pensó John. “Dios estará también aquí, con mamá; la acompañará, le dará fuerzas.” Y ese pensamiento le causó un bien indescriptible; le dio ánimos, se los renovaba cada día, sobre todo a medida que se acercaba el término que míster Caldwell le había fijado.

Se cumplieron al fin los seis meses; quedó organizada en regla la partida de John sin que se olvidara un detalle, ni aun el de los numerosos cuadernos en que iría anotando sus nuevos conocimientos y sus experiencias. John se fue a La Paz, de ahí a Apolo, y por último se internó en el enorme territorio bañado por los ríos Mapiiri, Madidi y Beni.

Cada vez que John Caldwell veía disminuir su depósito de medicinas escribía a su padre pidiéndole que le enviara más, y hacía llegar la carta al Beni, a Apolo, a Guanay, a Tipuani,

al lugar hacia donde se dirigiera el cazador, el estanciero o el explorador que pasaba por donde él se hallaba. El padre recogía donativos de los norteamericanos que vivían en Córdoba o en sus cercanías y a menudo tocaba a las puertas de ingleses, canadienses, holandeses o alemanes amigos solicitando ayuda para la labor de su hijo; en ocasiones escribía a Buenos Aires a pastores de su culto. Pedía las ayudas en suero butantán, quinina, atebрина, sulfas, aspirina, penicilina, en cuantas medicinas podían serle útiles a John, y las despachaba al hijo a través de la Embajada norteamericana en La Paz. La Embajada aprovechaba toda ocasión para hacer llegar a manos de John los paquetes, y a veces llegaron a su destino en formas inesperadas y tras haber hecho los caminos más inverosímiles.

Durante más de un año el joven hijo del pastor convivió con indios de la selva amazónica; mujeres, niños, ancianos, hombres de los bosques en estado rudimentario de civilización. La gran mayoría estaba permanentemente enferma de fiebre, de paludismo, de disentería, y en general la totalidad sufría enfermedades debidas a carencias vitamínicas y a desnutrición. Muchos morían atacados por el jaguar y las culebras, otros devorados por las pirañas o ahogados en los ríos.

A pesar de que jamás pretendieron hacerle daño, los indígenas no eran consecuentes con John. A menudo una tribu a la que estaba curando abandonaba su paraje en medio de la noche y le dejaba como único recuerdo a una vieja enferma o a un anciano ciego que ya no podía caminar. Muchas veces John Caldwell tuvo que vagar por la selva días y días en pos de lugares en donde vivieran indios. Nunca llegaba a aprender del todo una lengua, porque se quedaba sin tener con quien hablarla. Hubo meses en que comenzó el aprendizaje de dos lenguas indígenas. Jamás dejaba de anotar escrupulosamente todo lo que le sucedía, todo lo que observaba y todo lo que aprendía.

John Caldwell había cumplido ya los veintidós años y no sabía lo que era desear como hombre a una mujer. Podía contar episodios que millones y millones de hombres debían hallar interesantes. Había despertado una vez a media noche con el rugido de un jaguar dentro de su choza, impresión verdaderamente escalofriante, y al abrir los ojos vio a la fiera junto a su hamaca; yendo por una senda abandonada pisó una anaconda gigantesca, que se escurrió por entre los árboles sin volver siquiera la repugnante cabeza; había salvado la vida, cierta vez, subiéndose a un árbol a tiempo para evitar ser destrozado por una manada de tapires que huían enloquecidos. Pero no había bailado con una joven, no había besado a una muchacha, no había sentido el deseo de una mujer.

John Caldwell, que durante un año se había cuidado de las enfermedades corrientes en la selva tomando medicinas preventivas, sintió una tarde el inconfundible frío del ataque palúdico; y sucedía que desde hacía más de un mes se le habían agotado la quinina y la atebrina y no tenía la menor noción de cuándo le llegarían repuestos.

El frío llegó a ser tan intenso que el joven misionero no podía sufrirlo. Lo sentía en las entrañas, como si tuviera hielo en los huesos y en los intestinos; todo el cuerpo se le estremecía en temblores que le hacían saltar en la hamaca sin que él pudiera contener los saltos; los dientes de abajo chocaban con los de arriba, y el choque despedía sonidos metálicos sordos, y él no tenía dominio sobre su quijada. John se daba cuenta de lo que le pasaba y sabía que el terrible escalofrío le duraría por lo menos una hora y que tras él llegaría la fiebre y después de la fiebre el sudor a chorros, el sudor debilitador, agobiante; sabía también que el paludismo puede matar, y que si a él le había tocado la forma grave, podía morir antes de que le fuera posible salir de la selva. Sin embargo, él sólo pensaba una cosa, una que repetía sin

cesar: “Los indios no van a creer en mí; van a decir que si me he enfermado, no tengo autoridad para curarlos”.

Al cabo de más de una hora —aunque para John ya no existía el tiempo; ya el tiempo había dejado de ser un valor en su vida— el joven Caldwell comenzó a sentir que la cabeza le dolía y que ese dolor aumentaba a saltos, aumentaba, aumentaba hasta que creyó tener dentro del cráneo una horma que alguien abría poco a poco, una horma similar a las que se usan para darles anchura a los zapatos; y la horma se abría allá adentro de su cabeza, y se abría y se abría, hasta que ya no pudo más y oyó su propia voz y comenzó a ver figuras extrañas, repugnantes, que se movían ante él, y todo desapareció, todo, todo, y volvió a aparecer algo, —¿qué?—. De pronto despertó bañado en sudor, chorreando sudor por la cabeza, por el cuello, por la cara, por la espalda. Tenía la extraña sensación de que acababa de nacer, pero con noción de que era adulto y con una sensación de felicidad profunda, algo así como una alegría que no podía externarse.

Al día siguiente John se sentía bien, excepto por la debilidad, mal gusto en el paladar y la convicción que tenía de que el tercer día, a más tardar al cuarto día, el ataque volvería a producirse. Y podía suceder que fuera una forma maligna de paludismo, y en ese caso una perniciosa podía matarlo en pocas horas. Él no había visto perniciosas en la selva, pero ocurría que los indios se hallaban más o menos inmunizados contra ella por su larga exposición a las picadas de los mosquitos y tal vez por eso la enfermedad no evolucionaba en ellos en la forma mortal; y ése no era su caso; él era terreno virgen en el que el mal podía avanzar como un incendio en el bosque.

“Debo irme cuanto antes a buscar quinina”, pensó.

En ese momento estaba en territorio bañado por el Mapi-ri. Si tomaba afluentes podía llegar a la casa de Salvatore Barranco antes del tercer ataque, en caso de que la fiebre

fuera terciaria. Salvatore Barranco era el hombre blanco más cercano, y además, él lo conocía.

John Caldwell pidió a los ancianos de la tribu en que se hallaba que le prepararan una pequeña balsa y que escogieran dos hombres para que le acompañaran. La reunión de los ancianos con el brujo fue larga; fumaron, tomaron alcohol de raíces y discutieron durante horas. Al fin fueron a decirle que se haría lo que él pedía y que esa misma tarde la balsa estaría lista y él podría salir al día siguiente, al nacimiento del sol.



## X

La luna creciente —una estrecha tajada de luz—, bajaba hacia el oeste en un cielo limpio. ¿Cuánto mundo estaba iluminando? Los Picos nevados de la sierra, los pedregales, la selva, el río que marchaba hacia Guanay sin cansarse, día tras día y hora tras hora. Sentado a la puerta de la casucha de Valenzuela, Pedro Yasic trataba de imaginarse cómo serían las noches de luna en la yunga. “Vamos a tener luna. Mañana a esta hora ya no estaré aquí. Estos imbéciles se conforman con vender el dólar de oro a sesenta bolivianos. No van a poder salir de aquí en toda su vida. Son esclavos; eso es lo que son, esclavos.” El viejo Pedro Ibáñez, su tío el viejo Pedro Ibáñez, había vivido ahí, había luchado a muerte, buscando oro, y cuando lo halló no le dijo a nadie una palabra. “El tío sabía su asunto. Todavía no le he escrito a mamá diciéndole que su hermano murió. Cuando llegue a Puerto Montt y le cuente la historia no va a creerla. Bueno, mamá, tío Pedro encontró el oro, pero no pudo sacarlo. El gobierno le puso un precio al oro de Tipuani, y hay que venderlo allá mismo a ese precio, y no dejan sacar ni un tomín; pero fuera de Tipuani el oro vale veinte veces más, y yo lo saqué. Ahora somos ricos, y voy a hacerte una casa en Santiago, en el Barrio Alto, donde viven los ricos de Santiago.” “Mamá va a pensar que Federico va a vivir con nosotros. Bueno, si ella quiere, que vaya. Voy a hacerle a la casa un saloncito atrás, para que él pueda entrar



y salir sin molestarte. El viejo Valenzuela y su hija van a llevarse la sorpresa de su vida. ¿Y si los mando a buscar cuando esté en Santiago? Tal vez lo haga. A mamá le gustaría Sara. A mamá le gustaría una muchacha como Sara para mujer de Federico.”

Era mucha la gente que había desaparecido tratando de sacar oro de Tipuani. Dos hermanos griegos quisieron irse por el sur, cruzando las tierras de los indios chayanas, y nunca más se supo de ellos; un negro peruano que pretendió salir por el alto de Sorata apareció comido por los cóndores y sin un grano de oro encima; el paisano González, de los González de Copiapó, según decía Valenzuela, se ahogó frente a Apolo con cinco kilos de oro encima. Pero Pedro Yasic sacaría el oro. “Pase lo que pase, voy a sacarlo.”

El viejo Pedro Ibáñez estuvo tres días muriéndose y fueron tres días en que hablaba y hablaba, a menudo cosas sin sentido. ¿Qué habría sucedido si su sobrino no hubiera podido llegar a tiempo a La Paz? El moribundo exhalaba aire en forma sonora. Le costaba esfuerzo hablar, pero no se callaba. “Pasé mucha hambre, sobrino, mucha hambre”, repetía una y otra vez con la mano de Pedro sujeta. El viejo tío era huesos y ojos nada más. “Qué nadie se dé cuenta de que eres mi sobrino; es importante que nadie se dé cuenta de que eres mi sobrino”. Pedro Yasic era alto, flaco, de poco pelo en la cabeza, tenía ojos pequeños y muy juntos y una nariz que parecía que iba a caérsele. Lo que lo distinguía eran la boca y la barbilla; una boca fina, bien dibujada, y una barbilla ancha y saliente. Pero precisamente éstos eran los rasgos más acusados en su tío Pedro Ibáñez: la boca fina, bien dibujada, y la barbilla ancha y saliente. En Tipuani, sin embargo, nadie relacionó al chileno Pedro Ibáñez con el chileno Pedro Yasic, y lo más fácil del mundo era que alguien preguntara: “¿De dónde dijo usted que es, de Puerto Montt?” Bueno, de Puerto Montt era el

viejo Pedro Ibáñez. “Y yo cometí la tontería de decirle a Valenzuela que soy de Puerto Montt”.

Sara andaba por su habitación, un cuartocho, en verdad, y Pedro la oía tararear viejas canciones chilenas.

“La vida tiene sus rarezas. Si mamá se hubiera ido a Santiago a vivir con Federico, nunca habría recibido la carta de tío. Y ahora yo voy a recoger el fruto del trabajo del tío y mamá va a disfrutar de él. Voy a hacerle una casa mejor que todas las casas del Barrio Alto. Esos ricos chilenos son ricos en pesos chilenos, pero yo voy a ser rico en oro, en oro verdadero, no en pesos de papel que no valen nada”.

De pronto se alzó la voz de Sara, una voz fresca, alegre, limpia.

*“Qué grande que viene el río,  
qué grande que va a la mar...  
Si lo aumenta el llanto mío  
cómo grande no ha de estar;  
si lo aumenta el llanto mío  
cómo grande no ha de estar”.*

“Como mamá, como mamá cuando yo era niño. Mamá cantaba esa canción cuando era niño”. Algo sucedía, una sombra se movía por el fondo de su alma. ¿Qué era? Puerto Montt, las brumas del invierno, y una figura de mujer con traje blanco que lo llevaba de la mano hacia la habitación. “Como mamá. Mamá cantaba esa canción”.

Pedro oyó pasos y levantó el rostro. El sargento Juan Arze iba cruzando en dirección a la casucha de María Hinojosa. El sargento no había vuelto la cabeza, ¿y por qué no la había vuelto? ¿Por qué el sargento Arze pasaba por allí haciéndose el desinteresado? ¿Qué sabría el sargento? ¿Qué sabrían de él otras gentes, toda esa gente que vivía en el cerro? ¿Era posible que ninguno se hubiera dado cuenta de que él era el sobrino de Pedro Ibáñez? “Mañana me voy, y tal vez están vigilándome y saben que me voy mañana. A lo mejor lo saben todo y

esperan cogermé con el oro encima". Pero si lo sabían era a través de Salvatore Barranco o de los indios, porque ni Valenzuela ni su hija conocían sus planes.

Pedro Yasic se puso de pie y comenzó a dar pasos frente a la choza. Iba y venía en un círculo de seis u ocho metros, con la cabeza baja y sin embargo, con los ojos puestos en la puerta de María Hinojosa. Por ahí había entrado el sargento Juan Arze, y por ahí habían salido, casi inmediatamente, los hijos de María, y luego la puerta había sido cerrada. ¿Por qué? ¿Qué había ido a hacer el sargento Arze en la casa de María Hinojosa? Tratando de que sus pasos no se oyeran, Pedro Yasic se acercó a la puerta y oyó adentro el rumor de un diálogo. "Ah, lío de faldas. ¿Cómo no se me ocurrió pensarlo?". Se sintió aliviado y retornó adonde Valenzuela.

Todavía la tajada de luz se veía en el cielo, cerca ya del horizonte, y aquí y allá se formaban nubes. El calor se acentuaba y los mosquitos zumbaban cerca. "Donde debe haber mosquitos a millones es en la selva", pensó Yasic. Y a seguidas: "Nadie sospecha nada; nadie puede sospechar nada porque no he cometido un error. A Barranco no le conviene hablar, y los indios no saben la verdad". Todo iba saliendo bien. ¿Pero por qué iba saliendo todo tan bien? ¿Suerte? Trabajosamente, el tío le había dicho y repetido: "No confíes en la suerte, Pedro. Cuando se trata de oro, hay muchos enemigos. Si saben que llevas oro te matarán para quitártelo. No confíes en la suerte".

El tío estaba en su nicho del cementerio de La Paz y él estaba en Tipuani, a pocas horas de comenzar su aventura, la aventura suya y del tío. "Mamá va a llorar cuando sepa que tío Pedro murió. No le he escrito a mamá, pero se consolará cuando le explique por qué no le di la noticia de la muerte de su hermano".

Otra vez oyó pasos y alzó la cabeza. Era Valenzuela que se acercaba. "Voy a encontrarlo; voy a llevármelo a dar una vuelta.

Tengo que prepararlo; tengo que decirle que voy a pasar unos días fuera”. Así, se levantó y anduvo, y a poco él y Valenzuela se perdían en los callejones. Al cuarto de hora, tal vez menos que más, la voz vibrante de Sara llegó del interior de la casucha.

—Pedro, ¿está ahí?

Cuando pasaron algunos minutos, la muchacha salió. No, Pedro no estaba ahí. Ahí estaba sólo la silla desvencijada que él había ocupado. Entonces en voz alta, sin que supiera por qué lo hacía, Sara dijo:

—¿Será idiota ese hombre, que no se da cuenta de que lo quiero con toda el alma? Una sola con él, y él como si tal cosa.

Pensó sentarse en la silla vacía, pero volvió adentro. Y al hacerlo se decía: “Mañana mismo me le voy a plantar delante y le voy a decir: ¿Pero cuándo va usted a enterarse de que estoy enamorada de usted, pedazo de imbécil? Y vamos a ver qué cara va a poner cuando me oiga”.

—Mañana, sí, a primera hora, antes de que salga el sol. No le he dicho nada a Sara para que no se levante antes de lo necesario —iba diciéndole Pedro Yasic al viejo Valenzuela.



## XI

La noticia corrió por todo el cerro como fuego en pólvora y tardó pocos minutos en llegar a los oídos del sargento Juan Arze: tres indios del Altiplano —los mismos que se habían visto de vez en cuando desde hacía más o menos un mes caminando siempre juntos sin fin aparente— habían llegado remontando el Tipuani en la balsa de Salvatore Barranco y contaban que habían estado varios días trabajando con Yasic y con Barranco sacando oro de la orilla del río; luego habían llegado a la casa de Barranco al día siguiente, y Yasic, el dueño de la balsa, otro hombre joven y una mujer vestida de negro se habían internado en la selva llevándose todo el oro que los indios habían sacado. Contaban que los lecos de Salvatore les habían devuelto a Tipuani, pero sólo tres días después que los blancos se habían ido; de manera que a la llegada de los indios al cerro, los blancos debían tener por lo menos cinco días metidos en la selva.

Inmediatamente comenzaron a manifestarse los que, según ellos, habían tenido sospechas de Yasic y de los indios. Uno dijo que había visto a Pedro Yasic hablando con esos indios en secreto; otro aseguró que en el momento en que él pasaba frente a Yasic, cierta tarde, había visto que el chileno les entregaba un bulto.

Por lo visto abundaba la gente que había pensado que Yasic había llegado a Tipuani con el propósito de sacar oro

—lo cual no era nada raro, porque casi todo el que iba a Tipuani llevaba ese propósito—, pero nadie pudo sospechar que lo haría en tan corto tiempo y que podría lograr cantidades serias.

Los comentarios crecían con inusitada rapidez. Se formaban grupos aquí y allá, y a poco dos de los grupos se unían en uno, y ése crecía por minutos con los hombres, las mujeres y los niños que se iban agregando. La noticia había conmovido al poblado.

En poco tiempo se conocían todos los detalles de la fuga, se sabía qué dirección habían tomado Yasic y sus acompañantes al internarse en la selva, se aseguraba que se llevaban más de cincuenta kilos de oro, y sobre todo, se decía que el placer en que habían hallado ese oro era riquísimo y que los fugitivos habían sacado sólo una pequeña parte del metal que había en él.

El sargento Juan Arze tomó los hechos como para sí solo. Tan pronto se enteró de la fuga se lanzó por los vericuetos del cerro, seguido por algunos curiosos, en busca de los tres indios. Por donde pasaba el sargento, lo detenían, le hacían preguntas, le ofrecían datos nuevos.

Juan Arze se hallaba excitado. Ahora se le presentaba la coyuntura de apresar a un verdadero ladrón de oro, a un hombre que no había huido con algunos kilos de oro sino con cincuenta, tal vez con cien o con mucho más; un hombre que había estado presente cuando Sara le humilló. ¡Qué odio iba sintiendo crecer Juan Arze contra ese chileno bandido!

Fue a la cantina a preguntar por los indios, pero nadie los había visto por allí; bajó a la orilla del río y detuvo a los lecos de Salvatore Barranco que se hallaban en la balsa sin saber por qué estaban en ella y no en la casa del patrón. El sargento Arze interrogó a los lecos, pero ellos no sabían sino lo que los indios aimarás les habían dicho, y aun de eso que les dijeron entendieron bien poco y sólo podían hablar de su patrón, del viaje que habían hecho con él Tipuani arriba

quince días antes, de los días que estuvieron con la balsa en un recodo esperando que su patrón ordenara el viaje de retorno a la casa, del otro patrón blanco que fue con ellos y de esos tres indios que también fueron, y por último del viaje de vuelta al cerro remontando el Tipuani para llevar esos tres indios a los que el sargento buscaba con tanto afán.

—¡Lleven a estos lecos donde el capitán Ramírez y le dicen que yo estoy detrás de los indios y que tan pronto los alcance voy para allá! —ordenó el sargento a unos amigos; y aunque esos amigos estaban ahí mismo, pegados a él, habló a gritos para que todo el mundo se enterara de que él estaba dando órdenes.

El hambre de ejercer autoridad que sentía el sargento Juan Arze hallaba cómo satisfacerse en oportunidades como ésa, y él no podía dejar pasar por alto una coyuntura tan brillante. Se movía como un desesperado, la mirada dura, la voz tonante, activo; como si se hallara comandando un ataque en una guerra, no como quien anda por un lugar pequeño en busca de tres indios mansos.

—¡El que sepa dónde están esos condenados que me lo comunique inmediatamente! —gritaba.

Los indios se hallaban tranquilamente sentados en la choza del viejo amigo aimará adonde habían ido a parar cuando llegaron a Tipuani. Ellos habían causado un revuelo infernal en el poblado sin darse cuenta del efecto de sus palabras; habían hablado la verdad a los que les hicieron preguntas, y la habían hablado con el candor natural de su raza.

En la choza donde se alojaban los halló un policía enviado en su búsqueda por el capitán Ramírez. Con callada eficiencia, el capitán Ramírez se había adelantado al sargento Arze.

—Busque a esos indios donde haya otros aimarás —había dicho—, y condúzcalos a mi presencia sin asustarlos y sin alharacas.



Seguido por docenas de curiosos, el sargento Arze recorría el cerro en pos de los indios cuando de pronto vio al policía Azcárate que iba con ellos en dirección al cuartel. Juan Arze se sintió defraudado y a la vez ofendido. A gritos ordenó a Azcárate que se detuviera y que le entregara a esos hombres.

—No puedo —dijo el policía—. El capitán me mandó que los condujera a su presencia sin escándalo y sin maltratos.

—¡Le ordeno que me los entregue! —gritó Arze.

—No puede ser, sargento —mantuvo el otro con mucho reposo.

Juan Arze estaba haciendo el ridículo delante de la gente. Eso también tenía que ser cargado a la cuenta de Pedro Yasic. “¡Ah chileno bandido, si te cojo!”

—Bueno —dijo—, venga conmigo.

Era la única salida a la situación: designarse él mismo jefe de Azcárate en la misión que éste cumplía. Azcárate le dejó hacer. Juan Arze era el sargento, y cuando el capitán no estaba y el teniente se hallaba fuera de Tipuani, se convertía de hecho en su único superior.

La gente se apiñaba junto a Arze, Azcárate y los indios. Metro a metro se unían hombres, niños y mujeres. El run run de los comentarios, los gritos de los muchachos, las preguntas en alta voz de los que se asomaban a las puertas de sus casas ignorantes de lo que sucedía, daban a todo aquello un aire extraordinario, en ocasiones divertido y siempre asombroso. Sin duda estaba formándose un ambiente de tensión. No en balde se hablaba de que había aparecido un placer rico en oro, y aquel sitio estaba en Tipuani y en Tipuani todo el mundo vivía soñando con oro.

Al fin los indios y la multitud llegaron a las puertas del cuartel. El capitán Ramírez dio orden de que pasaran sólo los indios y los dos agentes policiales. Con toda calma, como

quien da una clase a un grupo de niños de escasos conocimientos, el capitán comenzó a hablar con los indios.

—No tienen nada que temer. Ustedes dicen sólo lo que saben y nada más. No les va a suceder nada. Están en libertad. Ustedes son libres y el gobierno no permite que nadie les haga daño.

—Sí capitán, no daño.

—Bueno, pues tengan confianza en mí y díganme lo que sepan de esos señores que sacaron oro.

El indio de más edad comenzó a hablar. En un español rudimentario fue haciendo una historia simple y cierta de cuanto había sucedido. Cuando iba diciendo que el oro sacado era mucho, Juan Arze interrumpió para dirigirse al capitán.

—¡Son unos bandidos! ¡Ese chileno es un bandido, capitán! ¡Déme orden de buscarlo y usted verá que se lo saco de la selva y se lo traigo con todo el oro!

Su mirada era brillante, siniestra. El capitán Ramírez clavó en él sus ojos serenos, como si estuviera estudiándolo. Al capitán le molestaba que el sargento interrumpiera cuando él hablaba o cuando oía; le molestaba el acento de pasión personal que había en las palabras del sargento. El capitán estaba preguntándose qué agravios de Pedro Yasic tenía Juan Arze.

—¿Me hace el favor de esperar que termine este interrogatorio, sargento? —preguntó con mucha finura, pero con mucha autoridad.

Juan Arze tembló de cólera. También esto iba a la cuenta de Pedro Yasic. ¡Ay de Yasic si a él le daban la orden de perseguirlo! Los policías que presenciaban el interrogatorio de los indios no se atrevieron a mirar al sargento; sabían que se sentía fuera de sí, que las palabras del capitán le habían herido, y no querían darle pretextos para que descargara en ellos su resentimiento.

Mientras tanto, la multitud engrosaba frente al cuartelillo. Todo el poblado sabía ya que los tres indios estaban siendo interrogados por el capitán Ramírez y cada quien quería conocer los resultados de la investigación. La gente presumía que los indios iban a decir dónde estaba el placer del que Yasic y Barranco habían sacado tanto oro, y todos pensaban que donde estuvo ése debía haber más. Se rumoreaba que los indios habían dicho que el placer tenía mucho más oro del que ellos habían sacado.

La ambición del poblado estaba en marcha. Hombres y mujeres hacían preguntas a gritos a los policías que se asomaban a la puerta del cuartel; docenas de niños corrían de un lado a otro dando saltos y creando mayor confusión y enredo del que ya había. Se veían hombres y mujeres, algunos de bastante edad, y jóvenes y niños de ambos sexos, que llevaban bateas de lavar oro.

—¡Que digan de dónde sacaron el oro; que lo digan!  
—gritaban cien bocas.

El capitán Ramírez levantó la cabeza y pensó durante unos segundos en lo que sucedía afuera. Aquello amenazaba degenerar en un motín, y si sucedía así, iba a necesitar a todos sus hombres, y de ellos el que más miedo inspiraba era el sargento Arze; por tanto, le convenía restaurar la posición del sargento ante sus subalternos.

—Sargento, haga que esa gente se calle —ordenó.

Juan Arze estaba de pie a su lado, silencioso y sombrío, todavía colérico, pero no contra el capitán sino contra Pedro Yasic. Ese condenado era el culpable de su situación. Al oír al capitán reaccionó como un autómatas y salió a la puerta.

—¡Cállense ya! —gritó estentóreamente.

Debió haber entrado de nuevo, pero Juan Arze no sabía ponerse límites nunca y cada vez que le tocaba hacer algo se dejaba arrebatar por un impulso incontenible que lo llevaba a

ir más allá de lo que le había sido ordenado. Así, en ese momento se metió en la multitud y comenzó a avanzar separando a la gente con manos y codos. Cuando cruzó por entre todos esos hombres y mujeres que gesticulaban, reían y hablaban sin cesar, echó a andar sin que él mismo supiera qué lo dirigía. A medida que avanzaba veía más grupos yendo hacia el cuartel y notaba que las viviendas estaban vacías o sólo había en ellas niños de muy pocos años.

Sara Valenzuela estaba parada junto a la puerta de su casucha. Ya debía saber la verdad, pues tenía una expresión concentrada y seria. “Ésta debe ser su cómplice y ahora tiene miedo”, pensó el sargento. Por nada del mundo hubiera cambiado la diabólica alegría que sintió en ese momento.

Juan Arze creía que al verle allí Sara Valenzuela iba a perder su aplomo y trataría de ser zalamera con él. “Y cuando se me sonría voy a tratarla como se merece esa desvergonzada”, pensó. Pero Sara Valenzuela le miró a los ojos y Juan Arze quedó desconcertado. La mirada de la muchacha era recta, limpia y sin miedo.

—Viene a darme la noticia ¿no? —preguntó con acento de desprecio—. Pues llega tarde, sargento Arze.

—Pues entérate entonces de que voy a buscar a tu amigo chileno a la yunga y lo traeré vivo o muerto —respondió él mordiendo las palabras.

Sara Valenzuela soltó una carcajada muy femenina y muy hiriente.

—Vaya, está ofendido el sargento porque el chileno resultó más inteligente que él. Le ha dolido el engaño, ¿no?

También a ella le dolía. Yasic la había engañado y había engañado a su padre. Ninguno de los dos sospechó nunca que Yasic estaba en Tipuani buscando oro. Pero había cierta compensación en saber que el sargento Arze había sido más engañado aun que ellos; y además, entre el sargento y Yasic

ella no podía escoger: estaba y estaría siempre de parte de Yasic, hiciera lo que hiciera.

Juan Arze comentó, con una voz raspante de cólera:

—Ah, con que tú estabas de acuerdo con él, ¿no?

Sara levantó la cara, miró a Juan Arze con frío desdén y dijo en forma lenta:

—Sargento, yo no lo he autorizado a tratarme de tú. Haga el favor de retirarse ahora mismo.

En el acto entró y cerró la puerta tras sí. Arze no tuvo tiempo de reaccionar. Sintió casi la necesidad de desenfundar el revólver y comenzar a disparar sobre la puerta, pero la imagen del capitán Ramírez despojándole de su arma y de su uniforme apareció ante él como a través de una bruma. El temor al ridículo le llevó a mirar hacia la casucha de María Hinojosa; por suerte no estaba abierta. Maquinalmente dio la vuelta y se alejó.

Todo ese diálogo había ocurrido en minutos, y en ese tiempo el interrogatorio de los indios había terminado. Cuando Juan Arze se acercaba al cuartelillo vio que la multitud se movía y que al frente iban el capitán Ramírez, algunos policías y los tres indios. Éstos hablaban entre sí y uno de ellos sonreía, tal vez porque hallaba divertida la conmoción que habían producido él y sus compañeros. De entre el gentío, algunos gritaban a otros que contemplaban la escena:

—¡Vengan, que vamos al río, al sitio donde el chileno sacó oro!

Muchos agitaban bateas sobre sus cabezas y los niños correteaban y se adelantaban a los demás.

También Juan Arze corría para adelantarse. El sargento quería estar junto al capitán Ramírez cuando éste decidiera iniciar la persecución de Pedro Yasic. No importaba lo que había sucedido poco antes —la reprimenda que le dio el capitán—; él, Juan Arze, estaba seguro de que si se hallaba presente en el

momento de la decisión, el capitán le daría a él la misión de perseguir al chileno. Impulsado por esa convicción, atravesó por entre la multitud y llegó Junto al capitán.

—¿Dónde estaba usted? —le preguntó el capitán sin acortar la marcha.

—Fui donde los Valenzuela a ver si sabían algo.

Y para sí: “Me estaba echando de menos. Tengo que estar aquí al lado de él. ¡Ay si yo encuentro a ese chileno! Si lo encuentro, Sara me las va a pagar todas juntas”.

La multitud iba detrás de ellos como de fiesta, y todos hablaban y reían a gritos. Al llegar al placer se lanzarían sobre la tierra picada por los indios, llenarían las bateas y correrían hacia el río, cada uno empeñado en llegar antes que los demás, tropezándose, cayéndose e insultándose. El sargento Arze había visto ese espectáculo otras veces y sabía que se repetiría sin grandes variantes. Si en el lugar había oro, por poco que fuera, antes de tres días habría allí un campamento de chozas hechas con ramas, y tal vez hasta le pondrían un nombre, el nombre de un número como indicaba la tradición, y seis meses después que se hubiera sacado del sitio el último celemín de oro, quedaría en él algún que otro lavador aferrado a la esperanza de dar con un bolsón rico.

Pero nada de eso inquietaba al sargento. Él iba al lado del capitán Ramírez con su idea fija: que se le diera a él la misión de buscar a Pedro Yasic. Y como para que se ordenara la persecución era indispensable que existiera el placer hollado a fin de que el capitán Ramírez quedara convencido de que los indios no mentían, Juan Arze iba deseando que el placer apareciera cuanto antes, y que fuera grande, lo más grande posible.

Así, cuando llegaron y los indios señalaron el terreno picado, él sintió una alegría instantánea y quemante; y en el acto gritó:

—Capitán, ¡de aquí se han llevado como cien kilos de oro!

La gente no esperó ni un segundo: comenzó a desparrarmarse, atropellándose como reses en una estampida. Los que habían tenido la precaución de llevar bateas se tiraban al lugar donde la tierra había sido picada, las llenaban de prisa, a manotadas, y corrían hacia el Tipuani; los que no habían llevado bateas volvían de carrera hacia el poblado para buscarlas.

—¿Dicen ustedes que había oro aquí? —preguntó el capitán a los indios.

—Sí capitán, mucho oro —dijeron dos de ellos.

—¿Había? —preguntó Ramírez dirigiéndose al que no había hablado.

—Sí, capitán, mucho oro —confirmó el indio con gesto serio.

Juan Arze asistía a la escena y sentía todo su ser en ebullición. Vio que el capitán bajó la cabeza durante un momento, como si pensara. Estaba pendiente de lo que él pudiera decir. Cuando el capitán alzó los ojos y los fijó en los suyos, Juan Arze tuvo miedo de que no se decidiera.

—Sargento —le oyó decir al fin—, vuelva al cuartel, escoja un hombre y busque el mejor baquiano que haya por aquí. Tiene que salir hoy mismo. No lleve a Azcárate, que me hace falta. Esté listo en el cuartel para cuando yo vuelva.

Juan Arze se cuadró, saludó y dio la espalda. Aunque en los primeros pasos marchaba en forma casi natural, su prisa era tal que a partir de los diez metros comenzó a correr.

## XII

Seis días después de haberse internado por la ribera izquierda del Mapiri, rumbo al nordeste, el grupo que encabezaba Pedro Yasic tuvo que frenar su marcha. Salvatore Barranco se sentía mal. Al principio tuvo dolor de cabeza y se le dio aspirina, pero el dolor no tardó en reaparecer; después sintió que la temperatura le subía y que no tenía ganas de comer, y por último se le presentaron dolores intensos en el vientre y necesidad de deponer con frecuencia.

Pedro Yasic tenía razón para sentirse preocupado. Pues de los cuatro, sólo él y Barranco conocían la verdadera causa de la marcha a través de la selva, y sólo él y Barranco llevaban el oro.

El siciliano le había dicho a su mujer que iban hacia Iquitos, que Iquitos era una gran ciudad y que se hallaban a quince días de distancia. Según informó él mismo a Yasic, la mujer estaba convencida de que al llegar a Iquitos su marido y Yasic pondrían una tienda de objetos de plata con el fin de reunir dinero para irse el próximo año a Europa. En cuanto a Caldwell, se dirigía hacia el territorio de una tribu que hasta pocos meses antes había sido atendida por un misionero brasileño y que ahora se hallaba abandonada del auxilio de los hombres blancos.

—Puedo acompañarlos una parte del camino —había dicho el joven Caldwell sin sospechar siquiera el plan del Yasic y Barranco.



A Yasic le pareció de perlas esa proposición, puesto que John Caldwell podría ser útil en varias de las cosas indispensables en una marcha como la que iban a realizar, y Yasic y Barranco quedarían más libres para cargar el oro.

John Caldwell conocía bastante de la vida en la yunga. Sabía el nombre de muchos árboles, flores y animales; podía hablar numerosas palabras de varios dialectos indígenas y tenía nociones del uso que los indios hacían de muchas raíces, hojas y frutas. Por otra parte, sabía poner una inyección, vendar una herida, diagnosticar ciertas enfermedades típicas de la selva, y era joven y fuerte.

Pero John Caldwell no era realmente compañía. Muy de tarde en tarde hablaba para hacer alguna observación, y la mayor parte del tiempo la pasaba en silencio, sin volver el rostro, abstraído en algo que no se conocía. Estaba en el grupo y se comportaba como ausente. No reconocía unidad de destino con los demás ni tomaba a ninguno de ellos como jefe porque tenía un propósito diferente e individual: se quedaría allí donde hallara la tribu de que había hablado. En su sentir, no tenía nada de común con sus compañeros de viaje, excepto que iba por el mismo camino que ellos. Sin embargo, era afectuoso, cordial; corría a ayudar a los demás a descargar tan pronto se hacía un alto, o era el primero en cortar arbustos si ello era necesario para acampar, o en recoger chamariscos para hacer fuego o en ir a un arroyo en busca de agua a la hora de cocinar.

Salvatore Barranco, en cambio, procedía como quien tiene un jefe que ha escogido libremente. No se daba cuenta de que cruzaba la selva con oro suyo, y por tanto podía considerar que luchaba por él mismo y nada más. En todo tenía presente a Yasic. Salvatore era el que trazaba el rumbo; él era quien disponía dónde debían detenerse a dormir o a comer, él era quien había aclarado desde el primer momento que no debían pasar cerca de plantaciones ni de lugares donde

hubiera indios, él indicaba cómo desviarse para evitar una zona cenagosa o un punto por el que pudieran encontrar patrullas armadas. Pero no hacía nada de eso sin consultar antes, separado de su mujer y de Caldwell, con aquel a quien consideraba su jefe.

Angustias iba la mayor parte del trayecto al lado del joven misionero, detrás de su marido y de Yasic. Vestía de negro, tal como la halló en su casa Pedro Yasic la noche que la conoció. Cargaba trastos de cocinar, apenas levantaba los ojos del suelo y nunca hablaba. En ciertos momentos, cuando un golpe de chillidos de monos o de aves se levantaba al paso del grupo, Angustias se tapaba los oídos con ambas manos, cerraba los ojos y producía un grito corto y agudo.

A la media tarde del séptimo día Pedro llamó a Caldwell.

—¿Qué cree usted que tiene Salvatore? —preguntó.

—Me parece que es disentería bacilar.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Porque he estado observándolo, y aun ahora no me siento seguro.

—De todas maneras, hay que hacer algo. Yo traigo sulfaguanidina, ¿Cree usted que le serviría, aunque no fuera disentería?

—Vamos a dársela. Si es disentería, lo curará, y si no es, no le hará mal.

Yasic bajó la carga que llevaba al hombro y buscó en ella; a poco tenía en la mano un pequeño pomo de metal, que destapó en el acto.

—¿Cómo hay que dársela? —preguntó.

Caldwell tomó el pomo, vio las pastillas y le entregó una a Yasic.

—Una cada cuatro horas —dijo.

Salvatore Barranco estaba a unos pasos, agarrado a un pequeño tronco, y se le veía un poco doblado, el color amarillo,

la frente baja y la boca abierta, desencajado por el sufrimiento. Detrás de Yasic y de Caldwell, a cierta distancia, Angustias miraba hacia el marido con ojos sombríos en cuyas negras luces había destellos duros.

—Salvatore —dijo Yasic acercándose al enfermo—, Caldwell dice que con esta medicina va a curarse usted inmediatamente.

Barranco respiraba con trabajo.

—¿Cree? —preguntó sin entusiasmo.

—Sí, señor Barranco, es un específico contra lo que usted tiene —explicó John.

—Ahora va a tomarse una pastilla y cada cuatro horas, de día y de noche, tomará otra —dijo Yasic.

El enfermo tomó la pastilla que le tendía Pedro y un sorbo de agua que le ofreció Caldwell, mientras la mujer seguía mirándole desde lejos; después, Salvatore levantó la cabeza y habló:

—Puedo andar todavía. Debemos avanzar lo más de prisa que podamos. Hay un bañado ahí delante y si no nos alejamos de él no hallaremos sitio donde dormir esta noche.

Pedro Yasic reconoció el valor de su socio, a quien evidentemente la enfermedad desmejoraba a ojos vistas. Él, Pedro Yasic, el hombre temeroso del fracaso, estaba preocupado.

—Mire, Angustias —dijo acercándose a la mujer, de manera que Barranco no pudiera oír lo que hablaba—, Salvatore no está bien. Hay que darle esta medicina —y le entregó el pomo de metal— cada cuatro horas. Le toca otra vez a las ocho.

La mujer le miró fijamente y no respondió palabra. Pedro vio que metía el pomo en uno de los paquetes que llevaba encima y volvió a colocarse al lado de Barranco.

—¿Y no le parece que sería mejor acampar ahora mismo? —preguntó al enfermo.

—Aquí no nos dejarían dormir los mosquitos. Tenemos que buscar un lugar más seco.

Pero para encontrar ese sitio más seco debieron bordear el bañado casi una hora, y a ese tiempo caían las sombras en la selva, a pesar de la luna, que salía temprano.

Salvatore Barranco había tomado la primera pastilla de sulfaguanidina a las cuatro de la tarde. A las siete y media, desde su hamaca, Yasic llamó a Angustias.

—Angustias, ya son las siete y media.

Como en esos siete días de vida común se habían acostumbrado al silencio de Angustias —cuya voz sólo conocía por los cortos y agudos gritos que daba cuando oía chillidos de monos o de pájaros—, no esperaba que ella le respondiera; sólo quería ponerla en guardia a fin de que Salvatore recibiera la medicina a tiempo. Cuando volvió a llamarla a las ocho, fue Salvatore quien respondió:

—Ya la he tomado.

Las luciérnagas cruzaban por entre los árboles y se oía el murmullo de la yunga que se marcaba allá y más allá en algún ruido seco, en golpes de alas y en graznidos de aves nocturnas. Pedro Yasic cavilaba. Si Salvatore seguía tan enfermo, él tendría que cargar con todo el oro, lo cual no era fácil dado que además del oro que llevaba —unos quince kilos— cargaba su hamaca, su mosquitero, municiones, algunos cubiertos y cuchillos, y comida, un machete, un jarro, medicinas. Pensó que tal vez podría conseguir que el joven Caldwell, llevara una parte del oro de Barranco sin que supiera de qué se trataba. Pero la idea le parecía fuera de lugar, aunque divertida. ¿Era posible decirle la verdad a Angustias y pedirle que llevara oro? No. Su propio marido no se atrevería.

Pero era el caso que había que avanzar lo más de prisa que se pudiera. Salvatore mismo lo había dicho:

—Todo lo que sucede en la selva se sabe fuera de ella a las veinticuatro horas. Es algo misterioso, pero es así. En poco tiempo habrá gente detrás de nosotros buscándonos vivos o muertos.

Pedro Yasic no podía dormir y el tiempo pasaba, como siempre, con su marcha segura. Pensó en charlar de hamaca a hamaca con el enfermo o con Caldwell, pero se dijo que era mejor mantener silencio para que Salvatore durmiera. Vio su reloj, de manecillas fosforescentes: apenas eran las nueve y diez minutos. Quería preguntarle a Salvatore cómo se sentía, sin embargo optó por callarse y esperar, y cuando calculó que había pasado un largo tiempo volvió a ver el reloj: todavía no eran las diez. Temeroso de que el reloj se hubiera parado se lo llevó a la oreja y después le dio cuerda. A partir de ese momento comenzó a hundirse en la niebla del sueño.

De pronto despertó y vio la hora; eran las doce y diez minutos.

—Angustias, Angustias —llamó.

Pero en vez de la voz de Angustias —que él no esperaba— le llegaron quejas del enfermo, gemidos de hombre que sufre físicamente.

—¿Qué le pasa, Salvatore? —preguntó.

—La cabeza; no puedo con la cabeza.

—Ya voy —dijo Yasic.

Encendió la linterna eléctrica, con la cual dormía siempre, alumbró hacia el suelo y se tiró de la hamaca; anduvo esculcando paquetes y a poco se dirigió a la hamaca de Salvatore.

—Tenga, tómese estas dos pastillas de aspirina. ¿Tiene agua?

El enfermo dijo que sí con la cabeza.

Angustias había despertado, pero seguía acostada, con los sombríos ojos abiertos.

—¿Le dio la pastillas? —preguntó Yasic.

—No —explicó Salvatore.

—Pues désela; y mire, guarde también este frasco. Son aspirinas. Cuando le duela la cabeza, déle dos.

Pedro Yasic durmió de un tirón hasta que le despertó John Caldwell. El joven estaba ante él, listo para la marcha.

—¿Ha mejorado Salvatore? —preguntó Yasic al abrir los ojos.

—No, pero mejorará tan pronto le suba el nivel de la sulfa en la sangre.

—¿Cuándo será eso?

—Seguramente hoy mismo.

Salvatore estaba sentado en su hamaca. Se veía demacrado; había enflaquecido de manera alarmante, cosa que hasta ese momento no había notado Yasic, y en los ojos le brillaba una luz que alarmó al chileno. Angustias se hallaba preparada para la marcha y miraba a su marido con una expresión indefinible.

“Los dos tienen miedo, él de morir y ella de perderlo”, pensó Yasic.

Pero a él le pareció absurda la idea de que Salvatore Barranco pudiera morir. Era verdad que el mal había transformado casi en horas su rostro bien hecho en una especie de máscara del sufrimiento. Pero Salvatore Barranco, su socio, su guía en la selva, no podía morir. La sulfaguanidina iba a curarlo, y para satisfacción suya, ese pomo de sulfaguanidina, el único que había en Tipuani, lo había traído él. “Hay que preverlo todo”, se dijo, satisfecho de sí mismo.

A medio día, cuando se detuvieron para comer, Salvatore era la sombra del Salvatore que había dejado su casa ocho días atrás. La necesidad de deponer era incontenible; tenía que hacerlo cada veinte minutos, cada quince minutos, y en ocasiones dos y tres veces seguidas, sin descanso. Donde lo hacía dejaba manchas de sangre que las hormigas cubrían de inmediato. Su voz era cada vez más débil y su mirada más brillante por momentos.

—Pedro —dijo llamando a su socio aparte—, no puedo seguir con toda la carga. Tiene que ayudarme; es demasiado para mí.

Yasic se alarmó y llamó a Caldwell, pero no le habló delante de Salvatore.

—Me preocupa Salvatore —dijo—. No lo veo mejorar, sino al contrario.

—Mejorará. Creo que lo que ha sucedido es que la infección se presentó en la forma aguda. Pero con la sulfaguanidina debe mejorar. Vamos a darle dos pastillas cada cuatro horas en vez de una.

—La próxima le toca a las cuatro.

—Pues vamos a empezar desde las cuatro. Dígale a Angustias que le dé dos.

El grupo apenas había avanzado tres kilómetros, y estaba caminando desde la salida del sol. Salvatore tenía que detenerse a menudo a deponer, y cada deposición le costaba grandes esfuerzos a juzgar por los quejidos. Durante casi todo el trayecto Pedro y Caldwell tuvieron que atenderlo y ayudarlo. Angustias seguía a los hombres como si lo que sucedía no tuviera que ver con ella.

Desde las tres comenzó Yasic a consultar su reloj. Le parecía que la hora de dar la medicina a su socio se retardaba más de la cuenta. Si seguían con él enfermo, todo su trabajo y todo su cuidado y el secreto del tío y los riesgos de la selva se perderían como humo en el viento.

A eso de las tres y media Salvatore dijo, mientras señalaba vagamente hacia la derecha:

—En esa dirección hay un tambo que debe hallarse a una hora de aquí. Tal vez no haya nadie. Podríamos dormir en él. ¿Por qué no va, Caldwell?

Le costaba trabajo hablar; la voz le salía cascada, y aunque seguramente pensaba en su necesidad de dormir bajo techo

para sentirse mejor, todavía tenía fuerzas para hacer su papel de guía.

—¿Puede ir, Caldwell? —preguntó Yasic—. Nosotros le seguiremos.

Caldwell tomó el rumbo indicado por Barranco, y probablemente no había caminado quinientos metros cuando Yasic se dirigió a Angustias.

—Ya es la hora de la sulfaguanidina, pero déle dos pastillas.

La mujer le miró con fijeza, después le dio la espalda, se dobló sobre uno de los paquetes y sin poner los ojos ni en Yasic ni en el enfermo le tendió a éste dos pastillas. Pero sucedió que a Salvatore le temblaban las manos y una de las pastillas cayó al suelo. Yasic se inclinó para recogerla, y al recogerla la miró, y al mirarla levantó la frente y dijo:

—Esto no es sulfaguanidina; esto es aspirina.

—No importa; démelas, que me duele la cabeza —dijo Salvatore.

Angustias miraba fijamente a Yasic, y éste le vio el miedo en las pupilas; el miedo y otra cosa que ni él ni nadie podía definir fácilmente. Salvatore había dicho:

—Un momento, por favor.

Y se había apartado a deponer de nuevo; y mientras él se quejaba a veinte metros, Yasic recordaba la voz de John Caldwell: "... tan pronto le suba el nivel de la sulfa en la sangre... hoy mismo... con la sulfaguanidina debe mejorar." ¿Por qué no mejoraba Salvatore, su socio, el hombre que debía sacarle de la selva?

La mujer seguía mirándole fijamente; y entonces Pedro Yasic avanzó, se le acercó, la tomó por una muñeca y preguntó con voz sorda, que parecía un vaho de fiera:

—¿Dónde está la sulfaguanidina que le di; dónde la tiene; qué hizo con ella?



La mujer no respondía y le miraba, le miraba con odio y con miedo; eso es, con odio y con miedo.

—¿Por qué ha estado dándole a su marido aspirina en vez de las otras pastillas? ¿Qué hizo con ellas? ¡Dígame qué hizo con ellas!

Angustias quería zafarse de la garra que le aprisionaba; quería y no podía. Sí, sentía miedo, miedo, miedo. Y de pronto habló; ella, que no hablaba, habló.

—¡Las tiré! ¡Las tiré anoche en la selva porque quiero que ese malvado muera! ¡Me arrancó del sitio donde está la tumba de mi hijo y sólo puede pagarlo con la vida!

## XIII

Sentados en el salón recibidor de la casa de míster Forbes, éste, el capitán Ramírez y el señor Céspedes, nuevo subgerente del Banco Minero de Tipuani, se preparaban a charlar. El señor Céspedes iba a la casa de míster Forbes por vez primera. Quería conocer la región adonde había sido destinado, y el capitán Ramírez le servía de introductor. Céspedes era un hombre grueso y bajito, más grueso y más bajo que el viejo Forbes; tenía brazos y manos cortos y ojos bondadosos. Parecía un fraile de otra época vestido de seglar.

Míster Forbes no quiso esperar que sus visitantes plantearan el tema de la fuga. Servía su celebrada mezcla cuando dijo:

—Bueno, se les fueron Yasic y Barranco. ¿Cómo fue eso, capitán Ramírez?

Delgado, también de poca estatura, pero muy erguido, de piel cetrina y pelo muy negro, el capitán Ramírez, que usaba lentes montados al aire y tenía un pequeño bigote que acentuaba su distinción natural, hablaba con notable seguridad para sus años.

—Fácil, míster Forbes. Pudieron irse porque nadie dudaba del italiano. Al cabo de años de estar yendo cada dos o tres semanas a Tipuani sin dar señales de que le interesaba el oro, su balsa podía ir y venir sin despertar sospechas. En realidad, yo creo que Yasic le indujo a hacer lo que hizo.

—Es probable —admitió el viejo botánico—. Salvatore estaba desesperado y el chileno halló terreno abonado. Se conocieron en este mismo salón.

—¿Sí? —preguntó con interés el capitán.

—Hace más o menos un mes, tal vez cinco semanas.

—He oído en el Banco opiniones de que no podrán cruzar la selva —comentó el señor Céspedes.

En ese punto el viejo Forbes no se atrevía a ser tan categórico.

—No puedo decir que conozca a Yasic. Estuvo aquí sólo de un día para otro, pero no es difícil darse cuenta de que es un hombre decidido y muy astuto. Me parece que Yasic es más capaz y tiene más carácter de lo que aparenta.

—¿Y Barranco? —preguntó Ramírez.

—Conocí mucho a Barranco. Es un hombre apasionado y voluble en sus juicios y creo que se ha ido con Yasic por dos razones: le falta un plan, un propósito que guíe su vida, y estaba viviendo muy a disgusto en la selva.

—Oí decir que su mujer estaba afectada por la muerte de un hijo. ¿Sabe usted algo de eso, míster Forbes? —preguntó el capitán.

—Muy poco; sólo lo que el propio Barranco me contó.

A seguidas, en forma demasiado suscita porque tenía la tendencia a no dar detalles cuando contaba una historia de ésas, el viejo Forbes relató la tragedia del *Quanza*. Al terminar sirvió otro trago al señor Céspedes, y al agarrar el vaso, Céspedes preguntó:

—¿Pero cree usted que podrán cruzar la selva?

—Ya dije que Yasic me parece decidido y astuto; en cuanto a Barranco, conoce la yunga y tiene gran fortaleza física. Es posible que salgan adelante con su plan.

El capitán Ramírez sabía distinguir su función de policía de su conducta de caballero. A Forbes le gustaba ese joven tan correcto, siempre dueño de sí, que hablaba como si estuviera

leyendo un libro, y no decía una palabra de más ni interrumpía a su interlocutor. No había el menor asomo de interrogatorio policial en las preguntas de Ramírez, sino interés de saber la verdad.

—¿Conoció usted a alguna otra persona blanca conectada con el italiano, míster Forbes? Los indios que andaban con Yasic aseguran que había otro hombre en la casa de Salvatore Barranco y que se fue con ellos.

—Oí esa historia en Tipuani y oí decir que los lecos de Barranco hablaban de un joven caraiba que estaba en la selva, por el Mapiri, creo.

—Sí, ellos dicen que es John Caldwell. ¿Conoció usted a John Caldwell, míster Forbes?

—Personalmente no, pero tuve noticias tuyas. Por lo que me contaron, debe ser un joven misionero.

—Así es, y precisamente debido a su condición de misionero pongo en duda que sea cómplice de Yasic y de Barranco en esa aventura.

—Tal vez tenga usted razón y tal vez no la tenga. El oro es un mal consejero, capitán Ramírez. Yo les digo a todos: “Busquen la paz del alma y no el oro, busquen la belleza y no el poder.” A Yasic y a Salvatore les hablé en esos términos cuando estuvieron aquí. Pero las palabras sirven de poco cuando el corazón está envenenado. No entiendo ese afán de oro que tiene todo el mundo aquí.

—Yo sí lo entiendo; es que la gente necesita seguridad para el porvenir, y el oro les ofrece esa seguridad —dijo el señor Céspedes.

—¿Y qué es el porvenir? ¿Quién sabe lo que ha de ocurrir mañana? ¿No es actuar bien la mejor fórmula para tener la vida asegurada?

El capitán Ramírez quiso explicar por qué el viejo Forbes hablaba en esa forma.

—Míster Forbes cree que el hombre lleva su destino consigo, y que por tanto hay que educar a cada hombre para que proceda correctamente. Para él, la sociedad debe despojar al ser humano de la ambición de poder y de oro, pero debe hacerlo mediante la educación. Conozco sus ideas porque las hemos discutido otras veces.

El viejo Forbes se excitaba cuando se trataba de ese punto. Dijo:

—Sí, así es. El destino de cada uno está en la educación que se le haya dado. Para que su conducta sea buena, el hombre tiene que ser mejor educado.

El señor Céspedes sonrió. Él no tenía interés en terciar en esa discusión porque para él había sólo una causa de males sociales; la influencia de la Iglesia en el Estado. El que habló fue Ramírez.

—Es curioso que míster Forbes, siendo inglés, sea individualista, y que yo, siendo latinoamericano, no lo sea. Se supone que nosotros, por nuestra cultura de origen español, seamos más individualistas que los sajones de Inglaterra.

Míster Forbes llenaba su pipa mientras Ramírez hablaba, y ya iba a llevársela a la boca cuando dijo:

—¡Un momento! Yo soy escocés, no inglés. Por favor, no quiero confusiones con esos demonios de ingleses.

Otra vez sonrió el señor Céspedes. Era cómica la protesta del viejo Forbes.

—Yo tampoco quiero confusiones con eso de la cultura española —dijo. Nosotros somos más indios que españoles.

Si había algo de indio en el señor Céspedes, era muy poco. El capitán Ramírez debía tener más, a juzgar por el tipo de cabello, la forma de los ojos y el color de la piel. Sin embargo, fue Ramírez quien aclaró.

—Racialmente sí, pero culturalmente somos españoles.

—No lo creo —negó Céspedes—, hay una alta proporción de la cultura indígena en nuestro acervo. Pero admito que seamos mestizos.

—Usted está pensando como boliviano, señor Céspedes, y yo hablo como latinoamericano. Como latinoamericanos, nosotros deberíamos ser más individualistas, y como inglés —o como escocés—, míster Forbes debería serlo menos. Ese es mi punto de vista.

—No me hable de eso, capitán. Yo soy conservador de toda la vida. Los laboristas dicen que son socialistas y por poco acaban con la Gran Bretaña. Me hubiera gustado ver cómo hubiéramos quedado nosotros si Attlee hubiera dirigido la guerra. Y en cuanto a eso de sajones y españoles, permítame decirle que nosotros, los pueblos sajones, somos más individualistas que ustedes, pero ustedes juzgan ideas y no hechos. Lo que sucede es que para disfrutar mejor el individualismo nosotros cedemos a la sociedad una porción mayor de nuestros derechos y ustedes se niegan a ceder unos pocos. Ustedes tienen en la realidad menos derechos individuales que nosotros, y sin embargo, se llaman individualistas.

—Así es, míster Forbes —aceptó Ramírez—, pero yo no hablo de hechos, sino de teorías, de los conceptos básicos. Aquí en Bolivia hay quienes quieren acabar con el individualismo antisocial de los privilegiados. Yo estoy entre los que creen que toda persona debe abdicar una parte de sus derechos, como acaba de decir usted, para beneficio de los demás.

—Capitán, eso no es una teoría sino un principio de todas las sociedades originado en la necesidad de vivir juntos.

—¡Bravo! Me admira el español de míster Forbes —dijo Céspedes.

El capitán Ramírez sonrió con benevolencia, lo cual, dada su juventud, le comunicaba encanto a su rostro.

—Por favor —reclamó Forbes—, no desviemos el tema. No es fácil hablar en la selva de estas cosas. ¿Qué piensa usted de lo que hablamos, señor Céspedes? ¿Le interesa a usted?

—Más de lo que usted puede imaginarse, míster Forbes.

—Dígame cuáles son sus ideas. Ya sabemos lo que piensa Ramírez; yo soy conservador, ¿y usted, qué es usted?

—Liberal, míster Forbes, liberal y librepensador. ¿Es usted religioso?

—Sí, claro, a mi modo. La Biblia es mi libro de cabecera, aunque confieso que no la leo a menudo como quisiera y debiera. Pero creo en Dios según los preceptos de la Iglesia Anglicana, que es la mía.

El viejo Forbes volvió a servirse de su mezcla, sobre la cual no había hablado todavía a pesar de que se sentía tan orgulloso de ella como de sus orquídeas. Y por cierto, tampoco había hablado de las orquídeas; pero ya habría tiempo para ello.

Alexander Forbes se sentía a gusto con esos visitantes. El capitán Ramírez tenía inteligencia, reposo mental y una manera muy cortés de exponer sus ideas; el señor Céspedes también era agradable; un librepensador, claro, pero seguramente, funcionario de Banco como era, debía tener ideas claras sobre materia económica. “Ideas claras” quería decir ideas sensatas, de liberal manchesteriano.

Pero resultaba que no era así, porque tan pronto comenzó a hablarse de la nacionalización de las minas de estaño y de otras medidas que estaba tomando el gobierno boliviano, Céspedes saltó en su defensa.

—¿Pero no dijo usted que es liberal —preguntó, asombrado, el viejo Forbes—. ¿Cómo defiende ahora medidas socialistas?

—Por la misma razón que usted, conservador, debe ser liberal en economía. ¿O no es usted partidario de que cada uno maneje sus negocios según su conveniencia —dijo el capitán Ramírez.

Demonios... Eso parecía ser así. Alexander Forbes no había pensado nunca en ello, pero bien podía suceder que los hombres —la mayoría de los hombres— tuvieran conceptos diferentes, al mismo tiempo, sobre las materias más diversas, y que no se dieran cuenta de ello.

—Es muy interesante su observación, capitán —dijo—. Pero volviendo al tema, creo que hay que educar al hombre para que respete las leyes. Sin leyes no hay sociedad humana, y las leyes sólo tienen valor si cada persona las acepta y las respeta y las hace respetar.

—¿Está usted pensando en Yasic y en Barranco al decir eso, míster Forbes? —preguntó Ramírez.

—En Yasic y en todo el mundo. Pero me gustaría que respondieran a esta pregunta: ¿Van a quedarse a comer conmigo? No creo que estén pensando regresar a Tipuani sin hacerme el honor de aceptar mi mesa.

El señor Céspedes se puso de pie y se estiró un poco apoyando su mano izquierda en los riñones.

—Claro que la aceptamos —aseguró—, y por mi parte desde ahora lo comprometo a aceptar la mía cuando vaya a Tipuani.

—¡Ja ja! El señor Céspedes cree que estamos viviendo en una ciudad y que aquí hay obligaciones sociales —comentó el viejo Forbes sonriendo.

—No, obligaciones no; placer en recibirlo, sí.

—Bueno, señor Céspedes, bueno; le acepto la invitación desde ahora.

El capitán Ramírez seguía sentado, correctamente sentado, discreto como siempre.

—Perdone un momento —dijo Forbes encaminándose al balcón que daba al patio.

El capitán Ramírez y Céspedes le oyeron dando voces, llamando a sus lecos; a poco, el ruido de sus pasos indicaba que bajaba las escaleras. Ellos dos se asomaron al balcón que daba



al río. Por entre el follaje se veía a trechos el agua que se deslizaba allá abajo.

—Tenemos una hermosa naturaleza —dijo Céspedes—, que va de las cumbres nevadas de los Andes a las llanuras selváticas de la Amazonia.

—Sí —aceptó Ramírez—, y además de hermosa, es rica; por lo menos, fue rica. Con la plata que se sacó en Potosí pudo hacerse un puente de América a España; con el estaño y otros metales que sacaron Patiño y Aramayo, seríamos un país de millonarios. Ya ve, aquí en la selva dos hombres se van con cuarenta o cincuenta kilos de oro recogidos en un momento, como quien dice.

—Es simbólico —dijo Céspedes—. Igual que los conquistadores, Patiño y Aramayo, esos hombres se llevaron el oro y los indios que trabajaron se quedaron con hambre.

—Sí, efectivamente; no había advertido la semejanza. Ha sido el mismo caso en pequeño, lo cual demuestra que los hombres han cambiado muy poco en cuatrocientos cincuenta años.

—Los hombres no; yo diría que las instituciones, porque nosotros no éramos así antes de la Conquista.

Eso tocó a Ramírez en su parte sensible de soñador, pues en su alma había una fuerte tintura de romanticismo tal como lo había expresado, por ejemplo, Chateaubriand. Tenía nostalgia de una vida que sólo conocía a través de libros: el imperio de los Incas, el vasto Tahuantisuyu, con su organización social establecida sobre la justicia y la bondad; un imperio enorme en que “no había un ladrón ni hombre vicioso, ni holgazán, ni mujer adúltera ni mala, ni se permitía entre ellos, ni gente mala vivía en lo moral, y... los hombres tenían ocupaciones honestas y provechosas”, según había asegurado en su testamento un soldado conquistador que había muerto en el Cuzco en 1589.

La brisa rizaba el agua del río, mecía los árboles, refrescaba el aire.

—Este señor Forbes tiene mucho tiempo viviendo aquí, ¿no? —preguntó Céspedes.

—Varios años.

—Supongo que no volverá a Inglaterra.

—¿A qué? Se siente en la selva como pez en el agua. Es un hombre feliz porque tiene lo que desea: la paz, la belleza, el afecto de todos los que le tratan. Además, trabaja en lo que le gusta.

Volvió el silencio a imponer sus fueros; o mejor que el silencio, la voz de la selva, tan múltiple, tan llena de matices, susurrante, expresiva, rica. Céspedes y Ramírez la oían sin darse cuenta; la percibían en el murmullo del río que golpeaba con sus dedos de agua las piedras de la orilla, en el canto de algún pajarillo y en el tremolar de las hojas al paso de la brisa.

De la tranquilidad en que se hallaban les sacó la voz del viejo Forbes:

—Ya he dado las órdenes del caso y en una hora y media más estaremos comiendo como reyes.

Los visitantes se encaminaron al salón y volvieron a usar los asientos que habían ocupado antes. El dueño de la casa llenaba los vasos con su bebida favorita. Cuando vio sentarse a sus huéspedes dijo:

—Es curioso que en esos mismos sillones se hallaban hace unas cinco semanas Pedro Yasic y Salvatore Barranco. Ahora están cruzando la selva cargados de oro. ¿Se sabe cuánto se llevaron?

—En dólares, al cambio libre de La Paz, quizá más de cincuenta mil —dijo el capitán Ramírez.

—Que en bolivianos, al mismo cambio libre, son más de sesenta millones —aclaró el señor Céspedes.

—Demasiado dinero —fue el comentario del viejo Forbes.

—Pero no lo disfrutarán —explicó el capitán—. Todos los puestos de la selva y los fronterizos están avisados.

—La frontera es una idea, no un hecho —observó Forbes.

—En cierto sentido sí, pero no olvide que a pesar de sus enormes proporciones la selva es muy pequeña para el hombre blanco. Necesariamente tiene que acudir a los contados puntos donde puede curarse si enferma o donde puede hallar gente si requiere alguna ayuda.

Forbes repitió:

—Demasiado dinero.

Céspedes preguntó:

—¿Y qué pasa si se pierden en la selva?

—Si se pierden —explicó Ramírez— caerán en nuestras manos, porque el que pierde el rumbo en la selva se dirige inconscientemente hacia el lado del corazón y acaba trazando un círculo que al final lo conduce al punto de donde salió.

Céspedes abrió los ojos de asombro.

—¿Cómo, un círculo? ¡Qué curioso!

—En la selva suceden cosas muy curiosas, amigo —dijo Forbes mirándole con seriedad—. Tal como ha dicho el capitán Ramírez, si Yasic y Barranco se pierden volverán al punto de partida. Pero no creo que se pierdan. Barranco conoce la selva.

—Y si no se pierden, y salen al Brasil o a Iquitos, serán ricos. Con tanto oro podrán vivir en paz.

Alexander Forbes se quedó mirando a Céspedes como si le hubiera oído una blasfemia.

—¿Paz ha dicho usted? No, amigo, con tanto oro no podrá haber paz entre Barranco y Yasic. Donde hay oro no hay paz.

El capitán Ramírez tomó su vaso y bebió un sorbo.

—Así es, míster Forbes. Donde hay tanto oro no puede haber paz.

## XIV

El grupo había acampado a la orilla de un río que en opinión de John Caldwell debía ser afluente del Heath. Había allí una pequeña playa en forma de herradura, e inmediatamente, a partir de la playa, el terreno ascendía en ribazo; de manera que Pedro Yasic, situado en un extremo de la curva de la playa, no podía ver a Caldwell y Angustias, que se hallaban en el otro. La distancia entre Yasic y la pareja no era grande, apenas unos cuarenta metros; pero el ruido del agua, que corría en declive, no le hubiera dejado oír palabra alguna en caso de que la mujer y el joven hablaran, cosa, por lo demás, que él no esperaba, dado que en todo el viaje Angustias había hablado sólo una vez, y por cierto palabras que Yasic jamás olvidaría.

No debía ser más tarde de las siete y media y la luna iluminaba la selva. La claridad lunar transformaba los colores de las piedras que abundaban en la playa; el gris pasaba a ser azul y los tonos más oscuros pasaban a ser de un morado intenso. Un poco más allá del pedregal, donde comenzaba la maleza, y en la orilla opuesta, donde la masa de árboles lo cubría todo, la luz plateaba el verde de las hojas dándoles brillo y manchaba de negro cerrado las ramas y los troncos. Todos los sonidos nocturnos de la yunga quedaban ahogados con el canto del agua.

John Caldwell había arreglado con sus propias manos una especie de lecho para Angustias. Allí no había árboles para

colgar hamacas, de manera que tenían que dormir en el suelo. El joven había retirado cuantas piedras pudo, igualó el suelo con el machete, extendió la hamaca de la mujer doblándola en dos a fin de hacer el lecho lo más suave posible, elevó estacas para colgar el mosquitero y con su propia mochila le hizo una almohada a la mujer; después, a dos metros de distancia, acomodó un sitio para él, y entre los dos lechos puso la carga que llevaba y sobre ella el fusil de Salvatore con una bala en la recámara, porque podía verse en necesidad de usar el arma a media noche. John Caldwell no olvidaba su espanto cuando despertó con un jaguar metido en su choza.

La marcha había sido dura para el joven misionero. Parte de los efectos de Barranco habían pasado a sus espaldas, y entre ellos una bolsa llena de pieles de nutría que Yasic le había entregado diciéndole que ahí iban todas las economías de Salvatore.

—Ahora le corresponden a su mujer, y debemos cuidarlas para que ella tenga de qué vivir —le había dicho Yasic.

John Caldwell creyó que eso era justo y consideró que Yasic estaba procediendo como persona honrada y como buen amigo de Barranco. Sí, debió ser buen amigo, y por eso estuvo horas sin hablar mientras el italiano agonizaba en su hamaca; sin hablar ni siquiera con la mujer, que guardaba un silencio hosco y que no lloró —sin duda a causa del dolor, pensó Caldwell— ni aun cuando sepultaban al muerto en un hoyo de escasa profundidad que hicieron él y Yasic con gran trabajo, usando sólo un machete.

Después de la muerte de Barranco, John Caldwell comenzó a sentir que había una atmósfera tensa alrededor de él. Dos veces sorprendió en los ojos de Angustias un relámpago de odio al mirar hacia donde se hallaba Yasic. Por alguna razón, pensaba el joven, la mujer creía que Yasic era el responsable de la muerte de su marido.

¿Qué podía haber de cierto en eso? No sabía y no se atrevía a preguntárselo a Angustias. Se le había enseñado desde niño, y a él le parecía que eso era lo más propio, que sólo debía meterse en los problemas ajenos cuando los interesados le pidieran ayuda.

Ni Yasic ni Angustias pedían ayuda. Yasic no hablaba; se mantenía encerrado en sí mismo. En la marcha, el chileno se adelantaba a ellos o se quedaba rezagado, preferiblemente rezagado. John creyó adivinar en algunas ocasiones que Pedro Yasic desconfiaba. ¿Pero de quién? No podía saberlo. Hasta para comer, Yasic prefería hacerlo aparte, y preparaba él mismo su comida. Esto sucedía después de la muerte de Barranco; ¿y por qué no antes?, se preguntaba Caldwell.

De vez en cuando el chileno se dirigía al joven misionero; le hacía preguntas acerca del camino a seguir o sobre el nombre de un río o de un animal. Sin duda le interesaba saber cómo podía salir al Madre de Dios, pues en dos oportunidades le preguntó a qué distancia estaba ese río y en qué rumbo. Pero en todos los casos, para hacerle esas preguntas, Yasic esperaba que John estuviera separado de Angustias.

¿Qué pasaba entre el chileno y la viuda de Barranco?

Había un hecho —y Caldwell juzgaba según los hechos—: Pedro Yasic le había entregado las economías de Salvatore y le había dicho que debía cuidarlas porque eran la única fortuna de Angustias.

El joven misionero se confundía y de su confusión salía una imagen ideal de Pedro Yasic. En su opinión se trataba de un hombre de carácter, capaz de sentir el dolor que le causó la muerte del amigo y de preservar el recuerdo de Salvatore aun en un pequeño grupo de tres personas que cruzaban la selva amazónica. Su estampa parecía adecuada a ese carácter. Miraba con fijeza, resistía bien las inclemencias de la yunga; estaba moralmente preparado para recibir con

naturalidad las sorpresas de la selva. En fin, John Caldwell hallaba que Pedro Yasic era persona respetable.

En cuanto a Angustias, Caldwell creía que había recibido un golpe grave con la muerte del marido. Sus nervios habían quedado desquiciados, a punto de estallar, y por eso mismo necesitaba cuidado. El estaba dispuesto a cuidarla con el mismo interés con que ella le cuidó cuando él llegó enfermo a su casa, y para atenderla había resuelto no seguir en busca de la tribu abandonada. Su deber ahora era cuidar de Angustias, por lo menos mientras no llegaran a algún lugar donde alguien se hiciera cargo de ella con más medio para mejorarla de los que podía él ofrecerle en la selva.

Cuál era el lugar donde podía quedarse Angustias algún tiempo, mientras mejoraba, era algo que John Caldwell no podía saber; pues la región por donde cruzaban le era desconocida y sólo por instinto pensaba que se hallaban en territorio de San Carlos o de Astillero. Pensaba que puesto que Salvatore había hablado en vida del Madre de Dios y Pedro Yasic se había referido a ese río, el destino final del grupo, cuando salió de la casa de Barranco, debía ser Riberalta, en la confluencia del Madre de Dios y del Beni. De todas maneras, a Riberalta, a Astillero o a Cobija —a alguna población boliviana, en suma— irían a salir, entre otras razones porque tenían que dar cuenta oficial de la muerte de Salvatore Barranco; y al llegar a la población que fuera, Caldwell buscaría un médico para que se hiciera cargo de Angustias.

Durante el día la situación mejoraba algo, a juicio de John. Por lo menos Angustias actuaba, aunque fuera en forma inconsciente; se movía con su carga a la espalda, y ese ejercicio físico le hacía bien, puesto que en alguna medida la ayudaba a descargar su tensión. Pero cuando llegaba la noche la situación era distinta y entonces se manifestaba el profundo quebranto que la aquejaba. Comenzaba porque apenas dormía.

Se echaba en su hamaca y no pegaba los ojos; se mantenía con ellos abiertos horas y horas; y si se dormía, tan pronto caía en el sueño despertaba profiriendo gritos espantosos o empezaba a quejarse con desesperante monotonía. En ningún caso oyó a Pedro Yasic preguntar por la causa de esos gritos o de esas quejas ni lo vio inquieto por la salud de Angustias.

En cambio, él corría a atenderla. Cuando sabía que no estaba dormida le ofrecía aspirina con la esperanza de que la ayudaría a librarse de la tensión, o le hablaba en voz baja y cuidadosa de manera que le proporcionara consuelo. Como no era católico y sabía que ella sí lo era, y como con frecuencia le mencionaba la religión como un refugio de paz, tenía presente mencionar sólo a Dios en los monólogos con que trataba de calmarla. A veces Angustias parecía desesperarse más cuando él mencionaba a Dios; a veces parecía calmarse.

A John le sorprendía que Angustias no llorara. Si hubiera llorado se habría aliviado. En ningún momento la había visto llorar y ni siquiera le vio los ojos humedecidos por lágrimas. A su juicio, eso denotaba que se hallaba cerca de la locura. Ahora bien, en los ojos mostraba su desesperación. Esos ojos tenían la luz metálica de la demencia; parecían cada vez más incapaces de fijarse con inteligencia en alguna cosa. A veces John creía sorprender en ellos un relumbre homicida, como si de pronto su dueña reconociera la realidad y en vez de someterse a ella se dispusiera a destruirla.

Cuando Angustias despertaba en medio de la noche profiriendo gritos y se ponía de pie amenazando huir por la selva, John Caldwell, levantado de un salto, la sujetaba fuertemente por las muñecas y le hablaba con autoridad y a veces hasta con despotismo. Sólo así podía dominarla.

Pedro Yasic no intervenía. Dormía siempre alejado, pero nunca tanto que no oyera los gritos de la mujer. Un grito en la selva a media noche es algo que aterra; a veces despierta a



los animales del bosque y se oye a seguidas un estruendo de chillidos. Puede ser que quien ha dado el grito esté siendo atacado por una fiera o se encuentre apresado en el cuerpo viscoso de una anaconda. Lo lógico es que los que se hallen cerca corran a ver qué sucede. Pero Pedro Yasic no acudía; es más, ni siquiera preguntaba sus causas. ¿A qué se debía esa actitud de Yasic? ¿Era tan grande su propio dolor por la muerte del amigo que consideraba inútil tratar de aliviarlo en la mujer, que debía sentirlo más que él?

John Caldwell era sufrido. No tomaba en cuenta los sacrificios que le imponía la vida de la selva. Los había escogido por su propia determinación. Si quería servir a los demás debía hacerlo en medio de dificultades, no rodeado de bienestar. Aunque había nacido en la Argentina tenía el alma de un norteamericano y se consideraba ciudadano de la patria de sus padres. Hablaba español, pero sentía en inglés. De haber sido latinoamericano, esa inclinación al servicio de los demás le hubiera llevado a amar el sufrimiento; habría sentido el placer de sacrificarse por servir a los desvalidos. El no sentía tal placer. Se hallaba tranquilo, confiado en que cumplía su deber.

Era fuerte. Tenía casi seis pies de estatura y desde niño había ejercitado sus músculos. Jugó pelota con sus compañeros de Sharon y fútbol con sus amiguitos de Córdoba, y además, hacía metódicamente su gimnasia tan pronto se levantaba, lo mismo en la ciudad que en la selva. Pero también era fuerte en otro aspecto: tenía verdadera indiferencia por todo lo que fuera comodidades o consumo de energía emocional; podía dormir poco, caminar sin cansarse, trabajar horas y horas sin notarlo, y hacer frente a los problemas de los demás sin perder la paciencia.

Era joven. Estaba a punto de cumplir los veintidós años, y si en muchos sentidos se comportaba como un hombre maduro, en otros ni siquiera había entrado en la pubertad.

Disfrutaba una inocencia absolutamente natural, que no había sido enturbiada por ningún impulso. Los impulsos que él conocía se reducían al deseo de conocimientos, la necesidad de ser útil a otros, la de ser un miembro activo del conjunto familiar y del conjunto social.

Así era John Caldwell hasta la noche en que bajo la luz de la luna, se hallaba en la orilla de un río que a su juicio debía ser afluente del Heath, selva adentro, a dos metros de distancia de la viuda de Salvatore Barranco. Había dejado a Angustias bajo el mosquitero, que él mismo había plegado cuidadosamente y había pisado con piedras para evitar la entrada de insectos o de algún reptil peligroso, y se había echado bocarriba, no a pensar sino a descansar, y un poco a mirar el alto cielo del Trópico, que en toda su extensión aparecía estrellado y claro.

Debió dormirse, porque el grito de la mujer le sorprendió como si nunca la hubiera oído gritar. Era un grito más angustioso que los anteriores. John Caldwell saltó, todavía entre sueños, y levantó el mosquitero que cubría a Angustias. La mujer parecía ahogarse; miraba hacia el vacío con esos ojos que tanto impresionaban al joven, y seguía gritando. John se vio en el caso de usar fuerza para dominarla. Pero tuvo que luchar más que otras veces. Ella se rebelaba y pretendía morderle las manos. En la lucha, de pronto, los muslos de Angustias quedaron al desnudo. John Caldwell los vio. A la luz de la luna fungían como marfil. La mujer se dio cuenta de lo que pasaba y de golpe su mirada cambió; se hizo amarga e intensa, de inconsciente pasó a consciente y se cargó a la vez de susto y de odio. Como por encanto, la rebeldía de Angustias se disipó. John se puso de pie y se quedó un rato ante ella, vigilándola.

Cuando se sintió más tranquilo —pues el corazón le había golpeado aceleradamente y una especie de calor vivo le

quemó la piel de la cara— John se fue a su lugar. Deseaba dormir, sin embargo no podía hacerlo. Trataba de pensar en sus cosas; en los cuadernos de notas que no había vuelto a usar desde que enfermó de paludismo, en la biblia encuadrada en piel que le había obsequiado su padre, en Mercedes y en la postal que le envió desde Buenos Aires. Pero no lograba hacerlo. La voluntad le ordenaba pensar en esas cosas y sucedió que algo se las desdibujaba en la mente. Había cierta similitud entre lo que le estaba pasando y los escalofríos palúdicos: le dominaba, podía más que él.

En cambio lo que aparecía sin cesar en su mente eran los muslos de Angustias. Se daba cuenta de que estaba padeciendo sequedad en la boca y cierta tirantez que obedecía a una fuerza ciega, arrolladora, contra la cual quería luchar pero a la cual quería también abandonarse.

Nunca pudo presumir una situación como ésa; nunca sospechó que la fuerza del instinto podría arrastrar a un ser humano como una corriente de agua arrastra un bagazo. Él se hallaba indefenso ante esa fuerza desconocida, cuyo origen estaba en alguna parte de su propio ser. Jamás le habían dicho cómo debía combatirla, en qué consistía, por qué se desataba. Había oído decir a sus padres, por cierto varias veces, que el hombre y el animal se diferenciaban en que el primero podía dominar sus instintos y el segundo no. De manera muy oscura había entrevisto algunas veces que había algo indefinible, pero monstruoso, en las alusiones de ciertos adolescentes, pero de manera sistemática había rehuido las conversaciones con compañeros de escuela que hablaban de cosas que le aterraban por su formidable significado.

De golpe, ahí estaba él, John Caldwell, con su poderoso cuerpo de veintidós años, cogido en medio de la selva por los impulsos de la vida. No podía pensar, no podía usar su entendimiento, no le valían de nada ni sus principios ni sus

conocimientos. Luchó con todas las potencias que halló en la educación que había recibido, pero resultaba que precisamente en esa educación estaban sus puntos débiles; le había proporcionado madurez en muchas cosas y en otras le había conservado la ignorancia de los recién nacidos.

Sin embargo, John Caldwell logró dominar su primera turbación y se durmió. Mas he aquí que de pronto despertó. No podía luchar más. Se sentó en el lecho y miró hacia el de Angustias. A la luz de la luna podía distinguir su figura bajo el mosquitero. Súbitamente, la mujer se sentó también y levantó el mosquitero. El joven Caldwell se asustó. No sabía qué iba a hacer, pero se levantó. La mujer dio un manotazo al mosquitero, avanzó un brazo, y sin que John pudiera evitarlo tomó el fusil de su marido.

—¡Angustias! ¿Está usted loca? —preguntó Caldwell desconcertado.

—¡No se acerque, no se me acerque, cochino! —gritaba la mujer.

La situación era crítica, y John Caldwell actuó en ese momento sin ningún dominio de sí, entre otras razones porque nunca esperó verse amenazado por la enferma. Creyó que lo mejor era pedir ayuda, y llamó a Pedro.

—¡Yasic! —gritó.

A seguidas se lanzó sobre Angustias con ánimo de quitarle el arma. Pero la mujer, de rodillas en su lecho, haló el gatillo.

En el momento en que Pedro Yasic se aprestaba a acudir en auxilio de John Caldwell, oyó el disparo, que despertó los ecos de la selva y originó chillidos de monos y de aves. Cuando corrió halló a la víctima con los movimientos convulsos de un cuerpo joven que ha sido herido en el centro de la vida. El tiro le había destrozado la cabeza.



## XV

En su tercer día de trabajo, el baquiano del sargento Juan Arze dio con una pista en la ribera izquierda del Mapiri, a mucha distancia del Heath. John Caldwell, pues, había muerto equivocado.

La pista hallada era muy leve, de gente que se había detenido tal vez a descansar, pero no a comer; sin embargo, a pesar de su levedad el rastreador pudo seguirla hasta más allá de dos arroyos que cruzaron los prófugos sin hacer alto. Del lado allá del segundo arroyo aparecieron señales de una hoguera y de dos sitios donde habían pernoctado por lo menos tres personas, dos en un mismo lugar y una a varios metros de distancia.

—Pues entonces no son ellos, porque ellos son cuatro, no tres —aseguraba Juan Arze.

No fue posible hallar rastros de más de tres personas, a pesar de que el baquiano —un mestizo de indio amazónico y mulato brasileiro— se dedicó con ahínco a buscar la cuarta huella y perdió horas valiosas en esa búsqueda. Las huellas, por otra parte, no eran lo necesariamente frescas para hallar con facilidad la que faltaba.

El sargento Arze se sentía inquieto. Quizá no estaban en la buena pista, y si estaban y faltaba una huella, era señal de que el joven John Caldwell no andaba con el grupo. Si esta suposición era correcta, entonces las tres huellas debían ser de dos hombres y una mujer.

—Busque huella de mujer —le decía al rastreador.

El rastro del lugar donde los fugitivos debieron descansar al día siguiente, seguramente para hacer la comida principal, apareció al atardecer, lo que significaba que los perseguidores ganaban tiempo sobre los que huían. Persistían huellas de tres personas, no de cuatro, y el sargento Arze se preguntó si no serían las de algún grupo de cazadores procedentes de Apolo o del Mapiri.

—Busque cartuchos vacíos —ordenaba al baquiano—. Pueden ser cazadores y en ese caso estamos perdiendo el tiempo. Si son cazadores tenemos que devolvernos a buscar otra pista.

Esa posibilidad preocupaba a Juan Arze. Pedro Yasic no podía írsele; de ninguna manera podía permitir que se le perdiera, y mucho menos cargado de oro. Pedro Yasic tenía una cuenta pendiente con él. ¡Esa cara, esa cara de Yasic cuando Sara lo humilló! “Voy agarrarte, chileno bandido, y me pagarás con tu vida”, pensaba.

Arze, el baquiano y otro policía que les acompañaba pernoctaron en el lugar donde apareció la última huella, porque la noche les caía encima. Al día siguiente, a eso de las ocho, el rastreador dijo que le parecía haber hallado una huella de mujer aunque podía ser también de niño.

Si podía ser de niño, no había seguridad de haber tomado la pista buena; y eso sumía el alma de Juan Arze en turbulencias.

¿Estaría equivocado el baquiano? Imposible. Un buen rastreador no se equivoca nunca, y eso no admite ni sombra de duda; además, él había escogido el mejor baquiano de Tipuani. ¿Pero por qué las huellas eran tres y no cuatro, y por qué podía ser la más débil de niño y no de mujer? Si el sargento admitía que John Caldwell no iba en el grupo, quedaban dos hombres y una mujer, es decir Salvatore Barranco, Pedro Yasic y Angustias.

—Esa huella no es de niño; es de mujer. Hay que seguir buscando —sentenció categóricamente Juan Arze.

Habiéndose internado en la selva con el plan de cortar el camino de los fugitivos, el grupo perseguidor había localizado las primeras huellas al norte del lugar en que quedó sepultado Salvatore Barranco, y como los perseguidores iban sin impedimento avanzaban más de prisa y se acercaban al grupo de Pedro Yasic con bastante rapidez. Eso les permitía percibir huellas cada vez más frescas, por lo que se explica que después de haber localizado la tercera parada de los fugitivos —entre siete y ocho horas después—, el baquiano dijera:

—Pasaron por aquí hace tres días, y no es un niño; es una mujer.

—Busque a ver si hay otra huella de hombre. Deben ser tres hombres y una mujer —ordenó el sargento, que se sentía ya casi seguro de estar en la pista correcta.

Durante media hora el baquiano anduvo por las cercanías, posando la mirada en cosas que sólo para él tenían importancia: la rama de un arbusto con hojas arrancadas, briznas de yerba pegadas a la tierra, detritus vegetales removidos por un pie, los restos de una hoguera, una corteza de árbol pelada por la cuerda de una hamaca.

Un baquiano no dice jamás de dónde saca sus conclusiones, con lo cual asombra a los que sirve como asombró el del grupo a sus compañeros cuando afirmó:

—No es niño; es una mujer de mi tamaño, de pelo negro y largo.

—¡Son ellos! —gritó Juan Arze—. ¡Son esos bandidos!

Ya estaba seguro de que el joven misionero de que se había hablado no iba con los fugitivos, y eso resultaba conveniente porque entonces la lucha sería con dos hombres, no con tres.

La impaciencia del sargento aumentaba por horas. Se sentía sobre los talones de Pedro Yasic y mentalmente iba tomando



las precauciones del caso. Él llevaba un fusil de 30 y su revólver. Si alcanzaba a ver a Yasic a distancia, con tiempo suficiente para coger bien la puntería, lo cazaría como si se tratara de un jaguar; si el chileno se le presentaba de golpe —cosa que podía suceder—, usaría el revólver.

Yasic no tenía aspecto de ser hombre de armas, pero Salvatore Barranco sí. Salvatore Barranco había vivido años en la selva con un fusil al hombro y al sargento Juan Arze le parecía que el italiano lucharía antes de entregarse. Y sucedía que al sargento Arze no le interesaba la vida del italiano; no tenía razones para matarlo porque no lo odiaba; nunca había tenido con él ni un sí ni un no. Pero le interesaba el oro que llevaba.

—Cuando los hallemos, tú atiendes al italiano —le dijo varias veces al policía que lo acompañaba—. El chileno es para mí; déjame el chileno a mí.

El chileno, sin embargo, no pensaba que él era para nadie. Tras la muerte de John Caldwell había enterrado cinco kilos de oro. A su juicio, le sería imposible cruzar la selva con una mujer loca llevando encima treinta kilos de oro y enterró cinco al pie de un árbol que podría identificar fácilmente cuando volviera por allí alguna vez. Esos cinco kilos eran, según se dijo mentalmente, de la parte que correspondía a Salvatore Barranco. Si se hacía necesario enterraría los otros cinco kilos del siciliano, pero nunca los suyos, los veinte kilos que había tomado para sí desde el primer momento. Esos veinte kilos le pertenecían a él, a él, a él y a nadie más, y estaba dispuesto a defenderlos contra toda la policía y todas las autoridades de Bolivia, del Perú, del Brasil y hasta de Chile, si venía al caso.

De buenas a primeras el baquiano de Juan Arze perdió la pista. Aunque trabajó afanosamente toda una tarde, no pudo dar con ella sino al día siguiente. Cada vez más, los fugitivos se inclinaban al norte y esa vez al rastreador no le quedó duda

de que Yasic y Barranco marchaban ya paralelamente al río Mapiri. Si la desviación seguía acentuándose, el grupo iría a dar al norte de Apolo.

—Entonces van a salir por Sorata —dijo el sargento—. Están buscando la salida por Sorata.

El plan de salir al pie de la Cordillera era atrevido, pero el condenado chileno ése había demostrado que le sobraban imaginación y audacia. ¿Qué no era capaz de hacer un hombre que se había reído de todo el mundo en Tipuani?

Juan Arze se sentía perturbado. Quería mandar al policía a Mapiri para que informara que según el rumbo que llevaban, Yasic y Barranco podían ir buscando el rumbo de Sorata, aunque llegaran allá en un mes; al mismo tiempo temía quedarse nada más con el baquiano y verse en la situación de tener que luchar solo contra el chileno y el italiano. Si se va se lleva el oro; es capaz de pasar el oro por Sorata. Y ese oro es para mí, no puede ser para él ni para nadie. Es para mí, para mí, para mí”.

El sargento Juan Arze decidió no despachar al policía, y esa noche el grupo acampó tan cerca de un río que podían oír la corriente del agua golpeando en las piedras de la orilla.

A la primera claridad el baquiano salió en busca de agua, y de pronto su voz le llegó a Juan Arze con un acento de sorpresa:

—¡Aquí hay un muerto, sargento!

Juan Arze sintió un latigazo en la entraña. Ese muerto era Pedro Yasic. Salvatore Barranco lo había liquidado para irse con el oro. ¡Ah, el italiano asesino y ladrón, que le había arrebatado la oportunidad de su vida, de toda su vida! Con la rapidez de un jaguar, corrió por entre arbustos y malezas. Pero cuando llegó y vio un despojo de hombre al que le faltaban una pierna, un brazo y gran parte del vientre y los muslos —un hombre con los huesos del rostro apenas cubiertos

por pedazos de músculos—, se dijo que ésos no eran los restos de Pedro Yasic. De lo poco que quedaba se desprendía que el muerto había tenido pelo claro y abundante, y Pedro Yasic era de cabello escaso y negro.

¿Quién había sido en vida aquel cadáver y a qué podía atribuirse su muerte? Los restos de carne indicaban que la putrefacción se había iniciado el día anterior, tal vez la noche anterior; y en verdad, John Caldwell había sido asesinado sólo dos noches antes. De pie a dos metros de los restos, la nariz cubierta por la mano izquierda, el sargento Arze buscaba en su mente una figura parecida a la que debió tener esa víctima de la selva, y no la hallaba. Pero de una cosa estaba seguro: no era Yasic ni era Barranco.

Cuando pasó media hora y pudo pensar con calma, Juan Arze resolvió no despachar al policía a Mapiri a dar cuenta del hallazgo. Había llegado a la conclusión de que no podía quedarse nada más con el baquiano. A su juicio, algo había pasado; algo que él no podía determinar. Pero ese muerto, quien quiera que hubiera sido en vida, fue obra de Yasic y de Barranco, y éstos no eran ya simplemente dos hombres que huían con el oro sacado de Tipuani, sino dos asesinos a quienes había que cazar como a fieras; dos asesinos peligrosos, “peligrosos, y tengo que liquidarlos a los dos. Tal vez mataron a ese pobre hombre para robarle; tal vez el difunto iba con oro quién sabe hacia dónde. ¿Y el muerto no sería el americano ése, que huyó y se les adelantó con oro y ellos lo alcanzaron?”

No; no podía desprenderse del policía. Ahora tenía que vengar al muerto, al “pobre hombre” asesinado, y el policía le hacía falta para esa venganza. Pero también tenía que quitarles el oro a “los ladrones”, y la presencia del policía le estorbaba para esa tarea de “justicia”. Y esto último era lo esencial, hacer “justicia”, quedarse con el oro. Con el oro de Pedro

Yasic sería inmensamente rico, “y el capitán Ramírez tendrá que decirme don Juan; pero si me quedo con el oro del italiano... bueno, nado en oro, y me caso con Sara”. ¡Casarse con Sara! “Y me la llevo de Tipuani; me voy a La Paz; o no, mejor a Cochabamba, para que me vean esos...”

El baquiano gritó desde una pequeña altura que estaba a la orilla del río. Había dado con el lugar donde el desconocido había sido muerto; allí estaban las huellas de un campamento reciente, se veían manchas de sangre y los rastros del cuerpo que dejaron las fieras de la selva a medida que iban disputándose los despojos y llevándose el cuerpo de un lado a otro.

Si el baquiano hubiera tenido la idea de tirarse al fondo del río habría podido hallar en él las pertenencias del muerto y muchas de las de Angustias, que Pedro Yasic había echado a la corriente.

El baquiano aseguró que el hombre había sido muerto dos días antes y que por tanto, si era uno de los fugitivos, el grupo no iba lejos. El grupo, aclaró después, había quedado reducido a dos personas, y si el sargento quería alcanzarlo no había tiempo que perder. Dos personas, según la opinión del baquiano, podían moverse más de prisa que tres.

Pero el baquiano no tenía la menor idea de la situación en que se hallaba Pedro Yasic. Perdido en la selva, sin saber qué rumbo tomar, con la sola compañía de una mujer loca a quien había amarrado las manos a la espalda para obligarla a seguir sus órdenes —y la mujer, loca y amarrada, con una carga de diez kilos de oro en la espalda—, Yasic se veía obligado a desplazarse lentamente, al ritmo vacilante de Angustias.

Por eso los perseguidores pudieron llegar a la próxima parada en poco menos de tres horas; es decir, la distancia que Yasic y la mujer habían cubierto dos días antes en más de siete horas les tomó al sargento Arze y sus acompañantes menos

de tres. A ese paso, la captura de los fugitivos era inevitable; y el baquiano, que olfateaba la presa, trabajaba con entusiasmo, casi con pasión, como el perro que va oliendo la sangre de una pieza herida.

De pronto, sin embargo, el rastreador se detuvo y llamó a Juan Arze. Había notado señales raras, que no se relacionaban con las huellas de una parada a comer o dormir. Al lado derecho se veían ramas cortadas a la altura de las rodillas de un hombre; poco más allá, cortes iguales en el lado izquierdo; por último, en dos árboles de buen tamaño, otros cortes que parecían indicar hacia un punto. El baquiano siguió la dirección marcada por los dos últimos cortes y lo único que vio fue el follaje de un corpulento quebracho. Cuidadosamente fue observando cada rama, del tronco a la última hoja y partiendo de arriba abajo. Y al llegar abajo corrió. Al pie del quebracho, tiradas aquí y allá, se veían pieles.

El sargento Juan Arze quedó sacudido como por una descarga eléctrica. Todo su ser se agitó, brotó la turbulencia que se adueñaba de él tan a menudo, y cuando vio al baquiano y al policía acercarse a las pieles, gritó hecho una furia:

—¡Dejen eso y sigan! ¡Sigán la pista sin perder tiempo!

El baquiano no tenía por qué obedecerle, pero a las voces del sargento él había vuelto la cara y había observado en los ojos de Arze un destello de salvajismo tan impresionante que prefirió no aclarar nada. Su papel de baquiano le reclamaba saber por qué estaban ahí esas pieles; sin embargo, el sargento tenía un fusil y un revólver, y estaba como loco.

El baquiano dijo que sí y el policía le acompañó. Pero se fueron hablando y volviendo el rostro a cada paso, lo cual llenó de sospechas al sargento Arze y esas sospechas le mantuvieron parado un buen rato, todo el tiempo que consideró necesario para que sus compañeros de persecución se alejaran del lugar.

El sol, casi a punto de medio día, apenas clareaba con una luz verde aquel lugar de la selva, y el silencio, enorme como la yunga, sólo se notaba cuando lo hacía destacarse el canto de un pájaro.

Juan Arze fue acercándose poco a poco al quebracho. Hasta cada piel de nutria llegaba un ejército de hormigas gigantes. El sargento sacudió las pieles con el fusil y se arrodilló. La tierra estaba removida y por entre ella circulaban hormigas que le picarían, pero él no iba a detenerse en picadas de hormigas. Con las dos manos, los dedos tensos como si fueran de hierro, comenzó a sacar tierra.

De pronto esos dedos tocaron algo frío, algo frío y suave, algo dulce al tacto; algo que tenía temperatura única y una suavidad única y una dulzura única. Apretó las dos manos para coger la mayor cantidad posible. Cuando las sacó, ahogándose de emoción, junto con la tierra húmeda y negra vio el color amarillo rojizo del oro de Tipuani.



## XVI

Cuando Pedro Yasic tenía catorce años su padre le había llevado a Aysén, y él conservaba la memoria de los grandes bosques de alerces que crecían en aquella apartada región de Chile.

Como mucha gente, Yasic había pensado siempre que la selva tropical era un amasijo cerrado de árboles y lianas, a través del cual había que abrirse paso a golpes de hacha o machete y defendiéndose sin cesar de los ofidios y las fieras. Pero la selva amazónica no era como había creído, y según recordaba, parecían más tupidos y difíciles de cruzar los bosques de alerces y más densa la vegetación rastrera que crecía en ellos.

En algunas zonas la yunga se veía esquelética; en otras era sólo sabana cubierta por gramíneas, o bien un extenso bañado o un amplio calvero pedregoso. En las regiones húmedas la vegetación se hacía copiosa, frenética, de sí misma, un mundo de verdor que se alimentaba de su propia entraña y crecía y moría sin cesar desde hacía miles de años sin que nada interrumpiera ese proceso.

El número de ríos es enorme y su red forma el único sistema de comunicaciones seguro que hay en la selva. Indios y blancos viajan por los ríos en balsas, hacen en balsas sus negocios, transportan en balsas lo que la yunga produce y lo que consumen sus pobladores, y es en las orillas de los ríos donde están las plantaciones, los hatos de ganado,



los contados comercios y las rústicas poblaciones donde se concentra los habitantes de ese mundo vegetal.

Habiendo desechado desde el primer momento las vecindades de los ríos y los lugares donde podían hallarse tribus indígenas, según aconsejaba Salvatore Barranco, Pedro Yasic estaba seguro de que nadie podía seguir sus huellas. Pedro Yasic ignoraba que el baquiano tiene el ojo del cóndor y el olfato y el oído de las fieras, y que un buen rastreador sigue una pista con tanta facilidad como el chofer de taxi sigue una vía pavimentada en una ciudad.

Cualquier hombre de alma menos dura que Pedro Yasic habría pensado, al ver a John Caldwell asesinado, que era inútil seguir con sus planes. Pero Pedro Yasic era de acero. Su reacción inmediata, mientras todavía se movía el cuerpo del misionero, fue decir con voz sorda:

—Debería matar a esta loca; debería matarla ahora mismo.

Pero mientras decía eso pensaba que treinta kilos de oro era demasiado peso para él sólo, y resolvió entonces amarrar a Angustias y esperar la salida del sol para proseguir marcha; después se sentó con el fusil entre las piernas a vigilar a la mujer, que no apartaba los ojos del cadáver de su víctima. Todavía era de noche cuando la luna se perdió en el oeste, y Pedro Yasic se mantuvo despierto, viendo a la mujer a la luz de las estrellas, sin decir una palabra. Con los primeros resplandores del amanecer registró los bultos de John Caldwell, apartó lo que le pareció necesario para el camino y lanzó todo lo demás al río; y la biblia y las libretas de notas y la ropa del joven misionero fueron arrastradas por las aguas.

Ya se veía el resplandor solar, como un incendio, por encima de los árboles, cuando Pedro Yasic le ordenó a Angustias que se pusiera de pie, le soltó las manos y volvió a amarrárselas a la espalda, y después le colgó de los hombros un bulto con

diez kilos de oro, trastos de cocina, una hamaca, un mosquitero; a seguidas se le plantó delante y le habló así:

—Usted es una asesina monstruosa, pero a mí no va a matarme como mató a su marido y a ese pobre muchacho. Yo no voy a perderla de vista un minuto, ni de día ni de noche; ¿me oye? Una bala de este fusil es para usted, y se la voy a plantar en la nuca tan pronto le vea en los ojos la intención de no obedecerme. Ya lo sabe: para salvar la vida tiene que obedecerme ciegamente, ¿me entiende?

Con sus ojos de loca, Angustias le miraba y no le miraba. Pero comenzaron a correr lágrimas por las mejillas. “Los locos no lloran”, pensó Yasic. Su autoridad había impresionado a la mujer y algo dentro de ella respondía al nuevo tratamiento que estaba recibiendo.

Pedro Yasic fue implacable. Durante días enteros sólo habló para dar órdenes: “Deténgase”. “Busque donde dormir”. “Apure el paso”.

Ese, por otra parte, era el auténtico Pedro Yasic. Se sentía lleno de cólera, una cólera sostenida, que no decaía; pero no se desbordaba en palabras ni en actos innecesarios. No tuvo siquiera la debilidad de pensar en algún momento que Angustias era una pobre mujer y debía estar sufriendo. En realidad, Angustias se había convertido en su bestia de carga, una bestia peligrosa a quien tenía que vigilar; y nada más.

Cuando llegó la hora de enterrar algún oro, porque la carga que llevaban era excesiva, no lo tomó del que iba en las espaldas de la mujer, sino del que iba en las suyas. “Estos son cinco kilos de los diez de Salvatore, no de los míos” pensó, y agregó: “De los diez que lleva Angustias, cinco son ahora míos”.

A medida que pasaban los días, Yasic notaba que perdía fuerzas, pero no pensaba que la mujer también las perdía. Ambos comían mal. Pedro mataba algún animal y la carne

no podía durar más de un día. De vez en cuando cogía frutas semejantes a otras que Salvatore y John le habían señalado como buenas para comer.

Una noche Angustias le despertó con un grito estridente, y como había luna y vio por entre la claridad que dejaban pasar los árboles que ella estaba sentada y con las manos a la espalda —es decir, incapacitada para atacarle—, fue a ver qué le pasaba. La mujer, que nunca hablaba, habló entonces para decir que un jaguar había estado a tres pasos de su hamaca.

—Tiene entraña para matar a dos hombres y grita ante un gato grande, ¿eh? —le dijo Yasic.

En momentos como ése Angustias sentía un informe, pero profundo terror. No podía juzgar, no alcanzaba a enjuiciar sus propios actos; sin embargo, desde que se hallaba sola con Yasic tenía una confusa sensación de que ese hombre la protegía contra muchas cosas. Pero cuando él la abandonaba de noche para irse a dormir a cierta distancia, o cuando le hablaba con ese tono amenazante y despreciativo, ella sentía que su ánimo se sobrecogía y que un terror sin forma pesaba sobre su cuerpo.

Una tarde Angustias habló más y con coherencia. Yasic estaba tratando de cruzar un pantano y salió del cieno un animal que a él le pareció un pecarí gigante. Pensando que se le presentaba la oportunidad de tener carne abundante, apuntó e iba a disparar cuando Angustias gritó:

—¡No, por Dios; no!

El animal miró a Pedro con ojillos malignos y pequeños, ojos de cerdo inteligente; alargó la trompa como si hubiera sido elástica, y trotó por la orilla de la ciénaga hasta perderse en el bosque.

—¡Era un tapir! —dijo Angustias a voces.

—¿Qué me importa que sea un tapir? —preguntó Yasic disgustado.

—Tiene la piel dura y si no lo mata del primer tiro, ataca —explicó la mujer.

Yasic pensó: “¿Habrás visto, una asesina cuidándome? Debe ser por miedo de quedarse sola”.

A raíz de ese incidente Yasic estuvo largo rato, mientras caminaba detrás de Angustias, pensando que algo raro le estaba sucediendo a la mujer. “Los locos no razonan y ella razonó; luego, no es loca. Pero si no es loca, ¿porqué mató a Salvatore y al joven ése?”

Siete días hacía que él y Angustias estaban cruzando la selva. La mujer se había sometido completamente a la voluntad de Yasic. Ella no tenía ninguna; no era capaz de desear nada, de pensar en nada, de sentir nada. Caminaba sin darse cuenta siquiera del peso que cargaba. Cuando debía llenar alguna necesidad ineludible, Yasic le soltaba las manos y se sentaba cerca a vigilarla. A los cinco días, ella misma colocaba sus manos juntas sobre la espalda para que él se las amarrara. Estaba demacrada, con el negro y largo pelo caído sobre el rostro, la boca desmadejada, la ropa sucia y llena de desgarrones, las medias caídas y destrozadas, los zapatos deshechos por la marcha y la humedad.

Mediando ese séptimo día Pedro la había desatado y le había ordenado que buscara chamariscos para hacer fuego. La mujer se movía a veinte pasos mientras él la vigilaba con el rifle en la mano izquierda. De pronto Angustias cayó al suelo y gritó. Yasic pensó que se trataba de un ataque de histeria, pero la mujer señalaba con un brazo hacia los verbajos y gritaba:

—¡Me picó, me picó!

Pedro corrió.

¿Qué pasa? —preguntó fríamente, mirándola en los ojos.

—¡Una culebra, una culebra! —dijo ella, con la voz desfigurada por el miedo.

Entonces Yasic sujetó el rifle con todo su vigor para evitar una sorpresa, se agachó y observó la pierna derecha de Angustias. Sí, ahí estaban las huellas de los colmillos. Rápidamente corrió hacia el bulto en que llevaba las medicinas y preparó una inyección de suero antiofídico. Todo estaba esterilizado. En la selva no hay tiempo para hervir jeringuillas.

Durante dos días Angustias estuvo entre la vida y la muerte. El suero butantán comenzó a hacer sus efectos visibles al día siguiente pero fue sólo al segundo cuando Yasic se dijo que la mujer estaba ya fuera de peligro. Durante treintiséis horas, pues, durmiendo sólo a ratos, él estuvo atendiéndola, inyectándole suero cada cinco o seis horas y dándole agua todo el tiempo.

Angustias quedó demasiado débil para reemprender la marcha antes de un descanso de por lo menos tres días. Los vómitos y el sudor incontrolables consumieron todas sus reservas de energía. Y aún después de esos tres días era difícil que pudiera caminar con los diez kilos de oro encima.

Pero Yasic no se condolió de su debilidad y no le quitó una onza de peso a la carga que le había puesto en las espaldas.

La mujer había cambiado de faz. El color se le había vuelto cadavérico; al secársele las carnes del rostro los huesos surgían como piedras, se le agrandaron los ojos y la boca, le brotaron los dientes. Miraba como una ausente. Enmarcada en un pelo sucio y caído, su cara era un anticipo de la muerte. A la hora de iniciar la marcha tambaleó y se cayó, y se quedó, un rato largo con una mano apoyada en la tierra, porque no tenía fuerzas para levantarse de nuevo. Pedro Yasic la agarró por otro brazo —piel y huesos nada más— y le dijo sordamente:

—¡Párese! No voy a amarrarle las manos; ésa es la única concesión que estoy dispuesto a hacerle. Pero camine; camine o la dejó aquí.

La mujer levantó los ojos y en ellos se reflejaba el miedo de un perro que ha sido apaleado sin piedad. Sin decir palabra se puso de pie y echó a andar.

A Yasic se le habían destrozado los zapatos y los pantalones; el resto de la ropa estaba mugrienta y en tiras. Sus ojos habían sido siempre hundidos y pequeños, pero en la selva, donde no tenía que disimular, despedían reflejos duros y parecían más hondos y brillantes. En su perfil de nariz larga y un tanto caída, la barba, que crecía y le formaba un manchón negro, iba componiendo el aspecto de una máscara maligna. Había enflaquecido notablemente, y él lo notaba en el cinturón, que necesitaba apretar a menudo, y en el peso de la carga, que se acentuaba en forma creciente.

Dos días después de haber reemprendido la marcha, Pedro Yasic decidió esconder más oro. “Serán los otros cinco kilos de Salvatore”, se dijo. Era una contabilidad macabra la que le llevaba al amigo muerto, pero él no lo advertía. Pensaba de manera natural que Angustias no tenía derecho al dinero del marido, puesto que lo había asesinado; y visto que él tenía que aliviarse de carga, podía ir dejando atrás la parte que correspondía a Salvatore. Eso sí, marcaba los sitios y los mantenía vivos en la mente, porque estaba seguro de que alguna vez volvería a recoger ese oro, y no se le ocurría pensar que lo recogería para Angustias, sino para él, para él sólo, para él nada más. Los últimos cinco kilos los enterró al pie de un árbol de tronco gris que marcaba la frontera entre la selva y una sabana amplia.

La sabana era un terreno bajo en que crecía alguna yerba, lleno aquí y allá de charcas de agua podrida en la cual se criaban sanguijuelas y otros animalejos. Abundaban las ranas y los enjambres de mosquitos parecían suspendidos en el aire. Caminar entre el agua y la yerba corta y dura era un martirio, pero había que cruzar esa tierra inhóspita para

buscar un lugar apropiado donde dormir. La marcha fue haciéndose cada vez más lenta; los zapatos de Yasic eran ya sólo restos y el calor se hacía infernal.

Fue imposible alcanzar la otra orilla de la llanura esa tarde y hubo que dormir en un pedazo seco, pero las nubes de insectos no les dejaron pegar los ojos.

El rigor de la marcha había excitado a Pedro Yasic. Pensaba incesantemente en el oro, en los diez kilos que él llevaba y en los diez que llevaba Angustias. “Todo es mío, los veinte kilos son míos; los diez de Salvatore están enterrados. Los diez kilos que ella lleva y los diez kilos que llevo yo son míos, son míos, son míos”.

Desde que alumbró el sol se puso de pie y llamó a Angustias. Los árboles de la floresta se veían a la distancia, pero siempre estaban allá, lejos; siempre estaban lejos por mucho que ellos avanzaran.

Yasic sentía hambre, pero su voluntad se imponía al hambre. Tenía que moverse, caminar, ganar camino. El y Angustias bebieron varias veces el agua de algunos huecos, un agua llena de gusarapos y renacuajos. Pero no pudieron comer, pues las aves que alcanzaban a ver levantaban el vuelo antes de que estuvieran a tiro. Llegaron a la zona de árboles demasiado tarde, cuando ya los pájaros estaban en sus nidos y cuando las fieras empezaban a dejar sus guaridas diurnas para salir de caza.

Cuando Pedro Yasic abrió los ojos tras haber dormido de un tirón casi diez horas, su primer pensamiento fue buscar carne. Estaba hambriento y no podía esperar. Eso explica que disparara sobre una marimona.

La mona era parte de una tribu que pasaba de rama en rama en una de las interminables marchas por las copas de los árboles que lleva a esas tribus a distancias enormes. Ella se había colgado con una mano de una rama y con la otra sujetaba a una criatura.

Angustias estaba sentada con su carga a la espalda, tal vez a diez pasos de Yasic; le vio apuntar y levantó la cabeza en el momento en que él disparaba. Así, ella vio el monito atravesado por el tiro; vio la mona sujetar a su cría durante unos minutos y mirar a Yasic con los ojos más inocentes y más llenos de asombro que podían contemplarse en la tierra. Ella misma estaba atravesada por el vientre, pero por lo visto su asombro era tan grande que no sentía la herida. De pronto alargó el brazo con que sujetaba al desgraciado marimonito, y éste cayó como una piedra.

Angustias levantó los brazos, se cubrió con ellos la cara y gritó. Fue un grito espantoso, que repercutió entre los árboles y provocó una cadena de gritos entre los monos. La marimona cayó también, pesadamente. Angustias se volvió, clavó en Pedro Yasic una mirada que él no olvidaría en mucho tiempo, y emprendió una carrera loca.

—¡Mi hijo! ¡Han asesinado a mi hijo! —iba gritando.

Yasic reaccionó de prisa. No conocía la historia del *Quanza*, pero sabía que Angustias era una loca, y esa loca huía por entre la selva llevándose la mitad de su oro. Sin detenerse a pensarlo corrió tras ella.

—¡Angustias, vuelva o disparo; vuelva o disparo!

Disparó procurando no acertar, con ánimo de asustarla y obligarla a detenerse. Pero la mujer no se detuvo. Se perdió en la floresta, y aunque dedicó el resto del día a tratar de dar con ella, Pedro Yasic tuvo que convencerse de que se había quedado solo en medio de la selva.





## XVII

Mientras bebían calmosamente sus vasos de cerveza, los amigos de José Valenzuela hacían chistes.

—¿Cuánto te dejó tu amigo el chileno? ¿Y cómo fue que Yasic no te dio el secreto antes de irse?

Valenzuela sonreía bajo sus ojos tristes.

—Bueno, nos dejó el secreto a todos, ¿no?

Se refería a que la mayoría de la gente que vivía en aquel cerro bajaba al río en las primeras horas del día y retornaba al anochecer, y muchos se quedaban todo el tiempo en el nuevo campamento. Los que estaban en condición de hacerlo montaron canaletas de madera y lavaban valiéndose de métodos primitivos para levantar presión de agua, pero los que usaban sólo la batea sacaban lo suficiente para ir viviendo. José Valenzuela había sido bastante afortunado.

—Dinos la verdad, José: ¿No te contó Yasic lo que pensaba hacer?

—Si me lo hubiera contado me voy con él.

—Es cierto —admitían todos.

Y dejaban de hacer chistes; cambiaban de tono y pasaban a hablar de la audacia de Pedro Yasic, de cómo llegó a saber que ahí había tanto oro, de si saldría o no de la selva.

—¿Cómo no va a salir? El que lleva esa cantidad de oro encima compra a las autoridades —opinaba uno de los presentes.

Pero nunca faltaba gente discutidora que se dedicaba a defender el punto de vista opuesto por el gusto de ir contra la corriente.

—No sale. El italiano sólo conoce la selva hasta las fuentes del Madidi.

—Pero de ahí en adelante se orienta con indios.

—¿Con indios? Si esos tiñosos se dan cuenta de que llevan oro, los matan a flechazos. Ya los indios saben lo que vale el oro.

—Yo apuesto a que salen. Ese chileno es capaz de salir del infierno.

Todas las opiniones se reflejaban en el ánimo de José Valenzuela. Si oía una adversa creía que Pedro Yasic no podría salir de la selva, y eso le preocupaba; si oía una favorable, tomaba valor y pensaba que lograría escapar. A menudo se sentía molesto con él. Pedro Yasic tuvo la oportunidad de hacerlo rico y de sacarlo para siempre de Tipuani. Hacerse rico no significaba para José Valenzuela tener millones: un kilo de oro hubiera sido bastante —y dos kilos, mejor, y lo perfecto hubiera sido sacar cinco kilos; sí, eso hubiera sido lo perfecto—; algo con qué llegar a Chile y poner un negocito allá, y organizar su vida en la patria para que Sara tuviera un ambiente adecuado y se casara con un chileno.

En ocasiones José Valenzuela pensaba que Pedro Yasic fue egoísta al no confiarle su secreto, o a lo mejor dudó de la hombría de su amigo, creyó que él podía delatarlo. “No se dio cuenta de quién soy yo; me trató y no me conoció”, pensaba. Pero si reflexionaba un poco se ponía en lugar de Pedro y comprendía que había hecho bien en no confiarse a nadie. Por momentos —sobre todo cuando otros le discutían— se sentía contento de que hubiera sido un chileno el que había realizado la hazaña de irse con tanto oro. Si se emborrachaba se proclamaba orgulloso de que Yasic hubiera vivido en su casa.

—Y sí hay un valiente capaz de decir lo contrario, ¡qué se me ponga en frente! —gritaba desafiante.

Entonces José Valenzuela dejaba de ser el hombre de paz, gordezuelo, de ojos tristes y movimientos despaciosos; su mirada se iluminaba con un resplandor de cólera que imponía temor, se plantaba con un pie delante del otro y se golpeaba el pecho. Al llegar tal momento, los amigos comenzaban a decir.

—Pero si no es para tanto, Valenzuela. Déjate de esas cosas, José.

En cierta ocasión, uno confesó:

—Lo que pasa es que todos sentimos no haber sido Pedro Yasic para hacer lo que él hizo.

Esa explicación apaciguó a José Valenzuela; y se sentó de nuevo, volvió a beber, y aunque acabó embriagado, no se puso a llorar como hacía antes, porque como había sacado oro suficiente para que Sara comprara lo que le hacía falta, no sentía la necesidad de llorar.

Hablando con su hija del caso, Valenzuela, sin comprender la causa, pensaba que Sara estaba a la vez contenta por la hazaña de Pedro y adolorida por su ausencia.

—Figúrate, papá, ¿te das cuenta de lo que representa en Chile la fortuna que se ha llevado? Podrá vivir en la patria como un rey —decía ella.

—A mí me preocupa su suerte. No me gusta nada que le hayan echado atrás a un hombre tan fiero como ese sargento Arze.

—¿Hombre fiero? Pero papá, si es sólo un cholo mugriento. Lo que va a suceder es que Pedro lo devolverá a Tipuani con unas cuantas nalgadas.

Un rato después, como si no hubiera dicho todo lo que pensaba, agregó:

—¿Pero cómo se le ocurre a ese bruto que él tiene pantalones para enfrentarse con Pedro?

Mucha gente pensaba como ella. Un hombre capaz de hacer lo que había hecho Pedro Yasic no iba a dejarse atrapar por Juan Arze. Pero nadie tenía la seguridad que animaba a Sara Valenzuela.

—Mira, papá, como Pedro hay pocos hombres en el mundo.

En cuanto a Salvatore Barranco, su mujer, John Caldwell... ninguno de ellos preocupaba a Sara Valenzuela. No los había conocido y no los consideraba seres vivos, sino apenas hombres que no tenían ninguna significación. Para ella el único que se había llevado el oro y el único que cruzaría la selva era Pedro Yasic y nadie más que Pedro Yasic. Pedro era su héroe. Contrabandeando oro o vendiendo zapatos, cruzando la selva o navegando en avión, viviendo como aventurero o como maestro de escuela, él era su héroe. Sara no lo sabía, pero Pedro Yasic había sido el vengador de Valenzuela, el que podía hacer —y estaba haciendo— lo que su padre jamás haría.

Juan Arze, en cambio, representaba todo lo que Sara odiaba y despreciaba, aunque ella misma no se diera cuenta. El sargento era la encarnación de esa autoridad que le prohibía a José Valenzuela vender libremente el oro que sacaba de la tierra, la que lo mantenía prisionero en Tipuani y lo separaba para siempre de Chile —Chile, Chile, como un sueño de todos los días y todas las noches; un sueño para el padre y en consecuencia para ella—; y Juan Arze era también el apetito sin disfraz, el hombre que se creía lleno de méritos sólo porque era hombre, esa especie animal en dos pies que tenía un sudor de olor agrio.

Sara no podía separar a Yasic del sargento; el uno era la contra parte del otro, y hablando de Pedro aludía a Arze.

—Hombre completo, papá; eso es lo que es Pedro. Con su apariencia de infeliz, no me engañó nunca. Me di cuenta desde que vino a esta casa de que era hombre completo. Y sin

alardes, papá. Fíjate que no gritaba ni sacaba el pecho como algunos desgraciados que tú y yo conocemos. Estaba preparando su plan y no le importaba lo que nadie pensara de él.

—Sí le importaba, hija. No quería que nadie sospechara la verdad.

—Bueno, eso sí; pero yo digo en otro aspecto.

—Lo que encuentro raro es que también fuera así conmigo. No le costaba nada decirme antes de irse dónde estaba ese oro.

—Si te lo hubiera dicho a ti se lo hubiera dicho también a otros. ¿Por qué tenía que decírtelo a ti y callárselo a los demás?

—Porque yo era su amigo y su compatriota. Se lo dijo al italiano ése, que no era nada suyo.

—Pero necesitaba al italiano para salir de la selva. Tú no le hubieras servido para salir de aquí, ¿verdad?

José Valenzuela se daba cuenta, pero no estaba satisfecho. “Un kilo de oro, un kilo solamente —o dos, y mejor cinco, cinco hubiera sido lo perfecto—, y con eso hubiera yo tenido lo necesario”. Su hija le veía bajar los ojos, dejar la mirada flotando sobre el suelo, los dedos entrelazados sobre el vientre, la boca caída.

—No te apures, papá; no van a coger a Pedro. Tú verás que un día de estos nos llega una carta suya desde Chile.

Que él le escribiera algún día era cosa en la que pensaba a menudo. ¿Volver a verlo, hablar con él, estar a su lado? Eso no le hacía falta. Pero saber de él sí, y estaba segura de que sabría de él pronto.

De vez en cuando María Hinojosa salía de su casa; al verla, Sara se metía en la suya como si tuviera algo urgente que hacer. Sara sospechaba que María estaba ligada a Juan Arze aunque no supiera cómo, y su instinto le decía que María procuraba hablar con ella para saber algo del sargento.

Su desprecio por el sargento alcanzaba a todos los que tenían algo que ver con él, aunque se tratara de gente que, como María Hinojosa, llevara con Arze relaciones que ella no alcanzaba a definir.

Recordaba vivamente, y con asco, la expresión de Juan Arze el día que se conoció en Tipuani la fuga de Yasic; recordaba su cara repugnante, su mirada de rencor cuando ella le preguntó si le dolía que el chileno lo hubiera engañado. “Qué lástima no haber sido hombre para haberle pegado en la cara”, se decía. Pero se consolaba pensando que cuando se encontrara con Pedro en medio de la selva —si lo encontraba—, iba a recibir la lección que le hacía falta.

De buenas a primeras llegó a Tipuani la noticia de que el sargento Arze estaba en Mapiri y que allí había dado cuenta de que sobre la pista de los fugitivos había hallado el cadáver de un hombre que no era ni Pedro Yasic ni Salvatore Barranco; por otra parte, el sargento aseguraba que de acuerdo con la pista, Yasic, Barranco y la mujer de este último se dirigían hacia el norte, lo cual indicaba que estaban buscando el camino de Sorata.

En pocas horas todo el cerro se hallaba enredado en discusiones y comenzaron a cruzarse apuestas entre los simpatizantes de Yasic y los que deseaban que fracasara: que si cogían a los fugitivos, que si no los cogían; que si el muerto era un americano que andaba de misionero por la selva, que si era un explorador perdido, que si era un cazador de San Carlos.

En medio del tejido de suposiciones y apuestas, Sara Valenzuela quedó anonadada. Temió y dudó, ella que no conocía la angustia de la duda. No le preocupaba el muerto, porque pensaba que no era Yasic y que de haber sido él Juan Arze lo habría comunicado lleno de satisfacción; le preocupaba que hubieran cogido la pista de Pedro. Ella vivía en Tipuani desde su infancia y conocía muchas historias de la selva; ella

sabía que cuando un baquiano halla una pista es muy difícil que la pierda, y sabía que los perseguidores andan siempre más de prisa que los perseguidos.

Sara Valenzuela comenzó a sentirse presa de sí misma. Era su mal que no había aprendido a sufrir sin actuar, y en ese caso no podía actuar en favor de Pedro. Se sorprendía despierta a media noche pensando qué debía hacer; se oía a sí misma hablando con el padre, que la escuchaba con pena.

—Pero papá, ¿no podemos hacer algo? ¿Vamos a quedarnos cruzados de brazos mientras Pedro corre peligro?

Sin saber por qué, comenzó a odiar a María Hinojosa; la odiaba y se sentía llena de deseos de ir a su casucha para maltratarla. Algo le aseguraba que esa mujer tenía su destino ligado a la persecución de Pedro, y por esa razón debía sentirse alegre al saber que Pedro estaba a punto de ser cogido.

Un día, muy de mañana, mientras José Valenzuela estaba fuera, llegó un amigo suyo preguntando por él. Como no lo encontró le dejó recado con Sara.

—Dígale que acabo de ver al sargento Arze en el cuartel. Llegó esta madrugada, según me dijeron. Tal vez traiga noticias del chileno que vivía aquí.

Sara sintió que se le enfriaba el alma. Miró al hombre hasta el fondo de los ojos para darse cuenta de si se trataba de algún amigo de Juan Arze que el sargento enviaba con el propósito de burlarse de ella. Pero no era así.

—Gracias; yo se lo diré —aseguró, simulando una serenidad que estaba lejos de sentir.

Todo lo contrario: un tumulto de emociones y pensamientos se había desatado de golpe dentro de ella. Resolvió ir inmediatamente a la policía y hablar con Juan Arze. Aunque tuviera que tragarse su repugnancia, hablaría con él; le preguntaría qué había sucedido, trataría de saber de su boca si había asesinado a Pedro Yasic o si llegaba en busca de refuerzos para



seguir la persecución. Se aliviaba por momentos pensando que el sargento no era el hombre capaz de matar a Pedro. Sin perder un minuto se puso a escoger el mejor vestido y empezó a vestirse. En eso oyó pasos y salió.

Allí, en la puerta, estaba Juan Arze en persona.

## XVIII

Pedro Yasic había penetrado en una vasta zona húmeda cruzada de ríos torrentosos que corrían hacia el sur. Él estaba seguro de que se dirigía al norte y no tomaba en cuenta que las aguas iban hacia el sur por su izquierda. Como nunca había oído hablar de que los que se pierden en la selva describen un gran círculo sobre su lado izquierdo, no paraba atención en ese detalle.

Pedro Yasic confiaba en su decisión y su voluntad, y no dudaba ni por un segundo de que estaba haciendo lo que debía hacer. Solo en medio del mundo vegetal que le rodeaba —un mundo lleno de hojas y ramas, rumoroso y oscuro, con raíces pero sin cielo—, sabía que su vida dependía de él, y nada más que de él. Había caminado un día y otro obstinadamente, descalzo, con la ropa destrozada, llevando a cuestras sus diez kilos de oro, su hamaca, las medicinas, el fusil, las municiones, el machete y el cuchillo. Había perdido el mosquitero, que le fue arrebatado por un golpe de viento y se desgarró cuando quiso recuperarlo.

En los primeros días perdió mucho tiempo debido a que no se acostumbraba a andar descalzo; las espinas y las ramas pequeñas le causaban molestias. Sufrió también con el frío. El surusu comenzó a presentarse y con su soplo las temperaturas bajaban tanto como en los inviernos del sur de Chile. A menudo la violencia del viento abría grandes surcos de árboles derribados a su paso.

Una tarde Pedro Yasic vio un puma sobre un tronco caído. El árbol se cruzaba en el camino de Yasic y el puma clavó en Pedro una mirada amarilla, fija, de hielo. Parecía listo a saltar sobre él. Pero Yasic no se asustó. “Estos gatos grandes no atacan a la gente”, se dijo. Y de pronto abrió los brazos, dio dos saltos golpeando con fuerza el suelo y profirió un grito espantoso. El animal, sorprendido, huyó en el acto, y Pedro siguió su camino sin recordar más el incidente.

Otro día quiso cortar camino metiéndose en un paso cenagoso, y cuando tenía el denso y hediondo líquido a las rodillas vio moverse lo que creyó que era un tronco podrido. El tronco emergió, se volvió y avanzó hacia Yasic. Cuando cayó en cuenta, tenía frente a sí un enorme cocodrilo. Sin perder el ánimo, tomó su fusil por el cañón y golpeó con la culata la cabeza del animal. La repugnante bestia abrió la boca, como para enseñarle a Pedro los dientes poderosos; a seguidas giró lentamente y se alejó.

No eran las fieras, sino las enfermedades y el hambre lo que preocupaba a Pedro Yasic, y sobre todo el hambre, pues si era cierto que la selva estaba llena de animales que él podía cazar, sucedía que no sabía cuanto tiempo iba a tardar en salir a lugares civilizados y no quería malgastar sus cartuchos. Para economizar tiros sólo disparaba a animales grandes, porque así estaba seguro de que acertaría y de que tendría carne todo el día; y no trataba de guardar carne de un día para otro debido a que dormir con carne fresca era peligroso; atraía a las voraces hormigas, los roedores —de los cuales había numerosas variedades— y las fieras.

A veces veía grupos enteros de árboles en cuyas ramas pendían los perezosos como frutos lanudos; otras veces veía pasar cerca alguna veloz culebra o el ruido de su paso hacía levantar el vuelo a una bandada de pájaros multicolores. Los monos aparecían en familias; con frecuencia se le acercaban, le miraban

durante un minuto con sus ojillos inquietos y penetrantes, y de pronto huían por lianas y ramas llenando la selva de chillidos.

Yasic había aprendido a colgar su hamaca temprano a fin de asegurarse una relativa protección a la hora de dormir, y temprano, en la zona húmeda en que había penetrado desde que se quedó solo, significaba a las cuatro de la tarde; eso quería decir que sus jornadas eran cortas, y en ocasiones avanzaba muy poco porque tenía que orillar un bañado o desviarse a causa de un grupo de árboles derribados por el surusu o a causa de que llegaba de improviso al cañón de un río.

El mayor de los contratiempos era la pérdida de tiempo, y a su juicio ahí estaba también el peor de los peligros, puesto que su resistencia podía agotarse antes de que pudiera llegar a un punto en que le fuera fácil alimentarse y descansar. Ese punto tenía que ser fuera de Bolivia, ya que en territorio boliviano sería perseguido.

He aquí otro de los peligros: ir a dar en una plantación dentro de las fronteras bolivianas, y ese peligro no era remoto dado que Angustias podía haber caído en algún puesto fronterizo en manos de alguna patrulla o en un lugar donde hubiera gente que se enterara, por Angustias, de que él llevaba encima oro.

A veces el recuerdo de Angustias lo atormentaba sin cesar horas y horas. “Debí haberla matado; fue una debilidad mía dejarla viva”, se decía; y casi inmediatamente pensaba que no hubiera podido matarla, que jamás mataría a alguien si no era en defensa de su vida. “Era una pobre loca; matarla hubiera sido un asesinato.” Además, ¿qué provecho le habría sacado al crimen? “Ninguno, porque yo no hubiera podido cargar veinte kilos de oro. Se llevó diez kilos de oro; diez kilos de oro, de oro, de oro. ¡Qué loca maldita esa mujer! Diez kilos de oro; y de oro mío, mi oro, mi oro.”

Si Angustias no hubiera sido una loca, Salvatore Barranco los habría sacado de la selva en quince días. ¿Cómo se explica

que esa mujer lo dejara morir así, tan fríamente? Claro, estaba loca. “Loca desgraciada, ¿por qué huiste? ¡Mi hijo, han asesinado a mi hijo! La asesina eras tú; tú fuiste la que mataste a ese pobre muchacho... El pobre muchacho”. Yasic oía el tiro y volvía a ver a John Caldwell con la sangre saliéndole a caños por encima de la nuca; con el cuerpo moviéndose todavía. “Debí haberla dejado morir cuando la picó la culebra. Qué tontería, gastar el suero butantán en esa maldita loca”.

Pero la escena que con más vigor mantenía en sus recuerdos era la de la mujer huyendo. Le asaltaba con amarga persistencia la visión de Angustias perdiéndose entre los troncos, aquella visión repugnante de vestido negro, de negro pelo suelto y el bulto de oro en la espalda. “La culpa fue mía, mía y de nadie más. No debí soltarle las manos; si le hubiera mantenido las manos amarradas no habría podido huir”.

Un día se presentaron las lluvias, las interminables lluvias amazónicas. El agua caía a chorros aquí y allá, por los huecos que dejaban las hojas de los árboles; mojaba los troncos y después corría por ellos hasta perderse en la hojarasca que cubría el suelo.

Con las lluvias comenzaron a aparecer insectos que Pedro Yasic había visto antes muy de tarde en tarde. De entre las hojas podridas del suelo y de los troncos salían gusanos, lombrices, arañas, escorpiones. Los mosquitos parecían multiplicarse por millones, y Pedro Yasic no tenía mosquitero. Se hizo menos frecuente el vuelo de los pájaros y ya no se veían tantas luciérnagas de noche. Una lluvia de todo un día —que caía pesadamente llenando la selva de un interminable ruido sordo y triste—, le mojó el paquete de las medicinas y las cajas de fósforos que le quedaban.

Pronto aprendió que la humedad propiciaba la aparición de un hongo que destruía la tela. En su hamaca comenzaron a destacarse manchas de un moho gris de bordes verdosos, y en

cosa de días la hamaca estaba tan podrida que se rompía con su peso. No la tiró porque pensó que le serviría como el colchón de una cama; pero no era lo mismo dormir a cierta altura que en el suelo, aunque limpiara con todo cuidado el sitio donde iba a echarse, pues la hamaca tendida entre dos árboles dificultaba el ataque de las culebras y el de ciertos insectos.

Al quedarse sin fósforos, Pedro se halló desvalido. Su única alimentación era la carne. Al principio tumbaba frutas a tiros, después que decidió economizar municiones tumbó algunas a palos, pero un día, antes que la fruta cayó a sus pies una enorme araña negra, y desde entonces se atuvo a la carne sola; y tenía que comerla cruda porque no podía hacer fuego. Se hizo el hábito de picar la carne a cuchillo hasta hacer con ella una masa que llevaba en la mano mientras caminaba, comiéndosela poco a poco. En los primeros días le asqueaba la carne cruda, pero acabó acostumbrándose a ella.

En medio de la marcha o acostado, se decía sin cesar: “Yo salgo de aquí; yo salgo de esta selva.” A veces lo decía en alta voz y le resultaba chocante oír su voz que resonaba en la soledad. Ignoraba cómo saldría, pero estaba seguro de que lo haría. Lo único que podía impedirlo o retardarlo era que perdiera la salud. Si se mantenía sano vencería a la selva; y el había sido siempre sano.

Mas he aquí que enfermó; enfermó del temible mal amazónico, el paludismo. Y como se había debilitado por la escasa alimentación, la enfermedad avanzó de pronto en su sangre con una violencia que lo anonadó. Sólo la quinina podía curarlo, pero al abrir el paquete de las medicinas se asustó: la lluvia había penetrado también allí; la quinina iba en cápsulas de un material sensible a la humedad; ese material se había deshecho y junto con la droga formaba una pasta rojiza.

¿Cómo podía él saber qué cantidad de quinina debía tomar, si ya no era polvo ni estaba medida en cápsulas?

Debilitado por el ataque del mal, estuvo horas enteras viendo la anticipación de la muerte. Pues sin medicina el paludismo lo mataría. “Y me voy a morir aquí como un animal sin haberle escrito a mamá, sin haberle dicho que su hermano murió. Esta fiebre me va a repetir y me va a matar, y me va a repetir el frío y me voy a morir como un perro y nadie va a saberlo. Lo que tengo que hacer es esconder el oro para que nadie lo encuentre, que no lo encuentre nadie, nadie”.

Se sentó sobre una raíz, porque se cansaba. Le hacía falta aire para respirar y sintió sueño. Pero no quiso dormirse. Oía la brisa agitando hojas y un canto de pájaro, uno solo, repetido sin cesar. Volvió a ver la quinina. Tal vez se había equivocado; tal vez quedaban cápsulas enteras; tal vez lo que se había dañado era otra medicina. “No, aquí está la condenada, echada a perder. Bueno, ¿qué voy hacer? ¿Voy a llorar, voy a quejarme? No, me la voy a comer así como está; me la voy a ir comiendo poco a poco así como está. No va a matarme. Si fuera veneno no serviría para curar.”

Con las uñas del pulgar y del índice derechos sacó un poco de la pasta y se la llevó a la boca. La droga era insoportable, amarga hasta lo indecible, y además casi quemante. Como no tenía agua se fue tragando la pasta con la saliva.

Durante unos días contuvo el mal, pero no lo dominó. Mientras tomó quinina los ataques fueron tan débiles que apenas los sentía. Algo le producía mareos, zumbidos, náuseas. Le parecía que tenía los oídos taponados y le daba trabajo mantener el equilibrio mientras caminaba. Pensó que en cualquier momento podía perder la conciencia: “y si me encuentran inconsciente me van a quitar el oro sin que tenga fuerzas para defenderme, sin que pueda evitarlo. Debo esconderlo. Tengo que esconderlo. Tengo que esconder el oro”.

Se repetía y se repetía que debía esconderlo, pero prolongaba el tiempo y no lo hacía. Se tranquilizaba diciéndose que

lo escondería cuando diera con un sitio fácil de reconocer. “Porque voy a volver, volveré a buscarlo; aunque sea dentro de veinte años, volveré a buscarlo.” Ya no pensaba en la casa del Barrio Alto de Santiago, sino sólo en salvar el oro, en dejarlo en algún lugar seguro y retornar por él cualquier día, un día sin término. Pero cuando se dio cuenta de que el paludismo volvía con más vigor, se convenció de que no podía seguir cargando su tesoro.

Así, al cruzar un arroyo vio que del otro lado había, un pequeño alto, y en él una piedra color de barro, en forma de huevo y de medio metro de altura. “Si hay inundación, esa piedra va a quedarse ahí. Esa piedra no va a irse de ahí y nadie sospechará que debajo puede haber oro”, pensó. Llovía, con la lluvia gruesa y tenaz de la selva; pero él se puso a cavar bajo la lluvia y cavó hasta más de un pie de profundidad. Había resuelto esconder seis kilos de oro y seguir con cuatro; sin embargo, al meter las bolsas en el hoyo no pudo resistir el impulso de cambiar las cifras. Cuando se alejaba de allí llevaba encima seis kilos porque había enterrado sólo cuatro.

Con seis kilos de oro saldría de la selva, se iría al Perú, alcanzaba a llegar a Iquitos, o a Belém do Pará si lograba bajar por el Madre de Dios hasta el Amazonas; y después se iría a Chile y haría un negocio cualquiera, no para ganar dinero sino para conservar el que hubiera llevado; y cuando estuviera sano otra vez, volvería a buscar todo el oro, todo, sin dejar un tomín, sin dejar un grano. “Lo reuniré todo para hacerle la casa a mamá.”

Como no podía verse a sí mismo ignoraba que la enfermedad y el hambre habían hecho estragos en él. Tenía los ojos cada vez más hundidos y sólo les quedaba el brillo metálico de otros días. Las sienas eran dos hoyos alarmantes; la frente era una mancha amarillo verdosa, más verde que amarilla; los pómulos le sobresalían junto a la crecida barba. Vino a darse



cuenta de cuál era su grado de debilidad cuando dos días después quiso matar un capibara de tamaño mediano que estaba comiendo a veinte pasos de distancia. Al levantar el rifle notó que no podía dominarlo. Los brazos le temblaban en forma incontrolable y la mira se movía sin cesar ante sus ojos, de arriba abajo, de derecha a izquierda. Sintió cólera y disparó. El capibara saltó, herido en el cuello. Pedro corrió y lo ultimó a machetazos, pero el esfuerzo le dejó exhausto.

Cuando comió y descansó se halló hablando en voz alta.

—Si me muero, que no caiga mi oro en manos de nadie, de nadie. Hoy mismo voy a esconder el que me queda; hoy mismo. No quiero que lo coja ni mi hermano Federico; ni él ni nadie.

Y de pronto se sorprendió de que la imagen de Sara apareciera en su mente. Sara y Valenzuela estaban en alguna parte de su imaginación.

—Ah, ella sí; sería mejor que ella lo cogiera —dijo.

Al anochecer se le presentó el ataque del frío palúdico. El frío era mortal; daba la sensación de la muerte; le hacía temblar de tal manera que saltaba, acostado en el suelo; y aun así hablaba en voz alta repitiendo:

—Nadie se quedará con mi oro, nadie, nadie.

Estaba ya semidesnudo. De la camisa le quedaban pedazos de mangas, el cuello y algunas tiras que le cubrían el pecho y la espalda, y esos pedazos no tenían color, tanta era la suciedad que los cubría; del pantalón sólo restaban partes atrás y al frente, y el resto era jirones. Estaba descalzo, con los pies hinchados y llenos de rajaduras fétidas y dolorosas. El pelo fino y escaso le caía por la nuca y se le pegaba al pescuezo.

—No hallarán mi oro. Ni Federico ni Sara ni nadie hallará mi oro.

Al día siguiente, después de la fiebre y la sudoración, escogió un tronco de árbol que le pareció fácil de identificar y

hoyó con el machete, pero esa vez no con el cuidado con que lo había hecho en ocasiones anteriores. Titubeó un poco al echar las bolsas de nutria en el hoyo. “Voy a quedarme con una; con dos. Debo quedarme con dos, por si tengo que pagarle a alguien que me ayude a salir de aquí”.

Era la primera vez que pensaba en la posibilidad de que alguien podría ayudarle a salir vivo de la selva, pero él no se daba cuenta del cambio que había ido operándose en su alma. Ya no era el hombre que se bastaba a sí mismo, solo y fuerte en medio de la soledad. Volvió a hablar en alta voz:

—Sí, necesito dos por si hay que pagarle a alguien.

El esfuerzo de hablar era grande, pero debía hablar para sentirse a sí mismo. Le parecía que estaba más vivo si hablaba, y además, al hacerlo celebraba un compromiso consigo mismo, hacía algo que lo obligaba a mantenerse activo.

—Dos; tengo que quedarme con dos.

Se quedó con dos, y como resolvió abandonar el bulto y la hamaca y todo lo que le quedaba, menos el fusil, cuatro tiros y el cuchillo, se encontró con que no tenía cómo llevar las dos bolsas de nutria que contenían el oro. Hasta entonces había cargado el oro en el bulto, pero el bulto estaba ya podrido. Y tenía que llevar el oro; tenía que hacerlo. ¿Pero cómo?

Pensar en esa nimiedad le daba trabajo y le producía angustia. Se sentía incapaz de hallarle solución a un problema tan pequeño. “Es la debilidad. Estoy débil y no puedo pensar. Estoy muy débil. Si estuviera en casa, en Puerto Montt, me sentiría bien, no estaría débil.” Y de pronto, en forma extraña, como si estuviera sucediendo fuera de él, en otro espacio, en una especie de sueño, vio la punta de su cuchillo penetrando por una de las fundas; penetraba y le hacía un agujero y volvía a penetrar y le hacía otro. “Ah, sí, para llevarlas en el cinturón; sí, en el cinturón. Lo haré después, voy a hacerlo después”, se dijo. Sabía que si se hubiera propuesto

hacerlo en ese momento no iba a poder, no podría; las manos no le responderían, los ojos no le responderían, nada le respondería.

Llovía. Era una lluvia tenaz, gris, fría. Yasic se puso de pie y caminó tambaleándose, sin explicarse cómo lo hacía. Llevaba el fusil en una mano, el cuchillo en la cintura y en la otra mano las municiones y las bolsas de nutria. Caminaba bajo la lluvia como un sonámbulo, como un loco, la mirada perdida en lo alto, el paso inseguro. Sentía que del pecho hacia arriba iba como volando, llevado por el aire, y que del pecho hacia abajo su cuerpo no era suyo, no tenía nada que ver con él. Y de pronto vio un claro, una especie de sitio iluminado como si no hubiera árboles; un claro color de humo, de nube; un resplandor por entre la lluvia. Le pareció que pensaba que por ahí podía haber una casa; que alguien alguna vez le había dicho que en la selva construyen las viviendas en lugares sin árboles, o que tumban los árboles, o que no hay árboles, o que los árboles y las viviendas y los ríos... Pero él iba volando del pecho hacia arriba, y hacia abajo tambaleaba.

Había un recuerdo, un recuerdo. ¿Qué era? ¿Su mamá o Sara? Ah, sí, el claro podía ser de una casa; y sintió un calor interior que le daba vida, algo que volvía de allá atrás, de una niebla. Trató de no tambalearse más, de no seguir sintiendo que su cabeza volaba y su cuerpo no. Él era Pedro Yasic y tenía que llegar. Iba a un punto y tenía que llegar. ¿Adónde tenía que llegar; adónde iba? Pero llegó, y al llegar oyó el rodar del agua.

—Es un río, un río —soplaba más que decía.

Era un río, lo cual no significaba nada para él. Había millares de ríos en la selva, y ése era uno más, uno como todos. Luego, él estaba en la selva. Un río y nada era lo mismo; un río y la selva era lo mismo, un río y la soledad era lo mismo. Además, la orilla era de barro; ni siquiera tenía arenas para

dormir en ellas. Y él necesitaba dormir. ¿Dormir? ¿Qué era dormir? Y de pronto Pedro Yasic vio surgir una sombra de aquel seno gris.

—¡Jey, jey! —gritó.

Quiso levantarse sobre las puntas de sus pies y sacudió el fusil.

—¡Jey, jey! —volvió a gritar.

Le pareció que la balsa había refrenado su marcha; le pareció que un leco miraba hacia él. En medio de su confusión recordó que llevaba las bolsas en la mano. “Me lo van a quitar; me van a quitar el oro, mi oro, el único oro que me queda”, pensó. Y rápidamente, con la rapidez y la torpeza de un hombre que no gobernaba sus pensamientos, tiró las bolsas lo más lejos que pudo; lo más lejos: a menos de un metro. Volvió la mirada y las vio allí, tan cerca, que sintió miedo; miedo como si las bolsas hubieran sido una culebra que iba a saltar sobre él. Entonces corrió agitando el fusil y dando gritos; corrió hacia el río como si hubiera resuelto lanzarse en él.

El esfuerzo consumió sus últimas energías. Cayó de bruces y ya no supo más de sí.



## XIX

José Valenzuela, que había salido muy temprano de su casa, volvió casi inmediatamente. La hija pensó que había olvidado algo, pero no era así; había retornado para darle una noticia.

—Sara, trasladan al sargento Arze para La Paz.

—¿Ah sí? ¿Y cuándo?

—Hoy mismo. A mediodía sale hacia Mapiri.

—Ahora me explico —comentó Sara con aire dubitativo.

—¿Qué cosa?

—Los preparativos de viaje de María Hinojosa.

—¿Y qué tiene que ver María Hinojosa con el traslado del sargento Arze?

—Pues que es su mujer.

José Valenzuela se caía del nido.

—No tenía la mejor idea —comentó.

La hija se quedó un momento concentrada en algún pensamiento que el padre desconocía. En los últimos tiempos le ocurría a menudo que la mirada se le fijaba en un punto inexistente, y todo el rostro se le transformaba como si de golpe le faltaran el aire y la luz. De súbito volvió a ser la de siempre.

—Papá —dijo—, ese traslado de Arze me parece muy raro.

—¿Por qué?

—¿Has oído algo sobre Pedro? ¿No crees que el traslado tenga que ver con Pedro?

—¿Y por qué ha de tener relación con él?

—Tú sabes que sí, y por eso has venido a darme la noticia. Di la verdad, papá.

—Sí, vine a darte la noticia porque pienso lo mismo que tú, pero no sé nada, no tengo la menor idea de lo que le haya pasado a Pedro.

—Papá, el día que ese cholo vino de perseguir a Pedro se me presentó aquí. ¿Sabes a qué venía? A proponerme matrimonio. Me dijo que iba a dejar de ser policía del Banco y que si me casaba con él pondría un comercio en La Paz. Se me hizo sospechoso, papá, y le pregunté por sorpresa dónde había conseguido dinero. ¿Cómo crees tú que podía haberlo conseguido? Sólo matando a Pedro y quitándole el oro.

José Valenzuela se sentía confundido. Preguntó.

—¿Te dio a entender que tenía mucho?

—Sí, porque si no, ¿cómo iba a poner un negocio en La Paz?

Valenzuela era propenso a dejarse llevar por la última impresión.

—Puede ser como tú dices —dijo, el rostro pesado y la mirada en el suelo.

Pero Sara tenía el hábito de ver los problemas desde varios puntos de vista.

—Lo único que me da alguna esperanza es que si ese cholo hubiera matado a Pedro no se lo callaría. Es demasiado vanidoso para quedarse callado —dijo.

—Puede ser. Tal vez tengas razón. De todas maneras, es raro que el baquiano y el policía que iban con Arze no hayan dicho nada. Si él hubiera matado a Pedro, uno de los dos lo sabría.

—Sí, pero se ha hablado de un cadáver con un tiro en la cabeza. ¿Quién era ese muerto? ¿Tú qué crees, papá?

—Hija, tú me has puesto a dudar. Ahora estoy en la duda.

—Pero papá, no se puede vivir así; yo no puedo vivir sin saber a qué atenerme. Hay que hacer algo.

Valenzuela miró a su hija. Le sorprendía el brillo de pasión y de amargura que advertía en sus ojos. Yasic era su amigo, el amigo suyo y de ella, y su paisano, y había vivido ahí, con ellos; pero eso no justificaba la pasión de Sara. De todas maneras, debía calmarla.

—Bueno, mi hija, tranquilízate —dijo—. Voy a averiguar, pero tranquilízate. Me parece difícil que un hombre como el sargento Arze haya matado a Pedro y se lo calle. No olvides que además de matar a Pedro tenía que matar al italiano.

—Sí, papá; pero a mí no me importa el italiano. Muévete, averigua, haz algo.

Valenzuela salió y Sara, asomada a la puerta, le siguió con los ojos. Creía que se ahogaba. Durante días, desde que oyó a Juan Arze decirle que tenía dinero para poner un negocio en La Paz, había vivido agobiada y sin atreverse a hablar de su preocupación; pero tan pronto habló de ello a su padre comenzó a sentirse en defecto porque no actuaba. Hablar no la había liberado, sino que la había lanzado a la necesidad de hacer algo que pudiera favorecer a Pedro.

Instintivamente, sin ningún propósito, miró hacia la casucha de María Hinojosa, acaso con la esperanza de que Juan Arze estuviera por allí. A quien vio fue a María, con un traje nuevo y rodeada por los niños, que también tenían ropa nueva. Sin duda la familia Hinojosa estaba lista para irse a La Paz. De súbito Sara Valenzuela decidió hablar con María y se dirigió a ella. María la vio acercarse con cierto asombro, porque nunca había ido Sara a visitarla. María le veía el aire de persona que va a tratar algo serio, y dejó de hablar con los niños. En un minuto más, Sara Valenzuela estaba frente a ella y la miraba con ojos profundos y resueltos.

—Quiero hablar contigo, María —dijo.

—Cómo no. Es un gusto verte en esta casa, Sara. Muchachos, hagan el favor de dejarnos solas.



Sara tomó asiento sin dejar de ver a María Hinojosa, fijamente. A María le parecía que la muchacha había perdido de golpe su natural encanto femenino.

—Oye —dijo Sara—, quiero que me digas la verdad. Si me la dices te guardaré el secreto, por duro que sea. ¿Mató Arze a Pedro?

María Hinojosa sintió que terminaba una tarea larga y fatigosa y que podía descansar. Había pensado que se trataba de otra cosa; había temido que Sara iba a hablarle de Juan Arze, a decirle algo que iba a destruir sus ilusiones, el viaje a La Paz, los sueños de vida nueva que tenía por delante. Suspiró como quien llega al final de una jornada terrible.

—¡Ay, hija, qué susto me has dado! —exclamó—. Creí que era otra cosa.

—¿No lo mató? ¿Te ha contado Arze lo que pasó entre él y Pedro?

María Hinojosa se sentía de súbito maternal. Ahí, frente a ella, con la expresión de la angustia en la faz, estaba esa joven cuya vida quiso ella vivir. Le daba pena verla sufrir, y sin duda que sufría.

—Pero muchacha —dijo— ¿por qué te preocupas así? Sí, me lo contó. Él no vio a Pedro. No pasó lo que tú supones, gracias a Dios.

—¿Me lo juras? ¿No te habrá mentido Arze?

—Sé que no me ha mentido y te lo juro por la vida de mis hijos.

Sara seguía mirándola de frente, pero María advirtió un cambio en la luz de sus ojos, y le pareció también que en los labios de Sara se esbozaba una sonrisa que no llegaba a cuajar.

—Te vas a La Paz, ¿no? —la oyó preguntar.

—Sí, me voy con los muchachos. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijeron.

—Arze va con la idea de dejar el empleo y poner un negocio.

—Sí, eso oí decir.

Sara se puso de pie. María se levantó también; cogió a la muchacha por los codos y se inclinó sobre ella, como si fuera a besarla. No sabía qué le pasaba a Sara. Conocía la inclinación de Juan Arze hacia ella y estaba enterada de que le había propuesto matrimonio, pero no podía sentirse celosa. La hallaba bonita, atractiva, simpática. Hubiera dado la mitad de su vida por haber sido Sara Valenzuela en vez de María Hinojosa. Sara esquivó el beso y se alejó sin volver la cara. Despreciaba todo lo que tuviera relación con Juan Arze y las cosas no habían cambiado porque supiera que Arze no había dado muerte a Pedro Yasic.

Al llegar a su casa vio las habitaciones, pequeñas y pobres, arregladas y limpias, y pensó que allí no tenía nada que hacer y que ella necesitaba hacer algo, algo que la distrajera. Aunque Juan Arze no hubiera asesinado a Pedro, ella estaba segura de que a Pedro le sucedía algo.

—Ay Virgen del Carmen, ayúdalo; no dejes que le pase nada malo —dijo en alta voz, con los ojos puestos en alto.

Se sentía agobiada, casi exhausta, como persona que durante largo tiempo ha llevado una carga por dentro, y no podía sentarse a descansar, echarse a dormir. “Déjame ver si el vestido azul tiene todos sus botones. Me parece que se le estaba cayendo uno”, pensó. Y ya iba a buscarlo cuando oyó la voz de su padre.

—¡Sara, Sara!

Sonaba emocionada, lo cual quería decir que llevaba una noticia importante. Sara se asustó y corrió a la puerta. Pero mientras corría gritaba:

—¡Estoy aquí, papá; aquí estoy!

Efectivamente, José Valenzuela llegaba con novedades.

—Mira esto. Míster Forbes me ha mandado este papel.

Ella tomó la esquila y la leyó de prisa, buscando el final, buscando un dato que le diera luz. Pero no había explicación ni dato. Simplemente, el viejo Forbes le pedía a Valenzuela que fuera a su casa, que usara la balsa en que le había enviado el recado y que si podía, llevara con él a su hija.

—¿Qué te parece, hija? ¿Qué crees tú que sea?

—¿Pero qué va a ser, papá? Eso es Pedro, algo relacionado con Pedro.

Valenzuela miró a su hija con aire inocente.

—¿Y qué hacemos? Sara tenía ganas de agarrarlo, apretarlo, pellizcarlo.

—Papá, ¿pero eres tonto? ¿Qué crees que debemos hacer? ¡Ir, irnos inmediatamente!

## XX

Alexander Forbes, que había bajado a esperarlos al pie de la escalera, tenía una expresión tan seria que asustó a Sara.

—¿Sabe algo de Pedro? ¿Le pasa algo a Pedro? —preguntó llena de ansiedad, antes aún de saltar de la balsa.

—Por eso los mandé buscar —dijo el viejo Forbes.

—¡Te lo dije, papá; te lo dije! —y volviéndose a Forbes—  
¿Murió? ¿Lo mataron?

—No; está aquí, enfermo.

Sara se lanzó hacia la escalera al tiempo que preguntaba:

—¿Dónde; dónde está, señor Forbes?

—Espere, señorita; no se angustie. Suba. Venga usted, Valenzuela. El señor Yasic está arriba. Lo verán dentro de un momento. Quise que ustedes vinieran para eso, para que lo vieran y ayudaran a atenderlo. Pensé que como ustedes son chilenos como él, y además él vivió en casa de ustedes...

—Sí —corroboraba Valenzuela, como si Forbes no lo supiera—, vivía en casa; es chileno y vivía en casa.

Estaban entrando ya en el salón, cuando Valenzuela preguntó:

—¿Trajo el oro, míster Forbes? ¿Vino con el oro?

—No. Vengan, siéntense. Necesito hablar con ustedes.

Casi a gritos, Sara lo interrumpió:

—Hable con papá. Yo quiero ver a Pedro. Dígame dónde está él.

Siempre serio, el viejo Forbes dijo:

—Ya la llevaré, señorita. Ahora cálmese; ahora necesito hablar con su papá y con usted.

Sara se dejó caer en uno de los sillones. Valenzuela preguntó:

—¿Y qué hizo con el oro? ¿Cómo llegó aquí?

—Lo encontraron mis lecos, que por pura casualidad iban remontando el Mariapo. Por lo visto, se había perdido en la selva y ya sabe usted que los que se pierden en la selva...

—Sí, vuelven al lugar de donde salieron... Pero es extraño que llegara sin oro.

Sara protestó:

—Papá, por Dios, no hables más del oro. Dígame, señor Forbes, ¿cómo está?

—Enfermo. Ya le he dicho que va a verlo, pero antes quiero decirles algo. Ustedes saben que el señor Yasic se fue con oro, dicen que con mucho oro; por esa razón, las autoridades lo persiguen. Al mismo tiempo que a ustedes, envié una nota al capitán Ramírez y espero que llegue pronto.

—¿Va a ir preso? —preguntó Sara.

La cara de la joven era el retrato de la angustia. A Alexander Forbes le dolía la expresión.

—No sé, señorita. Yo no soy autoridad ni juez. Yo no sé si el señor Yasic ha cometido delito o no; pero sé que violó una ley y yo no puedo protegerlo contra la ley. Además, con él se fueron otras personas y él deberá aclarar qué ha pasado con ellas. Les he pedido a ustedes venir para que ayuden a cuidar al señor Yasic, pero deseo aclarar que si está en mi casa es porque aquí vino a dar, no porque me halle dispuesto a encubrir nada mal hecho. ¿Me han entendido?

Ninguno de los dos había entendido. Valenzuela sólo pensaba, de una manera muy poco precisa, que a Yasic lo

perseguían y que no había llegado con el oro, y Sara sólo sabía que él estaba enfermo y necesitaba ayuda.

—Señor Forbes, no hable lisuras —dijo con entonación colérica—. Dígame dónde está Pedro y explíqueme todo eso al capitán Ramírez o a quien sea.

—Venga —dijo Forbes.

Sara se levantó tan de prisa que Forbes la comparó con una avecilla a la que de pronto se le abre la puerta de la jaula y durante algunos minutos vuela por la habitación golpeando las paredes a aletazos porque no atina a saber hacia dónde debe dirigirse.

Pedro Yasic estaba en el cuarto de huéspedes, con la cara hacia la pared, verde de tan pálido a juzgar por lo que se le veía de piel. Sudaba copiosamente; se le formaban sin cesar gotas de sudor que crecían, se henchían y tomaban peso en un segundo, y de golpe se desprendían de la piel y rodaban hasta la cama.

—Es la transpiración del paludismo —explicó Forbes sin que nadie le hubiera preguntado nada—; y es posible que además de paludismo tenga algo más.

Sara se había tirado de rodillas junto a la cama, había dejado caer la cabeza en la orilla y había comenzado, a llorar.

—Pedro, Pedro —decía en voz baja.

Al rato, casi mecánicamente, se secó las lágrimas con la falda y cogió las manos del enfermo. De golpe, como un autómatas, Yasic se incorporó, abrió los ojos y pareció fijarlos en la muchacha. Pero ella se dio cuenta de que esos ojos no miraban. Estaban brillantes y a la vez turbios y no tenían gobierno interior; no funcionaban como ojos sanos sino como ojos de ciego. Sara sintió de improviso un miedo agudo y disolvente; sintió como si su corazón se le hubiera hecho agua en un instante. Hubiera querido gritar, pero el miedo no la dejaba.

—Mamá, mamá —dijo el enfermo con vigor y sin embargo con lengua tan tartajosa que costaba trabajo entenderlo— tu hermano murió; tío Pedro murió.

Al terminar se dejó caer en la cama, no como un hombre sino como un bulto, y en el momento de caer tenía ya los ojos cerrados otra vez; y seguía sudando a chorros.

Alexander Forbes dijo:

—Vamos a dejarlo solo. Cuando termine de sudar se sentirá mejor y podrá hablar con ustedes.

Sara levantó la cabeza.

—Váyanse ustedes. Yo me quedo aquí.

El viejo Forbes la miró compasivamente.

—Está bien, quédese; y usted, Valenzuela, venga conmigo.

Se fueron; y en la penumbra de la habitación Sara se quedó oyendo la respiración del enfermo; una respiración sonora y larga que a ella le parecía torpe y difícil. Sara se angustiaba y temía, ella que no había temido nunca. “¡Dios mío, que no se muera; que no se muera, Dios mío. Le cuesta trabajo respirar. Parece un muerto; con esa barba parece un muerto. Virgen del Carmen, que no se muera!” Y de pronto, sin darse cuenta, de pensar pasó a hablar; de allá adentro, del cerebro, donde las palabras eran imágenes silenciosas, pasaron a sonar.

—Pedro, soy yo, Sara; es Sara, Pedro.

El enfermo se movió, pero no dio señales de haber oído.

De rodillas, con los codos abiertos en el borde de la cama y la cabeza de perfil entre ellos, oyendo la respiración del enfermo, Sara veía imágenes; imágenes veloces que iban y volvían y se sucedían abruptamente; ella y Valenzuela en los ríos de la selva; ella pequeñita al lado de su padre en una balsa y Pedro desde una orilla llamándola con una mano, pero Pedro enfermo, flaco, barbudo ... Ella enseñando a Pedro a usar la batea de lavar oro ... Pedro llegando a la casa y

Valenzuela atrás, con una maleta al hombro ... María Hinojosa y Juan Arze en la puerta gritándole: “Ah, conque tú estabas de acuerdo con él ¿no?” ... Ella en Antofagasta, una Antofagasta de una sola casa y de un solo patio y de un solo pedacito de calle, y una anciana llamándola: “¿Pero dónde se ha metido Sarita?” Una voz que anunciaba: Sara, su papá está llorando”.

Sara levantó la cabeza. “Papá, pobre papá; qué vida tan dura y tan vacía”. Y de inmediato, sin que pudiera evitarlo aunque tampoco lo deseaba, sintió que estaba durmiéndose, que estaba desvaneciéndose.

De golpe, voces masculinas, pasos que se acercaban y sombras en la puerta; y a seguidas, la voz de míster Forbes:

—Ahí lo tienen.

Avanzaron primero dos hombres, uno de ellos vestido de negro, muy delgado, de piel oscura, alto, triste; el otro, de pelo negro, lentes al aire y pequeño bigote. Sara lo reconoció. “Es el capitán Ramírez, y viene a llevárselo preso”, se dijo. Y de pronto se puso de pie y habló con acento agresivo:

—Capitán, usted no puede llevárselo preso. Este hombre está muy enfermo.

Al capitán le sorprendió la actitud de esa mujer joven de voz tan dura que había aparecido ante él de manera súbita, como si hubiera salido del fondo del piso.

—Es mi hija —explicó Valenzuela.

—Mucho gusto, señorita.

—Usted no puede llevárselo, capitán; está muy enfermo y si lo mueven de aquí se muere.

—Está sudando la fiebre —dijo Forbes.

Durante un instante que a Sara le pareció una eternidad, nadie habló. Todos miraban hacia Pedro y Sara les miraba a ellos; les miraba con ojos fijos, llenos de ansiedad.

—De manera que no tenía oro encima, Míster Forbes.



Las palabras del capitán Ramírez se oyeron raras, lentas, como una campana de pueblo que está doblando en medio del silencio general; y así se oyó la respuesta de Forbes.

—Ni un grano, capitán Ramírez. Como le expliqué, sólo traía un fusil y un cuchillo.

Otra vez el silencio, y en él, el pensamiento de Sara produciéndose a gran velocidad: “Yo sé quién tiene el oro, pero no voy a decirlo. El sargento Arze lo tiene. Encontró a Pedro enfermo y le robó el oro. ¿Y cómo no lo mató, por qué no lo mato?” Otra vez sintió miedo, un miedo tan intenso como si hubiera visto a Juan Arze disparando sobre Yasic.

—Extraño destino, míster Forbes, que Pedro Yasic, el hombre que huyó con el oro, haya venido a dar sin oro a la casa del hombre que halló la paz... El oro y la paz... Parece una novela, míster Forbes.

Con la voz seria que había tenido todo ese día Alexander Forbes comentó:

—Sí, parece una novela, capitán Ramírez. En la selva, cada vida es una novela.

Silencio otra vez, y al rato, la voz del capitán:

—¿Qué le parece a usted, Montenegro? No traje ni un grano de oro.

Montenegro debía ser un funcionario importante, porque su voz era segura, como de persona que sabe lo que dice.

—Si no traje oro no incurre en ningún delito, capitán. La única pena que le cabe al que se lleva oro en Tipuani es la confiscación de la cantidad que se le coja. Pero tal vez él podría decirnos qué hizo con el oro y quizá podríamos recuperarlo.

Los hombres comenzaron a salir. Sara oyó al capitán:

—Si está mejor mañana, se irá con nosotros; si no, dejaremos aquí un policía para que lo conduzca a Tipuani tan pronto mejore.

Montenegro —¿era él o era otra persona?— dijo.

—Habrá que llevarlo a La Paz para que explique lo del cadáver.

Alguien preguntó:

—¿Tendría que ver Pedro Yasic con lo del cadáver?

A Sara le pareció que era la voz de míster Forbes, pero no podía estar segura porque los hombres se alejaban y las voces ya no se distinguían bien. De todas maneras, ella volvió a sentir que el miedo le aguaba el corazón. Había habido alguien muerto, y pudo haber sido Pedro. ¿A qué se debió que Juan Arze no lo matara?

Ya era de noche. La noche había entrado de golpe, y allá afuera, en el río, en la jungla, espesándose sobre el agua, esparciéndose sobre la tierra, por entre los árboles, por los bañados, las sombras iban igualando todas las cosas del mundo, disolviendo todos los perfiles, soldando en un solo bloque negro al ave que dormía en una rama, a la culebra que reptaba en busca de un roedor y al gusano que tomaba calor entre las hojas que fermentaban en el suelo...

...Y a ella, Sara Valenzuela, y a Pedro Yasic, el hombre que le había hecho sentir ansiedad, miedo y un sobresalto hondo, amargo y deslumbrante.



## XXI

Un año después —exactamente un año después—, el director de la Sección Bolivia del Ministerio de Relaciones Exteriores, que acababa de llegar a su despacho en el Palacio de la Moneda de Santiago, recibió de manos de un subalterno una tarjeta.

—Dígale que pase, por favor —ordenó después de haberla visto; y a seguidas—; pero antes tenga la bondad de pedirle a Maturana el expediente de Yasic, Pedro Yasic.

Cinco minutos después entraban a un mismo tiempo, por una puerta el empleado Maturana —bajo, delgado, casi invisible de tan insignificante, y además cojo—, con el expediente en la mano izquierda, y por la otra un hombre mediano, grueso, de andar erguido, lentes, nariz larga, boca fina y bien vestido. El director de la Sección Bolivia se levantó a saludarlo.

—Siéntese, doctor Yasic —dijo—. Aquí estamos, precisamente con el expediente de su hermano en el escritorio. En su última comunicación el Cónsul dice que la justicia boliviana tendrá que dejarlo en libertad por falta de pruebas... ¿No es eso, Maturana?

Federico Yasic vio a Maturana aprobar con la cabeza.

—¿Ha leído alguno de ustedes la “Segunda de las últimas” de ayer? —preguntó.

El director y Maturana cambiaron miradas.

—No —dijo el director.

—Yo tengo aquí un ejemplar —explicó Federico Yasic mientras se llevaba la mano al bolsillo de la chaqueta—. Ve esto, por favor.

Había puesto el diario, abierto, sobre el escritorio, y con un índice fuerte señalaba el titular de una información.

El director preguntó:

—¿De Asunción, Paraguay?

—Sí, de Asunción. Lea, por favor —casi ordenó Federico Yasic. El director comenzó a leer en alta voz:

“Tres cinematografistas italianos que acaban de llegar a esta ciudad después de haber pasado más de un año en la selva brasilera filmando un documental, declararon que encontraron a una mujer blanca viviendo con una tribu indígena. El singular encuentro tuvo lugar hace menos de dos meses.

‘Según uno de los informantes que residió en Madrid, la mujer parece ser española aunque no fue posible obtener ningún dato sobre su vida.

‘El cacique de la tribu explicó que la extranjera había llegado allí hacía algún tiempo —no supo decir cuándo— y por su propia inclinación se había dedicado a cuidar a los niños indígenas.

‘La supuesta española mostró animadversión a los italianos y huyó aterrorizada cada vez que alguno de ellos trató de hablarle, actitud que contrastaba con la de los indígenas, que fueron cordiales con los extranjeros. Durante su estadía en la tribu, los camarógrafos no pudieron filmar escenas con los niños debido a que la mujer se opuso enérgicamente a que ellos vieran a los pequeños indígenas bajo el pretexto de que eran asesinos que habían llegado con el propósito de matar a sus hijos.

‘Uno de los cinematografistas, que es antropólogo, expuso a este corresponsal la teoría de que la extraña mujer, bajo la presión del medio selvático, ha retornado psicológicamente a una edad comparable con la edad de piedra y reacciona ante

el hombre blanco rechazándole con más violencia que los naturales de la selva”.

Al terminar, el director de la Sección Bolivia levantó la cabeza.

—Ésta es la española del caso de su hermano. Ahí está la prueba que lo favorece —dijo.

Federico Yasic habló, como siempre, sin moverse.

—En Derecho, eso es un indicio favorable, no una prueba. Sólo sería una prueba convincente si alguien pudiera sacar a esa mujer de la selva y llevarla a La Paz, y aun allí tendría que ser reconocida por testigos.

—Pero no podemos hacer eso, doctor Yasic —aseguró el director.

—No, pero usted puede pedir a nuestros funcionarios diplomáticos en Asunción que hagan un interrogatorio a esos señores italianos. Sus declaraciones debidamente protocolizadas podrían ayudar.

—Tiene razón. Maturana, redacte un cable a nuestra Embajada en Asunción.

Maturana se fue, musitando un “sí señor”, y el director puso los codos en el escritorio.

—En el expediente de su hermano —dijo— hay varias cartas de una joven chilena que vivía en Tipuani y se fue a La Paz, con su padre, para ayudar a su hermano. Si su hermano sale bien, y yo creo que va a salir bien, ¿dejaría allá a esa muchacha?

Federico Yasic se puso de pie. Sin duda tenía un plante categórico.

—Señor director —dijo—, mi problema es ayudar a mi hermano. Con sus amigos y con sus enemigos, que se entienda él. Buenos días y muchas gracias.

Dio la espalda y se fue con paso seguro. El director se quedó mirándole hasta que cruzó el vano de la puerta. “Después

de todo, tiene razón”, pensó. A seguidas abrió un cajón del escritorio, sacó un montón de papeles y se dedicó a leerlos, completamente olvidado ya del caso de Pedro Yasic y de la muchacha chilena que escribía cartas relacionadas con Pedro Yasic.

La Habana, marzo de 1957;  
Aguas Buenas de Puerto Rico, enero de 1964.

INDIOS  
APUNTES HISTÓRICOS Y LEYENDAS





## ADVERTENCIA

Las fuentes de nuestra historia son muy turbias. He estado acechando bajo las estrellas a que aclarase el agua; pero como no lo consiguiera, hube de esforzarme en limpiarla sin pedir ayuda.

Creo que me he valido útilmente de la intuición para dar al público un plato histórico asaz desconocido. Los datos estaban, pero tan confusos y desordenados, que a nadie podían ser servidos.

Ahora, que me perdonen los auténticos historiadores, a quienes respeto y saludo tímidamente, en la puerta de este paquetito de papeles.



## LOS ABORÍGENES

I  
La diestra mano engarfiada en una jarcia, la otra prieta sobre el pomo de la espada; centelleantes los ojos y ardorosa la mente por la idea de la cercana riqueza, el soldado de la conquista cruza el claro mar que sus hermanos han llamado “de los caribes”. Sobre cubierta, húmeda la nariz, dormita el perro que el blanco enseñará a cazar indios.

Cercana debe estar ya la tierra, puesto que la brisa trae otro olor que el de sal y puesto que en el diáfano cielo hay a veces manchas de avecillas.

Todos son iguales a éste, de fino bozo, delgado, con un armazón que enseña la fuerza tras la delicada arquitectura. Todos tienen como éste mirada brillante; y a todos los exalta la fiebre de la cercana propiedad. En los sueños de posesión de vírgenes indias, no está sin embargo implícita la renuncia de la prometida que espera en Las Españas. Esta supone la tranquilidad en la vuelta, cuando se haya abandonado el doble voluntarioso y fogoso que retornará algún día de las Indias cargado de oros.

Vienen dispuestos a domeñar con mano recia a estos salvajes desnudos, tan ignorantes que no elevan monumentos sangrientos a la cruz, si bien tampoco cree mucho en ella el español, a menos que se trate de la cruz de su espada.

Acaso venga un día entre ellos un padre Las Casas, y merced a esto se pueda escarbar, cuatro siglos después, en busca

de datos sobre la vida de la raza aborígen. Pero serán demasiado pocos, puesto que antes de llegar Las Casas, a las cortesías de los dueños de su isla responderán los conquistadores con el estruendo de los arcabuces, y en Jaraguá, Maguá, Marién, irán los perros destrozando a dentelladas, entre la bendición de una selva sin traiciones, a los hombres que han sido declarados siervos de Sus Majestades Católicas.

Atardecido ya, cuando desde los cielos van cayendo tintas lilas sobre el mar, el soldado de la conquista adivina una mancha azul oscura recostada en el poniente. Sobre la cofa hay marineros que hacen atalaya. En el Castillo de proa alguien grita:

—¡la Española!

La mano recia se engarfió con epilepsia de la jarcia. En el crepúsculo tropical habrá menos tintes rojos que en las pupilas del soldado. La brisa fresca pliega, temblando, el velamen.

En la noche le es imposible dormir. Una fiebre desconocida le muerde el pecho y las manos. Amanecido es, como todos, el primero en querer entrar al bote. El sol de un nuevo día le encuentra ya pisando con insolencia de dueño la tierra americana.

¡No hay que pensar sino en el oro! El mismo Almirante, a quien encantaron las costumbres de estos salvajes, habla menos de ellos que de la posibilidad de encontrar oro. Más que la belleza de estas tierras y la gentileza de sus habitantes, le halagó la idea de haber encontrado millones de siervos para sus reyes y extensos valles en los que sembrar trigo con qué dar de comer a toda Castilla.

Tal vez haga que Fray Ramón Pané se interne en la isla con objeto de conocer la mitología y las leyendas indígenas; pero Fray Ramón volverá pronto sin haber correspondido plenamente a su encomiable deseo. Los demás no tendrán tiempo de preocuparse por lo que sientan y piensen los indios de

esta isla: hacia el Poniente se ha hallado tierra firme, abundante en piedras preciosas y ricos metales; allí saben sus habitantes de escritura y los hombres podrán descifrarla después. Pero... ¡la Española! la Española, tierra conquistada como providencialmente es. El Dios de los cristianos la ha puesto en manos de cristianos. Bueno será no dejar huellas de que aquí existieron salvajes. Sólo se salvarán los odiosos ídolos enterrados por la mano amorosa del indio. Y aun sobre esos ídolos sepultos se alzaré la cruz, en nombre de la cual se extermina cruelmente a toda una raza.

Los hombres trabajan febrilmente levantando viviendas. El recién llegado ve por primera vez mujeres semidesnudas.

Este oscuro soldado de la conquista es incapaz de suponer que en sus bastas manos están danzando cinco siglos de historia.

## II

¿Taínos? ¿Caribes? ¿Ciguayos?... No sabemos. La isla era tierra de paso, leve calor para la planta fugitiva. América del Norte adentro se han encontrado poblados con los nombres de Yuna y Cotuí, correspondientes al léxico nuestro; luego, es innegable que estas antillas eran puente entre el Norte y el Sur. Resultaba arriesgado y difícil emprender largos viajes por agua y las islas estaban cercanas; de ahí que ésta fuera un mosaico de pueblos, porque cada fila pasajera fue dejando aquí rezagados.

Probablemente los ciguayos tomaron posesión de la isla antes que otra raza. Indios semisalvajes, de frente tumbada y fiero carácter, toscos y sanguinarios al principio, habitaron en cuevas y buscaron la Cordillera Septentrional. Debieron ser cortos en número, que de otra manera hubieran opuesto resistencia a los taínos, venidos del continente en son de pacíficos conquistadores. Los primeros fueron siempre guerreros

y ariscos; usaban macana y flecha y no toleraban intromisiones. Los últimos eran labradores por excelencia, gallardos, bellos, tranquilos. Se acomodaron a la bendición del clima y empezaron a suavizar algunas de las duras costumbres que trajeron del Sur.

En las décadas precedentes al descubrimiento, unos hombres oscuros, fuertes y feroces, de audaz mirar y nariz aguileña, irrumpen en la isla y, empujando a los taínos hacia Oriente y Occidente, entran, a modo de cuña, para terminar posesionándose de las regiones que hoy corresponden a las dos provincias de Macorís, a la de Samaná, en parte, y al pedazo de la de Santo Domingo comprendida entre las dos primeras: los macorixes, pertenecientes a la gran familia de los caribes, vienen a completar el mosaico.

La conquista emprendida por estos caribes macorixes no estaba hecha aún. Y nunca pudo completarse, porque es entonces cuando aparecen en los mares de la isla las naos de Colón, y a la fiereza de ciguayos y caribes sustituye entonces la de otra raza que acabará en pocos años con la población entera, sin reparar en divisiones. Tres denominaciones raciales distintas correspondían en el criterio católico de los conquistadores a una sola palabra: herejes.

### III

Los que observaron sobre el terreno las costumbres de los aborígenes no supieron hacer distinciones entre los pueblos de la isla; de ahí que refieran todas las costumbres como pertenecientes al conglomerado.

Al igual que todos los habitantes de estas antillas, los nuestros hablaban, aparte de su dialecto, una lengua general que les servía para dirigirse a los diversos pueblos: era la lucaya, algo así como un esperanto indígena. Esta lengua servía, sin duda alguna, como principal vehículo de entendimiento,

no tan sólo entre los distintos habitantes de una misma isla, sino que también entre ellas.

Es de suponer, por la similitud entre los ídolos encontrados aquí y los desenterrados en Cuba que había intercambios corrientes entre los pobladores de ambas islas. ¿Eran un solo pueblo dividido nada más por el mar?

Ni siquiera podemos suponerlo, y eso nos duele. Desgraciadamente, somos tan sólo dueños, hasta cierto punto, del presente; pero el pasado no nos pertenece, puesto que el hombre no tiene acceso en esa eternidad donde se pierde, con sus acontecimientos, cada minuto que cruza ante nuestros ojos atónitos, camino del ayer.

#### IV

Un momento antes de entrar en descripción de caracteres y costumbres de nuestros aborígenes, voy a detenerme ante las piedras que la mano aventurera, la mano ignorante, la mano negociante y la mano coleccionista han ido extrayendo de la negra tierra. En el claro silencio de las piedras, silencio cargado de palabras que el hombre no está aún apto para oír, va enredándose la historia y grabándose, unas veces con indolencia, otras veces con amor.

Los historiadores están contestes en lo que al carácter afectuoso de nuestro indio se refiere. Ninguno se duele de crueldad en él; antes al contrario, el Almirante y Las Casas entienden que es decididamente fácil hacerle cristiano, puesto que no sacrifica ni siquiera vidas de animales en aras de sus dioses. Sin embargo, las excavaciones practicadas en la región del Sur denuncian la existencia de piedras de sacrificios humanos.

¿Perteneían esas piedras a lejanas épocas de los mismos pueblos encontrados aquí por el conquistador, o son muestras de una anterior? No debemos olvidar que, aún hasta principios



del siglo pasado, ésta fue tierra de escala, regazo suave, sombra de árbol copioso en camino soleado. Por aquí han pasado, deteniéndose apenas el tiempo necesario para tomar descanso, casi todas las razas del mundo.

Cabe también preguntar: ¿fue fiero, al principio, nuestro indígena, y la bondad del clima, la paz de la naturaleza, le fue limando su aspereza?

Los cemíes de simetría y labrado perfectos, trabajados casi siempre en la más dura piedra, pertenecen, indudablemente, a la época de la conquista. ¿Pero fueron acaso manos abuelas de las que labraron esos cemíes las que trabajaron aquellas toscas piedras de sacrificios? No lo sabemos. Más allá de los conquistadores, el silencio. Un silencio compacto y egoísta.

## V

Lo primero que debemos decir en justicia es que desconocemos el nombre indígena de la Isla. No era Babeque, la tan buscada tierra del oro; que Babeque fue para el español algo así como el Dorado de los mares; isla de ensueño, más lejos, a cada día, de las naos conquistadoras.

En Cuba dijeron a Colón que hacia el Este estaba “Bohío”; pero “bohío” quería decir hogar si hemos de atender a la acepción que todavía damos a esta palabra y quizá aquellos indios procedieron de nuestra tierra, que si no nunca hubieran podido precisar su situación. ¿Y qué de extraño tiene que así fuera, y al decir *bohío* se refirieran a su casa, a su lugar de procedencia?

Válganos aclarar, sin embargo, que Fray Ramón Pané, la más pura fuente de datos que podemos hallar, porque llegó a la Española en tan temprana época que todavía pudo ganar la católica honra de convertir al primer indio, dice en sus notas que mucho antes de la conquista, esta isla y todas las que le rodean fueron llamadas Buhíos.

En la costa occidental oyó el Almirante nombrar Haytí a la nuestra: mas he aquí que “haytí” quiso decir entre ellos sin duda alguna tierra de lomas, como lo es la de casi toda esa región; por lo menos, ese significado tiene en el presente. Los campesinos de la región oriental del Cibao llaman haytises a los grupos montañosos. A todo lo largo de la Cordillera Central, desde el Cotuy y Yamasá hasta Sánchez, *haytises* significa lomas altas.

Sabemos por demás que nunca fue esto conocido por Quisqueya; la palabra no deja de tener su belleza, pero carece de origen válido.

Cabe suponer que la nombraran a pedazos, puesto que en sus escasos medios de relación (las piernas), esta isla, con ser tan pequeña, debió parecerles de mensuras descomunales. El indio, tan hábil para el detalle, tan meticoloso, no tenía visión de amplio horizonte. De ahí que no la dieran un nombre que la expresara toda.

Tal cosa había de quedarse para los del continente, más civilizados. Menester es, sin embargo, reconocer que había entre los nuestros espíritus continentales, como Anacaona, la gentil y bella esposa de Caonabó, que no supo asombrarse con los extranjeros conquistadores, sino que conservó y usó con ellos las mismas frescas y llanas atenciones que la distinguieron siempre. Pero su amplitud no llegó hasta hacer de la isla un solo reino, gobernable por un solo cacique y denominada por un solo nombre. Aunque no es de dudar que lo pensara un día, puesto que su marido Caonabó tenía madera de gran jefe y puesto que ella misma se sentía reina más allá de sus fronteras, como lo demuestra el hecho de haber gobernado hábilmente a Jaraguá después de la prisión de su compañero y el de haber obligado, bien con intrigas, bien con consejos, a que su hermano Behechío Anacauoca, señor de luengas tierras e incontados vasallos, pactara amistad con el cristiano.

## VI

Hemos dicho que el indio taíno, cuyo idioma era el arahuaco, tenía como profesión la agricultura. Su casa llamada *bohío* era de yaguas y generalmente redonda, aunque las había cuadradas. El bohío del campesino dominicano se parece mucho, salvo ligeras variantes en su disposición, al usado por sus lejanos abuelos.

Acostumbraban vivir en poblaciones y éstas se levantaban en círculo, con amplio espacio central que llamaban batey y les servía para sus juegos y reuniones. Paya, Sombrero, o cualquiera de los presuntuosos y limpios poblados que rodean a Baní, son copias exactas de los que albergaron al pueblo aborigen, con la diferencia de que estos de hoy, con el pozo que adorna su centro, tienen el injerto de la conquista, maravillosamente sembrado para siempre en piedras coloniales, con hondas raíces de aguas adentradas en la tierra.

Cuando el poblado era grande tenían bateyes menores, que para el indio era cosa sustantiva jugar pelota. Se acaloraban y enardecían en el juego y las ridículas apuestas de un collar, de cualquier fútil adorno, eran, en sus almas infantiles, acicates mayores.

No tenemos noticia de que existiera en la organización social de nuestros antepasados la propiedad particular, pero sí parece que cada uno cultivaba un pequeño conuco o *cunucú*, para llenar sus necesidades. Sus cultivos eran escasos, mas bastaban al indio: yuca, de la que hacían el pan llamado age y el casabe o casabi, quemando la raíz guayada en burenes, tal como se hace hoy; maíz, que ellos llamaban maisí; tabaco, aunque Oviedo asegura que no era éste el nombre de la hoja aromática, sino que denominaban así a los tubos con los cuales absorbían por la nariz su polvo quemado; algodón, que les servía para hamacas y para el minúsculo vestido que usaban las mujeres casadas. Estos productos, una vez

usados los necesarios y entregada al cemí de devoción la parte que le correspondía, pertenecían a la comunidad y la población procedía a transportarlos en canastos hasta las costas, donde eran canjeados por peces.

Una gran parte de la población (los historiadores aseguran que la tercera, más o menos) vivía de la pesca. En esta industria usaban de redes, anzuelos hechos con huesos y flechas para los grandes peces. Se hacían a la mar en canoas de asombrosa capacidad: las había, según testimonio de Las Casas, hábiles para llevar hasta un ciento de personas.

Para hacerse de estos medios de navegación, escogían grandes troncos de árboles livianos, y los gastaban con fuego. Es inexplicable cómo conseguían cortar esos troncos, ya que sus instrumentos eran tan rudimentarios que no podríamos hoy valernos de tales para la más menuda labor.

Los que vivían de la pesca esperaban la llegada de los agricultores o se dirigían a ellos, de modo que el intercambio era constante. A menudo sucedía que ese intercambio se efectuaba entre habitantes de la isla y de otra; entonces usaban la lengua lucaya, o la arahuaca, armoniosa y bella, de la que nos han quedado incontadas palabras, ya en nombres de ríos, ya en nombres de lugares, ya en nombres de plantas.

De las excavaciones de Andrés y Boca Chica se deduce que probablemente existiera también un pueblo artesano, que de otra manera no se explica tal profusión de vasijas, burenes, ollas y otros utensilios primorosamente ejecutados en barro quemado. De ser así, esos artesanos se sostendrían, como los pescadores y los agricultores, por cambio de productos. Pero sucede que, según testimonios de quienes debieron saberlo, porque vivieron en la isla durante la conquista, todas las labores manuales eran ejercidas en cada bohío, durante los ratos de ocio que no eran, precisamente, los menos.

\*

\* \*

Qué espléndida riqueza la de esta tierra. Abundaban los árboles frutales: guayaba, guanábana, cajuil, jagua, candongo, guama, gina; y las plantas medicinales: tuatúa, maboa, guaguasí, guanibré; las de tintura, como la bija, usadas para proteger el cuerpo, con su pintura, contra el ataque de los insectos, únicos seres ofensivos en la bondad de la naturaleza. Abundaba el jigüero, que les daba vasijas en las que conservar el agua; la palma, llamada cana, que se desgaja frente al hombre en esplendidez: que nos presta la madera del bohío, la yagua del techo, el tierno palmito; adorna el paisaje con indolente majestad y nos brinda sus pencas para celebrar el triunfo.

¿Cómo no había de ser paradisíaca la vida de sus habitantes? Ellos, además, armonizaban con la gracia de la tierra: no tenían egoísmo y lo alejaron del corazón hasta no conocerse en su lengua las palabras tuyo y mío; nunca oído español oyó groserías contra mujer; mansos más que la mansedumbre misma: Las Casas asegura haber visto sólo una riña, y en ella los dos indios no se pegaban con las manos, sino con los hombros. Hasta dónde llegaba su dulzura, nos lo dicen sus insultos: “*buticaco*” significa ojos claros, “*xeyticaco*”, ojos negros y “*mabite*” desdentado. Y estos insultos, aun en su simpleza, eran dichos nada más que en casos de injuria mayúscula.

El aborigen vivía vida edénica: sin un solo animal feroz que le significara peligro; dulce y tierno, como retoño nuevo en la humedad de la sombra acogedora; poco acostumbrado al trabajo, puesto que sus más pesados instrumentos de labor eran la coa y el hacha; guerrero por necesidad, que sólo el ciguayo y el caribe usaban armas ridículas, el indio

sólo sabía vivir muellemente la mansa vida del trópico fecundo. De ahí que los rudos trabajos de la colonización, aptos para hombres de hierro como el español, acabaran con más indios que todas las epidemias y todos los resabios de la naturaleza.

## VII

La organización política, como la ideología del indígena, correspondía perfectamente al medio en que se desenvolvía su apacible vida. Aparte la división territorial en cacicatos, estrechamente unidos entre sí como hoy las provincias de un mismo país, pero conservando una ilimitada libertad que les permitía guerrearse entre sí, ellos tenían un ordenado sistema de gobierno.

El cacique era el gran jefe, señor de la guerra y de la paz; pero como él no pudiera ocuparse en todo lo concerniente al gobierno, delegaba su autoridad en los nitaínos, caciques menores, vehículos de la mayor autoridad. Éstos eran de tres categorías, y se nombraban, empezando por la más alta: Matunherí, Baharí y Guaoxeri.

Los nitaínos podían muy bien corresponder al actual pedáneo, pero no sabemos si ellos eran jefes de tribus nada más, o si a sus mandatos obedecía un determinado número de vecinos. Es sí seguro que sus actuaciones consistían en hacer obedecer las órdenes del cacique, las cuales se reducían, casi siempre, a repartir los alimentos, cuidar de las observanzas religiosas, ordenar los trabajos, dirigir la guerra y representar en todo a sus gobernados.

De los honores rendidos a los hijos y familiares del cacique se desprende que éste era un cargo hereditario, mas no es de dudar que pudiera ser adjudicado violentamente también, por imposición de los vencedores, como es probable que sucediera con Caonabó.

La población respetaba y quería entrañablemente a su Cacique. Durante la prisión de Guarionex en la Concepción de la Vega Real, más de cinco mil indios se presentaron a don Bartolomé pidiéndole, con lágrimas en los ojos, la libertad de su padre, que como tal consideraban a su jefe.

El cacique no procedía, como parece a primera vista, con absoluta libertad, sino que estaba constantemente rodeado de viejos consejeros, entre los que desempeñaban principalísimo papel los sacerdotes y brujos, bouhitis, llamados butios por algunos historiadores.

El bouhiti era a la vez sacerdote y médico; pero su papel, tan respetado en todos los pueblos y en todas las civilizaciones, no lo era extremadamente entre nuestros indios. Veamos un caso: cuando alguien enfermaba, el brujo procedía a curarlo y para ello se valía de exorcismos, plantas medicinales y misteriosas conversaciones con los espíritus. Generalmente era el agua el más socorrido medicamento. Si ordenaba una dieta al enfermo, él debía seguirla simultáneamente. Pero ¡ay del bouhiti si el enfermo moría y se comprobaba que el brujo no había seguido la dieta, a lo que se achacaba la muerte! Responsable entonces de no haber conservado la vida de su enfermo, era perseguido por los familiares de éste, que le apaleaban ferozmente, hasta quebrarle brazos y piernas con el bárbaro castigo.

Había la casta de los naborias, sirvientes o siervos, conservada por los españoles. Ignoramos si los hijos de los naborias recibían de sus padres, en herencia, el oprobio de la esclavitud.

¿Qué rara mescolanza de autoridades era la de esta gente, que, a manera de férreo y vicioso círculo, ascendía en nitaínos y caciques, descendía en consejeros y bouhitis, para al final ser ejercida de nuevo por el pueblo? ¿Es que acaso los sorprendió la conquista cuando empezaban a evolucionar sus

fanatismos y creencias, de los cuales en civilizaciones mejor conocidas, es siempre depositario el sacerdote?

No lo sabemos... Otra vez el dolor de no saber...

## VIII

Cuando bajo el peso de una enfermedad cualquiera se hacía flaca la salud del indio, los servicios del bouhiti eran solicitados, ya que de los dioses procedía la dolencia y de ellos debía venir el remedio.

De dos clases de quebrantos adolecía el indígena: el que le venía con lo que comía y el de ignorado origen. Para el primero tenía el bouhiti paquetitos de yerbas, carnes u otros alimentos, que se introducía en la boca con buen cuidado de disimularlo. Para los demás hacía lo mismo, sólo que en vez de comestibles usaba piedrecillas de raras formas y distintos colores. Es de suponer que tendría abundante provisión de tales piedras, para atender así a sus clientes.

El indio enfermo llamaba al bouhiti; éste se enteraba primero del origen del quebranto, y de acuerdo con él se guardaba en la boca, como dijimos arriba, las yerbas y la carne o la curiosa piedra.

Un silencio respetuoso recibía en la casa del quebrantado al solemne sacerdote. Los niños debían abandonar el lugar tan pronto como llegara el brujo. Sólo dos o tres principales de la casa podían quedarse.

La primera providencia consistía en majar hojas de güeyo, planta cuyo zumo tenía poderes vomitivos. Por lo visto para recibir gracias de los dioses, el cuerpo debía estar limpio, tal como hoy lo exige la católica religión para recibir en la hostia el cuerpo de Jesús. Mientras el enfermo bebía jugo de güeyo, los demás cantaban alumbrándose con teas. El brujo mientras tanto permanecía en silencio, cambiando mudas palabras con los ocultos poderes.



Pasado un rato el bouhiti se ponía en pie, caminaba hacia el enfermo y le daba vueltas; luego se colocaba frente a él, le tomaba las piernas, palpándoselas desde los muslos hasta los pies; tiraba de él; simulaba arrancar del indio algo invisible que tuviera prendido en la carne; después caminaba hacia la puerta, y la cerraba murmurando estas palabras:

—Vete a la montaña, al mar o a donde quieras.

Y soplaba tras esa frase, como empujándola hacia el destino que ella apeteciera.

Vuelto de cara al enfermo, juntaba las manos que le temblaban como si el frío las mordiera, soplaba en ellas y fingía después sorber algún maléfico aliento que se hubiera escondido entre sus manos. Inmediatamente caminaba sobre el paciente y empezaba a sorberle en el vientre, en el cuello, en la cara. Simulaba después sentir gusto amargo, hacía un esfuerzo y extraía de la boca el paquete que en ella se había puesto cuando recibió la solicitud del enfermo.

—He aquí el mal que tenías —decía—. Tal cemí te metió esto en el cuerpo porque no le hiciste oración, o no le fabricaste templo, o no le diste heredad.

Si la dolencia era de origen extraño al estómago, el brujo extraía la piedra de la boca y decía:

—Esta era tu enfermedad. Guárdala bien.

Estas piedras se conservaban entre algodones, con honores de objetos preciosos. Las ponían en cestillas y se les daba comida, como a los cemíes.

La india ingenua creía que con ellas tenía garantizado el buen parto.

Pero había enfermedades incurables. Para éstas de nada valían los buenos oficios del sacerdote. En todos los pueblos la Muerte ha sido siempre una deidad implacable, contra la

que no han podido los demás dioses. Con la indiada, sin embargo, fue más cruel de lo que con otras razas, puesto que descarnó el hueso del último y ahogó a la vida, envenenada de odios, en la tierra trigueña de Boyá.

Quizá lo hizo en venganza, porque el indio desdeñaba a la Muerte y generalmente hacían por arrebatarse la presa, matándola, o la dejaban abandonada como si no tuviera valor para ellos la carne que la esquelética escogía.

Los caciques disponían si debía ser estrangulado el enfermo, después de considerar incurable la dolencia. El mismo cacique no podía dormirse en brazos de la Nada, porque era precipitado en ella, mediante estrangulación. Los otros, los que nada aportaban al concepto social del indígena, morían fuera de sus casas, puestos en hamacas, con agua y casabe cerca de su cabeza. Nadie se acercaba a ellos mientras no expiraran.

El cadáver del cacique era abierto, para extraer las vísceras; lo secaban después al fuego, a fin de que se conservara entero. En bocas autorizadas corren leyendas de momias encontradas por exploradores extranjeros, asunto de fácil comprobación si, como aseguran, algunas de ellas están en el Smithsonian Institute.

Otros de menos validez que el cacique obtenían la honra de que disecaran su cabeza, la cual conservaban en redcillas a la entrada de la casa, como queriendo tener presentes sus facciones, aun cuando no estuvieran animadas por el soplo gracioso de la vida.

Otros eran enterrados en grutas. Junto a ellos ponían cazabe y una calabaza con agua, quizá para asegurarles el alimento mientras durara su viaje hacia el Arcano. Otros eran incinerados allí donde habían vivido, como para que junto con su espíritu ascendiese en humo hasta los cielos el alma de su casa.

## IX

Las creencias religiosas del indio concordaban con todas las creencias asentadas en la tierra, no importa en qué latitud ni meridiano. Con una mente primitiva basta para concebir una religión; y a mentes igualmente primitivas habían de corresponder iguales concepciones.

De Atabex, nombrada también de cuatro maneras más, vino el gran Yacahu Vagua Maacoroti\*, padre y rey de los dioses. No se le conocía principio paterno; no tenía fin y era inmortal e invisible.

Se ignora quiénes fueron los primeros hombres creados por este Dios, pero en la formación del mar intervienen tres personajes, uno de los cuales, Yaya, se extiende en doble paralela con Adán y Caín, mientras los otros, su mujer y su hijo, se ajustan a lo que de Abel y Eva inventó la prodigiosa mente hebrea.

Yayael, que se traduce por “el hijo de Yaya”, quiso dar muerte a su padre, mas éste, advertido, le expulsa por algún tiempo y, cuando cumplido el exilio el hijo retorna, le da muerte. Los huesos de Yayael, puestos en una calabaza, colgaron durante algún tiempo en la casa paterna. Un día la nostalgia llenó el pecho del indio y ordenó a su mujer que trajera los huesos del hijo, porque quería verlos. La madre, enfebrecida de contento, volcó la calabaza y el asombro no cupo en ella, puesto que los huesos de Yayael se habían convertido en peces de todos tamaños.

Cierta vez Yaya tomó el camino de su conuco, y aprovechando su ausencia entraron en su casa los hijos de Ytiba Yauvava, mujer que en la mitología indígena tiene puesto definido e interesante para el estudioso, puesto que, habiendo muerto en trance de maternidad, le fue hendido el vientre

\* Este nombre coexistirá también, en esta obra, con Yocarí Vagua Maacoroti (N. del E.).

para de él extraer esos cuatro hijos que entraban ahora furtivamente en la casa de Yaya, al amparo de su ausencia.

Una vez en ella, y con el fin de comer peces, descolgaron la calabaza que fue un día reposo alto para los huesos de Yayael; pero habiendo sentido llegar a Yaya que volvía se precipitaron en retornar la calabaza a su lugar y ésta se quebró: de entre sus restos empezó a manar agua en tal cantidad que toda la tierra fue cubierta con ella.

En la religión aborígen tenía ya explicación la formación de los vastos y misteriosos mares.

Los autores inconscientes de la formación del mar, llegaron, huyendo de Yaya, a la casa de Bayamanaco, que se entretenía haciendo casabe. Uno de los hermanos le pidió un poco de él; Bayamanaco, indignado, echó en su espalda una mucosidad llena de cierto polvo llamado “cohoba”<sup>1</sup>, usado en las ceremonias religiosas. Allí donde la mucosidad cayó empezó a alzarse la carne y el gemelo estuvo a punto de morir. Sus hermanos trataron de curarle y como no pudieran le abrieron la espalda con un hacha de piedra: del extraño tumor extrajeron una tortuga viva. Para cuidar de ella levantaron una casa y allí la llevaron.

La tortuga ha tenido papel principal en varias creencias, sobre todo en las hindúes. Pero en esta religión de nuestros indios se da el caso especial de que, para hallarla, hay primero que actuar, en calidad de cirujanos, con hachas de piedra. Y es curioso el hecho de que aquel de quien fue extraída viniera a la vida merced también al corte de un hacha.

Una densa noche nos arroja cuando queremos hilvanar todas esas leyendas. Pero sabemos ya cómo se formaron los mares. El sol y la luna residen cerca, en las tierras del Cacique

<sup>1</sup> De la planta conocida vulgarmente como candelón de teta. *Piptadenia peregrina* (Benth), de la familia de las acacias (N. del E.).

Maucia Tivuel, y se esconden en la cueva Jubobaba. Es curioso el modo como fueron pobladas las tierras.

La cueva Cacibayagua estaba en región apartada. No sabemos cómo fueron encerrados los hombres en ella; mas se nos antoja pensar que aquello fuera una especie de Paraíso en el cual los hombres estaban en contra de su voluntad. Y nos sugiere esto el hecho de que tuvieran en la cueva arroyos, mujeres, hijos. Sin duda Cacibayagua era un Edén con varias parejas.

Pero los hombres no podían salir. Marocael, por ejemplo, encargado de vigilar la entrada de la cueva, fue arrebatado por el sol un día que tardó en llegar a su sitio. Marocael volvió después, pero transformado en piedra. Y así se quedó, por los siglos de los siglos, en la entrada de la cueva cuya guardia descuidara. Hubo otros, de nombre Mirobalanos, a los cuales supongo una familia, que salieron a pescar y el sol los convirtió en árboles, llamados todavía "Jobo".

No se podía, por lo visto, salir de la cueva. Fue necesario que surgiera Guaguayona, personaje simpático de esta leyenda, que une a la malicia la acción y la audacia. Él es quien logra romper la esclavitud que sobre ellos tiene el sol despiadado de la isla. Su primera actuación fue probar: envió a Yadruvava en busca de digo, yerba usada para el baño. El sol, enojado, convierte a Yadruvava en ave que cantará la salida de su encantador, cuando éste remonte el claro cielo desde su escondite de Jubobaba. Ya Yadruvava no será más el indio ingenuo que se sacrifica por obedecer a Guaguayona. A partir del instante en que salió de su cueva será un jilguero, y se llamará yauba-bayael.

Guaguayona no se arredró. Muchos más fueron arrebatados por la lumbre celosa; muchos: tantos cuantos obedecieron a Guaguayona. Viendo tal, el animoso libertador se dirigió a las mujeres y consiguió convencerlas. Incluso las hizo dejar a sus hijitos, cuyos ayes atormentaron durante largos

días a los abandonados padres. Tan atrevido fue Guaguayona que burló la autoridad de su Cacique Anacalcuya, llevándose sus mujeres. Eran éstas las más sencillas de sentimientos y por tanto las más fáciles de convencer. También en la cristiana leyenda se dirige la serpiente a Eva y no a Adán.

Mas no era Guaguayona el único hombre que iba con las mujeres: su cuñado le seguía, y atravesó, junto con ellos, largas y distintas tierras, hasta llegar a la orilla del mar, donde embarcaron en una canoa. También el cuñado de Guaguayona entró en ella y, ya en el mar, el indio libertador usó de su malicia para deshacerse del intruso:

—Mira qué bello cobo —le dijo, señalando el agua.

El otro se inclinó, incauto. Su cuñado le tomó por los pies, hizo leve esfuerzo y le envió a dormir el sueño de piedra al fondo de los mares. Libre ya de testigos varones, Guaguayona dirigió proa hacia una isla llamada Maitino, donde abandonó a las mujeres.

Tal fuerza de fe ponían los aborígenes en esta creencia, que los conquistadores estuvieron largo tiempo creyendo en la existencia de la tal Maitino. Se decía que a ella iban los caribes para hacerse de mujeres cuando una expedición guerrera no les permitía llevar las suyas. Se cree que fuera esa isla la actual Martinica.

Guaguayona pasó a otra isla, llamada Guanín. A partir de ese momento, una interrogación que se va apagando con los años hasta desteñirse por completo con el descubrimiento, se alza lenta y gravemente tras el audaz y perspicaz Guaguayona.

\*

\* \*

No está referido el hecho de que los demás hombres salieran de la cueva, pero es indudable que sobre las huellas de

Guaguayona se fue durmiendo el arrebató del sol porque, ya dejada la isla del suave calor femenino, los esposos abandonados van a bañarse a la playa y encuentran cuatro seres que no son hombres ni mujeres y que a mí se me antoja fueran manatíes, tan abundantes en los mares de la isla y con tal hechura de cosa humana, que Cristóbal Colón, en los días de su primera llegada, confunde uno de estos cetáceos con una sirena y así lo hace saber a los marineros y anota en su diario; y hace fuerza sobre mi suposición el hecho de que, al querer los indios apoderarse de las cuatro apariciones, se les escurrían de las manos, con esa huidiza constitución de los animales de mar.

Cuatro hombres de manos ásperas pudieron al fin apoderarse de aquéllos, y la indiada fogosa se valió, para hacer posible la multiplicación de su especie, de la virtud de una avecilla, que hizo hembras de aquellos animales sin sexo.

Y así tuvieron mujeres los indios. Y así, después de tropiezos tan ingenuamente explicados y aceptados, se hizo raza y pobló la isla el grupo de hombres que abandonara un día, en la cueva de Cacibayagua, Guaguayona el atrevido.

Se hizo raza para que la deshiciera otra. Sólo quedan los Miobalanos que, convertidos en jobos, extienden desesperados sus brazos ásperos al cielo, al turey, según su lengua de miel. Pero Yacahu Vagua Maacoroti no los ve, porque ahora se llama Dios. Y el avecilla canora que fuera un día persona en el indio Yadruvava, perderá su legendaria personalidad, que ya no es nombrada yauba-bayael, sino jilguero.

## X

Toda la historia religiosa del aborígen era depositada en la memoria de cada generación, por la vía de sus principales, y la recitaban o cantaban en las grandes fiestas al son del mayohavanu, instrumento parecido a una calabaza con el cuello largo, de tan potente voz que se oía a más de una legua.

Sus otras creencias, así como sus ritos y la fe que en sus ídolos ponían, son ya cosas que tienen categoría de letra hispana, porque fueron sabidas, observadas y escritas por los conquistadores.

Dos nombres tenía el alma: *goeiz* cuando vivía su dueño; *opia*, si estaba muerto. La *opia* vagabundeaba de noche, y se aparecía a los hombres si iban solos por los caminos. Tomaba siempre, para esto, formas de parientes del caminante que estuvieran muertos. Algún indio refería haber luchado con una *opia* y habersele escurrido de entre los brazos cuando la suponía sujeta. Había *opias* femeninas que buscaban el calor masculino en la soledad nocturna, para burlar después el ansia del indio.

En el país de Soraya, a un extremo de la isla, estaba Coaibai, mansión de los muertos. Su señor era Maquetaurie Guayaba, el primero en entrar a ella y el que, aprovechando esa condición, la hizo propiedad suya.

A lo que parece, el aborigen no concebía nada que se escapara a los límites de su isla. Todo estaba dentro de ella: Dios, el origen de los hombres, la cueva para el reposo del sol y de la luna, la mansión para el descanso de los muertos.

Sólo desde fuera había de venirles la destrucción. Y es que en tan bello, en tan magnífico escenario, toda noble idea de génesis o de vida se justificaba. Dentro de una tierra tan maravillosamente mansa y dulce no podía tener crecimiento el germen negro de la muerte.

\*

\* \*

Es curioso saber que nuestros abuelos indígenas tenían mejores razones para adorar a sus ídolos que los cristianos a los



suyos. Entre nosotros se idolatra una santa repintada que aparece en las ramas de un árbol o en el fondo de un pozo. Ellos no. Ellos mismos escogían sus ídolos.

Si un indio iba de camino y veía un árbol que se movía más de lo que regularmente debía hacerlo, se acercaba a él y le preguntaba quién era. El creía que el árbol hablaba; eran siempre las mismas palabras:

—Tráeme un brujo, que él te dirá quién soy.

El indio se encaminaba al poblado, buscaba al bouhiti, y lo llevaba al tronco. El hechicero procedía a hacerle la *coboba*. Consistía ésta en quemar polvos y aspirarlos por la nariz, en cañutos. No sabemos qué clase de planta serviría para tal ceremonia<sup>2</sup>, porque la que ellos usaban embriagaba hasta hacer entrar en éxtasis al brujo. Su nombre se corresponde con la caoba, pero ignoramos que esta rica planta tenga, ni en sus hojas, ni en sus simientes, ni en sus fibras, poderes de droga. Pudiera ser el tabaco, porque, como ya dijimos, Oviedo asegura que así llamaban a los cañutos por los cuales aspiraban el polvo quemado, y es posible que la denominación haya pasado del instrumento a las hojas; pero no creemos que el tabaco embriague a tal extremo.

Decíamos que el bouhiti le hacía la *coboba* al árbol. Siempre que necesitaban oír voces no humanas, o consultar sobre si convenía o no declarar una guerra, o sorprender el misterio del porvenir o hacer a sus ídolos especiales ceremonias, ejecutaban la *coboba*, perfecta gemela del oráculo griego.

<sup>2</sup> Identificada en nota 1. Humboldt habló en su famoso libro sobre América de esta planta llamada en Suramérica *acacia niopo* o simplemente *niopo*. El botánico Moscoso, entre nosotros, también la había identificado. En Puerto Rico se conoce el candelón de teta con el nombre de cojioba. Hoy en día aún usan de ella numerosos grupos de aborígenes de la región del Orinoco para el mismo tipo de ceremonia que hacían los taínos de la Española hace quinientos años, cuando llegaron los españoles (N. del E.).

Una vez en éxtasis, el brujo nombraba al árbol con todos sus títulos, como si de gran señor se tratara. A continuación inquiría:

—¿Quién eres, qué haces aquí, qué deseas de mí y por qué me has hecho llamar? Dime si quieres que te corte o si prefieres venir conmigo; yo te construiré una casa y te daré una heredad.

Y por la misma boca del extático sacerdote, el árbol expresaba en qué forma quería que se le tallara y sirviera.

El brujo procedía a ejecutar las órdenes de la planta. Esta pasaba ya a cemí, con santuario propio, con derecho a ceremonias y poder de devoción sobre la indiada. Muchas veces se le hacía la *coboba*, con el fin de preguntarle cosas importantes, o para complacerle si se enojaba, o para pedirle riquezas.

Se contaban por miles los cemíes adorados en la isla. Los que no tenían casa y heredad eran puestos sobre las tumbas de los padres, hermanos y abuelos de sus fieles. Unos gobernaban los vientos, otros las lluvias, otros el crecimiento de las plantas. Ellos concedían todos los bienes, así como los hijos y la dicha.

De sus cosechas, de sus pescas y de sus cacerías, los fieles daban primero de comer al cemí de su devoción, dejando todo cuanto conseguían en la casa del ídolo o en la del cacique, y sólo al otro día, cuando suponían que el cemí se había satisfecho comiendo, recogían sus provisiones.

Entre los actos que ayudaban a conservar el amor del cemí estaba el ayuno, que se prolongaba hasta seis y siete días.

Los pueblos, los Caciques y los particulares, se discutían la posesión de los mejores ídolos, de algunos de los cuales se contaban las infantiles leyendas que siguen:

Del cemí Vaybrama, que estaba en Buyayba, un poblado al parecer, decía que fue quemado en una guerra y había perdido

brazos, piernas y ojos entre las llamas. Mas he aquí que, bañado con agua de yuca, le crecieron los miembros, como el retoño al árbol hachado; y tuvo de nuevo vista. En premio a tal cosa, la yuca, que hasta entonces había sido de ridículo tamaño, dejó de ser pequeña y se daba en piezas mayores.

\*

\* \*

Del cemí Opiyelguorivan, que tenía cuatro pies como de perro, se contaba que huía de su casa al amparo de la noche y se escondía en la selva. Salían a buscarle y una vez encontrado lo sujetaban con cuerdas; en balde: Opiyelguorivan burlaba los nudos y tornaba a sus nocturnas escapadas. Con la llegada de los blancos conquistadores terminó el incipiente vagabundaje del cemí: se fue a una laguna; le siguieron por las huellas; pero Opiyelguorivan no retornó.

Todavía hoy, al través de un tamiz de cinco siglos, este cemí cuadrúpedo gobierna hilos de leyendas ingenuas en nuestros campesinos. Se ha transformado ya, pero reposa en los hondos remansos de los ríos; y en noches de luna el sencillo hombre de tierra adentro jura que un indio, o una india, alisa sus cabellos con peine de oro. Es peligroso acercarse a los ríos, porque si bien la aparición se pierde en el agua, como lo hizo en la aborigena imaginación el cemí Opiyelguorivan, podría muy bien enojarse y desatar sobre la cabeza vagabunda del intruso incontados males. Hay también otra desfiguración de la leyenda; y es ésta: a la vera de cada río poco conocido, porque viene de tupido monte, o porque corre tan embarrancado que apenas se le puede reconocer, hay una cueva con un santo indio. Yo estuve largos días recorriendo en las cercanías de mi pueblo un río llamado Seco, de minúscula corriente, llevado por la esperanza de

que un puntito luminoso de verdad alentara en las palabras de un viejo y honorable patriarca del campo:

—La cueva es pequeña, pero hacia adentro se ensancha. Ahí hay un santo con cuatro patas que sale todas las noches a bañarse en el río.

Vacías de resultados, pero llenas de ansias, fueron las horas lentas que pasé explorando el río. Y cuando volví desalentado a exponer mi fracaso, el viejo campesino creyó calmar mi desaliento explicando que tal vez el ídolo habría salido esa tarde a refrescarse en el agua turbia y pesada.

\*

\* \*

Otra leyenda había, la del cemí Faraguvaol, que también pasó con perfil cristiano a nuestro acervo:

En remoto tiempo un cazador perseguía cierto animal y éste, acosado, se arrojó a una fosa. Cuando el perseguidor se acercó a ella encontró, en vez de la pieza, un madero que se movía. Todo lleno de asombro, el cazador se dirigió a su cacique e historió el suceso. Se encaminó el señor, supongo que acompañado de algún bouhiti, al hoyo y vio que hablaba verdad el indio. Tomaron el madero, le edificaron casa y le hicieron cemí. Pero alguna nostalgia acosó al ídolo, que huyó de su casa y se escondió en la fosa. Habiéndolo buscado, allí fue encontrado; le ataron, le metieron en un saco; mas siempre halló aquel cemí modo de escapar, aun dentro del saco.

Así como Faraguvaol, hizo, según cuentan grandes y chicos, la venerada virgen de Las Mercedes, aquella que fue botón de fuego sobre la recién abierta herida en el corazón del indio; la idolatrada virgen de Las Mercedes, señora y dueña del Santo Cerro y de la fe de tantas bastas cabezas. Dicen que

fue encajonada para ser trasladada a La Vega; pero cuando la religiosa comitiva estaba cerca de la ciudad, sintieron demasiado liviana la caja. Al abrirla el estupor ahogó un grito en toda aquella gente: la virgen no estaba. Sobre su altar del Santo Cerro seguía derramando dones en todo el magnífico valle que la rodea. Otra vez, y otra vez, y otra vez tornaron a cargarla encajonada; y tantas como se hizo, abandonó el encierro y retornó a su trono.

Por cuantos medios he creído conveniente, he hurgado en esta leyenda para encontrar algún motivo que la acreditara; pero la santa patrona no ha sido movida del Cerro; ni siquiera se ha intentado procesionar con ella fuera de su térreo pedestal. Y es que en el corazón del campesino la virgen de Las Mercedes sustituyó al cemí Faraguvaol.

\*

\* \*

Entre los hechos adjudicados a cemíes, escogeremos otro, por lo característico: durante un ayuno que el cacique Cacivaquel hizo, obedeciendo órdenes del gran Señor que mora en los cielos, habló con el cemí Yiocavugama; y éstas fueron las palabras que dijo el ídolo al cacique:

—Cuantos vivan después de tu muerte gozarán poco de tus dominios, porque pronto vendrá al país una gente vestida que los esclavizará y matará.

La indiada creyó que se refería a los caníbales; pero con la llegada del conquistador comprendió las palabras del cemí. ¡Y quién sabe cuánta fuerza de fatalismo tuvo en el alma del indio aquella profecía, empujándole a no oponer fuerzas al cristiano!

\*

\* \*

Para cerrar esta relación sobre la fe aborigen, quiero referirme a una socorrida leyenda cibaëña, que se prende con juramentos de cosa verdadera a los labios de quien relata, y crece frondosa en el corazón de cada niño.

La ciguapa es una diminuta mujer india, cuyos negros cabellos la visten. Tiene los pies al revés y sólo camina de noche. Mucha gente asegura haberla visto, mas siempre es difícil cogerla, porque para conseguir tal cosa es menester perseguirla con un perro negro cinqueño. Abre en las altas horas de la noche las mal cerradas puertas de las cocinas campestres, con el fin de comer carne cruda. Ningún campesino es capaz de dejar parte del animal sacrificado en el patio o en cocina de floja aldaba.

Eliseo Veloz, un honrado vividor de Tavera, me juró solemnemente haber tenido en la pata de su catre una ciguapa amarrada. Yo sé que ese hombre de campo hablaba de buena fe, y que a mentir no lo llevaba el deseo de engañar: en raíces freudianas hay que buscar el origen de su ingenua mentira.

Esta de la ciguapa es, sin duda alguna, una indígena leyenda que nos ha llegado por boca de las generaciones. Indio es el color de ella, negro el cabello; habita en los bosques, como las opias y muchos cemís, sólo de noche sale, igual que en la abuela religión las almas de los muertos; indígena es su meloso nombre, *ciguapa*; y sólo la dulce lengua aborigen podía sacar a flor de labios tan bella leyenda.

En las crónicas de un viajero español, vagabundo de las altiplanicies asiáticas del Himalaya, he leído la descripción de una tradición igual a esta nuestra de la ciguapa.<sup>3</sup> Y aun a pesar de

<sup>3</sup> Tomás Hernández Franco confirma en 1942, siete años después de la publicación del libro *Indios*, la existencia de la misma leyenda en la cultura indígena de El Salvador, donde la ciguapa nuestra tiene el nombre de ciguanaba, con los mismos atributos que la de los taínos de la Española. *Apuntes sobre poesía popular y poesía negra en las Antillas* (Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1978), p.26 (N. del E.).

saberla asentada también en el amarillo continente, creo muy nuestra esta leyenda, única, tal vez, entre las tantas que la voz del campo refiere, capaz de guiar a un acucioso investigador a la independiente búsqueda de nuestras tradiciones, a las que no debemos ni al fiero conquistador ni al burdo esclavo africano.

## XI

Aquel oscuro soldado de la conquista peina hoy canas. El Trópico le destiñó la piel y unas arrugas filosas como espadas le cortan la cara. Cinco o seis hijos cetrinos se ocupan en sus negocios y le acarician con palabras melosas, salpicadas de giros indígenas.

Este viejo sereno parece un poco amargado. Vive en casa de piedra, húmeda, oscura y baja. Tose a menudo. Quiere volver a España, pero teme al viaje, y teme, además, que todo aquello haya cambiado. Dos hermanos fatigan a proezas las selvas del continente. Han sembrado su sangre en América y América les tiene ahora sujetos como a raíces de árboles. Puede que el rayo desgaje el tronco, pero la tierra les aprieta abajo, donde no penetrarán ni los años ni la Muerte.

Pero este hombre, que ya es Regidor; que tiene entre sus papeles una carta firmada por el Ministro del Rey; que se encamina trabajosamente hacia la iglesia cada día, sabe que en la isla, regadas como semillas de dolor, hay cruces cristianas sobre huesas de indios. El mismo sembró muchas, o mandó que las sembraran. Cuando aquella abigarrada masa oscura se movía en busca de alivio para su dolor, el español fogoso que ahora se agita entre recuerdos, solicitaba la espada y el caballo. Poco a poco fue talando de indios a la tierra. Un franciscano se ocupaba en conseguir para sus almas moribundas la gracia de Dios.

Este viejo español recuerda cómo un día su perro destrozó el vientre de un venerable sacerdote indígena. Ahora, por

ejemplo, siente el dolor de la compañera que, arrugada y silenciosa, permanece en un rincón, ataviada con anchas faldas, semi-españolas. No tiene con quien hablar su deliciosa lengua. Apenas puede decir alguna cosa a los hijos. Y el de su marido es para ella un lenguaje pedregoso, que le produce esfuerzos insospechados. Reza a la Virgen, pero siente nostalgias por sus cemies.

La carne blanca ha ido acabando con la carne oscura. El viejo oye hablar de Enriquillo, indio bautizado al parecer de buena casa. Se dice que está haciendo estragos en Baoruco, la remota sierra del Suroeste. Cuentan los naborias que le sirven que tiene de los antiguos dioses el encargo de retornar la isla a sus primeros dueños. Aseguran, además, que esos mismos dioses le han hecho invisible.

Viendo a sus hijos, el anciano español siente en el fondo del alma una amarga desazón, mezclada con alegrías y esperanzas. Y sin atreverse a manifestarlo ni en el brillo de los ojos, el antiguo soldado de la conquista piensa:

—Quisiera el buen Dios que Enriquillo fuera el vengador...

Y mira de soslayo a la compañera, cuyos gestos pausados tienen la nobleza de los dolores seculares.

## XII

En casi todas las revoluciones la economía ha tenido primer papel como motivo impulsor; en el sordo oleaje que conmovió durante largo tiempo a la naciente colonia sólo hubo, aparentemente, una lucha por desplazamiento de culturas; es decir, de modo de vivir, de pensar y de sentir. Pero esos modos de vivir, de pensar y de sentir, tienen sus raíces en la propiedad, son pues sus consecuencias. La cultura no pasa de ser un símbolo de la propiedad; que el esclavo no puede, aunque lo quiera, tener la misma manera de ver que el dueño.



Para el indio no existía, claramente, el concepto de propiedad. Amaba sus tradiciones, sus costumbres, su vida placentera y liviana. Y de pronto, en el claro día de su cielo se levantó la cruz, le quemaron sus ídolos, le hicieron trabajar en cuevas, le sacrificaron, le despojaron de mujeres. ¿Era posible aquello? ¡No! Enardecidos, pretenden quemar la cruz en Santo Cerro: Guarionex aprovecha la ausencia del cristiano para destrozar y enterrar las imágenes católicas. En su infantil concepto confundían la causa con el efecto, y no se daban cuenta de que al deshacer esos cristianos arreos se dirigían contra el emblema de sus opresores, no contra ellos mismos.

Atacaban la cultura hispánica para defender la suya; no comprendían que para no perderla debieron no haberse dejado despojar de la tierra.

Sólo Enriquillo vio con claridad: en los brazos de la cruz estaba el pueblo aborigen escarnecido, maltratado, traspasado por los clavos de una inexplicable tiranía, exactamente igual que lo estaba el hombre que la honró en el calvario; pero no era ese símbolo lo que se debía combatir, sino al español, al español que lo hacía a rudos hachazos y lo adoraba después, enfebrecido.

Por eso triunfó Enriquillo. Instintivamente desenredó la trama que en su cerebro forjaba el efecto, y se dirigió resueltamente a la causa.

Pero el triunfo de Enriquillo no fue tan temprano como lo mereció su raza. Él no sería sino el gran Capitán que había de dirigir su pueblo por el mudo país de las historias.

La tierra de Boyá, que guarda sus restos, es sagrada en mi corazón, como lo debe ser para cada dominicano.

## COLOFÓN

Precario el sol y abundante la noche; calcinada la tierra y pequeña además; sin limitación en el espacio y perdida en el tiempo: he ahí la patria de los pueblos que se quedaron sin ella.

Van pasando, enflaquecidos, las manos atadas por cadenas que tienen lóbregos tintineos. Alzan los brazos al cielo hosco y gritan con un grito desconsolador y hondo.

Allí, entre el babilonio y el cartaginés, entre el godó y el vándalo, entre cientos de harapos de razas, está la aborígen.

¡Es Caonabó! ¡Es Caonabó! La imagen del cacique, con el alto ceño arrugado, parece maldecir a la esposa que pactó con el conquistador.

Pero apenas es una sombra desteñida, una sombra ahejorada. ¡Una sombra, bajo el sol precario, sobre la tierra escasa y calcinada!



## TRES LEYENDAS



## LA CIGUAPA

Guasiba: tu paso onduloso, tus piernas duras y cobrizas, tus manos oscuras, tus brazos llenos, tu pecho alzado, tus hombros rectos y sólidos, tu cuello recio; Guasiba: tu piel brillante y parda como la yagua seca, tu boca en relieve, tus dientes apretados, tu nariz curva y audaz, tus cejas negras y lisas, tu frente estrecha, tu pelo negro que robaba luz, tus ojos pequeños, bravos y precisos; Guasiba: el óvalo largo de tu cara, la curva violenta de tu barbilla, tus pómulos altos, tus orejas redondeadas como el guanacán: ¿sabes dónde están ahora, Guasiba? Se fue comiendo todo eso la tierra húmeda y voraz, la negra tierra que orilla el Guaiguí. Yo sé dónde, Guasiba: bajo una piedra grande. Mucho tiempo ha estado cantando a tu vera el río que desciende al sao, mucho, bello macorix. Durante todo él no se ha cansado la tierra de morderte. Tú debes haberlo visto desde Coibai, Macorix, Guasiba.

\*

\* \*

En los haitises y en los saos de tierra adentro sopla el mara; por Higüey, venido de Adamanay, el huracán. El huracán, antes de que las lomas se llamaran Macorix, trajo otra gente: firmes los hombros, fieros en el mirar, audaces; la frente se les alargaba en una pluma de guaraguao.

Anaó, Anaó la callada, Anaó flor de montañas, fue despierta a la creación una mañana, orillas del Jaiguá. El caribe que la hizo suya tenía raras figuras pintadas con bija sobre el pecho duro.

Fue después de haber salido nueve veces Nonun cuando el bohío de Anaó tuvo visita: de nariz curva y corta como el caribe, ojos negros y bravos como el caribe, pequeñito todo lo más posible, Guasiba llenó la barbacoa en el bohío de Anaó.

\*

\* \*

Guasiba: niñito tú, ya eras odiado. Te veían mal porque tu padre era de una raza conquistadora; porque tenías en los ojos un brillo imponente; porque Anaó, tu madre, la flor más preciada en todos los saos y en todos los haitises que bañan el Jaiguá, el Cuaba, el Jima, el Xenobí y el Bija, no quiso, después de tu nacimiento, llevar su carne en ofrenda al bohío de otro taíno. El padre Yuna, Guasiba, tan lento, tan majestuoso, tan hermoso, pasaba por Jaguá nada más que para sentir los ojos de tu madre Anaó retratados en sus aguas; las anas sentían envidia de ella, de su sonrisa lenta y brillante, de su olor sano y grato; la cana gallarda no tenía tanta realeza como el talle de Anaó tu madre, Guasiba. El caimoní<sup>4</sup> que come sol y sangre, asomado al río, no era tan rojo como los labios de Anaó. ¿Comprendes ahora por qué te odiaban los taínos, Corazón de Piedra?

Aquí en Maguá no: vivo tú, te quisimos; muerto hoy, te recordamos con agrado.

<sup>4</sup> *Wallenia laurifolia* (Jacq). Familia de las milsináceas. Árbol que produce una frutilla roja o violácea de excelente sabor (N. del E.).

En toda la llanura de Maguá no encontrarás a Mabuya, Guasiba.

\*  
\* \*

Con una voz fina y alegre, tan alegre como el trino del yaúbabayael, cantaba sus areítos Anaó, la taína de Jaguá.

“En tierras de Maguá —decía su canto— vive la ciguapa bella y olorosa, la ciguapa de cabellos negros y brillantes, la ciguapa que camina de noche y tiene los pies al revés”.

“De noche sale —seguía el areíto—. De noche, cuando los cocuyos iluminan el bosque. Es bajita y se cubre con sus cabellos. Vive en los árboles, en el jobo, en el guanábano bienoliente”.

La voz fina y alegre de Anaó se oía todo el día. Cantaba si buscaba digo, si guayaba la yuca para hacer el casabí, si buscaba pipey para alisar el piso del bohío. Siempre cantaba la taína Anaó.

Infinidad de veces se iluminó el Jubobaba; años tras años el yaúbabayael sintió envidia de Anaó; día tras día oyó Guasiba el areíto de la ciguapa. Y ya fuerte, cuando iba por los bosques en caza de ciguas o al conuco para buscar el maisí y la yuca, o al río para traer el agua, Guasiba perdía horas ojeando los árboles tras el bulto de la ciguapa que de día dormía y de noche recorría los caminos.

\*  
\* \*

Yocanitex, el viejo bouhiti, juraba haber visto una ciguapa por tierras arijunas.

“Nada —decía— tan blanco como su sonrisa, nada tan oloroso como su cuerpo, nada tan erguido como sus senos”.



Y terminaba:

“Yocarí Vagua Maacoroti, el bueno y el grande rey de los dioses, dará en premio una tierra nueva e inmensa al que le dé hijos de una ciguapa.”

Guasiba, hombre ya, oía y callaba. Se veía camino de Maguá; soñaba de noche con la ciguapa. Ninguna mujer parecía bella a los ojos de Guasiba.

Por aquellos días, cuando Nonun lloraba sobre la tierra, noche a noche, con lágrimas que traspasaban el bosque y se posaban en la hoja seca, se iba a conversar con las cibas menudas de la playa o con la raíz más crecida del mamey. Tanto anduvo solo, tanto pensó, que pareció cambiado. Muchos amaneceres le encontró Guey, la bien cortada cara entre las manos, los codos en las rodillas, la mirada sobre las aguas fugitivas de Jaiguá.

Un día los pies de Guasiba empezaron a pisar otro polvo: hacia acá vino, hacia nuestra hermosa Maguá.

\*

\* \*

Macorix Guasiba: bien que se alegraron tus ojos y bien que se ablandó tu tristeza en estas tierras de Maguá.

Maguá es como una sabana grande hasta lo increíble, adornada con esbeltas canas y claros ríos, adornada con toda clase de árboles; Guey y Nonum se riegan por toda la tierra de Maguá sin tropezar lomas; crecen en ella el apazote y el digo para perfumar al viajero. Nuestra tierra te dio guayabas, annonas, pitahayas, yabrumas. ¡Y de más cosas que te hubiera dado Maguá, de más nos hubiéramos sentido contentos, Corazón de Piedra!

Tu piel era más oscura que la mía; a pesar de estar como dormidos tus ojos anunciaban más fuerza y decisión: los

músculos de tus piernas eran duros como la madera del capax. Ahora lo recuerdo, Guasiba, ahora.

Anoche Nonum estaba limpia y sola en el turey. Anoche se reunieron los hombres y los niños en el batey para que yo les contara tu historia, Macorix. Guarina, la reina Guarina, con su collar de caona al cuello y la cabeza adornada con anas, vino también a oír tu historia. Ellos quieren que yo los lleve a Guaiguí, que levante la ciba grande que pesa sobre tu cuerpo. Tú debes haberlo oído desde Coaibai, en el país de Soraya.

\*

\* \*

Toda la tierra que nos dio Guaguyona conoce tu historia, de Higüey a Jaraguá, de Jubobaba a Bainoa, de Guaniba a Samaná.

En las noches oscuras, si llueve y los pequeños tienen miedo, la madre habla así al hijo:

“En Guaiguí está, bajo una gran piedra, el Macorix Guasiba. Vino de tierras lejanas, a través de todo el Maguá, en busca de la olorosa y bella ciguapa”.

Todo Maguá piensa en ti; todo Maguá te recuerda. Ya no hay río ni bosque que no haya oído de ti.

“La ciguapa camina de noche —cuenta la madre al hijo— y el macorix bello y tranquilo caminaba de noche tras ella”.

Todo Maguá piensa en ti. Yo he puesto alas de guaraguao a tu historia, Guasiba.

\*

\* \*

Oídmeme ahora: yo cuento así:

Guasiba llegó enfermo, con mucho fuego en la piel y los ojos hinchados, al pie de Guaiguí. Guaiguí está allí cerca, hacia

donde Guey duerme todos los días. Allá llegó él, encendido, antes de que los cocuyos alumbraran. Yo puedo señalar el lugar donde él durmió esa noche, pero no me atrevo a ir porque estoy viejo y cansado. Fue sí al tronco de una cuaba, el más hermoso de todos los que coronan el Guaiguí. Del Guaiguí baja cantando el río de igual nombre. Allí, orilla del río, durmió Guasiba. Un amacey echaba hojas sobre las aguas y perfumaba el aire; Guasiba olía el amacey y sentía sueño.

Dos días y dos noches así estuvo, porque el calor del sol no le dio contento, sino cansancio.

Ha pasado ya buen tiempo. El gran Yocarí Vagua Maacoroti me enseñó a hablar con los graciosos pájaros. Nadie aprendió antes de mí el lenguaje de las higuacas. Una higuaca fue la que me dijo la historia de macorix Guasiba, la historia de sus dos últimos días.

Oídla: ella contó así:

Los ojos negros de la ciguapa más bella y más arisca de Maguá vieron, la segunda noche, la sombra del indio. Ella sabía tras qué andaba el macorix.

Estuvo largo y largo rato contemplándole. Después bajó del amacey, cariñosa y distinta. Al inclinarse sobre el cuerpo del enfermo un gigantesco cocuyo le iluminó el negro cabello. Apenas se alzó un punto de brillo en los ojos de Guasiba.

La ciguapa arisca estaba tierna y admiraba la barbilla atrevida y los músculos duros, más duros que el capax, del macorix. Pero de los labios encendidos de Guasiba sólo una palabra salía: Anaó.

Mucha agua del río había pasado frente a ellos cuando la ciguapa vivió la verdad: frío como la ciba en la noche, frío hasta dar miedo se hizo el cuerpo del enfermo. Se habían cerrado sus ojos y los labios tenían color de maisí tierno.

Todo esto vio la ciguapa; todo esto vio y lloró.

Los guaraguaos comen carne y quizá vinieran en busca de la de Guasiba. Su opia podía, además, quedar vagando por los caminos tras los vivos, para asustarles de noche.

Con sus propias manos, pequeñas, oscuras y ágiles, cavó la ciguapa el hoyo, orilla del Guaiguí. Guey al levantarse en la mañana, encontró cambiada de sitio la ciba grande, la más grande cerca del arroyo.

Aquel día sintieron las mujeres de Maguá, todas las que viven a lo largo de Guaiguí, después que éste cambia su nombre por Camú, que las aguas con que llenaban los canarís eran saladas. La higuaca me contó que les dieron ese sabor las lágrimas de la más bella y arisca ciguapa que viviera en Maguá.

\*

\* \*

Macorix Guasiba: la tierra negra y voraz, la tierra húmeda y alta de Guaiguí se ha estado comiendo tu cuerpo recio, tus ojos tristes y bravos a la vez. Quizá Anaó tu madre te espere todavía en su bohío.

Yo digo tu historia en el batey, cuando Nonun alumbra.

Bello y silencioso, el amor te dio vida y muerte. Aún así como estoy, cansado y viejo, siento alegría y orgullo si te recuerdo. Estaba muy joven cuando atravesaste mi tierra, casi tan joven como tú. Pero guardo en la memoria tu cuerpo musculoso, tu paso elástico y tu pelo negro.

En el país de Soraya está Coaybay; descansa en él.

Aquí, donde moramos los hombres, tienes un canto eterno: el del río Guaiguí, que murmura tu nombre.



## ATARIBA

No pueden señalarse los años que han transcurrido desde que el último pie humano amasó las tierras del cacique Maucia Tivuel; no es fácil decir cuántos niños han envejecido desde entonces. Pero la historia pasa de ancianos a jóvenes, como las aguas de un río a otro, y a pesar de haberse secado muchos soles, no se ha perdido una palabra de ella.

El viejo Guaoniba, que tiene la piel oscura y llena de arrugas, habla con lengua arrastrada, difícil, débil. Apenas ve el viejo Guaoniba. Le tiemblan las manos reseca, le tiemblan los labios, la cabeza. Pero debe dejar caer la leyenda desde su boca desdentada hasta los serenos oídos de su hijo; y así lo hace.

El hijo del viejo Guaoniba es alto, duro, y está quemado por demasiados días de vida. Sus ojos brillantes acechan la mirada del padre, que tiene la vista sucia y los párpados cargados de diminutas arrugas.

Afuera está Nonun volando. Cruza el turey regando sobre la tierra su vieja luz. El hijo del anciano Guaoniba sale un momento a la puerta para ver en el redondo fuego la cara de la india Atariba.

Sobre las altas jabillas bailan las estrellas. Bailan también las hojas de los árboles.

Guaoniba empieza lentamente a vaciar en los oídos de su hijo la añeja leyenda.

\*

\* \*

“Antes de que Maucia Tivuel viniera de remotas tierras en son de conquista, el país era del cacique Niguayona, que heredó de sus abuelos el don de la paz y fue padre de las flores de caona que adornan el turey cuando no llueve. Sus dominios están ahora en manos del conquistador, a quien Yocarí Vagua Maocoroti ha regalado la vida eterna si sabe cuidar de Jubobaba.

El país de Maucia Tivuel está hacia Oriente, por donde vienen los macorixes y por donde vinieron nuestros padres. Nunca has de tratar de pisar esas tierras, y procurarás que no caminen hacia ellas tus hijos ni los hijos de tus hijos, pues no has de ignorar que Yiocavugama, el cemí bienamado, dijo que en esa dirección está la desgracia de nuestra raza. Una vieja maldición asegura que nuestro pueblo no debe volver las pisadas hacia allá. El abismo de la muerte nos tragaría; pero sería una muerte sin límites, puesto que nunca entraríamos en la mansión de Maquetaurie Guayaba, dueño y señor de Soraya, en donde descansan nuestros recordados padres”.

El anciano Guaoniba silencia. Está esperando que estas advertencias descieran hasta el último rincón del corazón de su hijo, quien ha de sucederle en el cuidado de su casa y en quien él debe depositar la suma de experiencia que haya heredado de sus antepasados y recibido de los hombres en su largo caminar por estas tierras de vivos.

“Has de saber —continúa tras un largo silencio que se ha tragado sus anteriores palabras— que cuando Niguayona vino a la carne eran las noches tan oscuras como son ahora en el centro de los bosques. Ni una estrella se encendía en lo alto; no había nacido Nonun y cuando Guey se escondía, la tierra temblaba de miedo, negra más que las miradas de las cuevas.

“Niguayona fue, con el tiempo, joven bien puesto, recio y dulce como siempre lo fue un indio. Los bouhitis hablaron con los dioses y éstos auguraron luz y gloria para Niguayona, en cuyas manos había de caer, algún día, el gobierno de las tierras de sus mayores y el cuidado por la dicha de los suyos. Pero lo que vas a oír sucedió cuando todavía Niguayona era pequeño y no tenía fuerzas para manejar la coa y la macana.

“La niña Atariba, cuyos cabellos negros y largos brillaban siempre como si el fuego los besara continuamente; la niña Atariba, que tenía la mirada honda como los charcos de los ríos; la niña Atariba, que ahogaba las palabras entre dientes blancos y labios rosados, estaba enfermita desde días olvidados. Vinieron los bouhitis, y nada pudieron sobre su quebranto; hablaron los dioses, y ningún remedio señalaron; hizo el cacique la cohoba, y se negaron los cemís a curarla.

Niguayona quería a Atariba; la quería como a hermanita, casi con el mismo amor que tú tienes a tus hijos y que yo te tengo. Estando ella en salud y alegre, caminaban por las orillas del río y recogían anas para adornarse. Enferma la niña, Niguayona iba solo y solo venía, lleno de una tristeza grande, como la de los pájaros que van a morir.

Una mañana, cerca del río, Niguayona sintió que algo se le posaba en el hombro; volvió la cara asustado y vio una higuaca.

—En dirección de Jubobaba encontrarás caimoní. Con él curará Atariba —dijo el ave.

La higuaca movió noblemente las alas, saltó entre las ramas de una jabilla y se perdió en las hojas.

Niguayona tomó el camino del poblado. Corría mucho, mucho; más que las jutías; más que el mara.

\*

\* \*



Toda la gente del lugar acompañó a Niaguayona hasta cerca del bosque. El cacique iba con él, y también iban los bouhitis. Sus padres lloraban porque Niguayona era muy niño y todavía no conocía la soledad de la selva. Pero Niguayona entró en ella sonreído, dijo adiós a todo el mundo, y empezó a caminar en dirección de la salida de Guey, hacia Oriente, hacia Jubobaba.

Iba a buscar el caimoní para curar a Atariba, y como el poblado entero tuvo noticias de lo que la higuaca había dicho, el poblado entero quiso despedirle para darle fuerzas. Cuando Niguayona se diluyó en la negrura del bosque, los bouhitis imploraron a los dioses por su temprano retorno.

Niguayona anduvo todo el día y a la caída de la noche durmió sobre hojas secas. Nadie le hubiera visto, porque las hojas tenían el color de su piel. A la vuelta de Guey anudó su caminata con la anterior; y así estuvo hasta la caída de la tarde. Tenía hambre y sentía las piernas como cibas. La segunda noche durmió en el tronco de una baitoa. Antes suplicó:

—Yocarí Vagua Maacoroti, Supremo Rey de los Dioses, haz que encuentre caimoní pronto, antes de que muera Atariba.

Despertó cuando el día azuleaba, débil y con los ojos llenos de fuego. Anduvo, anduvo. A media mañana encontró un árbol de annonas.

—¡Oh! —dijo—. He aquí una annona.

Era verdaderamente raro, ya que sólo una había y ya que no eran aquellos los días en que la fruta asciende desde el corazón del árbol hasta las puntas de los cogollos. Era grande, amarilla como la caona, y parecía madura.

—La tumbaré —pensó Niguayona— y si no encuentro caimoní la llevaré a Atariba, que tal vez con ella cure.

Gateó por el tronco, gateó por las ramas y volvió al suelo con la fruta en sus manos.

\*  
\* \*

Antes de que naciera la tercera noche, Niguayona debió cortar su camino: un río grande, más que el padre Yuna, más que el padre Yaqui, más que el padre Higuamo, que tú no conoces, y más que el padre Ozama, que tampoco conoces; un río inmensamente grande, bañaba la tierra allí, frente a Niguayona.

El niño veía a los pájaros alegres y delicados que venían atormentados por el sueño; el niño veía que la luz se escondía bajo las raíces de los árboles. Niguayona se entristeció, pensando en Atariba, y las lágrimas le salieron de los ojos, al principio con lentitud, después en torrentes, como las aguas que salen de los cerros.

Los pájaros que venían atormentados por el sueño revolotearon sobre Niguayona y se le acercaron.

—La noche llega; yo no podré seguir en busca del caimoní y la niña Atariba morirá —explicó el a la muda solicitud de las aves.

Pero Niguayona quedó frío de asombro al oír una voz que proseguía a la suya:

—Yo subiré al cielo para alumbrarte de noche, Niguayona. Era la annona. El niño no entendía aquello.

—¿Cómo? —preguntó.

Pero la fruta, sin contestarle, empezó a levantarse majestuosamente sobre la tierra; se iba, se iba. Ya estaba más alta que los árboles; y seguía ascendiendo. Cuanto más subía, más grande parecía. Una claridad azul y agradable iba cayendo sobre el bosque. La annona parecía ya una torta de casabi. Su luz era más intensa y más dulce mientras más lejos parecía estar.

Niguayona lloraba de alegría.

—¡Oh padre río, padre río! —dijo—: déjame pasar, que debo encontrar caimoní para la niña Atariba.

—¡No! —dijo el río con un vozarrón que asustaba—. Con esta luz podemos encontrarle en mis orillas. Súbete en mi lomo; yo te llevaré.

El niño pensó que estaba soñando. Pero subió en el lomo del río y vio cómo los árboles de las orillas se quedaban atrás, atrás, atrás. Iba sobre las aguas, como una hojita seca, y cruzaba chorreras, charcos hondos, recodos y revueltas. Siempre estaba a su lado la annona, como si hubiera caído en el río sin dejar de estar en el turey.

A mucho andar habló el río.

—Voy a detenerme aquí para que busques caimoní —dijo.

Niguayona se impresionaba con aquella voz tan potente, que llenaba de rumores todo el bosque, hacía mover las hojas de los árboles y despertaba a los buenos pajaritos. Pero correteó sobre el río, medio loco de contento. Buscó entre arbustos, entre troncos, entre raíces. Encontró al fin la fruta. Su contento era tan grande que desramó el arbolito para arrancarle los racimos del rojo caimoní.

—Padre río: los dioses te bendigan. Yo vuelvo a curar a Atariba.

—¡No! —rugió el río—. Ven sobre mí, que te dejaré cerca del poblado.

De nuevo subió al lomo de las aguas el indiecito Niguayona. El padre río iba de rodeo en rodeo, camino del lugar.

\*

\* \*

El cacique y los sacerdotes, que habían visto el turey iluminado por esa hoguera apacible, redonda, grande, hacían la cohoba y suplicaban a los dioses, porque creían que un gran castigo

les amenazaba. Suponían todos que sucedía así por haber dejado a Niguayona caminar solo en busca del caimoní. Los cemís estaban ofendidos: ellos habían predicho grandes glorias para el niño.

Pero en medio de sus penitencias, cuando ayunaban todos y gemían implorando el perdón de Yocarí Vagua Maacoroti, llegó Niguayona radiante de alegría, cargado de caimoníes. Traía en la boca la rara historia de su andanza y la gracia de la *annona*.

\*

\* \*

Atariba sanó. Supieron después, por la misma higuaca que aconsejó a Niguayona, que el caimoní está hecho con sangre de Dioses.

Niguayona fue, con el tiempo, joven bien puesto, recio y dulce como siempre lo fue un indio. Tuvo en sus manos el gobierno de las tierras de sus mayores y cuidó por la dicha de los suyos.

Nonun se enamoró del turey. Es como un pájaro inmenso, de invisibles alas, con plumas de fuego perenne.

\*

\* \*

El anciano Guaoniba calló. Su mano reseca tomó la mano del hijo y se dirigió a la puerta. Con el índice de la otra, tembloroso y lleno de lentas palabras, señaló a Nonun.

—Esa cara de mujer que ves en ella —dijo a su heredero— es la de Atariba. Ese lucero grande que la sigue, es Niguayona.

Y después, señalando la vastedad del cielo, la inmensidad de estrellas, añadió:

—Y todas esas anas de caonas que los rodean, son sus hijos. Sobre las altas jabillas bailaban las diminutas hogueras que Guaoniba indicaba. También bailaban las hojas de los árboles.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Esta leyenda fue arreglada para niños y publicada con el seudónimo de “Juan Nini”, bajo el título “Cómo nació la luna” (N. del A.).

## EL DESTINO DE LA TIERRA

Habla Maniobainoa; el viejo bouhiti. Está en cuclillas, con las manos en las sienas. Es oscuro, alto y magro de carnes. Tiene los ojos pardos, pero en esta noche de luna están encendidos y claros como las aguas de los arroyos.

Unos cuantos hombres jóvenes le están escuchando, silenciosos como los cielos sin nubes, atentos y tranquilos igual que figuras de barro.

El batey es grande y limpio; está rodeado de bohíos pequeños y la luna se tira en él como si ya no quisiera caminar más.

—Ustedes vinieron del sur, hacia donde se apilan las estrellas y madura la tierra que el mar respeta —dice el viejo Maniobainoa—; por donde el sol pesa y fatiga como si cada uno lo tuviera en la cabeza. Vienen del sur, donde crecen tan altos los árboles que solivantan el cielo con sus ramas. Ustedes vienen del sur...

De lejos, de lejos, desde más allá de los bosques, viene la voz de una mujer que canta areítos.

—Pero yo he visto envejecer muchas estrellas sobre mí, y caerse a mi vera muchas vidas, y llegar y venir gente, y removerse la tierra como si ya no quisiera que la pisáramos más.

El bouhiti Maniobainoa silencia. Su voz no tiene prisas; su voz es lenta y dulce.

Todo el mundo quiere y respeta a este anciano hechicero, cuyas palabras de consuelo han caído en cada corazón. Nadie

como él para hacer la cohoba: es el escogido de los cemíes para indicar los caminos del mañana. Yacahu Vagua Maocoroti le ha concedido la vida por infinitos años. Los hombres le escuchan porque por él hablan los tiempos pasados, la experiencia de muchos abuelos que tomaron la dirección de Soraya, la dulzura de todos los que amaron, la bondad de cuantos niños murieron antes de llegar a endurecer.

Y el viejo Maniobainoa habla:

—De cuantos viven, sólo yo conozco la historia de la tierra. Vengo de Cacibayagua; es decir, de Cacibayagua salió mi padre, después que se hubo ido Guaguyona. He aquí la historia que mi padre contaba:

“Tres eran ellos, los que anduvieron en contra de la estrella fija, a través del camino del sol. Se guiaban por la zanja blanca que viene del norte al sur, donde las estrellas pululan y brillan, blanquean y se mueven como peces. Anduvieron por sabanas inmensas, en las que la luz del día quemaba las plantas inocentes. Pero lograron pisar la última tierra desolada y llegar a los primeros árboles. Como venía la noche, convinieron en dormir. Frente a ellos estaban los árboles altos y cargados de sombras.

“Esa noche soñó mi padre que tres canoas venían por el mar. Ellos estaban distantes del agua, puesto que habían salido de sus orillas, mientras los demás quedaban allá. Pero padre soñó con el mar y con tres canoas. Tres flores venían en ellas: la amarilla de la palma en la primera, la roja del mamey en la segunda y en la tercera, que estaba distante todavía, perdida en la línea donde se juntan turey y las aguas, venía la blanca flor de la guanábana.

“Cuando mi padre despertó se sintió morir, porque no estaban allí el bosque, ni sus amigos, ni la sabana. Era el mar, el mar que se movía yendo y viniendo, alejándose y volviendo. No era el día aun. Entonces mi padre puso una mano en la

frente, soltó los ojos sobre las aguas y vio su sueño: tres canoas venían; la una con la flor amarilla de la palma, la otra con la roja del mamey, la última con la blanca de la guanábana. La primera tocó tierra y la flor cayó en la playa. Inmediatamente empezó a marchitar. La otra tocó tierra y su carga se tiró sobre la anterior. La última llegó. Un golpe de agua la levantó tan encima de las otras, que no parecía sino que iba a volar. Entonces vino pesadamente al suelo, deshizo las flores de palma y de mamey y se quedó allí, igual que un hombre que haya andado mucho y se tendiera a orillas del camino a esperar la hora de llevarle su tributo a Maquetaire Guayaba.

Los jóvenes que escuchan se miran entre sí, inquietos aunque callados. Arriba sigue su loca carrera la luna desnuda.

“Mi padre dio un alarido tan angustioso —prosigue el bouhiti— que el mar, la playa, las canoas y las flores, se precipitaron por un rugiente abismo que abrió en la tierra aquel grito. Entonces mi padre despertó, se restregó los ojos y quedó inmóvil: allí estaban sus compañeros, en el principio del bosque, al final de la sabana. Mucha luz se derramaba ya sobre ellos.

—“He visto —dijo mi padre— algo que nunca hubiera imaginado”. Y relató a los amigos aquella rara visión.

—“¿Cómo? —dijeron ellos—. ¿Quieres hacernos creer que los dioses te han dado poder para ver lo que no existe? El sueño es la muerte corta. Nadie puede subir a Soraya durante el sueño, puesto que Soraya está demasiado lejos y son necesarios demasiados días de camino.”

—“No estaba allá —explicó él—; pero he visto lo que digo, tal como ahora os veo y os toco”.

Pero no quiso hablar más. Señaló la sombra metida en el bosque y se metió en él buscando atravesarlo. Un airecillo húmedo nacía entre las raíces, daba vueltas sencillas en los troncos y llenaba de suaves caricias el sitio.



¡Oh! ¡Y cómo y cuánto anduvieron ellos! ¡Cómo y cuánto! Siempre contra la estrella fija, siempre bajo la zanja donde las estrellas bullen, se mueven y retozan. Siempre...

El anciano Maniobainoa mece las manos para espantar unos insectos que le cantan cerca de los oídos. La luna le chorrea por las arrugas, que se le hacen hondas y duras.

Sí. Está ya viejo, muy viejo el bouhiti Maniobainoa.

Me encaminaré a Soraya sin dejar descendencia; pero cuento la historia de mi casta porque quiero que ella perdure hasta más allá de la llegada de la última flor, la blanca de la guanábana. Ruego a todos escucharme, que ya no me quedarán muchos días para hablar y he dejado esta relación para cerrar con ella mi vida, antes de marcharme hacia donde los míos me esperan...

Un silencio hondo y respetuoso se hace grande frente a Maniobainoa. Hasta la voz de la mujer que cantaba areítos muy lejos se ha quedado en suspenso sobre el oscuro monte.

Antes de mojarse los pies en el último río, ya entrando en Maguá, mi padre vio un árbol mecerse.

—¿Qué pretendes? ¿Quién eres? —preguntó.

Una voz dulce, como las sombras de la tarde, respondió: —“Yo soy el cemí Guaricol. Córtame, hazme en forma de iguana y ponme bohío.

—¿Bohío? —preguntó mi padre desorientado.

—Sí, bohío. Escogerás cuatro árboles jóvenes, los desramarás; en ellos pondrás hojas, para cubrirme de las lluvias; debajo de las hojas me colocarás sobre alta piedra.

“Nunca había oído padre hablar de bohíos, ni de cemíes, puesto que era recién salido de Cacibayagua, donde Yocarí Vagua Maacoroti había encerrado a los primeros hombres. Pero mi padre temía el poder de lo desconocido. Había visto a los Mirobalanos volverse árboles

por no respetar al sol, y otro convertido en yauba-bayael, y a otro en piedra. Y junto con sus compañeros empezó a construir el bohío.

“Unidos vivieron el cemí y los hombres. Ellos buscaban frutas para su sustento y para el sustento del ídolo; ellos aprendieron a fabricar el fuego por los consejos de él.

“Pero un día...

\*

\* \*

“Mi padre notaba desde hacía tiempo una gran pena en los ojos de sus amigos, una sombra que era como la que cierra los labios de quienes se sienten morir.

—Guaricol, cemí bien amado: la pena de no tener mujeres les borra la vista a mis compañeros. Las perdimos en Cacibayagua, cuando huyó Guaguyona con ellas...

—Esta noche, cuando en el corazón del bosque se haya dormido la oscuridad, tendréis mujeres —dijo el ídolo.

“Y a esa hora tomó dos estrellas del turey, racimos de caimoníes, parte de la misma noche y cipey de las barrancas. Cuando padre despertó sorprendió al cemí formando la primera mujer. Con las estrellas le hizo los ojos, con caimoníes la boca, con la noche los cabellos, con cipey la carne.

“Tres días estuvo la mujer al sol, al agua y al rocío, bajo la inocencia del cielo. Al tercero habló así el cemí:

—Antes de marcharme quiero dejarte mi sabiduría, mi poder a uno de tus compañeros, al otro mi mansedumbre. De ti surgirán todos los bouhitis, del otro los caciques, del otro las familias. Una sola mujer habrá ahora; pero con los años serán infinitas y poblarán de belleza la tierra.

“Y dicho eso, el cemí abrió un hoyo en el vientre de la nueva compañera y al entrar en ella la animó con su vida”.

Sobre el grupo que escucha y el anciano que habla, se detienen silenciosas y pálidas las altas estrellas.

“Multiplicóse la sangre de mi padre; él dio hijas que fueron de sus amigos; ellos a su vez dieron hijos que buscaron los confines del horizonte.

“Cierta vez, nacido ya yo, anciano mi sabio padre más de lo que lo soy ahora, tuvo en sueños la misma visión de las tres canoas. Sólo con el final de la vida le había de venir la comprensión.

—Maniobainoa —me dijo—. Han querido hablar por mí los tiempos que no han llegado, los que parten hacia acá de parajes desconocidos. Tres razas vendrán, la una amarilla, la otra rojiza, la última blanca. La segunda hará daño a la primera, pero la tercera acabará con todas.

“La voz de mi padre estaba ya más gastada que los lechos de los grandes y vertiginosos ríos. También su vida se gastaba: por los más remotos lugares su raza iba y venía como el aire”.

El anciano Maniobainoa entrecierra los ojos, se toca la frente y prosigue:

—Han venido ustedes, la flor de la palma. Por las sabanas de Higüey suena el lambí de los macorixes, la flor del mamey. Poco falta para que nos llegue la blanca de la guanábana.

Pero los jóvenes que escuchan a Maniobainoa sonríen con desdén: ellos están aquí hace luengos años; todavía se cansará la luna de volar y aquí estarán sus hijos y los que nazcan de ellos.

—He vivido tanto —dice el bouhiti— que a veces me pesa esta distinción de Yocarí Vagua Maocoroti. Los primeros que vinieron me encontraron tan anciano como estoy ahora. Antes de ustedes, estaba igual. Han nacido muchos que han muerto consumidos por los años, y yo sin variar. Pero ahora quiero descansar en Soraya.

En el limpio turey corre la luna arrastrando estrellas.

—Pero diré esta noche mis últimas palabras.

Maniobainoa extiende un brazo. Es negro, arrugado, enjuto. Le tiembla al final la mano llena de huesos, sobre la que baila la luna azul.

—La tierra que acogió a mi padre y dio la carne de mi madre no puede ser indiferente a la suerte de su raza. Pido a ella que se beba la sangre que derrame la flor de la guanábana, pero que la devuelva hacia los cielos agria y emborrache por infinitos viajes de sol a los hombres que la pueblen. Que nunca más, nunca más retorne a Maguá, ni a Higüey, ni a Jaraguá, ni a Marién, ni a parte alguna esta dulce paz que hay ahora en todos los ojos, en todas las sonrisas. Que no retorne ni para la raza que venga, ni para otra, ni para nadie. Que nunca más retorne, nunca más, nunca más...

Y al incorporarse el anciano Maniobainoa, cuyas últimas palabras han buscado refugio en el bosque, arde como llama su terrible mirada y su sombra alta, que se va desvaneciendo poco a poco, parece llegar hasta el turey y arropar a la luna y a las estrellas asustadas.

Los hombres que le oían, temblorosos, no ven a Maniobainoa, sino a una gruesa nube negra que derrama terror sobre los bosques y el batey.

Por las costas de Higüey, entre alaridos de conquista, sueña el lambí macorix; pero ya están acercándose las extrañas canoas en que vienen blancas flores.

Ha hablado Maniobainoa, el último de los bienamados de Yocarí Vagua Maacoroti. Los hombres comprenden que el hechicero, que ha subido al cielo consumido por sus propias palabras, ha dejado su amarga maldición sembrada en la tierra. Y que ya no habrá paz en ella, ni para la flor del mamey ni para la flor de la guanábana. Nunca más la habrá. Nunca más...



DICCIONARIO DE PALABRAS INDÍGENAS  
USADAS EN ESTE LIBRO

Adamanay .	la isla Saona
Ana .....	flor
Anaó .....	flor de montaña
areíto .....	canción
arijuna .....	extranjero
burén .....	molde de barro cocido donde se hace el casabe
canarí .....	vasija para agua
caona .....	oro
ciba .....	piedra
cipey .....	barro
coa .....	palo puntiagudo, usado en labores agrícolas
cobo .....	caracol
cuaba .....	pino
guanacán ...	molusco
guaraguao .	ave de rapiña
Guey .....	el sol
higuaca .....	perico y quizá cotorra
iguana .....	reptil (lagarto) de gran tamaño
juricán .....	huracán, ciclón
jutía .....	roedor (selonodonte)
lambí.....	caracol usado en la guerra como fotuto
Mabuya .....	el Mal Espíritu
macana .....	arma de madera
maisí .....	maíz

mara ..... brisa  
Nonun ..... la luna  
sao ..... sabana pequeña  
Turey ..... el cielo

# POESÍAS





## CORAZÓN

*A Francisco Prats Ramírez:  
Nervio y músculo...*

¡Oh Corazón! ¿Por qué tú tanto sueñas  
Con irte como viento en raudo vuelo,  
Y ascender como el humo hacia la esfera  
Azul de las estrellas, en el Cielo?  
¿No sabes que está preso en las paredes  
Deformes y esqueléticas del pecho...?  
¿Que tus ansias de gloria y de laureles  
Tan sólo son quimeras, que son sueños?...

Si tu vida sujeta no estuviera  
A normas ya descritas, normas torpes:  
Si tu no fueras preso, y la materia  
No matara ilusiones que son nobles,  
Escararas la altura, y en la cumbre  
Te irguieras con hermosa altanería.  
¿Con qué rabia la infecta podredumbre  
Que ríe por burlarte, lloraría!

¡Corazón!, tu has luchado; la perfidia  
No ha podido doblar tu altiva frente,  
Y a la víbora ingrata de la envidia  
Despreciaste con pena, noblemente;  
Y ahora, cuando ves que tus deseos

se hundan uno a uno en el abismo:  
¡Corazón!, ¡Corazón!: Sal de tu pecho  
Y trázate tú mismo tu destino!...

Rigoberto de Fresni  
La Vega Real, Primavera de 1926.

## DELIRIO

Yo quiero ser entre los hombres, hombre.  
Yo quiero ser entre los bravos, bravo.  
Quiero llegar adonde Dios se esconde,  
Y al mismo Dios arrebatarle el rayo.

Que sea mi voz el eco de los truenos,  
Y mis brazos enormes macetones,  
Y mis ojos dos llamas del infierno,  
Y mis manos dos garras de leones.

Que se posen los buitres en mis brazos  
Lo mismo que en Los Andes y Roqueños,  
Y la tierra, aterrada de mi Paso  
tiemble asustada cual cobarde perro.

Que me nazcan dos alas prodigiosas  
Para volar hasta lejana estrella,  
Y dejar en su esfera luminosa  
El hueco ensangrentado de mi huella...

Yo quiero ser entre los hombres, hombre.  
Yo quiero ser entre los bravos, bravo.  
Quiero llegar adonde Dios se esconde,  
Y al mismo Dios arrebarle el rayo.

Rigoberto de Fresni  
La Vega Real. Primavera de 1926

## EL LIBRO DEL DESTINO

En la orilla de un lago dormido,  
A la sombra que dan los laureles;  
Sobre un banco de piedra escondido  
En la negra penumbra que crece:

Hay un libro, y sus hojas abiertas  
Mueven el aire en su ritmo continuo.  
En un lado está escrito: "Poeta,  
Aquí está la verdad del destino".

Caen las hojas que el viento se lleva  
Al igual que ilusiones perdidas,  
Y las aguas del lago reflejan  
Las estrellas que hermosas titilan.

El afán de leerlo, me lleva  
Hasta el libro que yace en el banco,  
Y al abrir su portada de seda  
Vi con pena que el libro era en blanco.

Rigoberto de Fresni  
La Vega Real, Primavera de 1926.

## YO QUIERO UNA NOVIA

Yo quiero una novia  
Como las princesas de los viejos cuentos,  
Buena como un ángel;  
Sutil como el aire,  
Como mis ensueños...

Yo quiero una novia  
Que me inspire versos  
I que los comprenda;  
I que de mi alma  
Sepa las nostalgias  
I sepa las penas.

Una mujer rubia  
Delicada y buena,  
Que haga con sus besos  
Borrar de mi pecho  
Todas las tristezas...

Yo quiero una novia como las princesas etc., etc.

Rigoberto de Fresni  
La Vega Real, Primavera de 1926

## ÓYEME, POETA

*A Fco. A. Álvarez A.  
porque es un bardo...*

Óyeme, Poeta  
Yo también escribo:  
Son versos humildes  
Míseros de ritmo.

Yo tengo también, como tú mi musa,  
Sólo, que la mía, no es como la tuya  
De carne y de hueso  
Con ojos verdosos rasgados de Cielo.  
Mi musa es la musa  
Forjada de ensueños  
En noches de luna  
I en hora de tedio.

Tu escribes como eres,  
Delicadamente  
Óyeme, Poeta:  
Yo también escribo.  
Son versos humildes  
Míseros de ritmo.

Rigoberto de Fresni  
La Vega Real, Primavera de 1926

## ¡TRAER RECUERDOS!

Sopla el aire sutil, tenuemente,  
Sin llevar una senda segura;  
Sopla el aire sutil, vagamente  
Como loca ilusión errabunda.

I se mecen gallardas las copas  
De los verdes floridos naranjos;  
I se inclinan los tallos de rosas  
Como antiguos donceles galanos.

Que recuerdos tan grato devuelve  
Del lejano país del olvido,  
Ese aire que sopla tan tenue;  
ese aire tan vago y tan tibio!

Como trae al recuerdo la novia  
que tuvimos de juego, de niños,  
I el placer que nos dejan las cosas  
De los tiempos felices, ya idos.

Aire tibio, aire vago, sin rumbo:  
Sigue siempre en tu marcha, soplando;  
Yo te espero, bohemio errabundo  
Con tu carga de gratos pasados.

Rigoberto de Fresni  
La Vega Real, Primavera de 1926.



## SUEÑO DE ARTISTA

*A Pío Espínola, sinceramente.*

El pobre artista que siempre sueña  
Con otro mundo, con otro sol;  
Que sólo vive de las quimeras  
De hallar en medio de su dolor,  
Otros caminos, otras veredas;  
Otro horizonte más ancho, más:  
En donde vivan sus ilusiones  
Como los vientos, en libertad;  
En donde el fuego de su cerebro  
Nunca se sienta desfallecer;  
En otro ambiente, bajo otro cielo  
Con menos nubes que el cielo de él:  
Se siente a veces con la soberbia,  
En sus momentos de inspiración,  
De dar un salto, y allá en la meta  
Mirar sin miedo, de frente al Sol.

Rigoberto de Fresni  
La Vega Real, Primavera de 1926.

## EN MI TUMBA

En medio de la llanura  
Que está detrás de aquel monte  
Tapizada de verdura  
Con ornamento de flores,  
Una cruz encontrarás,  
Blanca como pura nieve,  
Como tu conciencia, o más

Bajo esa cruz, reposando  
De las fatigas mundanas,  
Estarán los huesos blancos,  
Mi cabeza de[s]carnada,  
[A]l del cuerpo de esqueleto,  
El verdadero final  
De esta carrera alocada  
De orgullo y de vanidad.

Cuando [            ]\*  
[            ]\*  
[    ]\*, blancor de nieve  
[    ]e a poner las flores

\* Borrado en el original (N.del E.).

Que en el llano encontrarás;  
I en los ramajes del bosque  
Mientras reces con fervor,  
Mis versos y mis amores  
Te cantará el ruiseñor.

Rigoberto de Fresni  
La Vega Real, Primavera de 1926.

## A VECES ESTOY TRISTE

A veces estoy triste,  
Y siento que me dicen,  
Con fuerza, con imperio:  
Escribe, escribe versos,  
Escribe lo que quieras  
Invéntate argumentos,  
Invéntate quimeras.  
Y siento que en el fondo  
Airado de mi pecho,  
Se posan lentamente  
las hadas de los sueños,  
Y entonces me parece  
Que dejo este planeta,  
Y que he ido lejos  
En donde dicha impera.  
Después... cuando despierto  
La realidad encuentro.  
¡Ensueño de poeta!...

Rigoberto de Fresni  
La Vega Real, Primavera de 1926

## ¡CORAZÓN!

Yo siento a veces éxtasis de loco;  
Quimeras de un iluso visionario;  
No abarca mis ensueños, porque es poco  
Mi mohoso cerebro putrefacto;  
y siento que en el pecho se dilata,  
Que crece como espuma, enormemente  
Mi pobre corazón, informe masa  
Que el goce de la vida ya no siente,  
Que rebosa de ansias, de deseos,  
Que sueña y que se olvida torpemente  
De que solo nació para estar preso,  
Encerrado del pecho en las paredes.

Si la inmunda materia no exigiera  
Del alma que es tan grande algunas veces  
El matar brutalmente esas quimeras  
El todo del artista: sus quereres.  
Si la vida sujeta no estuviera  
A normas ya descritas, normas torpes,  
Entonces, corazón, tu si pudieras  
Alzarte bellamente sobre el monte.  
Escalar las alturas, y en la cumbre  
Erguirte con hermosa altanería;  
Con que rabia la infecta podredumbre  
Que ríe por burlarte, lloraría.

Entonces corazón, tu si pudieras  
Colmar como tu quieres tus deseos,  
Y fuera para ti poco la tierra,  
Y fuera para ti pequeño el cielo!  
Y cruzaras, bohemio, vagamundo,  
La esfera nebulosa del espacio,  
Te fueras tras la gloria hasta otro mundo  
Y presa la traieras en tus brazos.

¡Corazón! ¡Corazón! La hora está cerca  
Aguarda con paciencia, nunca es tarde.  
Moribundo quizás, hasta la meta  
Llegarán tus queridos ideales.  
Corazón; ya tu has luchado, la perfidia  
No ha podido doblar tu altiva frente,  
A la víbora ingrata de la envidia  
Despreciaste con pena, noblemente;  
Y ahora cuando ves que tus deseos  
se hunden uno a uno en el abismo:  
¡Corazón! ¡Corazón! Rompe tu pecho  
Y trázate tú mismo tu destino!

Rigoberto de Fresni  
La Vega Real, Primavera de 1926  
(Viernes, 4 de junio)  
Junio 5 de 1926

## MÚSICAS\*

Esa música de antes: clave de sol al irnos  
(murmurar de arroyuelos y susurrar de pinos)  
Y la música de hoy: fusa en clave de fá.  
Ha sido como un grito de asombro al despertar.

Cinco muelles dibujan pentagrama en el mar,  
El la de la sirena nos invita a afinar;  
Y escribimos de prisa, una canción cualquiera,  
Que será como un eco de la canción primera.

Hay lágrimas, “escribeme”; queda roto un encanto  
Y en la orilla agitándose, un pañolito blanco,  
(la infaltable etiqueta de toda despedida  
que en la música nueva es sinfonía perdida)

Y ya esta clave de hoy, se siente ser de ayer.  
Nos duele, si volvemos, el afán de volver.  
El la de la sirena nos invita a afinar  
Y nos siguen las fusas más allá de altamar.

\* *Listín Diario*, Santo Domingo, 4 de octubre de 1931.

## ANHELOS\*

Junto a la reja  
De mi blanca celda  
El mar despeina  
Su melena azul  
Veo como se alza  
La gaviota y vuela  
Como afanosa  
De volverse luz.

Indecible anhelo  
De tener las alas  
Del ave grácil  
Que se eleva así  
Desentumirlas  
Levantar el vuelo  
Cruzar los aires  
Y llegar a ti.

\* Título original del poema escrito por Juan Bosch en la cárcel, entre diciembre de 1933 y febrero de 1934, al ser acusado de formar parte de un grupo terrorista que tenía la intención de asesinar al presidente Rafael Trujillo. Julio Gautreaux, su compañero de celda, le puso música a esos versos que Bosch había escrito inspirados en su novia de entonces Isabel García Aguiar. Años después, Fernando Casado interpretaría la canción bajo el título de "La Gaviota" (N. del E.).



## ROMANCE DEL COMBATE DE LOS MONTONES\*

Nació Demetrio Rodríguez  
en la Línea noroestana.

Tenía su padre oro  
para enjorarle la infancia;  
oro tenía para hacerle  
señor de arrogante casa;  
con oro quiso pesarle  
si cruzaba la mar ancha.  
Demetrio desdeñó el oro  
por su tierra noroestana.

La parda noche refresca  
la inmensa Línea quemada.  
Demetrio se alzó en la Línea  
y sembró el suelo de hazañas.  
Lo dicen en las cocinas  
las viejas de voz gastada;  
lo están diciendo los hombres,  
los niños y las muchachas.

Hacia los lados del Este  
la revolución se marcha.

\* Santo Domingo, 1935.

Hay una angustia de adioses  
en la Línea noroestana:  
“Se va Demetrio Rodríguez  
a pelear en tierra extraña  
donde no cantan los caos  
ni revientan las guasábaras;

se va Demetrio Rodríguez  
a pelear en tierra extraña”.  
Sabana de Los Montones;  
menuda tierra pelada,  
ni la gracia de una sombra  
sobre la yerba se echaba.  
A orilla de Los Montones  
llegó su tropa cansada;  
a orilla de Los Montones  
Eliseo le esperaba.

La guerra le tiene ahora  
frente a un cariño de infancia.  
(Venía arrollando victorias  
desde la Línea lejana).  
A la luz de altas estrellas  
escribió la noche carta:  
“Los míos doblan a los tuyos;  
nunca mi triunfo me honrara.  
Si fueras a la ciudad  
nuestras fuerzas se igualaran”.

Como en alas de los vientos  
llegó la respuesta ansiada:  
“Estoy llorando, Demetrio,  
la crueldad de tus palabras”  
(Demetrio mordía un dolor

grande como la sabana).  
Bajo el alto cielo gris  
revuela la madrugada.

De nuevo Demetrio escribe  
poniendo en letras el alma:  
“Vengo con tropas triunfantes  
en loma y en tierra llana;  
si te venciera el dolor  
de vencerte me matara”.  
Respondió Eliseo Cabrera,  
los ojos sucios de lágrimas:  
“Si este sol ve mi derrota  
verá también mi mortaja”.

Tropas de revolución  
se riegan por la sabana.  
La voz de Demetrio ordena  
Suplicante, triste, amarga:  
“Que nadie quemee sus tiros  
si los otros no disparan”.  
De ver pólvora subir  
se cansa la madrugada.

Demetrio ahoga dolores  
en medio de la sabana:  
herido cayó Eliseo:  
nunca más se levantara.  
Demetrio se va penando  
camino de Puerto Plata.  
Bajo sus pasos se hacen  
gachas las encrucijadas.

El son de su parda tierra  
le quemaba las entrañas.

Un tiro le abrió la frente  
a orillas de Puerto Plata.  
Peleando sonrió a la Muerte  
con la frente destrozada.  
Bajo un mango florecido  
recibió a la Descarnada.  
Nunca en su vida tuviera  
tantas flores ni tan blancas.

Demetrio Rodríguez fue  
como inmensa llamarada.  
Con la sonrisa en los labios  
llenó la tierra de hazañas.  
Lo lloran en sus merengues  
los hombres y las muchachas,  
por las cocinas lo lloran  
las viejas de voz cansada.  
Demetrio Rodríguez fue  
como inmensa llamarada.

## ROMANCE DE PERICO LAZALA\*

“En el paso del Licey  
mató Perico un espía...”  
(El Licey corre entre peñas  
altas y descoloridas).  
Por las lomas de Burende  
se están tejiendo leyendas  
entre fragores de tiros  
y clamores de cornetas.

Leyendas para merengues  
y acordeón de voces claras,  
que están cantando las glorias  
del cruel general Lazala,  
señor de la enhiesta loma,  
capitán de mil hazañas,  
hombre que baila contento  
cuando le silban las balas.

“En las lomas de Burende  
nadie presenta pelea...”  
Canta que canta el merengue  
y con él canta la tierra.

\* Santo Domingo, 1935.

De alero en alero viene  
la voz plena de dolores:  
“Mataron en otras tierras  
al Rey de los peleadores.

“Murió Perico Lazala”.  
El dolor está en el aire;  
la noticia viene sola  
por los caminos reales.  
En los Rincones de Piedra  
de San José de las Matas,  
acosado como fiera  
murió el general Lazala,  
hombre que cosió su historia  
con costurones de balas.

En el paso del Licey  
desentierran un espía  
(El Licey corre entre peñas  
altas y descoloridas).

## MONÓLOGO ABSURDO\*

He pensado largamente en este venturoso estado de espíritu que me posee, que parece mecirme; que es como algo ajeno a mí, artificial y feble.

Antes vivía siempre mordiendo rencores. Me sentía como en un pozo de paredes secas y duras. Sólo las estrellas me doraban con puntos los ojos. Anhelaba hondamente, hasta sentir dolor, tenerlas conmigo, más cerca de mí. Entonces me zumbaba la sangre y sentía agrios mis propios pensamientos.

Hoy es distinto. Comprendo que me hizo otro esa sonrisa tuya tan generosa; pero a veces me procuro el sufrimiento de pensar que no fue ella, sino el inmenso cansancio que me produjo tener durante tanto tiempo un cielo espeso sobre mí.

He cambiado. Y la verdad es que no quisiera ser así. No hubiera deseado dejar de ser como fui. ¡Oh! ¡Había una delicia tan loca en beberse tanto sol! ¡Tenía antes una impresión tan veloz de todas las cosas! Por ejemplo los paisajes se me derrumbaban encima, borrachos y llenos de estrépitos.

Era aquella una época llena de nudos; sí, de nudos. La mano mía, esta misma mano que ahora se enferma de alborozo para saludarte, tenía presión de tenaza. Podría decir que sentía cada gota de vida quemándome las manos, antes de que toda cosa fuera algo definitivamente creado. La tarde no

\* En *Seminario Ilustrado Baboruco*, Año V, N° 245. Santo Domingo, 11 de mayo de 1935, p.11.

era para mí lo que ahora. Hoy es algo tan desvaído, tan hondo de luces claras, que deslíe los perfiles para quedar nada más que una cosa: la tarde. Antes no; yo oía al crepúsculo caerse, quebrarse, como si una rueda pesada destrozara cristales ¿Y la noche? ¡Ah! La noche era cruel, y por eso me causaba amargo gozo. Se caía de alto, de muy alto, después de haber emborrachado a las estrellas, y parecía aplastar todo signo de vida en la tierra. A mí me consentía como a niño mimado: sólo yo quedaba libre; sólo yo era dueño de luz y de movimiento, mientras la noche se hacía gruesa sobre el mundo.

Hoy es distinto. La noche huye de mí porque ya no está en mí. Y te juro que no comprendo por qué. ¿Acaso por ese resplandor azul que tiene tu frente, tan sutil, tan vago, que nunca lo verán ojos de hombre que no sean los míos? No comprendo; te lo juro.

Y no creas que no he tratado de librarme. Era feliz antes. Todavía se resiste el basto sedimento de vida salvaje y brava que tengo. Me doy cuenta de que algo ha variado; pero no logro explicarme por qué.

A ratos pienso que no he cambiado por ti, sino por mí; sólo que empezaba a variar ya cuando me di cuenta de que tu frente resplandecía. Nada, en fin.

Además, bien pudiera ser que no haya cambiado yo, sino el resto: todo lo que puebla la tierra; lo vivo y lo que aparentemente no lo está; lo que flota como luz y lo que se entierra como agua. Porque no es posible que así, por la sola virtud de tu sonrisa, de la ternura que te rodea, hayan perdido mis manos el privilegio de tentar los proyectos de vida; de sentir la vida quemándolas antes de que efectivamente viviera.

No debes sentirte halagada. He cambiado, si; pero pudiera no ser por tu causa: la Primavera está alentando ya.

Pudiera ser la Primavera. Pudiera ser ella.

¡Oh! ¡Qué fiesta de orgullos la del espíritu, si llegara a saber que no has sido tú, tú, tú...!



## ROMANCE DEL GENERAL NAZARITO\*

Nazarito el General  
montaba caballo blanco.  
Caminaba entre los tiros  
como quien se está paseando;  
vino encendido de guerras  
de más allá de Bonaó:  
de Piedra Blanca bajó  
valiente, altivo y huraño.

Nazarito el General  
montaba caballo blanco.

Bolo fue como ninguno  
Nazarito el de Bonaó;  
por ser bolo se batió  
de las lomas hasta el llano;  
por ser bolo en La Cabuya  
le horadaron a balazos:  
de La Cabuya salió  
siempre en su caballo blanco.

\* En *Seminario Ilustrado Baboruco*, Año V, N° 252. Santo Domingo, 22 de junio de 1935, p.15.

Bolo fue como ninguno  
Nazarito el de Bonaó.

Del pleito de La Cabuya  
viene el General Nazario:  
al pueblo está entrando el tren  
con racimos de soldados:  
trajo celemín de heridos  
pero no de derrotados.

Sobre las piernas sangrantes  
atravesó a su cuñado.  
Marchoso en la retirada  
lucía su caballo blanco.

En las piernas generosas  
le agonizó su cuñado.  
Del pleito de La Cabuya  
viene el General Nazario.  
Por ser bolo y ser valiente  
le horadaron a balazos.  
Nazarito el General  
montaba caballo blanco.

## ROMANCE DEL MUERTO BELLACO\*

El capitán Mino Tapia  
con su Colt de cinco balas  
iba jinete en caballo  
de buen nervio y finas patas;  
en el paso del Río Verde  
la bestia paró su marcha:  
en el paso del Río Verde  
salen muertos y fantasmas.

Un pedacito de luna  
sobre el agua se arrugaba.  
Encima estaba la ceiba  
de ancho tronco y recias ramas.  
Resoplando y temblorosa  
paró la bestia su marcha.  
Mino Tapia haló el revólver,  
pero el Colt no disparaba.

¡Hombre, mujer o muchacho,  
si es difunto, que me salga!

\* En *Semanario ilustrado Baboruco*, Año V, N° 255. Santo Domingo, 12 de julio de 1935, p.1.

Con la voz del capitán  
la luna tembló asustada.  
Del otro lado del río  
se quebró una carcajada.

Los caminos del Licey  
bajo la noche se agachan.

Suenan por ellos los cascos  
de una bestia desbocada:  
se le encaramó el difunto  
sobre las redondas ancas.

Con el peso de aquel muerto  
va la pobre derrengada.  
Encima suda terrores  
el capitán Mino Tapia.  
Los caminos del Licey  
giran bajo cuatro patas.  
La luna se está metiendo  
tras una nube morada.

—¡Hombre mujer o muchacho,  
si es difunto que me salga!

¡Caro te costó guapear  
mi capitán Mino Tapia!  
Te encontraron muertecito,  
llena de filos la cara,  
en la mano el Colt inútil,  
la boca torcida y blanca.

Se le saltó el corazón  
al caballo que montabas;

clarita estaba la huella  
del muerto sobre sus ancas.

¡Caro te costó guapear  
mi capitán Mino Tapia!

Con tu kepis charolado  
y el buen Colt de cinco balas,  
te encontraron muertecito,  
llena de filos la cara.

En el paso del Río Verde  
salen muertos y fantasmas;  
en las aguas del Río Verde  
se arruga una luna blanca.

## ROMANCE DE VICENTICO DE LUNA\*

A las tierras del Cotuí  
llegó Vicente de Luna:  
truenan la revolución  
por lomas y por llanuras.  
Los cascos de cien caballos  
El amanecer trituran;  
Con las carabinas juegan  
Niños de carnes oscuras.

A las tierras del Cotuí  
llegó Vicente de Luna:  
la pobre tierra trigueña  
revienta en míseras tumbas.  
Rueda la revolución.  
Rueda de la loma al Yuna.

Tentico de Luna tiene  
risa de huesa madura;  
toda la cara quemada  
los negros ojos le alumbran.  
Al padre lo fusilaron  
en noche de amarga angustia:

\* Santo Domingo, 1935.

sobre su niñez cavarón  
la crueldad de aquella tumba.  
Tentico le puso cruz  
bajo un retazo de luna.

Tentico se alzó en Cotuí.  
Muere mal quien le disputa.  
Se cobra al ciento por uno  
de aquella noche la angustia.  
Tiembra el paisaje asustado  
bajo su mirada cruda.  
Humos de fusilamientos  
entre barrancos madrugan.

Truena la revolución.  
Truena de la loma al Yuna.  
El incendio es menos cruel  
que Vicentico de Luna.

## DE LAS DISTINTAS SOLEDADES\*

Estas solo en la ciudad, o porque acabas de llegar y aún no has prendido afectos, o porque la noche va ya de la media abajo y junta los párpados de tus amigos, o sencillamente porque quieres estar a solas. En ese instante comprendes que a nada estás sujeto y sólo te sientes bien dentro de ti mismo. Maravilla el milagro de vivir tan falsamente. Si vas a dormir notas que en tu habitación no hay un solo mueble del que emane calor de intimidad, no hay en toda ella un recuerdo que te haga temblar de emoción: en los rincones se cae la noche a pedazos sobre una soledad seca y repelente. Para sentirte a ti mismo tienes que fabricarte un escenario con lo que viste antes o con lo que esperas ver después. Ya formando el escenario, vas y vienes por él, señero y arrogante dueño de ese mundo que sientes tuyo, que te pertenece. Todo en él depende de ti: la luz y más clara o menos clara según te plazca; tiras allí la noche o haces reventar la aurora; en un solo segundo lo pueblas de risas o de llantos, de cruces o de vagidos, de estrellas o de charcas. El dolor y las risas crecerán a tu antojo; dispones del amor y del odio, de lo bueno y de lo malo. En ese mundo fabricado para estar contigo mismo, tú eres a un tiempo Dios y Hombre.

\* En *Listín Diario*, Santo Domingo, 3 de noviembre de 1935, p.3.



Estás solo en la ciudad, y como no puedes resistir el vacío, te haces un mundo, porque la soledad te rodea, te sitia, te muerde, te va gastando minuto a minuto. Sólo puedes resistirla oponiéndole la multitud que llevas dentro. Pero vives en falso, con tu universo a cuestas, y no puedes desprenderte de él: no eres un hombre como debías serlo.

Habrás notado que de mañana la ciudad es hueca e irresistible. Despiertas y encuentras un sol tonto cabeceando su sueño sobre las casas altas. Buscas la calle, porque allí, en tu habitación, nada te ata la mirada, nada te anuda el pensamiento, nada te huele a pasado. Sales y vas a la plaza; la plaza es un bostezo largo que hastía. Nadie en ella, ni los pasos graciosos de las mujeres, ni las sonrisas de los niños. Nada. La ciudad es algo tan relleno de multitudes, que cuando ellas faltan se hace egoísta hasta la saciedad.

Pero he aquí que dices: voy al campo. Has de saber primero, que el hombre nacido entre casas teme al campo porque no tiene multitud interior; no la tiene él y no puede sentirla si no viene de afuera, entre gritos y bocinazos. La noche en el campo impresiona. Es que la vida rueda allí y sientes a Dios a tu espalda en la rama que el viento mece; frente a ti, en una sabana espléndida y confiada; a tu lado, en el monte sombrío y ronco; a tu lado, en el río infantil y contento; a tus pies, en la grama tímida que se dobla bajo tu peso; sobre ti, en el brote brillante de menuditas estrellas. En el campo alienta y vibra la vida oculta, la vida que va, viene, se aleja, se acerca y se mueve siempre, siempre... allí tu pensamiento debe ser limpio, necesariamente tiene que ser limpio, porque aquella multitud varia e incansable, te espía, te oye, te siente, te sigue.

En la ciudad eres el fabricante de tu propio mundo y estás silencioso en el tumulto. En el campo no debes atravesar el silencio sin oírlo.

## MONÓLOGOS ABSURDOS\*

Es inexplicable este miedo loco que tu voz produce, este pavor horrible en que se lanza el corazón cuando tú hablas. Tu propia voz es cobarde, lo comprendo; aparece siempre asustada, como grito de niño sorprendido en la noche... Pero la cobardía de tu voz no basta a explicar mi miedo; no basta.

Hablas tú, y todo en mí se inmoviliza, se detiene, se asfixia; hablas más y empieza un derrumbe doloroso de emociones que me va llenando el pecho de escombros inútiles. ¿No lo has sentido alguna vez; nunca has visto la palabra muerta sobre mis labios? De seguro que no; y lo entiendo. Lo entiendo porque yo mismo me ignoro, y no sé ni cuando estallaré en gritos ni cuando reclinaré la cabeza para sollozar, ni cuando empezaré a sonreír. No sé nada, a no ser que bajo estos cielos claros persigo tu figura en todo paisaje; que miro arrobado toda estrella porque pienso que también tú la miras en ese instante; que en todo perfume discreto te adivino; que aspiro a brazadas el aire porque me figuro que antes te ha rodeado. No sé nada, a no ser que estás en mí siempre, en cada minuto del día blanco, durante todas las horas de la noche muerta, en la madrugada perezosa y en el crepúsculo angustiado. Y como estás en mí, temo al sentirte, porque me sorprendes.

\* En *Semanario ilustrado Baboruco*, Año VI, N° 272. Santo Domingo, 9 de noviembre de 1935.

Eso es: tu voz me sorprende. ¿Sabes la emoción indescrip-  
tible de que le hable a uno el paisaje, la estrella, el aire?...  
¿No? Ya sabía que me dirías: “no”. Es que tú, que lo simbolizas  
todo, nada sabes. Tal vez por eso, precisamente, te ame de  
manera tan honda, tan recia, tan amarga. Porque como la  
flor, abrumas la mirada sin comprender lo que haces; igual  
que el agua, refrescas y sigues, cantarina e ignorante.

Tu voz me causa un miedo inexplicable. Todo cuanto  
sueño decirte se hunde en simas oscuras al conjuro de tu  
voz. Después, cuando silencias, cuando me dejas a solas con  
este pavor infantil, voy mordiendo mis palabras, las que he  
deseado que oigas desde hace largo tiempo; las mismas que  
huyen atropelladas por esa voz tuya tan cálida, tan amada y  
tan temida.

## ROMANCE DEL RETORNO TRISTE\*

*A la memoria de mi abuelo, don  
Juan Gaviño, agigantado en la muerte.*

San Francisco, frente al Cerro:  
la tierra de sed se mueve.  
Por el camino pelado  
van meciéndose dos bueyes.

La vereda de la casa  
Se llenó de grama verde;  
Recios bejucos cubrieron  
La orfandad de los espeques.

He caminado mil leguas,  
San Francisco, para verte.  
¡Cómo carcomieron todo  
los comejenes del tiempo!

Se derrengó la gran casa  
bajo el peso de los cielos;  
camino de fincas buenas  
buscaron sesenta cuernos.

\* En *Semanario ilustrado Baboruco*, Año VI, N<sup>o</sup> 272. Santo Domingo, 7 de diciembre de 1935.

Fuéronse con aquel toro,  
padrote de cien becerros.  
¡Oh papá Juan, papá Juan,  
Rey Gaspar de los abuelos!

Los robles que tú sembraste,  
finos, altivos y tiernos;  
el gran caserón, poblado  
nada más con tu silencio;  
todo cayó carcomido  
por el comején del tiempo.  
¡Oh papá Juan, papá Juan,  
Rey Gaspar de los abuelos!

Cañito de San Francisco:  
buenos años han pasado  
desde que vienes cayendo  
siempre limpio, humilde y flaco.

Cañito de San Francisco,  
tan pobrecito y tan manso:  
mira cómo he vuelto a ti  
tendiéndote las dos manos  
para que las vuelvas buenas  
con la piedad de tu llanto.

Las quiero tener bien limpias  
para implorar su descanso.

Estancia de San Francisco,  
recostada frente al Cerro:  
te has quedado toda muerta  
y eres como niño enfermo.  
Te faltan troncos y flores,  
¡y él que se florece en huesos!

## ROMANCICO A GILDA\*

¡Ay amor! Que pasó Gilda  
por la calle despoblada,  
y por verla se asomaron  
jardines a las ventanas.

\* Escrito en el álbum de Gilda Cruzado, que era entonces una jovencita, a petición de Puchito Peguero. Dos o tres días antes, estando asomados a la puerta de La Cueva varios de los contertulios de los que se reunían allí de noche y los días de fiesta, había pasado Gilda por la calle y Puchungo (el poeta Rafael Américo Henríquez) propuso que cada uno de los presentes le escribiera un romancico a Gilda. Yo escribí el mío inmediatamente y cuando lo leí Puchito Peguero protestó, coreado por todos los demás, de que yo dijera que por “verla se asomaron los patios a las ventanas”, y lo hizo diciendo que en los patios hay basura, ratones muertos, gatos y perros y que era una grosería echarle encima toda esa basura a Gilda. Acatando la protesta general, borré “los patios” y en su lugar puse “jardines”, pero todavía hoy, al cabo de cuarentidós años, pienso que “los patios” tenían más plasticidad que “jardines”. De todos modos, el romancico no hubiera sido mejor con “los patios”, aunque tampoco hubiera sido peor” (Juan Bosch, 15 de agosto de 1980).

Por su parte el editor de *Scriptura*, señala: “Este *Romancico a Gilda*, tal como el profesor Bosch testimonia, fue escrito en el álbum de Gilda Cruzado. Por circunstancias no siempre previstas, el texto nunca fue publicado y se extravió (o desapareció) sin que el autor supiera de su aparente infausto destino. Pero el albur a veces es necesidad. Hay obras que indefectiblemente no quieren separarse de su progenitor, y el olvido o la distancia en el tiempo espera pacientemente un reencuentro. Y un día, por azar también, aparece Gilda y un álbum: allí, indeleble, el Romancico hacía acto de presencia, situaba a Juan Bosch en un 23 de enero de 1936, insistiendo en que al pasar Gilda “por verla se asomaron patios a las ventanas”.

Que pasó Gilda, ceñida  
Por la brisa enamorada.  
*Diban* flotando sus ojos  
Como luz de madrugada;  
*Diba* regando su risa.  
(Toda la calle blanqueaba).

Le volaban las dos manos  
Como dos gráciles alas.

¡Ay amor! Que pasó Gilda  
por la calle despoblada...

## OYENDO A EUSEBIA COSME\*

Eusebia la Bruja ha llegado. Eusebia la Bruja surge del vientre de la noche, cabalgando en el lomo blanco de un cabro que van a sacrificar en la fiesta de los dioses oscuros. Tras ella arrastran su pereza el cocodrilo, su cansancio el maná, su voz doliente los tambores de los convites. ¡Ha llegado Eusebia, Eusebia la Única, la Única!

Recita. La música brota de ella como del manantial el agua. Se hace espantosa en la Balada del Güije, canta y canta en la Rumba de la Negra Pancha, llora en la Balada de los Dos Abuelos, trina en la Macorina y solloza en la Falsa Canción de Baquiné. La música en cosa de ella, en ella viva y nacida, y se expande como luz bajo sus ojos magos, mientras sus manos van extrayendo la emoción del más rescatado escondite, y revelan, y parecen chorrear sangre; imploran, se sacuden como hojas de la selva, habitadas por vientos crecidos; gritan ellas solas, ellas solas hablan y de ellas parece también emerger la extraordinaria música negra con que Eusebia nos va haciendo crecer de angustia el corazón.

Y después, cuando calla, cuando parece callar; cuando se recoge en sí misma; cuando parece estar recalentando la emoción; llamándola con palabras de embrujo, forzando el retorno

\* En *Listín Diario*, Santo Domingo, 19 de junio de 1936, pp.1-2.



a sus manos y a su garganta, y uno siente que podría no hablar, y sería Única., que podría no recitar, y estaría recitando; después, después... ¡Qué vago y a la vez hondo dolor el que nos muerde en nombre de todos los que derrochen el privilegio de oírla y de verla, o de no oírla ni verla; pero sentirla, sentirla!

¡Oh Eusebia la Única, la Única! ¡Toda una raza amasó dolores para que tú fueras maravillosa realidad!

## NUESTRO MIEDO\*

Tus ojos están llenos de un pavor innombrable  
y todas tus palabras se aprietan como niños  
que temen, en la noche, cuando la brisa ulula.

Yo intuyo en tus pupilas cien miradas maduras,  
cierta preñez de estrellas, y en el fondo, tu miedo.  
En cada gesto tuyo, la mano se te quiebra;  
y la intención sacude, como una mariposa,  
dos alas todo tímidas sobre tus labios fríos.

¡Ay! ¡Cómo revolotea sobre nuestras cabezas  
ese pasado, grávido de dulzuras!

Mira mis manos. ¡Míralas!  
Ellas también se doblan al peso de esta carga;  
y si la brisa danza, sonora, entre mis dedos,  
deja, después que pasa, su fracaso de frutas.

Mira también mis manos...  
Mira también mis manos...

\* En *Listín Diario*, Santo Domingo, 3 de octubre de 1937, p.3.

## PALABRAS EN TORNO AL AMOR\*

Amiga mía, tú no crees en la virtud del amor; te resistes a la idea de que la vida sólo cambia para nosotros cuando nuestro ser interior llena de luces las cosas que nos rodean. Para ti, aquello que nos viene del exterior es lo que transforma y embellece la vida. En realidad, creo haber sorprendido en tus ojos el temor de caer presa en la verdad. Tal vez tu tragedia (que todos tenemos una) es ese pavor constante; ese miedo de que tu destino quede marcado por el mandato del amor, ese temor de perder tu libertad. Ignoras que tan solo se es absolutamente libre cuando se está encadenando al sentimiento universal del amor, fuerza que mantiene a la tierra en medio del vacío inconmensurable, y en la tierra a los hombres. Porque el amor, amiga mía, es la expresión invariable de Dios. Y solo en el regazo de Dios se alimentará la vida de eternidad.

A veces me causa amargura tu cobardía; pero me contengo a tiempo, y me siento entonces lleno de compasión por tu esterilidad. Tú no sabrás nunca que aquello que podemos recibir de fuera es nada más pasto de la carne perecedera. Me apena pensar que no tendrás en el corazón la fiebre del dolor ajeno.

Tú, yo y todos cumplimos y cumpliremos un destino eterno. Moriremos y tornaremos a ser como si no hubiéramos

\* En *Listín Diario*, Santo Domingo, 17 de octubre de 1937, p.3.

nacido; y sólo muriendo en amor, sumidos y cegados por el amor, podemos librar el gran trance sin padecer el dolor de morir, porque entonces habremos entrado en una transformación gloriosa, en la que nuestra vida empezará a desintegrarse de la Tierra integrándose gradualmente en la luz.

¡En la luz, amiga mía, que es verbo de amor, es decir, de vida inacabable!

## LA ESPERA\*

Hoy es cuando te siento.

El más leve rumor suena igual que tus pasos  
y si un jilguero canta, sólo copia tu risa.

Hoy es cuando te espero.

En el cauce cerrado de las venas  
la sangre te presiente y se detiene;  
y al calor de esa espera  
todo mi ser se allana y se deshace.

Siento las manos lívidas iniciando una fuga,  
siento la voz perdida;  
siento el ojo sin luces.

¡Ay! ¡Este miedo mortal de que llegaras  
y este miedo mayor de que no vengas!  
Ya el corazón no sabe qué haría si no vinieses,  
y la palabra ignora qué diría sí te viera.

Todo mi ser te espera.  
Todo mi ser se allana...

\* En *Listín Diario*, Santo Domingo, 31 de octubre de 1937, p.3.

## APÉNDICE



SARGENTO PRIMERO\*  
(FRAGMENTO DE NOVELA)

¡Raso Tapia! ¡Raso Tapia! ¡Para hablar con usted tengo que reducirme a un lenguaje demasiado corriente! Me tortura andar buscando las palabras que pueda entender con facilidad. Usted no será capaz de comprender en toda su vida por qué a veces parezco borracho sin estarlo. Ahora pone cara compungida, como si realmente sintiera Usted pena de mi estado. ¡Yo quiero que sepa que aquí yo soy el jefe, yo, el sargento Iván Peña; y que a mí no se me mira con esos aires generosos!

El sargento Peña estaba rojo y golpeaba la mesa con los nudillos; de pie, firme, atento, el raso Tapia le escuchaba. Verdaderamente, a veces el sargento tenía cosas incomprensibles. Inesperadamente se incorporó, dio un puñetazo en la mesa y se quiso hundir el pecho con otro.

—¡Yo soy el jefe, raso Tapia! ¿Lo oye? ¡Yo soy el jefe!

El raso sabía que no debía contestar ni hacer el menor movimiento. Se mantenía erguido y contenía las ganas de rascarse en la cintura: algún bicho impertinente se aprovechaba de su actitud para picarle.

El sargento empezó a dar grandes pasos de un lado a otro; se asomaba a la ventana, se sujetaba la frente. El sol se desbo-caba sobre la tierra haciendo hervir hasta las piedras.

\* En *Recta*, N° II. San Pedro de Macorís, abril de 1936, pp.VIII-IX. N° III, San Pedro de Macorís, mayo de 1936, pp.VI-VII.



Iván Peña tornó a sentarse, cruzó las piernas y apoyó el codo en la mesa.

—Anoche —dijo aparentemente sereno—, le tiré a aquellos dos infelices; no creía que iba a herirlos. Es mi deber, raso Tapia, el deber que me atosiga y me tiene medio loco. Dicen allá, en el Cuartel General, que roban reses, que es menester cuidar esta condenada frontera, que yo soy el responsable. Aquellas gentes no soportarían aquí un mes, un solo mes; nosotros tenemos que obedecer, ejecutar. Ahí está el telegrama, véalo ahí, en ese gancho.

El sargento señalaba con el dedo; el raso miraba en la dirección indicada. Sí, allí se encontraba aquel telegrama endemoniado.

—Bueno... Pero nada gano con hablarle a usted de estas cosas. Usted es un hombre porque tiene ojos, dos piernas y habla; usted no se puede imaginar cuánto sufre el individuo que tiene que abdicar de sus ideas... Además, aquí no se puede tener ideas...

Cruzó las manos sobre el vientre y empezó a tamborilear en la mesa. Efectivamente, el raso no le entendía. Decían de allá que había que evitar el robo a través de la frontera y él encontraba lo más lógico que se impusiera la ley, a tiros o como quiera. Al raso Tapia no le quitaba el sueño un negro muerto.

El sargento volvió a incorporarse y a sus paseos. Poco a poco se fue tranquilizando, tranquilizando, empezando a sentir que le nacía el recuerdo adentro, que se le refrescaba el pecho. Levemente, como la caricia de la brisa mañanera, le aparecieron algunas cosas medio olvidadas, como la cara de Cunda y la risa de su prima Herminia. Se asomó a la puerta y tendió la vista hacia la frontera. Las peñas descoloridas que cerraban el horizonte se disolvían bajo el sol. El sargento pensó en su niñez, en el abuelo que lo criara, en los libros, en la sala de su casa, amplia y limpia. Se sujetaba la barbilla y apretaba sobre

ella. ¿Qué sería de los suyos ahora? Sintió que desterraba del pensamiento, totalmente, los rostros de los dos cuatreros que hiriera la noche anterior. Uno había caído con la pierna destrozada y gritaba revolcándose entre los matorrales; las reses huyeron hasta el monte vecino... Bueno... ¿Qué era de los suyos? Olvidó al raso Tapia, aquel ser estúpido, sin expresión inteligente alguna, que sólo sabía cumplir y emborracharse cuando recibía la paga; se sentía ágil y hasta alegre. Le vino a la mente una canción, una canción, una canción que tenía un aire triste y dulce y que él cantaba mucho, de muchachón, porque le gustaba a su prima Herminia.

“El beso que me diste, te daré”.

Se quedó tarareándola un rato, apoyado en el marco de la puerta, cruzados los brazos sobre el pecho. De improviso le asaltó el sentimiento del deber y recordó que el raso Mata no retornaba, aunque era ya tiempo.

—¡Raso Tapia! ¡Asómese al camino a ver si el raso Mata llega!

Todos los días él mandaba al raso Mata a la población vecina; debía recoger la correspondencia, los telegramas y enterarse en el cuartel de las nuevas que hubiera. En el poblado había un cuartel, si se le podía llamar así; pero apenas tenían trabajo, porque el lugar delicado lo cubría él, el sargento Iván Peña. Tenía cinco rasos más; el más inútil de todos, o el menos útil era aquel Mata que él empleaba para diligencias sencillas. Ya era hora de que volviera. Montaba un caballito alazano flacucho y trotón, un animalejo que él, el sargento Peña, no usaría nunca. Se lo habían entregado como parte del equipo; pero él entendía que equipo, para un militar, debían ser tan solo, el rifle, la ropa, la mochila y el dinero justo para comer. Si iba también una botellita de ron bueno, se aceptaba, sobre todo cuando había que hacer servicios de noche y del cielo caía agua.

El raso Tapia se le acercó.

—No lo veo, sargento —dijo.

Vagamente, con un gesto, le indicó que se apartara; se tiró al camino y empezó a andar. Quizá lo topara él mismo y entonces le sujetaría la rienda y le gritaría para asustarle: “¿Qué estaba usted haciendo que llega tan tarde?” O tal vez nada le dijera; dependía de la cara que trajera el raso Mata. Anduvo y anduvo. No sentía el sol, que se le dejaba caer sobre los hombros y el pescuezo. “...El beso que me diste, te daré...” canturreaba en voz baja, las manos a la espalda y el pensamiento lejano. Se detuvo en un recodo sombreado por arbustos espinosos, se alzó el sombrero sobre la frente y se secó el sudor que le apuntaba en ella. En la sombrita paseó de un lado a otro, echando la vista hacia la lejanía, esperando. El raso Mata no llegaba. Sentía que la impaciencia empezaba a quemarle adentro, como una brasa, y apretaba las manos clavándose las uñas. Miró el cielo y movió la cabeza. “Horita es medio día” —pensó—. “Mejor es que me vaya acercando al puesto”. Retornó, cavilando inutilidades. Atrás del monte, agazapada, sin razón alguna, estaba la casucha del viejo Leandro, de donde les mandaban la comida; era ésta sustancial y fea; pero no había más remedio que comerla. A ninguno de aquellos demonios se le ocurrió traer una mujer consigo y él no iba a consentir que un soldado cocinara; resultaban muy escasos para atender a sus obligaciones y si entonces se entretenían cocinando... Además, que no era aquel un oficio de hombres. Y nada más.

El viejo Leandro tenía una hija interesante; era mulata y vivaz; pero al sargento Iván Peña no le gustaba la muchacha, porque se mantenía sucia y despeinada. Estaba bien para uno de los rasos... Aunque bien visto, no se podía encontrar cosa mejor en la frontera; tal vez en un día de camino no hubiera otra mujer como ella, quizá ni peor...

Cuando se acercaba al cuartel vio entrar al muchacho que traía las cantinas, tres, porque los tres soldados restantes estaban en servicios. Siempre pensando tonterías, se sentó a la mesa frente al raso Tapia y empezó a comer. No se daba cuenta de lo que engullía. Estaba terminando cuando sintió pisadas; volvió el rostro, se incorporó y se fue a la puerta.

—Ya viene el raso Mata, se dijo simplemente.

Tornó a la mesa. Las pisadas del animal se oían mejor, se sentían más cerca. A poco una sombra llenó el cuadro de sol que entraba por la puerta y el raso Mata se dejó caer con un bulto en la mano.

—Aquí hay un oficio mandando a buscar los heridos, dijo.

—¿Los heridos? ¡Qué ocurrencia!

El sargento Iván Peña sonreía con un sarcasmo terrible. Es decir que mandaban a buscar los heridos, ¿eh? tiró los cubiertos sobre la mesa, se puso en pie y tronó:

—¡Qué heridos ni heridos! ¿Iba yo a dejar a esos infelices sufriendo estando seguro de que no se salvarían?

El raso Tapia guiñaba los ojos maliciosos. El sargento se volvió a él.

—Yo mismo los rematé —dijo, tranquilamente.

Siguió comiendo, como si tal cosa. El sargento le miraba con ojos cargados de odio.

—¡El mismo los remató! —dijo señalándole al raso Mata, que le escuchaba idiotizado.

—Yo no lo sabía —rezongó.

—¡Pero ha ido al pueblo a conversar de lo que no le importa! —gritó el sargento desesperado.

Y se dejó caer sobre la silla, abatido, deshecho.

\*\*\*

A media tarde, y tras haberlo meditado bastante, empezó a escribir. “Los heridos escaparon antes de que hubiéramos

podido apresarlos...”. Pero el sargento Iván Peña tenía todavía hondos rezumos de la educación que le impuso el abuelo: no podía mentir; no lograba apagar el fuego interno que le escocía cuando mentía. Se levantó, anduvo en círculos, siempre rodeando la mesa; al fin rompió en menudos pedazos el oficio y comenzó de nuevo.

Un silencio crudo aplastaba toda la tierra a su alrededor. Por la ventana veía trozos de cielo, paridos de nubes que volaban; en un camastro dormitaba el raso Mata. El sargento le miró: “Este animal me ha metido en tamaño lío” —pensó. Pero ya no podía lamentarse; o se arreglaba aquello o no se arreglaba.

“Los cadáveres de ambos cuatrerros recibieron cristiana sepultura esta mañana” —terminó. Antes de firmar sonrió con bellaquería. ¡Cristiana sepultura!

Como un vuelo apretado de aves espantosas, los pensamientos empezaron a circuirle la cabeza. El raso Tapia era un criminal; pero bien visto, no podía cargar él con toda la culpa. ¿Quién le había enseñado que debía ser o sentir o proceder de otro modo? Además, él, el sargento Iván Peña, Jefe de puesto, debía amparar a sus subalternos en todo caso. Quizá un día conviniera salir con el raso Tapia por caminos oscuros, y tal vez resulta justo que la carabina del sargento Peña tuviera un salto y dejara escapar un tiro...

Imaginativo como era, se refociló un instante en aquella idea. Sentía el tibio aliento que le emerge a uno desde la sangre y le cubre, y le rebosa, y le pone ardidadas las sienas cuando encuentra una solución un poco tuerta a cualquier problema sentimental; pero de súbito el sargento vio, claramente, como teniéndole delante, el cuerpo abatido del raso Tapia, la cabeza hecha trizas, la sangre corriendo y mojando la tierra, siempre, siempre, como manantial inagotable. Iván Peña se asqueó a sí mismo. No; no era aquello humano, ni debía él permitir gozarse en tales ideas.

Todavía estaba el oficio pendiente de la firma. Se puso en pie. A la luz estaba sucediendo una sombra clara y bondadosa. El sol debía estar hundiéndose entre los escasos árboles que coronaban la loma distante.

Pensó en sí mismo; se veía en su casa, oyendo las historias y los consejos del abuelo. En veces, cuando atardecía y el sargento Peña se echaba a vagar por entre recuerdos, le asaltaba una tristeza que le hacía subir lágrimas desde el fondo del pecho. ¡Ah! ¡Qué buena vida la que tendría allá, arreando a tal hora las vacas que pacían en amplios potreros, jinete en el rucio del viejo! En la noche le cantarían a su prima Herminia, o quizá tendría las manos de ella entre las suyas, o quizá, quizá...

Al principio, cuando se incorporó al Ejército, se sintió satisfecho y hombre completo. Había tenido un disgusto con el abuelo por cuenta de una fiesta a la que fuera sin consentimiento. Los amigos le echaban en cara la obediencia con que atendía al viejo. “Me voy” —se dijo. En los primeros días hubo de resistir como un mulo para no abandonar el rifle y huir; le hacían marchar horas tras horas, entre el polvo, bajo el sol, siempre tieso, siempre atento. Debía vivir pendiente de su limpieza, de los reglamentos, de las órdenes. Después hubo de hacer de centinela, arriba las estrellas despiertas, y abajo despierto él, al hombro la carabina y paseándose de un sitio al otro, fino el oído, limpios los ojos. Pero se acostumbró, se hizo a la disciplina. Una vez le llamaron y le entregaron un sobre cerrado. Aquel sobre le mortificó como una espina en carne viva. ¿Qué decía, qué misterio guardaba? Cuando lo abrió supo que debía estar listo para salir en persecución de un criminal. Sintió una alegría rabiosa y durante toda la noche se mantuvo fabricándose una leyenda de heroísmo, en la cual él topaba con todas las dificultades posibles y salía airoso de ellas; se forjó un retrato mental del individuo,

que debía ser blanco, ágil, buenmozo y mujeriego; supo de antemano como había de ser el encuentro, en el cual el otro le dispararía todos los tiros del cinturón y él se mantendría sereno, marchando sobre él, sonreído, magnífico; al cabo el criminal le iría arriba armado de filoso cuchillo; entonces Iván Peña le sujetaría por las muñecas, se las doblaría como tallos de plátanos y el criminal se iría doblando lentamente, con la boca contraída, hasta pegar la espalda en tierra. De la tierra brotarían entonces cientos de rostros de mujeres y le harían fiestas, le llamarían, le aclamarían.

En la madrugada le venció el sueño; pero a poco se metió en el cuartel la corneta, la corneta cálida y vibrante. Sentía una desagradable vaguedad en la cabeza. Lentamente preparó sus efectos y dispuso salir. Estuvo tres días entre lomas, mojado, hambriento y enfermo. Tocaba de noche en alguna puerta y pedía un sitio donde le cupiera el cuerpo para dormir. Aquel criminal era fluido, era volátil. Entre escasas conversaciones se fue enterando de que el hombre no era blanco, sino negro; y no tenía tendencias caballerescas ni era capaz de esperarle a campo raso, sino que le acecharía tras un tronco y le dejaría tieso cuando menos lo esperase. Caminando en la tremenda soledad de la loma, empezó a sentir miedo; una rama caída, una piedra rodada, el rumor lejano de un río despeñado: todo le hacía buscar refugio entre los árboles, cargado de miedo. Al cuarto día no podía con sus nervios y se hizo acompañar de un pedáneo. Al anoecer supieron dónde se escondía el criminal y decidieron asaltarle.

Escogiendo caminos olvidados, trepando barrancos, cayeron bien tarde en un bohío. Iván Peña quiso pedir posada, porque le asustaba la idea de toparse con aquel hombre bajo la noche cerrada. El dueño del bohío era medio negro y acogedor. Se acostó deshecho, sin poder tenerse un instante

en pie. Despertó con el canto de los gallos e instintivamente miró hacia el rincón en que había dejado la carabina... ¡No estaba allí! ¡No estaba allí su carabina! Sacudió al alcalde, voceó y sintió que perdía la cabeza. ¡Su huésped era el criminal buscado con tal ahínco! Un instinto certero de perro le hizo orientarse hacia atrás. Ardía en fiebre. ¡Aquel maldito hombre le había engañado como un niño! ¡Y él, que había soñado con hacerse héroe capturándole!

La rabia le hizo apostrofar al pedáneo, maltratarle de palabra. Se lanzó a la búsqueda del criminal, fogoso, desesperado, registrando montes, removiendo escondrijos. Durante dos días anduvo como loco, de casa en casa. Al anochecer del tercero le hizo presa a una hija, el marido de la hija y a un nietezuelo. Los amarró.

—¡Avísenle a ese bandido que si no me devuelve la carabina los mato a los tres! —tronó.

Y se dispuso a esperar, mientras en el pecho sano, limpio, empezaba a florecerle, por vez primera, la semilla roja de la crueldad.





BOLÍVAR, DE TRUJILLO A CARACAS  
(FRAGMENTO DE EPISODIO RADIAL)

LLUVIA. PISADAS DE CABALLOS, BAJAS.

*Sostener efecto cinco segundos.*

NARRADOR: En la noche del 8 de junio de 1813, mientras una lluvia torrencial azotaba a Caracas, algunos caballeros que montaban mulos cruzaban las calles solitarias de la Capital y se dirigían hacia el palacio de gobierno...

*Subir. Bajar.*

VOZ: (*Un poco apartada*): ¡Alto!... ¿Quién va?

SEGUNDA VOZ: (*Más cerca*): Es el Capitán General don Domingo Monteverde...

VOZ: ¿Bajo esta lluvia? Alabada sea Santa María madre de Dios.

MONTEVERDE: Alabada sea... Buenas noches...

VOZ: Os hacía en Maturín, Excelencia.

MONTEVERDE: Pero he vuelto... ¿Os asombra?

VOZ: No, vive Dios...

*Confundir pasos. Ruido de  
hombres que descabalgan. Voces.*

SEGUNDA VOZ: ¡Atención! ...

*Voces. Carreras alejándose. Pasos de hombres.  
Suben escaleras calzados con botas pesadas.*

MONTEVERDE: Menos mal... Creí que no llegaba a tiempo... ¿Estará esperándonos don Juan Manuel?

VOZ: Está, señor.

MONTEVERDE: Avísele que lo aguardo en mi escritorio.

VOZ: Inmediatamente, señor... Pero antes debería Su Exce-  
lencia despojarse de esa ropa mojada... Puede haceros daño...

MONTEVERDE: El daño lo hace otra cosa... La ropa mojada  
no es ninguna novedad para un marino, aunque esté en tie-  
rra... Vaya usted a avisar a don Juan Manuel...

VOZ: Allá arriba lo veo, en el rellano. Se advierte que le ha  
estado esperando...

MONTEVERDE: Pues tiene usted razón... (*Alto*) ¡Don Juan  
Manuel!

JUAN MANUEL: (*de lejos, alto*): Don Francisco me había avi-  
sado que esperaba a Su Señoría hoy en La Guaira, y por eso no  
me he movido de aquí.

*Acelerar pasos en escalera. Cortar.*

MONTEVERDE: Así ha sucedido... Temía no llegar a tiem-  
po. ¿Qué me dice usted de mi sustituto?

JUAN MANUEL: No os espera... Ni siquiera sospecha que  
estáis aquí... ¡Menuda sorpresa va a llevarse!

MONTEVERDE: En un santiamén desbarataremos sus intri-  
gas... De manera que negociando con los facciosos, ¿eh? Fac-  
ciosos voy a darles yo a él y a esos pretenciosos nobles de  
Caracas... ¡No va a quedar un infidente en toda la Provincia!  
(*Pausa*) ¿Han llegado noticias del tal Bolívar?

JUAN MANUEL: Sí, han llegado, y refieren que ha formado nuevo gobierno en la provincia de Mérida y que en esa ciudad ha aumentado sus fuerzas a más de mil hombres y ha despachado dos columnas sobre Trujillo.

MONTEVERDE: ¿Eh? ¿Cómo? ¿Sobre Trujillo? ¿Sobre Trujillo habéis dicho, don Juan Manuel?

JUAN MANUEL: Así es, señor.

MONTEVERDE: ¿Y mientras eso hacía el tal Bolívar, aquí mi sustituto ha estado intrigando para quedarse con el cargo de Capitán General? ¿Qué clase de defensores de la legitimidad son estos hombres, don Juan Manuel?

JUAN MANUEL: Serán lo que son, señor... Por eso hemos don Francisco y yo estado tan inquietos, y por eso os hemos pedido volver cuanto antes a Caracas... No sé si habremos hecho mal.

MONTEVERDE: No, ¡qué mal, voto a los mil diablos...! Mientras yo me batía en Maturín... Pero no perdamos tiempo...

NARRADOR: Sí, era la hora de no perder tiempo por parte de las autoridades de Caracas, porque mientras Monteverde y su amigo hablaban en la alta noche, las columnas de Bolívar marchaban sobre Trujillo, ciudad que tomaron el día 10 de junio...

*Música militar. Cornetas. Caballos  
a paso militar. Voces distantes.*

VOCES: (*lejanas*): ¡Vivan los libertadores de Venezuela! ¡Vivan los bravos de Bolívar!

MUJER: ¿Quién es Bolívar? ¿Ese que viene al frente, tan joven?

HOMBRE: No; ése es el coronel Girardot. Bolívar también es joven, pero no tanto, y debe estar todavía en Mérida.

MUJER: ¿En Mérida? Ah... Yo creía que iba a venir a Trujillo... Todo el pueblo desea conocer al general Bolívar.

HOMBRE: Claro... Figúrese, su fama vuela por todas partes... Llegar de Cartagena hasta Mérida sin una derrota... Pero ya vendrá, señorita... Estas son sus avanzadas.

MUJER: ¿Avanzada de tanta tropa? Deben ser más de mil...

HOMBRE: No; no llegan a quinientas... Y tenga en cuenta que cuando tomó Mérida, hace dos semanas, el general Bolívar tenía menos de quinientos hombres...

MUJER: ¡Qué audaz; tomar Mérida con tan pocos soldados!

HOMBRE: Usted lo ha dicho: audaz es la palabra que mejor define a Bolívar... Pero su audacia le está dando resultados... En Mérida se le unió mucha gente.

MUJER: Y aquí se le unirá también. En todas partes hallará partidarios.

HOMBRE: Cuando comenzó esta campaña, en el pueblo de Barrancas, cerca de Cartagena, no tenía si no setenta soldados...

MUJER: Sí, ya lo sé; todo el mundo lo dice... ¿Y cómo es él?

HOMBRE: Quién sabe... Yo no lo he visto nunca.

MUJER: Mi hermano piensa que Monteverde tiene muchas fuerzas y que Bolívar no podrá llegar a Caracas... Yo le rezo a Dios para que llegue. ¿Usted cree que llegará?

HOMBRE: Algunos lo dudan, pero yo no... Yo tengo fe...

*Subir efectos.*

VOCES LEJANAS: ¡Vivan los libertadores de Mérida y Trujillo!

*Bajar. Corneta lejana, en toque de firmes.*

MUJER: ¿Qué hacen? ¿Se han detenido?

HOMBRE: El coronel Girardot está bajando de su caballo. Parece que va a entrar en el Ayuntamiento.

MUJER: Sí, va a entrar... ¡Qué joven es!

HOMBRE: ¿Vamos? Venga conmigo y veamos qué va a pasar en el Ayuntamiento.

*Subir. Dar la impresión de que el micrófono avanza por entre la multitud y entra en ella.*

MUJER: Está hablando... Mire, Girardot está hablando...

HOMBRE: Sí... (*Alto*) ¡Silencio! ¡Hagan silencio!

MUJER: No dejan oír, no entiendo lo que dice...

HOMBRE: Yo oigo algo... Girardot está diciendo que en nombre del general Bolívar y del Gobierno de Nueva Granada indulta a todos los sentenciados por delitos de guerra y que restituye los bienes que hayan sido embargados por los realistas...

MUJER: ¡Qué bueno! ¡Por fin vamos a tener justicia en esta tierra!

HOMBRE: ¡Shiii! (*Pausa*). Ahora está diciendo que convoca a cabildo abierto para nombrar las autoridades republicanas de Trujillo... y dice...

*Subir efectos anteriores*

VOCES: (*cercanas*): ¡Vivan los libertadores!

HOMBRE: (*a gritos*): ¡Silencio! ¡Dejen oír, dejen oír!

SEGUNDA VOZ: (*lejana y alta*): ¡El coronel Girardot dice que el general Bolívar llegará dentro de cuatro días!

*Cortar.*

NARRADOR: Así sucedió. El jefe del ejército libertador llegó a Trujillo el día 4 de junio, año de 1813, e inmediatamente...

BOLÍVAR: De manera, coronel Girardot que según sus noticias las fuerzas enemigas se han reorganizado en Carache.

VOZ: Así es, general Bolívar.

BOLÍVAR: ¿Pero no las habían echado hacia el lago de Maracaibo?

VOZ: Sí, pero eso sucedió hace una semana, general. Y desde entonces, según informan nuestros partidarios de la zona, han tenido tiempo de recibir refuerzos de San Carlos.

BOLÍVAR: ¿Cuántos hombres?

VOZ: Unos quinientos, a las órdenes del comandante Cañas.

BOLÍVAR: Coronel, prepárese para salir hoy mismo hacia Carache. Es necesario destruir esa columna enemiga antes de que pueda ser reforzada desde Maracaibo por el general Miyares.

VOZ: Así se hará, general.

BOLÍVAR: (*grave*): Coronel Girardot... la suerte de esta campaña depende de que usted venza a Cañas... Hemos llegado hasta aquí de victoria en victoria, y nuevos trofeos nos esperan en los campos de Barinas y Caracas si dejamos limpia de enemigos esta parte de los Andes.

VOZ: Tenga la seguridad de que volveré vencedor, general Bolívar.

BOLÍVAR: Así lo espero... Adiós.

VOZ: Hasta pronto, general...

*Pasos alejándose hasta perderse  
mientras Bolívar habla*

BOLÍVAR: (*monólogo, lento*): La guerra... Sólo los que tienen poder verdadero sobre los pueblos, poder sobre sus bienes y sus vidas, están capacitados para hacer la guerra... Nosotros estamos haciéndola; luego, nosotros tenemos poder... ¿Por qué lo tenemos; quién nos lo ha dado? ... Los principios de la

libertad... Todo pueblo debe ser libre, y en nombre de la libertad está autorizado para hacer la guerra... (*Pausa. Da pasos. Se detiene*). Pronto hará tres años que el Consejo de la Regencia dispuso el bloqueo de Venezuela... Se nos condenó a morir por hambre a causa de que los criollos formamos una Junta Suprema Gubernativa y no se tomó en cuenta que la Junta Suprema se denominó a sí misma guardiana y defensora de los derechos de Fernando Séptimo... Más aun, el once de enero de este año de 1813, el mismo Supremo Consejo de la Regencia autorizó a Monteverde para pasar a cuchillo a todo criollo o español que hubiera combatido contra los realistas... ¿Por qué no podemos hacer nosotros lo mismo? ¿Por qué al poder español para quitar la vida no podemos responder nosotros con el poder legítimo de los americanos para quitar la vida a los que pretenden arrebatarnos la libertad?... El mundo reconocerá nuestro derecho a ser libres sólo cuando se acostumbre a saber que tenemos poder indiscutible para aniquilar a nuestros enemigos. (*Da pasos. Se detiene*) La guerra es terrible, y lo único que puede acortarla es el miedo del enemigo a ser destruido... Los propios españoles lo considerarán así... ¿No tengo ahí, entre mis papeles, la orden general del jefe español Antonio de Tiscar, fechado hace sólo un mes y doce días, en que manda que todo patriota que caiga en manos realistas sea pasado por las armas? ... ¿Por qué razón puede tener potestad sobre la vida de un patriota un simple teniente-gobernador, un segundón de Monteverde; y quién dio autoridad a España para quitar vida y bienes en América si no fue la conquista hecha por la fuerza? (*Enérgico*). Nuestros enemigos nos fuerzan a una guerra a muerte... ¡Sea! La guerra será a muerte, y ellos desaparecerán de América... Nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan!

*Música marcial. Bajar.*



NARRADOR: Bolívar pasó la noche del 14 de junio de 1813 encerrado, solitario, entregado a la meditación... Iba a dar el paso más importante de su vida, y quería estar seguro de sí mismo... En la mañana del siguiente día, 15 de junio...

*Voces, murmullos, sensación de grupo.*

HOMBRE: (*alto*): ¡Uno que sepa leer, que lea en alta voz, para que todos sepamos de qué se trata!

MUJER: Dicen que es un bando del general Bolívar...

HOMBRE: Pues que lo lea alguien, si no pasaremos aquí el santo día sin saber de qué se trata.

MUJER: Ahí viene un oficial... Que lo lea él. (*Pausa*) ¡Señor oficial, por favor léanos este bando del general Bolívar!

OFICIAL: Es la proclama de la guerra a muerte.

MUJER: Ay Dios, ¿y eso qué quiere decir?

OFICIAL: Ahora lo sabrá; voy a leérsela. (*Pausa*). ¡Silencio!

*Cortar todo efecto.*

VOZ: Ya está bueno, oficial... Lea...

OFICIAL: (*leyendo*): Venezolanos... Un ejército de hermanos, enviado por el soberano Congreso de la Nueva Granada, ha venido a libertaros, y ya lo tenéis en medio de vosotros, después de haber expulsado a los opresores de las provincias de Mérida y Trujillo.

VOCES: ¡Así es, así es! ¡Vivan los libertadores de Venezuela! ¡Viva Simón Bolívar!

OFICIAL: ¡Silencio! (*leyendo*): Nosotros somos enviados a destruir a los españoles, a proteger a los americanos, y a restablecer los gobiernos republicanos que formaban la Confederación de Venezuela. Los Estados que cubren nuestras armas están regidos nuevamente por sus antiguas constituciones y

magistrados, gozando plenamente de su libertad e independencia; porque nuestra misión sólo se dirige a romper las cadenas de la servidumbre que agobian todavía a algunos de nuestros pueblos, sin pretender dar leyes, ni ejercer actos de dominio a que el derecho de la guerra podría autorizarnos...

VOCES: ¡Muy bien, muy bien! ¡Viva la libertad!

OFICIAL: (*leyendo*): Tocado de vuestros infortunios, no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hacían experimentar los bárbaros que os han aniquilado con la rapiña y os han destruido con la muerte, que han violado los derechos sagrados de las gentes; que han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes; y en fin han cometido todos los crímenes, reduciendo la República de Venezuela a la más espantosa desolación.

VOCES: ¡Bien, muy bien! ¡Siga, oficial, siga!

OFICIAL: (*leyendo*): Así pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla... (*Enérgico*). ¡Qué desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre; que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia, y mostrar a las naciones del Universo que no se ofende impunemente a los hijos de América...!

VOCES: ¡Bien dicho! ¡Viva Bolívar! ¡Viva la América libre!

MUJER: Me parece justo.

OFICIAL: (*leyendo*): A pesar de nuestros justos resentimientos contra los inicuos enemigos, nuestro magnánimo corazón se digna aun abrirles por la última vez una vía a la conciliación y a la amistad; todavía se les invita a vivir pacíficamente entre nosotros, si detestando sus crímenes, y convirtiéndose de buena fe, cooperan con nosotros a la destrucción del gobierno intruso de la España, y al restablecimiento de la República de Venezuela...

HOMBRE: Sí, es justo... Este general Bolívar tiene bien puesta la cabeza.

MUJER: Calle, que el oficial va a seguir leyendo.

OFICIAL: (*leyendo*): Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas...

MUJER: ¿Eso es lo que quiere decir guerra a muerte?

HOMBRE: Sí, claro...

OFICIAL: (*leyendo*): Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército con sus armas o sin ellas; a los que presten sus auxilios a los buenos ciudadanos que se están esforzando por sacudir el yugo de la tiranía. Se conservarán en sus empleos y destinos a los oficiales de guerra y magistrados civiles que proclamen el Gobierno de Venezuela y se unan a nosotros; en una palabra, los españoles que hagan señalados servicios al Estado serán reputados y tratados como americanos...

HOMBRE: Es guerra a muerte, pero sólo contra los españoles que combatan contra nosotros...

MUJER: Así es. ¿Pero qué va a hacer Bolívar con los venezolanos que sirven en el ejército realista?

OFICIAL: (*leyendo*): Y vosotros, americanos, que el error o la perfidia han extraviado de las sendas de la justicia (*leyendo*):

HOMBRE: Ahora se habla de ellos...

OFICIAL: (*leyendo*): Sabed que vuestros hermanos os perdonan y lamentan sinceramente vuestros descarríos, en la íntima persuasión de que vosotros no podéis ser culpables, y que sólo la ceguedad e ignorancia en que os han tenido hasta el presente los autores de vuestros crímenes, han podido induciros a ellos (*leyendo*): No temáis la espada que viene a vengaros y a cortar los lazos ignominiosos con que os ligan a su suerte

vuestros verdugos. (*Alto*). Contad con una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades: el solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia (*leyendo*): Nuestras armas han venido a protegeros, y no se emplearán jamás contra uno solo de nuestros hermanos (*leyendo*):

HOMBRE: ¡Demonios, qué hombre tan hábil es este Bolívar! Destaca que nacer americano es un privilegio... Está creando el orgullo americano...

MUJER: Hasta yo me siento protegida ya por haber nacido aquí.

OFICIAL: (*leyendo*). Esta amnistía se extiende hasta a los mismos traidores que más recientemente hayan cometido actos de felonía: y será tan religiosamente cumplida, que ninguna razón, causa o pretexto será suficiente para obligarnos a quebrantar nuestra oferta, por grandes que sean los motivos que nos deis para excitar nuestra animadversión... (*Enérgico*) ¡Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América...! ¡Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables!

VOCES: ¡Viva la libertad de América! ¡Viva Simón Bolívar!

*Tumulto; gritos, aplausos. Cortar.*

NARRADOR: Tres semanas más tarde, en el palacio de gobierno de Caracas...

JUAN MANUEL: ¿Decíais vos, señor Capitán General?

MONTEVERDE: Que ese faccioso de Bolívar es un arrogante medio loco... ¿Cómo se atreve a proclamar guerra a muerte, si sólo es un jefe de bandidos sin Dios ni ley?

JUAN MANUEL: Señor Capitán General, es algo más que un jefe de bandidos, puesto que ha entrado en el país tomando ciudades y formando gobiernos provinciales y edilicios... Además, tiene tras sí la autoridad legal del Congreso de Nueva Granada...

MONTEVERDE: ¿Congreso de Nueva Granada? ... Por Dios, don Juan Manuel, no me hagáis reír... Dentro de poco no quedará nada de ese Congreso fantasma... Tengo en Barinas a don Antonio Tiscar con tropas suficientes para pasar a Rosario de Cúcuta e invadir las provincias de Santa Fe...

JUAN MANUEL: ¿No sería mejor retener esas fuerzas en Barinas para hacer frente a Bolívar?

MONTEVERDE: Bolívar es hombre perdido, mi estimado amigo... Hoy mismo han llegado noticias de San Felipe informando que después de su llegada a Guanare, el tal Bolívar ha dado marcha atrás y su banda de ladrones está disolviéndose en los cerros de Boconó y Trujillo...

*Golpes en la puerta*

...¡Adelante!

*(Pasos)*

...¿Trae alguna novedad?

VOZ: Señor, noticias de Barinas...

MONTEVERDE: A ver... Dígalas...

VOZ: Bolívar ha entrado en la ciudad de Barinas, que fue abandonada por don Antonio Tiscar...

MONTEVERDE: *(golpeando la mesa)*: ¿Eh? ¿Qué decís? ¿Estáis loco?

*Cortar.*

NARRADOR: No estaba loco el oficial que llevó el parte. Bolívar había retrocedido desde Guanare, en una marcha que

confundió al enemigo y le hizo suponer que abandonaba la lucha; se dirigió a Barinas y mientras tanto, entre Guanare y Boconó, el coronel Ribas destruía una fuerza de quinientos hombres destacada desde Barinas para interceptar el paso del ejército libertador... Mientras Bolívar marchaba hacia Barinas, Ribas prosiguió hacia el norte, de manera que contra lo que pensaba Monteverde, la línea de avance del ejército libertador se abría de Barquisimeto hasta Barinas... Al conocer esta situación, Monteverde...

*Pisadas. Movimiento de papeles.*

MONTEVERDE: No veo qué podremos hacer. En Oriente, Mariño y Bermúdez se han hecho fuertes, y ahora por Occidente nos sale este Bolívar...

JUAN MANUEL: En su caso, yo pondría en pie de guerra los llanos de Caracas. La población es partidaria del rey...

MONTEVERDE: Tiene usted razón. (*Pausa*). A ver, secretario, redacte una orden para los alcances de todos los pueblos de los llanos para que levanten cuerpos de caballería y de infantería... (*Pausa. Contrito*). No sé cómo vamos a atender las erogaciones que supone esta medida... La guerra tiene empobrecido todo el país...

JUAN MANUEL: ¿Por qué no ordenáis al Intendente de la Real Hacienda que haga frente a los gastos de esa movilización? Además, me parece que convendría pedir refuerzos a Puerto Rico...

MONTEVERDE: Sí, sí... Tiene usted razón... Al secretario, que haga ambas cosas... (*Pausa*) (*Para sí*). Dios mío, no sé cómo resisto a tantas desgracias...

JUAN MANUEL: Y por último, Excelencia, sería bueno pedir a Oberto que resistiera en Barquisimeto y al coronel Izquierdo que se haga fuerte en San Carlos...

MONTEVERDE: Tenéis razón... No sé qué sería de mí sin vos, don Juan Manuel... Es más, voy a partir yo mismo para Valencia, a fin de reforzar Barquisimeto y San Carlos en caso de necesidad... Pienso dejar aquí al frente del gobierno a don Manuel Fierro... ¿Qué os parece?

JUAN MANUEL: Me parece bien, señor...

*Cortar.*

NARRADOR: Las medidas de Monteverde llegarían tarde... Mientras Bolívar y Girardot perseguían en los llanos de Barinas los restos de las fuerzas de Tiscar, las columnas libertadoras se derramaban desde la Cordillera sobre la tierra llana: Ribas batía a Oberto en Los Horcones y Urdaneta tomaba Araure... A fines de julio, Bolívar entraba en San Carlos y el coronel Izquierdo se replegaba sobre Valencia. En medio de su retirada, Izquierdo recibió órdenes de Monteverde para que contramarchara y se hiciera fuerte en San Carlos... El 31 de julio, mientras Monteverde cruzaba la sabana de Carabobo...

*Pisadas de varios caballos.*

*Uno, acercándose a toda carrera.*

HOMBRE: Viene un oficial a caballo, Su Excelencia...

MONTEVERDE: Sí... Me parece de los nuestros...

HOMBRE: Sí lo es...

*Caballo llega y se detiene.*

VOZ: (*a gritos*): ¡Señor Capitán General, el coronel Izquierdo ha sido batido esta mañana en la sabana de Los Pegones!

MONTEVERDE: ¿Por qué fuerzas?

VOZ: Por las de Bolívar, dirigidas por el propio jefe faccioso.

MONTEVERDE: (*asustado*): Eso quiere decir que Bolívar debe estar llegando por este mismo camino... Entrará en Valencia hoy, de seguro...

VOZ: Hoy no. Mañana, Excelencia... Todo indica que pernoctará hoy en El Hoyo...

MONTEVERDE: En ese caso, nuestra única salida es refugiarnos en Puerto Cabello...

HOMBRE: ¿Y por qué no retroceder a Caracas?

MONTEVERDE: Caracas está llena de enemigos, bandidos rebeldes al rey... En Caracas no hay seguridad para nosotros...

HOMBRE: Pero Caracas es la cabeza de la Provincia, y allí podría Su Excelencia levantar tropas...

MONTEVERDE: No... Ahora sé a qué atenerme... Me equivoqué con este Bolívar, a quien consideré un jactancioso sin condiciones para la guerra... Creí que era uno de esos señoritos nobles de Caracas, que sólo son buenos para escribir memoriales y para intrigar. (*Triste*). ¡Dios mío, cómo podré sufrir tantas desgracias! (*Pausa*) ¿Qué dirección tomó el coronel Izquierdo?

VOZ: Ninguna, señor... Cayó mortalmente herido, y los facciosos se lo llevaron hacia San Carlos...

MONTEVERDE: Pobre Izquierdo... Seguramente le aplicarán ese bárbaro decreto de Trujillo... (*Pausa*). Ordene usted contramarcha...

*(Voces alejadas dando órdenes. Corneta.  
Se oyen pasos de caballos).*

... Tan pronto lleguemos a Valencia, usted, señor secretario, redactará un oficio para don Manuel Fierro comunicándole que he resuelto acogerme a la protección de Puerto Cabello... En cuanto a él, si puede, que acuerde un armisticio con ese Bolívar. (*Pausa*). Yo estoy abatido con todos estos contratiempos...



*Cortar.*

NARRADOR: Mientras Monteverde corría a refugiarse en Puerto Cabello, en Caracas...

JUAN MANUEL: Es inútil, señor... No tenemos fuerzas que oponer a Bolívar. El batallón de Voluntarios de Fernando Séptimo se disolvió anoche; todos sus miembros han huido... La guarnición de La Cumbre, en el camino de La Guaira, se dispersó por sí sola... Lo mismo hizo la caballería de Cúa, y del batallón veterano sólo quedan ciento setenta plazas... ¿Cómo vamos a hacer frente a Bolívar con ese exiguo número de hombres?

SEGUNDA VOZ: Tenéis razón... Todos huyen... Es el efecto del terrible decreto de guerra a muerte...

JUAN MANUEL: Claro, y para eso lo lanzó Bolívar... Aunque sea faccioso, no debemos suponer que es tonto o criminal... Ya veis, la gente está aterrada... Más de cinco mil personas huyen hacia La Guaira, en pos de buques que las saquen de Venezuela...

SEGUNDA VOZ: Tenéis razón... Nada podemos hacer, salvo designar esa comisión para que negocie el armisticio con Bolívar.

JUAN MANUEL: La comisión ha salido ya para La Victoria... Van en ella buenos amigos de Bolívar, como don Francisco Iturbe y el marqués de Casa León...

SEGUNDA VOZ: Para el caso, da igual...

JUAN MANUEL: La ciudad está como muerta, señor... Hay lágrimas en los ojos de todos los caraqueños leales al rey...

NARRADOR: Pero no las había en los ojos de los leales a Venezuela... Mientras los que habían servido al enemigo huían y temían, los patriotas se preparaban a recibir con júbilo a Bolívar...

*Música heroica, baja, subiendo a medida que el narrador avanza.*

...El día 7 de agosto de ese año triunfal de 1813, el vencedor de Taguanes y Barinas, de Ocaña, el Banco, Mompo y Tenerife, hacía su entrada en la ciudad que le vio nacer... Niñas de familias ilustres lo recibían con flores, mientras la multitud enardecida le saludaba con vítores...

*Subir. Bajar un poco.*

VOCES: ¡Viva Simón Bolívar, el libertador de Caracas! ¡Vivan los vencedores de Monteverde! ¡Vivan los valientes soldados de la Nueva Granada!

*Bajar mucho, hasta dejar un fondo suave.*

BOLÍVAR: (*Bajo, emocionado*): He llegado... hemos llegado, por fin, a la ciudad santa de la libertad americana... Hace un año abandoné estos lugares amados como un fugitivo, y ahora retorno como libertador... (*Subiendo la voz poco a poco*) ¡Caracas, patria de mis mayores, tierra que me dio la vida...! Por ti conservaré para siempre este glorioso título con que me saludan tus hijos... Libertador o muerto...

VOCES: ¡Vivan los libertadores de la patria! ¡Viva Simón Bolívar!

*Subir. Cortar.*



EL TOMO IV (NARRATIVA), DE LAS *OBRAS COMPLETAS* DE  
JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE DOS  
MIL NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF,  
S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.